Selecta

Los Knightley

RUTH M. LERGA

Matrimonio de apariencia



Matrimonio por apariencia

Los Knightley 2

Ruth M. Lerga

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Para Iván.

Primera parte

«...*Porque no brota sangre de la herida,*
porque el muerto está en pie».

Rima XLVI, G.A. Bécquer.

Prólogo

Había acudido a visitar a su madre aprovechando que su esposo, el vizconde de Maine, no estaba en la ciudad. Aborrecía a su padrastro tanto como le temía, a él y a su carácter violento. Solo la necesidad de un enlace la había defendido durante su juventud de sus golpes, pues no podía marcarla con cicatrices. Su madre, en cambio, no había gozado de la misma suerte.

Tres semanas antes, las expectativas de los Maine se habían visto superadas y la habían casado mediante una licencia especial con el duque de Neville. No podía haber sido más afortunada: lord Marcus Knightley era un caballero de veinte años que acababa de heredar, tan guapo como educado.

Esa tarde Helena, su nueva duquesa, estaba ilusionada. Compartía con su madre sus maravillosas sospechas.

—Neville estará muy orgulloso de ti, si estás en lo cierto.

Se tocó el vientre, emocionada.

—Oh, mamá, es pronto para saberlo, pero nunca había tenido un retraso.

Hacía tres días que debería haber caído «enferma». De algún modo sabía que estaba encinta.

—La gente hablará, a pesar de todo. La vuestra fue una unión muy precipitada.

Era cierto. Ni Marcus ni su padrastro le explicaron las prisas. Una mañana el vizconde las esperaba a ambas, madre e hija, en la sala de desayunos, tras otra noche de libertinaje, para darles la noticia: le había granjeado el mejor de los esposos. Se casarían al día siguiente a pesar de que ni siquiera se conocían.

Temió que fuera un hombre cruel, como su padrastro, pero por lo que había visto en el tiempo que vivía con él y por lo que el servicio de la casa comentaba, era un caballero joven que necesitaba de una esposa que cuidara de sus dos hermanas, todavía niñas.

—Él sabe que yo no he conocido a otro hombre y que llegué al altar doncella. Eso me basta.

La vizcondesa asintió.

—Si tu hijo es un varón, tendrás a tu esposo a tus pies.

¿Sería cierto? No había sabido qué esperar de su nueva vida y era consciente de que podía haber sido un infierno. Aunque era pronto, estaba satisfecha; sin embargo, recordaba el matrimonio de sus padres y sabía lo feliz que podía ser la vida de casados. Marcus era un hombre distante. Tal vez un hijo los uniera.

—Sea o no varón, tendremos más.

—Dos niños, como mínimo.

Siguieron departiendo durante otra hora, antes de que regresara a casa para contarle a él las buenas nuevas.

***

—¿Embarazada?, ¿estás segura?

Estaban en su estudio. La había escuchado sin interrumpirla y, una vez había terminado, esa había sido su única pregunta.

No había habido muestras de alegría ni preguntas sobre su estado de salud. Solo eso.

Intentó convencerse de que era un hombre frío que se basaba en hechos, no en especulaciones. No lo logró.

—Es pronto para estar convencida de nada —dijo en un susurro—. Tal vez debí guardar las sospechas para mí.

Marcus dio un paso hacia ella. Mas no dio ningún otro.

—No, no, has hecho lo correcto. — Por alguna razón no sintió que fuera así—. Mientras no venga tu período —Helena se sonrojó con violencia a pesar de su naturalidad—, no te visitaré por las noches, por si acaso. Si al final tienes razón, será mejor que viajes a Donwell Abbey, la finca familiar, hasta el feliz acontecimiento. Yo me reuniré contigo cuando cierren las sesiones del Parlamento.

—¡Faltan todavía siete meses para eso! —protestó.

La miró, sorprendido por su vehemencia.

—Yo debo estar aquí, acabo de heredar el título y las propiedades, y mis asesores y abogados están en la ciudad. Tú, en cambio, te encontrarás mejor en Sussex. Además, estando encina no tiene sentido que estemos juntos.

El duque deseó tragarse sus palabras en cuanto las pronunció, por su falta de sensibilidad. Pero era cierto, después de todo.

—Claro. —Fue la resignada respuesta.

Cualquier idea preconcebida sobre su matrimonio murió en aquel momento. Y, aun así, se recordó ella, era una mujer afortunada.

—Si no lo estuvieras, házmelo saber y acudiré de nuevo a tu alcoba.

—De acuerdo.

Sintiéndose una boba, se despidió. ¿Qué había esperado?

***

Dos semanas después el médico de los Neville confirmó que había un pequeño en camino y

aconsejó reposo. A la mañana siguiente, a punto de subir al carruaje que la llevaría a Sussex, se acercó a Marcus, que la esperaba para despedirse.

La noche anterior, hasta que la había vencido el cansancio, estuvo pensando cómo decirle lo que la consumía. Así que se acercó a él y le susurró, a nadie más le importaba:

—No voy a pedirte un respeto en forma de fidelidad que este matrimonio no merece, Neville. —Aunque pensara en él como Marcus, él nunca le había pedido que lo llamara por su nombre de pila—. Pero soy tu esposa y sí te exigiré discreción.

Lo vio tensarse, ofendido, no supo si porque le reclamaba algo en lugar de pedírselo o porque dudara de su caballerosidad. No le importó.

Dándole un beso en la mejilla, para el público presente y porque lo necesitaba para los meses de carestía, subió al coche de caballos y ya no se volvió.

Capítulo 1

Donwell Abbey, Sussex.
Día de Año Nuevo de 1816, diez años después.

Hacía menos de diez minutos que el reloj había dado una campanada. Estaba solo la familia en el enorme comedor, los sirvientes habían sido relegados de sus obligaciones para celebrar la llegada del Año Nuevo hacía un par de horas.

Angie y Beatrice, las hermanas Knightley más pequeñas, acababan de despedirse, dejando a los hermanos mayores con sus esposas: Marcus y Helena, duques de Neville, y Rafe y Jimena, duques de Tremayne desde hacía alrededor de seis meses, cuando se casaran.

Aunque rara vez se servía alcohol, siendo aquella una velada especial, había dos botellas de champán vacías sobre la mesa.

Helena miró las copas. Ni Marcus ni Rafe habían tocado el líquido espumoso, limitándose, como siempre, a una o dos copas de vino durante la cena. Había permitido brindar a sus cuñadas, dado que tenían ya edad suficiente para ello. Angie debutaría aquella primavera y Beatrice lo haría al año siguiente. No obstante, solo se habían mojado los labios. Eso significaba que se habían tomado una botella cada duquesa, dividió. Nada habitual en ella.

Pero ¡qué diantres! Por Navidad, después de varios meses de descontentos y reflexiones, había decidido regalarse una vida nueva. Beber un poco por primera vez, en una fecha muy señalada y rodeada de su familia, no era un pecado capital. Eso sí, alejó la copa y acercó, en cambio, el vaso de agua.

—Angie hará una presentación magnífica ante la reina.

Escuchó que estaba comentando su cuñado en ese momento.

—Compadezco a la reina —respondió Jimena, su esposa, al punto.

¡Vaya! Alguien que entendía que tenerlo todo no significaba nada. Añadió otro punto a favor de la española. Cuanto más la conocía, más le gustaba y más sentía que podía confiar en ella.

—Creo que lo que ocurre es que detestas al regente —dijo Marcus.

—Son ambas cosas —aclaró, y su tono comenzó a sulfurarse conforme se iba explicando—. ¿Sabéis que el muy malnacido presume de haber yacido solo tres veces con Carlota, suficientes para haberla dejado embarazada?

Sintió cómo las mejillas le enrojecían con violencia. No lograba acostumbrarse a la sinceridad

tan directa de Jimena.

—Hay quien lo consideraría un signo de hombría —rio Marcus.

Le molestó que a su esposo le divirtiera ese rasgo en concreto de ella. No podía negarlo: envidiaba a su cuñada. Su carácter, su matrimonio... todo.

—¿Tanto como las miles de amantes que se dice que ha tenido? Su esposa, no obstante...

Entonces fue Tremayne quien le respondió, tranquilizándola.

—No todos los matrimonios son como el nuestro, mi amor.

—Solo digo que espero que el regente sea tan cornudo que hayan tenido que hacer más altas las puertas de palacio.

Rafe echó la cabeza atrás en una sonora carcajada. Observó Helena, sin embargo, que a Marcus no le pareció tan divertido.

«Vaya, vaya...».

En cuanto lo pensó, se sintió mal. ¿Desde cuándo se había vuelto tan ladina? El alcohol le había afectado, supo. Mejor se retiraba, antes de que dijera algo de lo que pudiera arrepentirse. Intentó ponerse en pie, pero la habitación le dio vueltas, y volvió a sentarse, si es que había logrado incorporarse siquiera.

—Hey, hey. ¿Pero qué le ha ocurrido a mi cuñada favorita?

La voz cariñosa de Rafe la llenó de calor. Siempre había sido así con ella.

Antes de que se diera cuenta estaba a su lado, su brazo alrededor de sus hombros, ayudándola a levantarse. Jimena estaba al otro lado, sonriendo, ofreciéndole la mano.

¿Cómo podía odiarlos, a pesar del caos que habían traído a su vida, cuando eran también lo mejor que había podido pasarle?

—Vamos, preciosa, en pie —siguió él—, te llevaremos arriba.

Marcus les abrió la puerta y extendió el brazo. Helena lo miró, sin saber. Desvió la mirada a sus cuñados, buscando una explicación. Su falta de entendimiento exasperó a su marido.

—Seré yo quien lleve a mi mujer a su alcoba, ¡por todos los demonios!

Y ocurrió: iba bebida, estaba en familia, no había sirvientes que pudieran escuchar; estaba con la guardia baja, se había regalado una nueva vida justo la semana anterior... y ocurrió.

Soltó una carcajada divertida, genuina, se volvió a quienes la sostenían y les dijo:

—¡Qué emocionante! Será la primera vez que me acompañe a mis aposentos en... —hizo números y terminó con sarcasmo— ¡nueve años!

***

Marcus Knightley tenía fama de ser un hombre inalterable. Sus compañeros en la Cámara decían de él que tenía los nervios de acero; sus amigos más cercanos aseguraban que no eran los nervios, sino su corazón lo que estaba hecho del material más duro.

No obstante, la verdad era muy distinta: si nunca mostraba emociones se debía más bien al

hecho de que estaba hastiado. Tanto, que nada le sorprendía ya. O no lo había conseguido hasta esa noche.

Si no había respondido al osado comentario de la duquesa de Neville no había sido por probidad. Ni por decoro. Ni siquiera por la vergüenza que dicha realidad significaba.

Lo cierto era que Marcus se había quedado pasmado.

Patidifuso.

La mezcla, entre jocosa y respondona, hubiera sido sarcástica sino fuera porque Helena no era jocosa ni respondona. Ni sarcástica tampoco.

Así que, cuando logró salir de su estupefacción, pidió que le entregaran a su esposa y la subió él hasta sus estancias que, dijera ella lo que dijera, sabía a la perfección dónde se encontraban.

Aunque, en efecto, no las hubiera pisado en nueve años.

Despidió a la doncella que esperaba para cambiar a milady, deseoso de tener una conversación privada con ella.

—¿Vas a ayudarme tú a desvestirme? ¡Vaya! Ahora sí debería comenzar a preocuparme.

Marcus no estuvo seguro de hasta qué punto su inocencia era fingida. ¿Estaba riéndose de él? ¿Sabría ella, acaso, burlarse de él? ¿Podría hacerlo, además, en un tema tan delicado? ¿Acaso había tenido *otra* experiencia en esos nueve años?

Aunque no tuviera derecho a reprochárselo, la idea le enfadó.

Era su esposa, *su* duquesa.

Se cruzó de brazos y apoyó la espalda contra la puerta con indolencia.

—¿Se puede saber a qué ha venido ese comentario? Sabes qué comentario —la cortó, poco dado a juegos en lo que a su matrimonio se refería—, y no entiendo por qué has decidido comentar algo tan íntimo.

La vio sentarse en la cama y quitarse los zapatos.

—¿Sabes?, no entiendo que nunca lo hayas declarado tú. Prinny no deja de presumir de haber dejado encinta a su esposa en tan solo tres intentos. Tú, sin embargo, lograste dos hijos en cinco visitas a mis aposentos, lo que es incluso más meritorio. ¡Y dos varones, además! No, Neville, no comprendo cómo es posible que no seas tú quien lo mencione cada vez que tiene ocasión.

—Los asuntos de dormitorio no se comentan en un club de caballeros.

La vio abrir los ojos.

—No es eso lo que tengo entendido.

—Entonces no son caballeros. Y ¿puedo saber quién te ha instruido al respecto?

Vio cómo el rosa teñía sus mejillas.

Fue, de pronto, consciente de hallarse en la alcoba de Helena, ella sobre la cama de cuatro postes, algo achispada, con las mejillas arreboladas de una forma encantadora y los pies pequeños —cayó en la cuenta de que nunca se había fijado en ese detalle— y descalzos.

¿Cómo demonios había acabado allí? ¿Y cómo se suponía que iba a salir?

—No, no puedes saberlo.

—¿Disculpa?

¿Qué le había preguntado?

—Que no puedes saber quién me ha instruido al respecto.

Enfadado, supo. Iba a salir de allí muy enfadado.

—Helena...

—Neville...

—Tienes el mal gusto de llamarme por mi título cuando te enfadas. —Algo en su mirada le puso alerta—. ¿Qué?

—Siempre te he llamado por tu título, Neville.

—Eso no es cierto.

—Sí, sí lo es.

—¿Por qué habrías de hacer algo así?

—Porque nunca me has pedido que te llame por tu nombre de pila.

—Eso no... eso no es cierto. —Si la que había bebido era ella, ¿por qué era él quien tenía problemas en el habla?—. ¿Por qué habría de privarte de llamarme por mi nombre, como hacen los míos? —seguía repitiéndose, sabiéndose ridículo y sin poder remediarlo.

Ella se encogió de hombros.

—¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta en diez años?

Estuvo a punto de resoplar. Tuvo que recordarse que él no resoplaba o lo hubiera hecho. ¡Hubiera bufado!

—Helena, no sé qué pretendes esta noche, pero...

—No pretendo nada. Solo quería irme a dormir, *Neville*, cuando me he dado cuenta de que había bebido y de pronto me he encontrado contigo en mi alcoba, despidiendo a mi doncella, y sin ayuda por tanto con el vestido. Así que la pregunta correcta sería qué es lo que pretendes tú.

La vio sonreír. ¡Se estaba riendo de él, la condenada! ¡Vaya momento para descubrir que su duquesa tenía sentido del humor! Sentido del humor, unas mejillas encantadoras que se arrebolaban como si fuera inocente y unos pies pequeños.

Y que tenía un confidente, se recordó.

—Yo no pretendo nada.

Lamentó lo incisivo de su tono, que la enfadó.

—Entonces sal, por favor, y deja entrar a mi doncella. Estoy algo achispada.

—¿Me estás echando de tu alcoba?

De nuevo abrió los ojos, sorprendida. Sus sentimientos cambiaban con facilidad y, suponía él, fruto del alcohol, no podía esconderlos.

—¿No puedo hacerlo? Disculpa, nunca tuve que pedirte que te marcharas porque siempre me avisaste con antelación de tus visitas, cada una de las cinco veces, y no regresaste más. —Se la veía confusa—. Si he cometido un error de protocolo tendrás que explicármelo, nada me contó mi madre de intimidades entre esposos y esposas...

—¿Y tu confidente? ¿Nada te ha aclarado él?

El duque de Neville se alarmó como no lo había hecho en toda la noche, como no lo hiciera desde que le dijeran que había heredado, diez años atrás. Vio algo en los ojos de su esposa que le asustó. Parecía elucubrar algo peligroso.

—Helena, ¿cuánto has bebido?

Su comentario la molestó, aunque él solo pudo conjeturar por qué. Ella nunca le había preguntado sobre sus «confidentes» ni sobre ninguna otra cosa. Imaginó haberse propasado. ¡Pero era su esposa, qué demonios!

—¿Helena? —siguió presionando.

—¿Me vas a culpar de haber bebido champán para traerte hasta aquí?, ¿o solo para importunarte? ¿Acaso crees vivir en mi ombligo?

¡Vaya!, además de carácter tenía agudeza.

Se dio cuenta de que ya no estaba apoyado en la puerta, que en algún momento se había apartado y acercado a ella. Supuso que para amordazarla.

Llegó hasta la cama, dispuesto a auxiliarla a desvestirse.

Recibió, a cambio de su buena voluntad, un manotazo.

—¡¿Pero qué demonios crees que haces, Neville?!

Eso mismo se preguntaba él, ¿qué demonios estaba haciendo?

—¿Desde cuándo juras, Helena?

Rio sin poder evitarlo, dando un paso atrás, precavido.

—Desde que intentas quitarme la ropa.

—No pareces colaboradora.

—Y tú, de repente, estás muy colaborador.

Se miraron con fijeza, Marcus divertido a pesar de todo, Helena retadora.

—Creo que llamaré a tu doncella.

—Rose. Mi doncella se llama Rose.

Negó con la cabeza. Al parecer no sabía nada sobre ella.

—Llamaré a Rose, entonces.

Y se marchó sin decir más, no quería tener una riña, no habían discutido jamás. Estaba ya fuera, a punto de cerrar, cuando su voz le hizo asomar la cabeza.

—¿Neville? —le llamó.

—¿Sí?

—Buenas noches.

Su tono le recorrió la espina dorsal.

Nunca le había hablado con tanta dulzura.

Capítulo 2

A la mañana siguiente despertó tarde y aquejada de un severo dolor de cabeza. Tiró del cordón para avisar a su doncella de que ya estaba despierta. Rose llegó unos minutos después con una bandeja que presidía una tetera humeante.

—Buenos días, milady —le susurró—. Feliz Año Nuevo.

Colocó el servicio en una mesita. Helena la miraba sin moverse.

—Feliz Año Nuevo. —Intentó sonreír, pero fracasó. La vio acercarse al fuego para prender el candelabro—. ¿No abrirás las cortinas?

También ella hablaba en voz baja, sin saber por qué. Con toda probabilidad, consecuencia de la debilidad que le afligía.

—Quizá no sea una buena idea en este momento —le sonrió.

Extrañada, quiso saber.

—¿Llueve?

—No, milady.

Con tiento se levantó de la cama y fue a la ventana. Apenas había descorrido un poco la pesada tela cuando se hizo atrás, como si la hubieran golpeado. Su garganta emitió un quejido lacerado. La luz le hacía arder los ojos, como en esas novelas góticas sobre criaturas vampirescas.

Al momento la muchacha estaba allí para apartarla y acompañarla a la cama de nuevo.

—¿Qué...?

—Es el mal de las uvas, lady Helena.

El recuerdo de su padrastro, cuando despertaba a media tarde tras horas de excesos, le hizo entender su propio estado. Esperaba tener mejor aspecto, al menos. Se avergonzó de sí misma.

—Anoche...

Y las imágenes de su esposo, toda la conversación, regresó a su mente: ella tergiversando sus palabras y llamándole Neville a modo de burla, Marcus queriendo ayudarla a desvestirse y cómo le había dado un manotazo... Sintió su sonrojo volverse más violento.

¿Podría quedarse encerrada en sus aposentos para siempre?

—Era una noche para celebrar —la tranquilizaba Rose, ajena a su azoro—, y por primera vez en diez años os excedisteis. Nadie os lo tendrá en cuenta.

Se hizo hacia atrás en la cama y la sola inclinación la lastimó.

—Rose, apenas puedo moverme.

La criada dudó antes de sacar un frasco del delantal.

—La cocinera me ha dado esto, por si queríais probarlo. Se lo ha ofrecido uno de los lacayos. Dice que es el mejor remedio para una noche... exuberante. Con un baño, una buena comida y este brebaje os sentiréis como nueva.

Cruzó el brazo sobre los ojos, pretendiendo esconderse.

—¿Toda la casa sabe lo que ocurrió?

—Y están esperando una orden para subir los cubos con agua bien caliente. Milady, no os avergoncéis, cada miembro de Donwell Abbey os adora, por eso están atentos a cada detalle vuestro. —Le acercó la ampolla—. ¿Puedo, por favor?

Resignada, asintió. ¿Qué sabía ella? Lo único que quería era quedarse sola y torturarse con la escena de la noche anterior.

Así pues, se obligó a empezar el día. Se lavó la cara y los dientes, se tomó un par de tazas de té y la medicina y esperó en el vestidor a que ventilaran bien la alcoba y acabaran de llenar la tina para meterse en la cuba.

—¿Queréis que os ayude?

—No, márchate.

Se bañaría ella y gozaría de la soledad. Rememoraría, si era capaz, cada palabra de su charla con Marcus. Era la primera vez en años que tenían una conversación personal, una que no versara sobre la casa, sus hijos o la agenda de la temporada, y quería analizarla. Saborearla.

Sintió un revoloteo de mariposas en el estómago.

***

A Marcus ya no se le ocurría nada más que hacer y el reloj apenas había dado la una de la tarde. Se había despertado temprano e, incapaz de dormir, había salido a dar un largo paseo aprovechando que no llovía. Al regresar había leído el periódico del día con parsimonia en su despacho, donde había desayunado en soledad. Habida cuenta de la falta de noticias en una fecha señalada, la última página había llegado a sus dedos demasiado rápido. Sabiendo que un libro no calmaría su estado irascible, había pensado en algo más de ejercicio, pero su sueño había acusado el desorden en los horarios de aquellos días. Y la noche anterior apenas había dormido.

Helena...

No quería pensar en lo ocurrido, y si salía de su biblioteca Rafe lo encontraría y sería imposible evitar una conversación. No obstante, se negaba a caminar a hurtadillas por su propia casa. Así, tenía dos opciones: hablar de los últimos diez años con Helena con su hermano o afrontar la noche anterior a solas.

¿Era acaso un reo en Donwell Abbey, por todos los diablos?

Se levantó y se acercó a la ventana. Ubicada en la parte trasera de la casa, las vistas de la enorme sala daban al parque. El invernadero de orquídeas, que tanto apasionara a su madre, había sido desmantelado, pues la nueva duquesa no era amante de la jardinería, y en cambio se habían plantado parterres de arbustos a los que se iban añadiendo flores de temporada, dejando despejada la vista al lago artificial que el cuarto duque de Neville se concedió el capricho de construir dos siglos atrás.

Helena...

No había una forma suave de describir lo ocurrido la noche anterior: Marcus había sido despedido de los aposentos de su esposa.

Su orgullo le recordó que solo pretendía ayudarla a acostarse, que no tenía pretensiones licenciosas.

¿Pretensiones licenciosas? ¿Cuándo se había referido él al sexo en tales términos? ¿Y desde cuándo Helena había estado incluida en esos pensamientos? ¿Lo habría estado alguna vez? ¿Sería cierto que solo habían yacido juntos cinco veces?

Lo asaltó la vergüenza.

Sabía que había desatendido a su esposa.

Aunque al parecer ella se había procurado otros cuidados, si no había entendido mal. ¿Tenía derecho a estar enfadado? ¡Desde luego que lo tenía!

Si bien era cierto que había tenido sus momentos de desahogo en aquellos nueve años, él era el hombre. Tal vez la indiscreción, tan discreta al parecer, de su duquesa fuera consecuencia de su negligencia, pero seguía siendo Marcus el hombre y Helena la mujer. Y las mujeres debían reprimir sus impulsos lascivos si no estaban con sus esposos.

Incluso con sus esposos debían ser pudorosas.

¿Había sido ella pudorosa con él? ¡No lo recordaba, maldito fuera! Claro, que si había sido tan corta la experiencia, solo cinco encuentros, dudaba que hubiera gozado siquiera.

¿La haría gozar su... su...?

—¡Por todos los diablos!

Quizá por eso no quería intimar con él. Pero no le había dado la oportunidad. Si fuera consciente de la clase de amante que era lo encerraría en su alcoba durante días, semanas incluso. Sabía, sin temor a ser vanidoso, que podía satisfacer a la más fogosa de las mujeres. Y a la más tierna también.

Si le diera una oportunidad...

Pero ¡no quería una oportunidad con ella!, se recordó. Solo había entrado a su habitación a recriminarle su falta de recato y a ayudarle con las ropas. Si le habían sorprendido su piel o sus pequeños pies, o su desenvoltura o sentido del humor, nada habían tenido que ver sus intenciones con eso.

Solo era su orgullo, que había salido herido. Y la sorpresa de saber que su duquesa, la anfitriona de su casa y la madre de sus hijos, tenía una vida paralela que le era desconocida.

Tal vez debía reconvenirla por eso.

Sí, con toda probabilidad lo haría.

***

—¿La duquesa no bajará a comer? —preguntó al mayordomo cuando entró en el enorme comedor, para encontrarse solo a Rafe y a Jimena.

—No, milord. La duquesa de Neville ha pedido que le suban una bandeja a sus aposentos.

Se resistía a quedarse.

—¿Lady Angela y lady Beatrice tampoco comerán hoy aquí?

—Las chicas lo han hecho a la hora habitual, Marcus. —Jimena parecía divertirse con sus dudas.

Miró a Cunnigham, deseando que le ofreciera una salida que, sabía, no iba a llegar.

—¿Algún problema, Marcus?

—Nada que no pueda resolver en mi propia mesa, Rafe.

Le pareció escuchar una risita de su cuñada. En muy poco tiempo había llegado a querer a aquella joven descarada. Tal vez que hubiera salvado la vida de su hermano en dos ocasiones había ayudado a su causa.

¿Joven? Se sentó frente a ella y la observó con disimulo. Tenía casi la misma edad que Helena. ¿Le parecía su esposa joven, con sus moños rígidos y sus vestidos rectos? Todo en Helena era decoroso en perfecto equilibrio, pero ¿la hacía parecer mayor? ¡No lo sabía! No lo sabía porque no se fijaba en ella. No como mujer.

¿Cuál era su problema?

—¿Estás seguro de que no hay ningún problema, Marcus?

—¿He dado muestras de algún inconveniente en los últimos diez años, Rafe? —Demasiado tarde comprendió su error—. Olvídalo.

Hubo un duelo de voluntades en sus miradas. Jimena intentó salvarlo, agravando sin quererlo la situación, dirigiéndose al mayordomo y los tres lacayos que les servían la comida.

—¿Serían tan amables de dejarnos solos?

Se disponían a hacer lo que se les pedía cuando el dueño de la casa se puso en pie con vehemencia.

—Nadie se marchará si no soy yo quien lo ordena. Al parecer todos los que habitan esta mansión han olvidado que el señor soy yo. Donwell Abbey es propiedad del ducado de Neville, no del de Tremayne. —De un puntapié lanzó con fuerza su silla hacia atrás sin necesidad, pues ya se había levantado, volcándola con estruendo—. Pero al parecer este salón ha sido invadido. Cunnigham, sírvame lo que sea en mi estudio, por favor. Comeré allí.

Rafe dudó, sorprendido por la actitud de su hermano. No perdía los nervios, ni siquiera de niño se había mostrado irascible, consciente como había sido siempre de su papel de heredero.

—Quizá podría acercarme a tomar una copa contigo.

Ni siquiera la referencia a un brandy que nunca tomaban relajó a Marcus.

—¿Y me echarás de allí, también? Sería la tercera vez que me expulsaran de una habitación de esta casa en menos de veinticuatro horas. —Se encaminó a la puerta a grandes zancadas, sin mirar atrás—. Quizá debería comprarme una maldita casa para mí solo.

Y dando un portazo, desapareció.

Jimena y Rafe se miraron el uno al otro con gravedad. El mayordomo preparó un plato y se encargó en persona de llevarlo a la biblioteca, no sin antes asegurarse de que en el comedor todo volviera a su orden y los duques de Tremayne tuvieran lo que necesitaban. Pidieron, de nuevo, quedarse a solas.

—¿Qué narices acaba de pasar?

Rafe tomó aire con fuerza, ya sin apetito.

—No tengo ni idea, pero si tuviera que apostar, diría que tiene que ver con la confesión de anoche de Helena.

Ella pareció pensarlo.

—Si es cierto que hace nueve... ¿es cierto? —quiso confirmar en voz baja, sintiéndose mal por preguntar; queriendo ayudar.

—Tiene sentido. Aunque nunca pensé que la situación fuera tan... tan...

—Distante —lo asistió.

—Sí, distante.

—Dudo que esa confesión pudiera remover nada entre ellos, pues ambos conocían su situación desde hacía años; debe de ser algo consensuado y asumido. Si anoche sintieron algo, diría que fue más bien apuro.

—¿Entonces por qué crees que mi hermano está fuera de sí esta mañana y no otra?

—No lo sé. Pero me has dejado entrever que hace ya muchas semanas que hay algo en él que parece haber cambiado. Que lo sientes incómodo.

Quiso valorar con calma las palabras de su esposa.

—Cierto.

—Tal vez hemos estado atentos a nosotros mismos y nos hemos olvidado de los demás.

Al ver su inquietud, le pidió que se acercara.

—Llevo años espiando para la Corona. ¿Me culpas por ser egoísta y preocuparme ahora solo por la mujer de la que estoy enamorado?

Jimena llegó a él y se sentó en su regazo. Le acarició el cuello con los labios.

—En absoluto. Me gusta que lo hagas. Pero quizá deberíamos estar atentos a lo que hacen tu hermano y Helena, ¿no crees?

Rafe vio tal determinación en los ojos de su esposa que no pudo evitar la carcajada.

—Empiezo a compadecerlos. La mejor espía española va a hacer de ellos su causa. Una causa personal, además. No sé si advertirles.

—No lo harás, porque vas a ser mi cómplice en esto, mi amor.
Levantó las cejas, divertido.
—¿Ah, sí, lo voy a ser?
—Sí, lo serás.
—Tendrás que reclutarme, entonces.
Jimena se puso en pie y tiró de él. Los ojos le brillaban de regocijo.
—Ven conmigo.
—¿Dónde?
—A un lugar íntimo donde pueda convencerte.
Su esposo la siguió encantado.

Capítulo 3

Tampoco deseaba bajar a cenar. Hubiera querido recluirse para siempre en su alcoba, y quien desease verla, que acudiese allí a buscarla.

¿Tendría Marcus el valor de volver a sus aposentos?

—Y tú, Helena Knightley —se reprochó—, ¿desde cuándo eres una cobarde?

Con un hondo suspiro se obligó a ponerse en movimiento.

Tras la comida y el placentero baño se encontraba casi recuperada, había pasado el resto de la tarde en camisón, leyendo. Pediría a Rose que diera las gracias al lacayo por el brebaje.

Pero había llegado el momento de afrontar la reunión con los otros. El reloj estaba a punto de dar las cinco, y en apenas quince minutos sonaría el gong de la cena. Tenía poco tiempo.

Tiró del cordoncillo para avisar a su doncella y, buscando ir más deprisa, eligió ella misma un vestido como cualquier otro, de color pálido.

Tras preocuparse la criada por su estado, había mirado el atuendo con censura. La duquesa solía ignorarla, sabía que Rose reprobaba todo su armario, pero, por primera vez, la invitó a opinar. Ella, aunque mesurada, no desaprovechó la ocasión que le brindaban.

—¿Por qué elegís unos colores tan apagados, milady?

¡Vaya! Creyó que le hablaría del corte, demasiado alto o recto, no del color. No supo qué responder, así que se encogió de hombros.

—Son de mi gusto, supongo.

—Vuestra ropa de cama es mucho más alegre.

Se miró al espejo. Llevaba un camisón en color verde esmeralda, y le encantaba. Era cierto: sus batas, su ajuar en general era de colores vivos que la hacían sentir joven y hermosa.

¿Por qué sus vestidos no eran así?

Siguió mirando su reflejo. Tras salir del agua no se había molestado en recogerse el cabello; se lo había peinado y esperado a que se secara. Tenía su larga melena ondulada suelta, cubriéndole los hombros hasta más allá de los omoplatos. No lo llevaba más largo porque para recogerlo en un moño estricto no necesitaba más. En cambio así, con el camisón y la melena suelta, se supo bella.

Ella, Helena, ¿guapa?

«Vas a ser la joven más hermosa de Almack´s el día que debutes. Me llenarás de

preocupación». Las palabras de su padre, cuando aún era una niña, le vinieron a la cabeza y la llenaron de calor.

Volvió a mirar sus vestidos, rectos y apagados, pensó en su pelo recogido, y se preguntó cómo podía ser una matrona con solo veintisiete años. ¡Pero si se sentaba con las mujeres más viejas en los bailes desde hacía cinco años, al menos!

—¿Milady?

«Vida nueva», se recordó, «vida nueva».

—Busca el vestido menos triste del armario. O el menos cubierto, por favor. ¿Crees que durante la semana podrías hacer algo con todos los cuellos, como bajarlos, por ejemplo?

—Si milady me concede veinte minutos puedo arreglarle el escote del vestido azul marino. Su cuello es el más sencillo y podría trabajarlo con facilidad. Y con un lazo amarillo en la cintura podríamos alegrarlo.

—¿Tengo un lazo amarillo? —Lo dudaba.

—Vos no, pero vuestras cuñadas tendrán uno, sin duda. Si llamamos a sus doncellas nos pueden traer uno y, de paso, se encargarán de vuestro cabello, también.

—No te preocupes por eso.

Luciría su melena tal y como lo hacía su cuñada Jimena.

—Ni vos por el gong de la cena. Sonará cuando tenga que sonar, ni un minuto antes.

El tono cómplice de Rose la sorprendió. Tenía una relación cordial con el servicio, desde luego, y algo más íntima con su doncella. Pero nunca había intrigado con nadie.

Le gustó la sensación.

***

En cuanto entró en el salón para cenar se hizo el silencio. En otras circunstancias le hubiera sido imposible acopiar todas las reacciones que causó su aspecto, pero fue tal el impacto que por un momento el tiempo pareció detenerse y pudo ver las caras que más le interesaban: la de Jimena, henchida por el júbilo; la de Rafe, coronada por una sorpresa agradable; y la de Marcus, roja de alarma.

Fueron Angie y Beatrice quienes rompieron el instante, ajenas a la tensión, que se prolongaba.

—¡Helena! ¿Es ese mi lazo? ¡Te sienta mejor que a mí! Debes quedártelo, ¿lo harás, por favor?

Las jóvenes estaban ya de pie, rodeándola emocionadas.

—¡Y mira tu pelo! ¿Te ha peinado la doncella de Jimena? ¡Yo también quiero llevarlo suelto! —Se dirigió a su hermana—. ¿Cómo crees que me sentaría a mí si lo dejara caer por mi espalda?

La otra trató de imaginarlo.

—Lo tienes demasiado largo, tal vez deberías recortar algunos mechones...

—¡Jamás! Una dama de verdad no corta...

—Una verdadera dama no lleva jamás el cabello suelto en público —fue la sentencia de Marcus, una vez recuperada la compostura.

Callaron las dos ante el tono autoritario de su hermano mayor, creyendo que la riña era para ellas, ignorantes de pronto de sus recogidos bien altos y sujetos.

No obstante, la española sí era consciente de cómo gustaba lucir su melena. Y, aun sabiendo que quizá no fuera una dama y que el enfado de su cuñado no iba dirigido a ella, se molestó. No supo si Rafe no pudo o no quiso intervenir antes de que hablara ella, presta. Se dirigió a las muchachas.

—Si vuestro hermano está en lo cierto, será mejor que subáis a vuestras habitaciones a comprobar que cada cabello de vuestra cabeza está en su sitio. Os llevarán la cena a la salita de las pinturas.

Con mirada firme las dirigió a la puerta, que el lacayo abrió al punto.

Angie, más avezada, tiró de Beatrice y salieron. Aun así, ya en el umbral, se volvió.

—Estás muy bella esta noche, Helena. Buenas noches.

Y salieron.

Era un signo de rebeldía que hacía casi tres años que la familia no presenciaba y, a pesar de la insolencia mostrada hacia él, en cierta medida Marcus se vio aliviado. Desde aquella noche que nunca se mencionaba, tanto tiempo atrás, no había vuelto a mostrar ningún signo de insubordinación o desobediencia.

Mientras se perdía en Angela, no se percató de que Jimena había despedido a todos los presentes. Estaban solos los dos matrimonios en algo que parecía comenzar a convertirse en una costumbre; una que no le agradaba.

—¿No cenaremos esta noche?, ¿o vas a servirnos tú?

No se ofendió.

—Bien podría hacerlo, cuñado, dado que no soy una verdadera dama —le respondió, sin embargo, señalándose su lustrosa melena.

Rafe se sentó a pesar de que su esposa seguía en pie, desentendiéndose de la situación. Su duquesa no necesitaba ayuda y ya había escogido bando. Helena estaba preciosa, pero no se lo diría porque no estaba seguro de que su hermano no necesitara su apoyo y tuviera que ponerse de su lado. Elogiarla lo consideraría una traición. Pero amén que estaba hermosa.

También Marcus se sentó, a pesar de estar ambas duquesas levantadas.

—Si vos lo decís —fue su poco comprometedora respuesta.

Neville no pensaba echarse atrás. La ofensa había sido para Helena y solo para ella. Si la española quería sumarse a la burla o incluir a sus hermanas, ¡allá ella! Pero maldito fuera si se echaba atrás.

—Oh, pero lo digo, señor. No soy una dama de verdad dado que soy bastarda, como bien sabéis.

—Jimena —le advirtió Rafe.

Marcus había apoyado su matrimonio sin reservas, obviando su pasado, acogiéndola en la familia sin mirar atrás. No merecía ese comentario. Ese no, aunque sí todos los que pudieran venir después.

—Eres hija de duque y de duquesa, cuñada de duque y esposa de duque. Quizá seas la persona de mayor rango de esta sala —reflexionó Marcus con voz monótona.

—Pero llevo la melena suelta.

—No del todo —la corrigió Helena, animándose a entrar en la conversación al tiempo que se acercaba a la mesa, tomaba el plato de su esposo y se acercaba a una de las cacerolas, que abrió sin interés—. Lo llevas recogido en una trenza de raíz lateral.

La otra duquesa tomó el plato de su marido y la imitó, sirviendo también una ración de comida sin mirar lo que ponía en él.

—Ah, has conocido a mi doncella, lo que se deduce si sabes qué es una trenza de raíz.

Helena entró en el juego.

—¡Y qué habilidosa es! ¡Y dispuesta!

Para pasmo de los Knightley, hablaron sobre naderías femeninas mientras servían viandas que fueron colocando a su alrededor sin mirarlos siquiera, haciendo una pequeña barricada en medio de la mesa.

Cuando acabaron sirvieron un servicio para cada una, más atentas entonces, y lo colocaron al otro extremo del enorme tablero. Jimena se sentó, Helena se acercó a los vinos. Se sentía pletórica.

—¿Vino de La Rioja o de Valladolid?

Había aprendido a apreciar la bodega que trajera la española desde su tierra.

—De La Rioja, por favor —fue la respuesta de Rafe, agradecido.

—Valladolid, gracias —respondió al tiempo, Jimena.

Sin dudarlo, tomó el que ella le pedía, solo una botella, y la acercó al extremo de la mesa reservada a las damas. Sirvió sendas copas mientras la otra hacía lo mismo con el agua. Sonrientes, continuaron con su conversación como si estuvieran solas en el enorme salón.

—Creo que debería encargarse de peinar a Angela en su debut. Nada demasiado audaz, claro, pero tiene un pelo precioso para mancillarlo con tenacillas.

Helena pareció pensarlo.

—Dependerá de la ropa que lleve, desde luego.

—Por supuesto. Hablando de vestuario... —la miró con poco disimulo.

—Rose, mi doncella, también es muy capaz, ¿cómo es posible que nunca te lo haya comentado? Verás...

Al otro lado de la mesa Rafe y Marcus pinchaban la comida de sus platos sin saber muy bien qué tragaban, mirándolas de soslayo, con las copas de vino vacías, bebiendo agua, en cambio.

—Todo esto es culpa tuya —le siseó el menor al mayor, enfadado.

—Estás invitado a unirte a ellas, si así lo deseas.

—¿Así agradeces mi lealtad? —protestó.

Rebajó la mueca, mas no el tono.

—Gracias.

Ante su gesto, si no contrito al menos sí menos adusto, Rafe se permitió bromear.

—De todas formas, ya no podría acercarme aunque quisiera, en este momento me consideran un traidor. No he defendido a mi esposa...

—Tu esposa no necesita adalides...

—... ni le he dicho a la tuya lo hermosa que está esta noche.

Si el duque de Tremayne esperaba una réplica a eso, no llegó. Satisfecho con su silencio, considerando que era bueno que no replicara, no presionó más.

—Dormirás en el diván esta noche.

—Jamás.

Marcus alzó la ceja ante su asertividad.

—Se te ve muy seguro.

—Fue un trato que hicimos al reconciliarnos. Nada de camas separadas. Nunca. Puede ser conveniente alejar cualquier objeto cortante de nuestro radio de acción —lo dijo con una sonrisa divertida—, pero siempre dormimos juntos.

Algo se revolvió en Neville. No fue solo la confesión, tan íntima. Fue el tono, la mirada, los secretos y las promesas que debía haber detrás.

—¿Y bien? —preguntó Rafe al otro lado de la mesa, con una sonrisa seductora, cuando vio que ya no comían—. ¿Firmamos una tregua para los postres?

Y cabeceó hacia los asientos libres entre ambos extremos, que ocupaban ellas y ellos.

Jimena simuló valorarlo con prudencia.

—¿Os vais a comportar como los caballeros que se supone que sois?

—¿Cuándo no lo hemos sido? —respondió simulando agravio.

Miró a Helena. Esta había pasado una cena divertida, ignorando a su esposo en lugar de escucharlo con atención como siempre hacía. Se sentía hermosa y se sentía afortunada. Había confabulado con Rose primero y con Jimena después. Podía permitirse ser condescendiente. Y caprichosa.

Se sentía mejor que eso: se sentía joven como nunca recordaba haber sido.

—Neville —lo llamó al orden—, ¿piensas comportarte como un caballero de verdad?

—Siempre —respondió, la voz sin inflexiones.

Las duquesas se miraron, sonrientes.

—Siendo así, consentiremos en ser clementes.

Con un encogimiento de hombros, cambiaron sus asientos por los más céntricos, invitando a sus esposos a unirse a ellas.

Los postres transcurrieron en un ambiente distendido, llevando los Tremayne el peso de la conversación. Helena estuvo sonriendo todo el tiempo; no así Marcus, que se dedicó a

contemplarla, a su larga melena y a su sonrisa.

Diablos, ¿desde cuándo era Helena Knightley una dama joven?, ¿una mujer, además, con unas clavículas tan interesantes?

No lo sabía, pero de algo estaba convencido: no le gustaba.

Capítulo 4

Si bien el ama de llaves no fue tan efusiva como lo habían sido Angie y Beatrice con su apariencia —jamás se hubiera atrevido a juzgar el aspecto de su señora—, su mirada de aprobación reconfortó a Helena. Aquella mañana, al despertar, se había encontrado uno de sus austeros vestidos, el color berenjena, cubierto con una gasa malva claro con pequeñas flores blancas. Dicha gasa fue una vez parte de otro de las jóvenes que les había quedado estrecho, al parecer. Con un cuello de caja y mangas abullonadas, parecía una prenda diferente, nueva.

—Rose, te esfuerzas demasiado —había regañado a su doncella, en una amonestación cargada de cariño.

Y era cierto, no podía permitir que continuara zurciendo sus ropajes, sabiendo además que tendría que cambiarlos, que eran meros arreglos temporales. Aquello la había convencido de la necesidad de un nuevo guardarropa. Uno completo: vestidos, zapatos, sombreros, guantes, escarpines... Todo debía ser cambiado.

Así que salió de la pequeña salita de la planta más baja, donde acudía dos veces por semana a los dominios de la señora Bates para revisar las tareas cotidianas y los libros de cuentas, preguntándose cuándo podría ser conveniente acudir a Londres por dos o tres días para visitar a una modista.

Regalaría a Rose todo lo que tenía, si es que lo quería. Que ella repartiera entre el resto de las muchachas de la casa lo que considerara.

Se detuvo en la enorme escalera imperial de mármol, sin nada que hacer. Desde hacía dos años sus cuñadas prestaban más atención a su puesta de largo que a su formación y ella apenas supervisaba ya lo que hacían. Las clases de francés, baile, piano, etiqueta... las impartían dos profesores que contaban con su aprobación y confianza.

Podía encerrarse en su sala privada, donde no sería molestada, o podía salir de la casa. Sonrió con verdadero placer.

En Donwell no había habido establos, no de verdad. Sus hijos tuvieron sendos ponis y su esposo tenía un caballo, desde luego que sí. Y ella hubiera tenido una yegua si la hubiera solicitado, como cualquier dama de su estatus. Pero su mayor decepción al llegar a la finca de los Knightley diez años atrás fue descubrir que no había personal cualificado ni un lugar adecuado para caballos... no como en la finca solariega de su padre. Tenían los de tiro para la calesa,

Marcus ni siquiera había tenido un tílburi como la mayoría de los caballeros que estudiaban en la universidad y se dedicaban a hacer carreras y apuestas absurdas, como supo que hacía el resto en cuanto comenzó a alternar en sociedad.

Así que en Donwell no había unos establos competentes y por tanto renunció a montar y se dedicó a pasear por la enorme finca.

Pero eso fue hasta que llegó Jimena y, con ella, sus cuadras españolas.

Mientras se rehabilitaba la propiedad de los nuevos duques de Tremayne y se construían las mejores caballerizas del país, a unas veinte millas de allí, había pedido traer su yeguada a Donwell y Helena había recuperado tantos años después un placer que creía perdido.

Cada mañana desde hacía tres meses buscaba un momento para acudir a los establos. Encontraron en un baúl guardado en el desván un traje de monta de su juventud que, para su sorpresa, no necesitó de hechuras, y en las cuadras una yegua poco briosa con la que recuperar las sensaciones en su grupa.

Dudaba de que Jimena y Rafe lo supieran, siquiera, tan concentrados estaban en la doma de un par de potros, esta ataviada con una larga trenza, pantalones anchos de caballero y unas botas hessianas, recordó sonrojándose.

Feliz porque esa mañana podría cabalgar dos horas al menos, se cambió y bajó a los establos por la puerta trasera, evitando ser vista. Una vez allí saludó a uno de los mozos españoles y se acercó al cubil de la que ya consideraba su yegua, ofreciéndole esta su hocico, sabedora de que portaba para ella una manzana.

—Eres preciosa —le susurró, acariciándole la testuz—. Preciosa.

No le gustaban los animales pequeños. Cuando sus hijos quisieron tener un perro les regaló un mastín. Los caballos le daban paz. Apoyó su frente en la otra, más grande y ancha, y cerró los ojos, relajándose.

—Ahora entiendo por qué ya no quiere saber nada de mí —escuchó poco después la voz de su cuñada, complacida, a su lado.

Agitada, como si hubiera sido sorprendida en una diablura, se apartó.

—No te oí entrar —se excusó.

Jimena extendió el brazo para acariciar a la yegua, hablándole con suavidad en castellano, antes de contestarle.

—Estabas muy concentrada con Indalesia.

No le respondió, y durante unos minutos se mantuvieron en silencio.

—No sabía que montaras, Helena.

—Dejé de hacerlo con asiduidad cuando mi madre se casó con Maine, y lo abandoné cuando fui yo quien se casó. Aquí no había posibilidad de hacerlo hasta que llegaste.

Y volvió a callar. No era que no quisiera conversar con ella, sino que por alguna razón aquella mañana se sentía silenciosa, melancólica.

Intuyendo su estado de ánimo, su cuñada sacó a la yegua para ella, la ensilló y la llevó hasta la

explanada. La acompañó, sorprendida por la naturalidad con la que se manejaba. Parecía haber nacido en un establo, y con aquellos pantalones podría confundirse, de lejos, con otro mozo.

—Dame solo un minuto.

Entró de nuevo y salió poco después con un castrado media cabeza más alto que Indalesia.

—¿Vamos?

De repente, la perspectiva de no cabalgar sola le alegró.

—¿Dónde?

Jimena se encogió de hombros, despreocupada.

—Es tu finca; donde quieras llevarme.

Salieron al trote, una al lado de la otra.

En cuanto llegaron a campo abierto soltaron las riendas y dejaron que sus monturas cabalgaran a placer. Quince minutos después los caballos estaban sudados y jadeantes. Los acercaron al riachuelo a que bebieran y bajaron ellas a estirar las piernas.

—Necesitaba galopar así —dijo risueña.

Quería gritar, reír, correr. Se sentía las mejillas sonrosadas por el esfuerzo.

—Todavía no habías dejado que la yegua diera todo de sí —afirmó, no preguntó.

Se volvió y le sonrió.

—No, aún no me había atrevido.

—Eres una buena amazona, duquesa —la felicitó Jimena.

Viniendo de ella, que era una jinete excelsa, se sintió orgullosa. De joven había montado a diario, su padre la había subido a su primer poni siendo muy niña y, en efecto, había aprendido a cabalgar muy bien. Pero lo que hacía su cuñada sobre un caballo...

—¿Cómo logras dominar a un animal tan grande? ¿Y cómo haces que dé esos pasos tan extraños?

—Doma. Doma española. —Al ver su interés, prosiguió apasionada—. ¿Has montado alguna vez a horcajadas?, ¿no? ¿Lo harías? No te sorprendas tanto, es la única forma de controlar de verdad a tu montura. Piénsalo. Podemos tomar unos pantalones, guardarlos en una bolsa y venir hasta aquí. Te los pones y probamos una vez. Si te convenzo, aprendes. Y si no...

—Pero es indecoroso.

La carcajada de Jimena fue genuina, no había burla en ella.

—¿Te has fijado en los españoles que trabajan en los establos? No hay gestos escandalizados en ellos.

Era cierto. Quizá alguna mirada apreciativa hacia sus posaderas, pero también esa mañana la habían mirado a ella de forma distinta, con su melena casi suelta y su vestido escotado.

No podía negarlo: se había sentido tan bien.

—Habría que recoger tu cabello, sin embargo.

Se tocó el pelo.

—No me molestaría.

—A Marcus tampoco le importaría, al parecer.

Suspiró. Podía ignorar el asunto o podía abordarlo, era su decisión.

No obstante, Jimena era su única amiga, si es que alguna vez había tenido una. Habiéndose criado en la campiña primero y con un padrastro abusivo después, siendo joven nunca había gozado de un privilegio tan básico como la amistad. Una vez casada, y como duquesa, se había mantenido alejada de quienes la buscaban por su posición, rodeándose de matronas con las que nada tenía en común, perdiendo cualquier oportunidad de sincerarse en nada.

Su cuñada era discreta y, de algún modo, se sentía querida y respetada por ella. También comprendida, a pesar de no haberle contado nunca suceso alguno de su vida. Esa mujer parecía, no sabía cómo, saberlo todo sin necesidad de preguntar.

—Marcus debería prestarme atención para que le molestara algo de mí.

—Estos días pareces haberte ganado una gran cuota de esa atención.

—No le gustan los cambios. Dale una semana y se le pasará, supongo.

La otra pareció pensar cómo seguir antes de continuar hablando.

—Helena, sabes que en otros tiempos me dediqué al espionaje, ¿no es cierto? Sutilezas, matices... No me gustaría que nuestro cariño fuera así, medido; desearía que fuera espontáneo. Quisiera poder hablar con libertad y que, si me excedo, tú me lo hagas saber sin temor a avergonzarme.

Le vino a la mente una conversación cuando se conocieron, algo relacionado con no traspasar ciertos límites. En ese momento quería que los rompiera todos.

—A mí también me encantaría que fuera así.

La vio asentir.

—De acuerdo, entonces. ¿Te gustaría que en una semana Marcus dejara de prestarte atención?

«¡Vaya!», se dijo. Así que eso era una conversación sincera entre amigas. Se parecía mucho a desnudar el alma, y no lo había hecho nunca.

No era cierto, se corrigió. La había expuesto una única vez, y hacía bien poco: consigo misma la semana anterior.

Fue todo lo honesta que supo con su nueva confidente.

—No lo sé.

Su voz reflejó tanta sinceridad como angustia.

Sintió que le tomaba la mano.

—¿Qué es lo que quieres?

No dudó.

—Quiero ser feliz. Ya no me conformo con estar satisfecha. Quiero... Necesito ser feliz. Lo necesito.

—¿Ser feliz... con él?

—Conmigo misma. —Supo que era cierto, lo entendió en aquel preciso instante—. La ropa, el pelo, todo es por mí. Necesito un cambio. Quizá no sepa hacia dónde, pero no quiero seguir así.

Estaba al borde de las lágrimas, se asustó. Quiso secárselas a pesar de que todavía no se habían desbordado, pero su cuñada no se lo permitió. Le tomó la otra mano y se las sostuvo con más fuerza, transmitiéndole confianza.

—De acuerdo. Si sabes que un cambio en tu pelo, en tu armario, va en la dirección correcta, nos iremos a Londres con algún pretexto y comenzaremos por reformar tu imagen, ¿de acuerdo?

Que no la creyera tan frívola como para pensar que era una cuestión de estética la apaciguó. La alivió tanto que las lágrimas que retenía comenzaron a fluir sin ningún control por sus mejillas. Sin control y sin hacer ruido, tampoco.

Jimena sacó un pañuelo níveo de su bolsillo y se las limpió con una sonrisa.

—¡Y encargaremos también unos pantalones de caballero para montar y unas botas hessianas!

Las lágrimas se volvieron risas.

Todo iba a salir bien, se dijo Helena. Tenía que salir bien.

No podía ser de otro modo.

Capítulo 5

Al día siguiente volvieron a salir a montar, juntas y solas. Si Rafe se percató de quién acompañaba a su esposa, no dio muestras de ello.

Apenas se habían alejado de los establos cuando Helena hizo notar la cesta que llevaba su cuñada.

—¿Almorzaremos en algún momento de la mañana? —preguntó con sarcasmo, aunque sin ser ofensiva.

Tal vez no fuera tan avezada como la española, pero no era una dama boba. La sonrisa llena de gozo de Jimena le confirmó sus sospechas.

—Ya sé que dijimos que esperaríamos a confeccionarte unos en Londres, pero Juan está creciendo y las botas que usaba ya no le sirven, y Manuel es tan alto como tú, así que...

—¡Me has traído unos pantalones!

—Con un cinturón para que se te ajusten lo mejor posible, una camisa de mozo que te cubra las posaderas y unas botas —se defendió, divertida—. También un peine para hacerte una trenza, desde luego.

—Desde luego, el cabello recogido es un detalle indispensable.

—Indispensable. Con la melena suelta parecerías indecorosa.

Helena se tragó una carcajada.

—Solo en caso de llevar la melena suelta, ¿verdad?

—En efecto.

Suspiró, pero era una discusión perdida. Ardía de curiosidad por montar como un hombre.

«Una sola vez, por probar», se disculpó con la educación que tantos años la había acompañado.

—Será mejor que me cambie lo antes posible. No podrás cabalgar con esa cesta enorme en tu regazo, supongo.

Sospechaba que la española podría hacerlo de pie, incluso.

—Me sería del todo imposible —respondió sin embargo ella, muy seria, insinuando una sonrisa.

—Confío en que la cabalgada sea más fluida que esta conversación...

No pudo continuar, la cara de diablesa que compuso Jimena la convenció.

Iba a detenerse cuando la otra le pidió que avanzaran un poco más. La llevó hasta un roble enorme, donde había una silla de caballero esperándolas.

—Más tarde alguien de mi entera confianza vendrá a recogerla y no hará preguntas.

Veinte minutos después la cesta había quedado a recaudo del árbol centenario junto a su vestido y la otra silla, y Helena se afanaba en subir a la yegua de nuevo.

Le resultó escandaloso permanecer con las piernas abiertas a pesar de reconocer que era más sencillo mantener el equilibrio. Recibió algunas lecciones rápidas sobre cómo manejar a Indalesia con las rodillas y los muslos.

—Los hombres —entendió— nos han hecho trampas con la equitación. No es que sean mejores, es que les es más sencillo controlar a sus monturas en esta posición.

—Los hombres nos han hecho trampas en casi todo a lo largo de la historia, me temo —le replicó la otra.

Un rayo de determinación cruzó los ojos de la duquesa de Neville.

—Bien, pues esta mujer no va a dejarse estafar en mucho más ni por mucho más tiempo.

La duquesa de Tremayne, la más arrojada de los dos, suspiró no obstante, resignada.

—Me conformo con ser consciente de que me están engañando y trasgredir en privado. En mi país no hace tanto que tostaron a una muchacha sevillana[1].

Guardaron silencio por un momento. La persecución y quema de mujeres había sido cuantiosa y practicada a lo largo y ancho del continente, matando a tantas como lo hubiera podido hacer una guerra durante tres siglos. Todas, damas o no, habían escuchado el caso de una injusticia flagrante más o menos cercana, pero ninguna se manifestaba por el riesgo a ser quemada también.

—Mejor intentamos poner a tu yegua al trote, ¿te parece?

—Mejor.

O el ánimo decaería y el encanto de la mañana se desvanecería, sin más.

Pasaron, pues, un buen rato haciendo avanzar a Indalesia, Jimena corrigiéndole la postura, hasta que por fin se pusieron a un galope suave.

En un momento dado, Helena azuzó sus riendas y las acortó, presionó a la yegua con los muslos antes de erguir el cuerpo y comenzó a gritar.

Gritó como no lo hacía desde niña mientras dejaba que la yegua galopara y se prometía que la próxima vez tomaría un caballo mucho más veloz.

***

Volvieron al enorme roble, mas no se cambió de ropa. Por supuesto, no regresaría a los establos vestida de mozo, jamás osaría hacer algo tan indecoroso, pero deseaba llevar aquellos pantalones algo más de tiempo.

Con ellos se sentía libre. De algún modo, durante aquella hora, la prenda se había convertido

en un símbolo de rebeldía. Significaba el comienzo de una nueva era. Encarnaba a la Helena que había nacido aquel año.

Se sentaron bajo la protección de las ramas del árbol a charlar un poco más.

—Antes de volver a montar, ¿no hacías ningún otro ejercicio?

Negó con la cabeza.

—Los primeros días tenía tanto dolor en el cuerpo que me dolía incluso respirar.

Rieron.

—¿Cómo es posible? Cuando te conocí hubiera jurado que estabas en forma. Quiero decir, mírate: tienes un físico envidiable. Me encantaría tener tu altura y elegancia.

«Ninguna mujer parece conformarse con lo que tiene», reflexionó al ver que su cuñada lo decía de corazón, que no pretendía adularla. La española tenía una figura curvilínea, pequeña y redondeada, muy femenina. En cambio, parecía preferir la suya, más alta y esbelta.

—Rafe parece adorarte tal y como eres —le respondió sin pensar.

En su voz se percibió la envidia. Sin tintes de maldad, pero envidia, después de todo. Marcus nunca se había fijado en ella. Tampoco en su comentario había desilusión, era solo la constatación de un hecho. Vivían en la misma casa, hablaban cuando era necesario, hacían las comidas juntos y, durante la temporada, acudían a los eventos preceptivos del brazo. Pero se habían acostumbrado el uno al otro y apenas se percibían.

No, no era cierto. Ni siquiera habían llegado a acostumbrarse. Durante los dos primeros años de casados apenas estuvieron juntos tres meses, y después... después ya estaban acostumbrados al hecho de que estaban casados, el heredero y el sustituto ya estaban concebidos y no tenía sentido seguir relacionándose más allá de lo que la sociedad esperaba.

Ellos ya no esperaban nada.

La otra, que continuó hablando, la devolvió a la realidad.

—Para mi fortuna. —En sus labios se dibujó una sonrisa cargada de recuerdos.

Tal vez evocara momentos de la noche anterior, o de cualquier otra noche, se corrigió. Sabía por Todos en la casa sabían que sus cuñados dormían juntos.

No le diría que si no fuera tal su suerte, tendría un matrimonio como el que vivía ella. Porque no quería estropear el momento, porque eran intimidades que le pertenecían solo a ella, y porque ya lo sabía dada su indiscreción la noche de Año Nuevo.

—Después de unas semanas —volvió a la cuestión de la equitación—, mi cuerpo se acostumbró y comencé a poder sentarme sin que me doliera.

Rieron.

—No noté nada.

—Nadie lo hizo. Una dama no se sienta de ningún modo que no sea el correcto.

—Eres toda una dama, Helena —la admiró.

Supo que no se refería solo a su forma de sentarse y aquel reconocimiento le llegó muy adentro. Había supuesto mucho sacrificio personal ser «toda una dama».

—Gracias —dijo, sucinta.

Después de un corto silencio, Jimena quiso saber más.

—Si no tenéis establos, ¿qué tipo de deportes practica Marcus, además de esgrima? Porque es obvio que hace algún tipo de ejercicio, dado su estado de forma.

Iba a contestarle cuando se dio cuenta de que desconocía la respuesta. Se quedó en blanco, desconcertada. Sabía de las rutinas de todos los que residían en la casa, desde la moza de la colada hasta Angie y Beatrice. Y, sin embargo, nada conocía de las de su esposo. Ni siquiera sabía si era cierto que hacía esgrima, como ella acababa de decirle.

Bien podía pasar las mañanas en su estudio, al aire libre o... o con alguna mujer en el pueblo. No lo sabía.

La española, confirmándole que podía leerle la mente, le replicó enseguida.

—Nunca se han acercado a ninguna muchacha del condado. Ni Rafe ni Marcus lo han hecho. Es una norma no escrita: no tocar a mujeres que dependen del ducado y con las que sus futuras esposas habrían de coincidir antes o después. Jamás.

Helena se encogió de hombros.

—Supongo que Londres está cerca.

—Tu esposo es un hombre muy discreto. Por lo que sé, nada se oye de su vida privada.

—Y tú lo sabes todo.

Le tomó la mano.

—No, no puedo saberlo todo, y sin duda tendrá una vida privada.

Apartó la mano, insultada. No por las infidelidades que pudieran existir, sino por pretenderla tan cándida como para no creer que existieran. Solo las ignoraba.

Volvió al tema de las actividades de Marcus.

—Yo tampoco puedo saberlo todo. Pero me parece increíble no saber a qué se dedica mi esposo en la casa.

—Quizá nade en verano.

—Y camine en invierno.

—O pesque.

—Pescar no supone un ejercicio.

—Ya, pero ¿lo saben los hombres?

—¿Y si caza?

—No quiero saber qué gusta de cazar mi marido...

Aunque el comentario arrancó unas risas, Jimena cambió de asunto, no queriendo empañar el momento.

—Me resulta tan extraño que, después de diez años de matrimonio, no sepas nada de la vida de Neville...

***

La razón por la que Donwell Abbey carecía de establos era el anterior duque. Cada vez que bebía de más, lo que ocurría casi a diario, solía gustar de montar y poner a su caballo al límite. La duquesa, temerosa de que se partiera el cuello, se deshizo de las cuadras en una de sus muchas ausencias.

Ironías del destino, murieron en su calesa camino de Londres, asaltados por un ladrón de poca monta al que nunca encontraron.

Así pues, el duque de Neville no montaba, aunque desde luego sabía mantenerse con gran destreza sobre un caballo. Era un don natural en ambos hermanos.

En la ciudad Marcus practicaba esgrima en Angelo, boxeo en Jackson's y remaba con sus antiguos compañeros de Oxford; y en el campo nadaba si el tiempo lo permitía —no le importaba el agua fría—, remaba en solitario por el pequeño río cuando este iba crecido o daba largas caminatas.

Como esa mañana. Había salido a caminar por la parte oeste de la finca, en dirección al arroyo para comprobar si tenía suficiente profundidad para poder bogar en él. Después de casi una hora disfrutando del silencio, solo roto por el trinar de los pájaros y sus propios pasos, rápidos, había escuchado dos voces femeninas que conocía bien y, reflexivo, se había detenido a escuchar su conversación antes de hacer notar su presencia.

Ver a ambas duquesas vestidas en pantalones le hizo arder de indignación. Siendo sincero, fue ver a *su* duquesa en tales prendas lo que le hizo sulfurarse. ¿Cómo se atrevía a hacer algo tan descarado?

La frase que colmó su paciencia fue la que insinuó que iba de cama en cama. Él, que había sido un hombre discreto, cumpliendo el único cometido que ella le pidiera nada más casarse: la discreción que ambos merecían.

«No quiero saber qué gusta de cazar mi marido», había dicho.

Se acercó adonde se encontraban, dejándose ver, justo para escuchar a su cuñada.

—Me resulta tan extraño que, después de diez años de matrimonio, no sepas nada de la vida de Neville...

—Esgrima, boxeo y remo en invierno. —Un gritito de sorpresa acompañó el giro de sus cabezas hacia él—. En verano nado, paseo y bogo también, si es posible. Me doy cuenta ahora...

—Marcus.

—Neville.

Lo saludaron a un tiempo, mas no hizo sino saludarlas con la cabeza y continuar hablando como si no hubiera sido interrumpido.

—Me doy cuenta ahora de que, tal vez, debería haber dedicado menos tiempo a actividades fuera de mi hogar y haber dedicado más tiempo a este y a vigilar las actividades de mi esposa, en cambio.

Helena dejó de respirar, enfurecida. ¿Era ella la que tenía que ser vigilada?, ¿ella? Dejó pasar unos segundos antes de responder, tratando de restar valor a sus palabras.

—Vigilar es una palabra demasiado significativa para mí, ¿no crees?

Su mirada se tornó jactanciosa.

—Creo significativo que la duquesa de Neville se vista con pantalones.

Se había buscado que la considerase solo por su título y, aun así, le dolió. Se recompuso lo mejor que supo.

—También lo hace la de Tremayne.

—Que sea mi hermano quien decida cómo quiere que se reconozca su ducado. Los once duques de Neville, a excepción de mi padre que el diablo lo tenga en su seno, han tenido una reputación intachable. Así también sus duquesas.

Jimena supo que debía marcharse. Se puso en pie y desató a la yegua, no a su caballo.

—Llévate también esa cesta, por favor —pidió él.

Ambas hablaron a la vez, explicando que dentro estaba el vestido de Helena.

Después de todo sí había salvaguardado su imagen, no así su cuñada, lo que no le sorprendió. Pero los sirvientes no dirían una sola palabra en contra de su señora, lo sabía. Y no verían a su señora llegar en pantalones si él podía impedirlo, además. Y desde luego que podía hacerlo.

La española estaba ya sobre su montura cuando insistió.

—Llévate la cesta, Jimena. —Su tono, duro, no admitió discusión.

—¡Pero Marcus...!

Sin más, alcanzó la canasta de mimbre y se la tendió. Ella, disculpándose con Helena, la tomó y se marchó al trote.

Soliviantada, se levantó para enfrentarlo. Si bien le aventajaba en quince centímetros, él estaba acostumbrado a mujeres que le llegaban a la altura del pecho y no hasta la nariz, como ella.

—¿Cómo te atreves a pedirle que se lleve mi vestido?

—Si es uno de esos que muestran la piel de tu pecho, debería pedir que lo quemara. Ese y todos los demás.

No sabía por qué había dicho algo así, aquellas prendas le sentaban bien. Y, se recordó, en realidad le importaba bien poco lo que ella llevara puesto.

—Hazlo, si quieres. Hazlo, dado que voy a ir a Londres a encargar un guardarropa nuevo con los escotes todavía más bajos.

La corrigió con altanería.

—Irás a Londres a encargar un nuevo armario para que Angela sea presentada esta temporada. —Su voz se volvió soberbia—. Y supongo que, en consonancia, encargarás lo necesario para acompañarla.

—¿Alguna vez me he expresado de modo que no sea con absoluta propiedad?

Se puso alerta. Helena no le contradecía. Menos cuando mostraba toda su arrogancia ducal.

—No, nunca.

O no que recordara. Aunque nunca había necesitado ponerse pedante con ella. Detestaba tener que convertirse en un pedante.

—Tampoco me he equivocado ahora al hablar. Como te decía, en breve acudiré a la ciudad a encargarme ropa nueva. Y de un estilo nuevo, también.

—Las duquesas de Neville no...

—¿Alguna vez he actuado de modo que no sea con absoluta propiedad?

«Cautela», se recordó...

—No, nunca —le concedió.

Sonrió ella, triunfal, antes de señalarle los pantalones.

Se maldijo al no subrayarle la falta de decoro en su vestimenta, justo en ese momento.

—Exacto, porque he salido de Donwell sin ellos. Y si al volver alguien me sorprende vestida de forma incorrecta, será tu culpa, no la mía.

—¡Maldita sea, harás lo que yo te diga!

Se ganó una mirada desafiante.

—¿Alguna vez he...?

Se desbordó.

—Si terminas esa frase, si vuelves a decir «alguna vez he lo que sea», te sentaré sobre mis rodillas y te azotaré en el trasero como a una niña malcriada.

La idea de que la tratara como a una infanta, unida a la humillación de verse... de verse... en tal posición, la superó a ella.

—¡No te atreverías!

—Llevas la ropa adecuada para ello, ahora que lo pienso. Y comienzo a sospechar que disfrutaría de las vistas, además.

—Tú... tú...

Se acercó a él, cerrando el poco espacio que los separaba. La mirada de Marcus se cernió sobre ella, oscureciéndose. Por un momento el tiempo se detuvo y se sintió hechizada por sus ojos. Se quedó sin aliento, y el deseo, largo tiempo olvidado, la asaltó por sorpresa.

—Sube al caballo, Helena —le advirtió él. La vio dudar y se acercó un poco más a ella, agravando su voz, susurrándole—. Hazlo, antes de que nos arrepintamos.

Su amenaza la hizo reaccionar. Se apartó de él poco a poco. El cuerpo primero, los ojos después, sintiendo el frío de su lejanía.

Cuando llegó a la montura se dio cuenta de que no era Indalesia quien le esperaba.

—No sé si sabré manejarlo.

Marcus sabía por qué había dejado Jimena al castrado: porque intuía que volverían juntos.

—Lo haré yo. Monta y ponte lo más atrás que puedas en la silla. Yo lo haré delante.

Y se dio la vuelta, poco dispuesto a ayudarla. A tocarla siquiera.

Capítulo 6

Sentirla pegada a él desde detrás estaba poniéndolo muy tenso. Los muslos, más pequeños pero firmes y contorneados, se ajustaban a los suyos para sujetarse y no caer.

También los brazos lo rodeaban, no oprimiéndolo, pero sí se ceñían a sus costillas para que las manos fueran a descansar muy cerca de su vientre, con suavidad, pues la fuerza necesaria la hacían las piernas, como debía ser si la amazona era experta. Había colado, en cambio, las palmas por entre las solapas de su chaqueta de lana. Nunca llevaba chaleco para salir por el campo, ni pañuelo tampoco, le parecían prendas innecesarias, y en ese momento la calidez de las manos de Helena se filtraba por el hilo de su camisa. No obstante, lo que le inquietaban eran sus dedos, que se habían mantenido inmóviles desde que montara, pero que temía que en cualquier momento pudieran deslizarse por su piel sin rumbo.

Era esa incertidumbre la que lo mantenía tenso.

Tampoco ayudaba sentir sus pechos mecerse a su espalda. Aunque, para ser justo, si había alguien a quien culpar por ello era a sí mismo, pues la tercera vez que Helena, circunspecta, intentó evitar el contacto de sus cuerpos en esa zona, fue él quien, emitiendo un gruñido, la había estrechado a su espalda en un movimiento brusco antes de azuzar al castrado y seguir la cabalgada hacia Donwell Abbey, que se le estaba haciendo eterna.

Y, por último, estaba su olor. Su esposa desprendía un olor suave a jazmín que le estaba invadiendo no solo las fosas nasales, sino las ideas. Unas ideas que ni siquiera sabía que tuviera.

El resultado de aquel inesperado viaje a caballo era que una parte de Marcus se sentía muy tentado por la dama que portaba. La otra, la mayor parte de sí mismo, hacía que se sintiera un estúpido.

¿Cómo era posible que no fuera capaz de reconocer a su esposa en la mujer que tenía justo detrás?, ¿a la dama con la que había vivido durante diez años?

Cuando había llegado al claro y la había escuchado confesar que desconocía sus hábitos se había sorprendido. Había estado a punto de reprenderla, incluso. ¡Después de una década de matrimonio no sabía en qué empleaba su tiempo! La indignación había hecho mella en él; su orgullo, herido, al darse cuenta de la poca atención que recibía de su parte.

Pero, se daba cuenta en ese momento, él ni siquiera era capaz de reconocer el cuerpo de ella. ¿Siempre había tenido unas piernas tan largas y firmes?, ¿y unos brazos tan bien contorneados?

No le gustaban las mujeres curvilíneas, a diferencia de su hermano. Él las prefería esbeltas. Sí le gustaban, sin embargo, los pechos. Y, al parecer, los de Helena eran llenos. ¿Lo eran ya cuando se casaron o cambiaron después de tener a sus hijos? Intentó recordar, pero le fue imposible.

Se maldijo una vez más por su falta de atención.

Capítulo aparte merecía su trasero. Al verla en pantalones... sin embargo, no lograba recordar si había disfrutado acariciándolo cuando tuvo ocasión.

¿Cómo había podido ser tan inepto las veces que estuvo en su cama? ¿Las *cinco veces* que estuvo en su cama?

Negó con la cabeza, incrédulo.

—Si tan incómodo estás, quizá debí sentarme delante.

Aunque el tono de su esposa fue educado, supo que estaba molesta, lo que de una forma pueril le alegró, pues él sí estaba enfadado, aunque ya no sabía con quién: si con ella por sorprenderla en pantalones y por no saber de sus hábitos, o con él por no saber nada de la mujer que lo intrigaba cada vez más.

«Si tu trasero rozara mi entrepierna, Helena, sentirías mi erección contra él y no sería el único incómodo», pensó en responderle.

Deseaba ser más crudo en su vocabulario, en realidad, le gustaba serlo, mas no se podía ser tan directo con una dama, pues se hería su sensibilidad. Tal vez por eso no le gustaba acostarse con damas, del mismo modo que nunca lo hacía con prostitutas.

¿La provocaría si le respondía?, ¿le gustaría escuchar sus palabras?

¿Qué sabría ella sobre eso? Recordó que la noche de Año Nuevo le insinuó saber más de lo que debía y su resentimiento se acrecentó.

—No estaríamos incómodos si no te hubieras puesto ropa de hombre.

Esperaba una respuesta que, para su disgusto, no llegó.

Helena no iba a discutir con él. No le reprocharía lo obvio: que si le hubiera permitido ponerse el vestido que llevaba en la cesta, en lugar de despachar a su cuñada con él, no se encontrarían en aquella situación.

Si pensaba humillarla haciéndola entrar en su propia casa con pintas de pilluelo de establo, no le daría el gusto de hacerle saber cuán enfurecida estaba. Bajaría del caballo cual reina Isabel y caminaría hasta sus aposentos como si en lugar de pantalones fueran sus mejores galas lo que luciera.

Si algo había descubierto aquella semana, era que gozaba del favor y el respeto del servicio. Confiaba en no perderlo por algo así. Hablaría con Rose, le explicaría lo sucedido. Sí, era la señora de la casa, la duquesa, pero eso no significaba que no debiera una explicación, o que decidiera darla, ante tamaña falta de decoro.

¡Pero la daría a quien ella considerara! A aquellos con los que convivía y cuya observancia quería mantener intacta. ¿A su esposo?, ¡ja!, antes se congelaría el averno que le daría explicación alguna sobre su comportamiento.

Y, aun así, cuando vio la figura de la enorme mansión isabelina, la atenazaron los nervios.

Cuál fue su sorpresa cuando tomaron un camino lateral que bordeaba la casa a cierta distancia y fueron a dar a la fachada trasera, a una zona ajardinada.

Bajó Marcus y le tendió los brazos. Prudente, pues de momento no estaban en la puerta principal, se dejó ayudar, notando que la mantenía alejada de su ancho pecho.

En cuanto la depositó en tierra le cedió su chaqueta y su sombrero.

—Cúbrete la trenza y la cara con él, en la medida de lo posible. Y —se señaló el torso, en concreto la zona pectoral—... haz lo que puedas con la levita.

—No puedes entrar en la casa en mangas de camisa.

—¿Y tú sí puedes hacerlo en pantalones?

Ante lo irrefutable de su respuesta, hizo lo que le pedía en silencio. O lo pretendió. Al ver que ataba al enorme caballo de su cuñada, con claras intenciones de dejarlo allí, tomó aire para protestar.

—Avisaré a Rafe de dónde está. Vendrá él a buscarlo.

Lo dijo sin volverse, pues puso los pies en el parterre y comenzó a palpar la pared. Curiosa, se acercó, aunque no demasiado. A Helena no le gustaban los insectos y estaba convencida de que habría muchos entre el follaje.

Escuchó un pequeño chasquido y un deslizamiento. Contempló cómo Marcus abría los brazos y tiraba con fuerza para desplazar lo que, de repente, había resultado ser un postigo. Si le maravilló el hallazgo, más lo hicieron los músculos de la espalda de él moviéndose para abrir la puerta. Nunca lo veía si no era vestido con corrección y, aunque sabía que no era un hombre grueso, no pensaba que fuera tan fuerte.

Cuando su esposo se volvió su estómago dio un vuelco. Esperaba una mirada de suficiencia, no el gesto travieso que le dedicó.

—Duquesa.

Se le escapó una risa mientras entraba.

El sonido llegó muy dentro de él.

—¿Te diviertes, Helena?

—Aquí estamos, los excelentísimos duques de Neville, a medio vestir, con los pies llenos de barro, entrando en nuestra propia casa como dos vulgares ladronzuelos. Sí, creo que me divierto. Tú delante, por favor.

Todo el enfado se diluyó al ver el cuadro que ella pintaba. Era la primera vez que reían juntos. Habían tenido momentos de gozo, claro que sí. El nacimiento de cada uno de sus hijos había sido especial. Sin embargo, nunca habían vivido un momento como aquel.

De intimidad.

La palabra entró por algún resquicio de su cerebro y se coló en él.

En su matrimonio nunca había habido espacio para la intimidad.

Ni tan siquiera aquellas cinco noches.

Sin querer estropearlo, la acompañó en silencio por las escaleras, iluminadas por estrechos ventanucos, hasta una portezuela en la primera planta.

Tomó una pequeña llave de un garfio de la pared, abrió la puerta, que se volvería a cerrar por dentro, la dejó en el arpón de nuevo, asomó la cabeza hacia el exterior y se aseguró de que ningún sirviente anduviera por los pasillos.

—Adelante —le susurró—. Directa a tu alcoba antes de hablar.

Cuando salió y reconoció dónde estaba se sorprendió, pero hizo lo que le pedía. Le indicó que le acompañara. Una vez en su estancia privada, volvió a reír.

—¡Creí que era un armario! Nunca me planteé que ese postigo pudiera ser... ¿qué es, por cierto?

—Una salida segura, supongo.

—¿Supones?, ¿hay más?

—No lo sé.

—¿Cómo la descubriste?

La miró mientras se quitaba el sombrero y la chaqueta, las mejillas sonrosadas, los labios torcidos en una sonrisa enorme, y se iba deshaciendo la trenza. Se embebió de ella.

—La descubrió Rafe hace muchos años. Mi hermano es un genio del escapismo.

La vio reír de nuevo mientras soltaba las últimas guedejas de su pelo y se lo desenredaba con los dedos. Le resultó muy erótico verla hacerlo y tuvo que concentrarse en su relato y en mantenerse quieto.

—¿Os escapabais?

—Cada vez que nos castigaban.

—¿Os castigaban? —Se estaba burlando de él.

—Muchísimo. Mi padre era muy estricto.

—Y vosotros debíais darle motivos.

Fue Marcus quien rio entonces, al recordar algunas de las travesuras de niños. Le resultaban tan lejanas... Todo acabó el día que sus padres murieron: la diversión murió con ellos.

—Ya sabes que Rafe es, también, un amante de la arquitectura. Un día lo encontré midiendo la casa a pasos. Decía que le faltaban pasos. Estuvo días contando, obsesionado, antes de hacerlo a yardas, hasta que descubrió que en las dos plantas de abajo había un faltante. Un «hueco». Así que lo buscamos hasta que dimos con él. ¡Y vaya si lo hicimos!

Sonrieron ambos, ella imaginándolo de niño, él disfrutando al verla tan abierta, con el cabello suelto y una camisa de caballero hasta las rodillas. Deseó que fuera *su* camisa y no la de otro hombre.

—Helena...

—Neville...

Hablaron a la vez, y volvieron a sonreír. Le cedió la palabra, como el caballero que era.

—Siento lo de los pantalones. Es la primera vez y me aseguré de que nadie me viera. Quería

probar a montar a horcajadas.

La imagen de ella horcajadas, pero sobre él, cruzó por su mente antes de saber que ocurriría, y con la misma falta de planificación se acercó a su cuerpo, despacio, sin saber qué haría cuando la alcanzara.

Cuando los ojos, tan azules que le pareció que prendían, se afirmaron en los suyos, dejó de pensar y quedó hipnotizada por él, por el cuerpo que poco a poco se iba aproximando a ella. Se quedó tan cerca del pecho que podía sentir su calor, escuchar su respiración acelerada, ¿o era la suya? Vio cómo levantaba la mano y cogía un mechón de su pelo, lo levantó y se lo llevó a la nariz antes de besarlo con reverencia.

—Hueles a jazmines.

Agachó la cabeza, tímida de pronto, sin saber qué hacer o qué decir. Marcus soltó su cabello y la tomó de la barbilla, levantándole la cara, volviendo a enredar sus miradas.

El tiempo se suspendió, así como sus respiraciones.

—Es mi perfume... —le replicó, nerviosa.

—Shh —la acalló él con el dedo pulgar.

Y ese mismo dedo se paseó, errante, por el labio inferior en una caricia suave que continuó por la mejilla hasta afianzar la mano detrás de la nuca.

—No era consciente de cuánto me gustaban los jazmines...

El deseo la tenía subyugada. Fue ella quien se acercó un poco más a él, incapaz de esperar, temerosa de que no llegara a alcanzarla.

Marcus ladeó la cabeza y le tentó la comisura del labio, sin llegar a besarla, apoyando la frente en la suya, rozando las puntas de sus narices en un gesto lleno de ternura.

—Neville —lo llamó, desesperada, tomándolo de la cintura.

Lo vio sonreír.

—Voy a hacer que pronuncies mi nombre entre suspiros, Helena.

Y entonces sí, bajó la cabeza hasta sus labios...

—¡Helena!, ¿estás ahí? ¿Puedo entrar?

El toque seco en la puerta y la voz de su cuñada los separó de golpe.

—Sí, claro —respondió sin pensar.

Entró esta, preocupada.

—He pasado a ver si habías vuelto y... Ah, hola, Marcus.

—Jimena.

La situación se volvió incómoda, tanto que el duque se vio forzado a marcharse.

—Dile a Rafe que tu caballo está a la salida.

—¿A la salida?, pero ¿qué...?

—Él sabrá...

Y sin mirar atrás, salió de la habitación sin cerrar la puerta.

La española miró el umbral, abierto, y a su cuñada, azorada.

—¿Ha ido todo bien?

Helena tuvo que darse unos segundos antes de contestar.

—Sí. Diría que todo ha ido muy bien, sí.

—Entonces ¿por qué él parece haberse ido enfadado y tú estar fuera de ti?

Antes de contestar fue hasta la puerta. Se asomó lo justo para ver la ancha espalda de Neville desaparecer por las escaleras. Con una última sonrisa volvió a entrar en su alcoba, cerró la puerta y se apoyó en ella.

—Creo que cuando has llamado, Marcus iba a besarme.

—¿Crees?, ¿cómo que crees? ¡Esas cosas se saben!

Aunque Helena se encogió de hombros —¡se encogió de hombros!—, su mirada soñadora lo confirmó. Y confirmaba también a Jimena que el avance de su cuñado hubiera sido bien recibido.

Tenía que cambiar de estrategia. Se corrigió: tenía que enriquecerla.

—Cuéntamelo todo, por favor.

Capítulo 7

Era cinco de enero, la duodécima noche, el ultimo día de las fiestas de invierno por excelencia. A la mañana siguiente acabarían las Navidades. Un día más en Inglaterra, pero no en Donwell Abbey, o no aquel año. La Adoración de los Reyes Magos se celebraba en España y era la víspera en la que las familias se hacían los regalos, así que los Knightley tendrían dos días para consentirse: el veinticinco de diciembre y, desde aquel año, también el seis de enero; aunque habían acordado entregarse los presentes el cinco por la noche, a las doce en punto, y no alargar un decimotercer día las festividades y llamar a la mala suerte.

La superstición era más poderosa que la indulgencia.

Jimena llevaba todo el día ayudando a adornar la casa con guirnaldas, bajando a supervisar las cocinas, pues había pedido un guiso especial además de distintas viandas típicas de su país, y en los establos la mayoría de los mozos eran españoles y ya corrían el clarete y los dulces. Aquel día se respiraba la fiesta desde bien entrada la mañana en toda la mansión, y los sirvientes, católicos o no, estaban gozando del buen ambiente.

Marcus se había refugiado, pues, en su estudio.

Rafe, en cambio, estaba disfrutando de la felicidad de su esposa.

Esposa. La palabra, que a muchos hombres aburría y a unos pocos hacía pensar en poesía, a él parecía traerle tratados de filosofía aquellos días.

«Helena Knightley, duquesa de Neville».

Llevaba un tercio de su vida a su lado y, como acababa de descubrir, no sabía nada de ella.

—Helena Knighley —repitió para sí, como si por pronunciar su nombre fueran sus ideas a aclararse solas.

Se casó con ella porque fue la opción más sencilla, no quiso recordar las razones que le llevaron a hacerlo. Tenía veinte años, acababa de heredar y necesitaba una duquesa. Sus hermanas menores requerían de una guía, sus tías así se lo habían recordado durante las semanas anteriores, inclementes. Y el hecho de que los Knightley no tuvieran, de pronto, un heredero claro, también le pesaba.

Rafe había comenzado a trabajar para el Ministerio de Guerra unos meses antes de que sus padres fallecieran y no era justo cargarlo con la obligación de comportarse como el nuevo marqués y heredero. Aquella era *su* obligación.

Él perpetraría el apellido, sería duque y el poseedor de una basta fortuna que disfrutar y cuidar para la siguiente. Asumiría la prerrogativa y el servicio de un puesto en el Parlamento desde donde poder hacer cosas importantes para el país. Viviría por siempre en Sussex, donde conservaría tierras y terratenientes. Tendría, pues, una existencia llena de privilegios con las servidumbres que ello significara.

Rafe, a cambio de una libertad absoluta, tendría una vida más modesta y unos hijos que no serían pares del Reino.

O así debería haber sido.

Apartando de sí el giro que el destino había regalado a su hermano, volvió a su matrimonio con Helena.

La eligió para casarse con ella y, le avergonzasen o no las circunstancias que lo impulsaron a hacerlo, porque sin duda fue un impulso que pudo costarle muy caro, estaba satisfecho.

Helena había sido un acierto: le había dado dos hijos varones en apenas veinte meses y había sido más que una madre para Angela y Beatrice. Como duquesa de Neville tenía una reputación intachable, y como esposa nunca le había pedido nada.

Y sin embargo llevaba una semana incomodándole.

Hacía algunos meses que todo le disgustaba; si era honesto, todo menos ella. Ella siempre estaba cerca sin molestarle; siempre estaba «ahí», en algún lugar, haciendo que su vida fuera sencilla. Si el Parlamento tenía una sesión complicada, le escuchaba en silencio hasta que se desahogaba. Si la sesión era demasiado complicada, no preguntaba ni parloteaba, lo dejaba a solas con sus pensamientos y enviaba a sus hermanas a otro lugar.

Porque si algo apreciaba de su esposa era que no parlotease sin cesar y solo hablase cuando había algo que decir. Nada de charlas banales sobre moda ni cotilleos, nada de conversaciones interminables durante la temporada después de un baile. Solo conversaciones necesarias.

Quizá por eso, creyó entender, no sabía nada de ella. ¿Debería pedirle que le hablara más sobre ella? Se sintió ridículo.

—¡Claro que sí! —dijo, sarcástico—. Me acercaré a su dormitorio y le ordenaré que me cuente qué ha hecho durante el día. Y cómo se ha sentido, también.

No supo qué le incomodó más, si haber comenzado a hablar solo, la idea de departir sobre sentimientos con ella o la de subir a su alcoba.

La culpa era suya por aparecer de pronto con aquellos vestidos. Vestidos que, si era justo, utilizaban todas las damas. ¡Por todos los demonios!, solo le había mostrado un poco de piel y lo había... lo había... había espoleado su curiosidad por el resto de su piel. Otras mujeres enseñaban mucho más, y en público.

La idea de que mostrara en público sus encantos hizo que cerrara los puños con fuerza. Se lo prohibiría, eso sí podía hacerlo. Si iba a Londres a encargar un nuevo guardarropa, bien podía darle una serie de directrices.

Y sobre su cabello, ya que iba a tener una conversación que, con toda probabilidad, acabaría

en batalla, pues al parecer su esposa, su tranquila esposa, tenía genio bajo su fachada de calma.

No debía sorprenderle. Mostró determinación cuando la envió al campo al poco de casarse, nada más saberse que estaba *encinte*. Y tuvo el valor de poner condiciones, además. ¿Cómo no pudo apreciarlo entonces?

Negociaría, si era necesario. Pero en la ciudad no le permitiría llevar el cabello suelto. Solo había una situación en la que una mujer lo llevaba sin recoger, pues incluso para dormir llevaban estas una trenza, lo sabía por sus hermanas.

¿La habría visto otro hombre de esa guisa? Había entendido que sí. ¿Tenía él derecho a molestarse por algo así? De nuevo los puños se le cerraron hasta que los nudillos se le emblanquecieron.

Llamaron justo entonces y asomó su hermano bajo el umbral de roble.

—¿Te molesto?

Se relajó.

—Al contrario, me salvas de mí mismo.

Si Rafe le entendió, no preguntó.

—Traigo *mistela* y *turrón*.

Lo miró sin saber qué era lo que decía llevar consigo, pero no le importó. Lo que fuera, olía de maravilla.

—Pasa y cierra la puerta. A tu esposa la ha poseído el espíritu de *Santa* y no quiero que me encuentre.

—Será un placer. —Rafe giró la llave—. Pero es el espíritu de los Reyes Magos, no el de Santa Claus. Los Tres Viejos Sabios, ya sabes.

—Quien sea. —Restó importancia a quién hubiera abducido a su cuñada—. Acerca ese... lo que sea y explícame qué puedo esperar esta noche que deba preocuparme. No me gustan las sorpresas en mi comedor y en la última semana he vivido demasiadas.

El duque de Tremayne advirtió en la mirada que aquello no era la invitación a una conversación sobre nada.

—Regalos y buen ambiente.

—Si es solo eso... Hummm, este dulce es excelente, ¿cómo has dicho que se llama?

—*Turrón* de yema tostada. Sabía que te encantaría.

***

Cuando Marcus la vio entrar en el salón para la cena agradeció que no prestaran atención a su persona. ¿Cómo iba nadie a hacerlo cuando todas las miradas las acaparó ella? Llevaba un vestido que reconoció; Jimena se lo había puesto una vez. Lo habían ajustado para el cuerpo más esbelto de Helena y añadido un volante en el bajo para su altura. Ni siquiera sabía por dónde empezar a apreciarla.

Algo en la caída de la pieza hacía que sus piernas se distinguieran cuando caminaba. Largas, elegantes, se contorneaban contra la tela. Si el añadido había sido insuficiente o de forma consciente se había cortado para dejar entrever la perfección de sus tobillos, no lo sabía, pero le atacó el deseo casi incontrolable de levantar con lentitud la falda e ir perdiéndose en ella poco a poco, esperando que también su esposa se desesperara en su exploración.

Sus caderas fastuosas y la cintura estrecha quedaron atrás para volver a sorprenderse en la plenitud de sus pechos. Sin ser exagerados, llenarían bien sus manos, supo. La piel cremosa que enseñaba el vestido desde el nacimiento de estos, sus clavículas, su cuello elegante, enfatizado por el cabello recogido en lo alto dado lo importante de la ocasión, hasta el óvalo de su cara... Todo le agradó en ella y quiso acariciarla de pies a cabeza sin prisa.

Un orgullo desconocido hasta entonces le hizo querer decir a los que allí estaban que aquella dama de extraordinaria, elegante y graciosa belleza era su mujer.

El sentimiento se enturbió al ver que todos los presentes la valoraban, asimismo. No solo su hermano, también el resto del servicio la miraba con masculino aprecio. Que sus hermanas lo hicieran no le consoló.

—Helena, estás preciosa.

Como siempre, Rafe le hizo un cumplido. Esa vez, sin embargo, algo se revolvió en él. Cuando aquel fue a ofrecerle la mano para ayudarla a acomodarse en la silla, se adelantó; como no hacía jamás.

—¿Me permites? —se ofreció.

Y sin más, hizo a un lado al otro y tomó la mano de su esposa, siendo él quien la llevó hasta su silla, rodeando la mesa, recibiendo a cambio de su bravuconada una mirada divertida. Aprovechó, mientras la sentaba, para dirigir una ojeada rápida a su escote. Sí, sus pechos debían ser sublimes, confirmó.

Fue el mayordomo quien le colocó la servilleta en el regazo y, por un momento, tuvo la sensación de que Cunnigham también se cercioraba del magnífico busto de la duquesa. Inseguro del gesto, volvió a su silla.

Una vez estuvieron todos sentados, comenzó a servirse el banquete.

Jimena estaba exultante, explicando cada manjar de la mesa, feliz como nunca la había visto. Creyó que encontraría cierta nostalgia en ella, pero, al contrario, se la veía contenta de incluir una nueva tradición en la familia de la que se sabía parte.

Lejos de ser un momento solemne había conseguido que fuese una cena informal, reunirlos en una mesa redonda, cerca los unos de los otros y parloteando, las jóvenes interrumpiendo sin ser amonestadas, todo en una charla despreocupada llena de risas.

En lugar de intervenir, prefirió dejarlas hablar. Se dio cuenta de que su hermano hacía lo mismo. Las muchachas preguntaban sobre bailes, vestidos, ¡caballeros, también!, y cualquier cosa que tuviera que ver con la temporada y sus futuros matrimonios, y las duquesas, risueñas, las dejaban preguntar tratando de averiguar cuánto sabían sobre lo que no debían, y respondían

con tanta prudencia como coquetería que lo averiguarían cuando llegara el momento.

Incluso Angie, que desde lo ocurrido tres años atrás se mostraba retraída sobre su matrimonio, se revelaba abierta y receptiva a las bromas de Jimena que, desconocedora de aquella funesta noche, le vaticinaba muchos escarceos románticos.

Aunque Marcus solo tenía ojos para ella.

Helena reía mientras picoteaba los dulces. Llevaba ya más de cuatro barritas de turrón de almendra y otras tantas de yema ¿Siempre había sido tan golosa? La veía animando a Beatrice a hablar sobre los caballeros de la nobleza rural que había conocido el último año —¿quién diablos era el hijo mayor del baronet Ferrow, por cierto?— y aplaudía su habilidad con el vals.

Se la veía tan... No parecía una duquesa, allí en su mesa. Ni tampoco una madre de dos hijos que habían vuelto a Eton tras pasar cuatro días de Navidad con ellos. Tampoco parecía una de las damas más influyentes de *la ton*. Se la veía... joven.

Si encontrase a una dama así en los salones de Londres... si la hubiese encontrado cuando debía buscar esposa... tal vez, solo tal vez, la hubiese elegido.

¿Hubiera sido así? ¿Hubiera sido ella una debutante a la que le gustara bromear y tomar el pelo cuando fue muy joven?, ¿o se hubiese mostrado retraída, teniendo solo diecisiete años? ¿Por qué su padrastro decidió...?

Helena alzó la vista y lo sorprendió mirándola. Devorándola, con toda seguridad. No bajó la mirada, aunque rebajó el ardor de esta. Tampoco ella apartó los ojos. Durante un instante eterno el resto de la familia desapareció y solo estuvieron ellos, estudiándose, conociéndose de nuevo, reconociendo la curiosidad y el deseo en las pupilas del otro.

—Deberíamos apartar los dulces de la mesa, en breve serán las doce y traeré los regalos. —La voz suave de Jimena interrumpió el momento, que perturbaba al resto.

De inmediato los camareros retiraron la vajilla que quedaba y, con fastidio, confirmó que un par de ellos volvían a mirar a Helena más de lo debido.

Iba a hacer un comentario cáustico pero su hermano le dio un codazo.

—Tú acabas de incomodarnos a todos haciendo lo mismo —le susurró—. Deja que nos acostumbremos. Nos ha deslumbrado.

Se volvió a él, enfadado.

—¿También a ti?

—Está preciosa, incluso yo, enamorado de mi esposa, puedo verlo. Deja de ponerte en ridículo y sonríe. En menos de dos minutos esto se llenará de paquetes y las mujeres comenzarán a emitir gritos de felicidad.

Sintiéndose absurdo, esperó con una copa de licor dulce a que el reloj diera las doce para que, en efecto, la mesa se llenara de regalos envueltos con primor. Solo Jimena había esperado a la duodécima noche para entregar sus presentes, a excepción de a sus dos sobrinos.

Las primeras en abrir sus paquetes fueron Angie y Beatrice, que recibieron dos hermosos abanicos.

Después fue su turno. Cuál fue su sorpresa al encontrarse con un tubo cónico, y dentro de él una perfecta pieza de una armería toledana.

—Sabías que practicaba esgrima —no preguntó, confirmaba.

Helena no pudo decírselo, a tenor de la conversación del día anterior.

—Tu hermano me lo dijo hace algún tiempo —le respondió.

Así que las duquesas no solían hablar de él. O no hasta la mañana del día anterior.

Admiró la pieza. La empuñadura era un trabajo de orfebrería soberbio. La calibró, sopesándola, sabiendo que sería la única arma que utilizaría desde entonces.

—Jimena, es magnífica.

Esta sonrió, tímida de pronto. Nunca había tenido una familia a la que agasajar. Sabiendo que se sentía algo abrumada, Rafe acercó sus sillas y le pasó el brazo por los hombros. Se quejó, divertido.

—Solo veo un paquete más y faltamos Helena y yo. ¿Tan mal se ha portado tu cuñada contigo, querida?

La carcajada de la española los hizo reír a todos.

—¡Qué vanidoso eres! El tuyo te lo daré mañana. Tú esperarás al día seis de enero, *querido*. Y tampoco veo un paquete para mí...

—Te hice un regalo en Navidades...

Guiñó un ojo a su improvisado público.

—Raphael Knightley, si mañana no hay un regalo en mis zapatillas...

—Alguien está en un aprieto, me temo —rio Helena—. Creo que tomaré el mío antes de que Rafe se lo quede para dárselo a ella.

Rieron todos mientras desenvolvía con cuidado el lazo y la seda del pequeño paquete, ilusionada. Cuando abrió la cajita y vio lo que contenía, sus ojos se iluminaron y ahogó una exclamación.

—¡Jimena, son preciosas! —le agradeció, con reverencia.

Se levantó, se acercó a ella, le dio un abrazo y le besó la mejilla. Ambas cuñadas se quedaron un segundo más de lo debido así, en un gesto lleno de cariño.

Marcus no pudo dejar de comparar aquel gesto con su reacción al recibir su regalo de Navidad, que fue un «gracias» educado a su pulsera de brillantes.

Una pulsera que no había decidido ni comprado él y que podría haber sido elegida para cualquier otra mujer.

El regalo que portaba eran dos horquillas para el cabello, perfectas para como le gustaba recogérselo desde entonces, dos esmeraldas idóneas para el caoba de su pelo y el verde de sus ojos. Era un regalo comprado para Helena y para nadie más.

Era un regalo que, sin duda, merecía un abrazo y un beso.

Se sintió avergonzado por la pulsera de diamantes que portaba en la muñeca izquierda y que costaba diez veces más.

—¡Póntelas!

No necesitó que se lo pidieran dos veces.

Disculpándose por toquetearse el pelo en la mesa, comenzó a deshacerse las trenzas. Y como ocurriera el día anterior, Marcus quedó hechizado con el movimiento de sus manos y sus dedos.

Para cuando hubo acabado, se dio cuenta de que la sala estaba en silencio y de que no era el único hombre seducido.

Se puso en pie sin saber cómo comenzar. No sabía si gritar a Cunnigham por permitir que sus camareros devoraran con la mirada a la señora, a Helena por tal muestra de coquetería o gritar a todos los presentes que la dama era la duquesa de Neville y, por tanto, era suya y que nadie más podía mirarla si él no lo permitía.

Paralizado por la rabia, sentía la sangre inundar su cuello y su cara y las manos temblarle. Todos le miraban, todos, cuestionándose de manera más o menos abierta qué estaba haciendo levantado en medio del silencioso comedor.

Cuestionándole *a él* su conducta en su propia casa.

Notó la mano de su hermano en el brazo.

—Marcus...

Lo apartó de un tirón.

De una patada derribó la silla y se hizo atrás, dispuesto a marcharse.

No pudo darse el gusto de abrir las puertas de malos modos o de dar un portazo al salir, pues el mayordomo se afanó en franquearle el paso.

Se fue sin mirar atrás.

Capítulo 8

Si esperaba que acudiera a la biblioteca a buscarlo no pudo decepcionarse más. Fue Rafe, sin embargo, quien un poco más tarde le acompañaba. No simuló haber entrado a por un libro, pero preguntó en lugar de exigir.

—¿Quieres hablar de lo que ha hecho que te marcharas del comedor hecho un basilisco?

¿Quería, en realidad? Valoró con seriedad su propuesta durante más de un minuto, ambos en silencio. Sin una respuesta clara, le inquirió, en cambio, intentando aclararse.

—¿Por qué nunca me hablaste de Jimena? ¿Por qué tardaste cinco años en decirme que estabas casado, y me dejaste creer después que había muerto?

Rafe se casó una noche en que una misión en España salió mal, pero no fue hasta cinco años después que lo confesó a su familia, y porque se vio obligado a hacerlo al haber de reencontrarse con ella en Madrid. Tampoco después quiso hacerles partícipes de Jimena, pues regresó solo a Londres.

—Hay asuntos del matrimonio que son íntimos, que solo pertenecen al esposo y la esposa, creo —le respondió después de pensarlo también él.

Marcus asintió, comprendiendo lo que le decía.

—Esa es la razón que me impulsa a no hablarte de Helena, entonces.

A pesar de que no le estaba esquivando, su hermano no quedó satisfecho. No porque pretendiera saber de sus pormenores; la confesión de la duquesa la víspera de Año Nuevo había esbozado qué tipo de relación mantenían, una que Rafe ya sospechara por los intervalos de tiempo que había convivido con ellos.

Si quería algo era escucharle, convencido de que hablarlo le ayudaría.

—Yo no conocía a Jimena, Marcus —razonó en voz baja, queriendo disminuir el impacto de sus palabras con su susurro.

—Pero sí conoces a Helena.

Prosiguió en voz baja, no queriendo enfadarle.

—¿La conoces tú?

Esas tres palabras dieron justo en el clavo, ambos lo supieron.

Neville le dio la espalda y se acercó a la ventana. La noche era oscura, no había luna y apenas se distinguía nada fuera, aunque conocía tan bien el lugar que podía señalar cada camino, cada

árbol, cada parterre.

—Conozco a la duquesa, a la señora de esta casa, a la madre de mis hijos y a la tutora de nuestras hermanas —contestó cuando el otro pensaba que ya no recibiría respuesta alguna—. Incluso conozco a mi esposa, de algún modo.

Con desasosiego, un sentimiento que conocía bien desde hacía muchas semanas, dejó atrás el ventanal y volvió a su hermano.

—Y no, no creo conocer a la mujer que se esconde tras todas ellas.

Rafe aplaudió en silencio la valentía de su confesión.

Se sentaron ambos y esa vez, sí, sirvió un par de brandis que sin duda tomarían.

—Tal vez ni ella misma se conozca —le concedió Tremayne.

Marcus estuvo valorándolo un tiempo.

—Puede ser.

—Quizá algo ha hecho que, de pronto, quiera ser otra mujer.

—Es probable.

Fue entonces el turno de reflexionar del hermano menor. Tardó en continuar.

—¿Crees que deberíamos irnos?

No lo dudó.

—No. No es culpa vuestra lo que nos ocurra. Y Jimena es buena para ella.

Rafe se sintió dolido. Porque supo que algo en él hacía que el otro estuviera mal y porque acababa de confirmarle que, en efecto, su presencia había desestabilizado el matrimonio de los Neville.

—¿Lo es?

—Sí. No estoy tan ciego, ¿sabes? —Se puso sin quererlo a la defensiva—. Desde que estáis aquí está distinta. Y ha sido un cambio a mejor.

No especificaría más.

Ni él podía ofrecerse a ayudar. Lo heriría en su hombría.

—Mañana por la tarde se marchan a Londres.

No necesitó más información.

—¿Las dos? —lo vio asentir—. ¿Por cuánto tiempo?

—No han especificado. No sé cuánto tiempo se necesita para confeccionar unos vestidos y el resto de los enseres femeninos. Serán entregados aquí, desde luego.

—Desde luego.

El pedido de la duquesa bien valdría el viaje.

—El tiempo que necesiten para... lo que sea.

—Entiendo.

Así que Helena huía de Donwell. De *él*.

—He pensado que podrías pasar esos días en los establos, conmigo.

Lo miró, extrañado.

—¿En los establos, dices?

—Han llegado unos potros nuevos, y recuerdo que solías montar muy bien.

—Hace años de eso.

—Hace muchos años de todo.

Era cierto. Hacía tanto tiempo...

—Tal vez pueda apartar los libros unos días.

—Sería divertido. Solo los mozos de cuadras y nosotros.

¿Cuánto hacía que no se relacionaba con nadie que no fuera de *la ton* o sus aparceros?

—De acuerdo. Mañana hablaré con el señor Peterson para que no venga en un par de semanas.

La sonrisa de complicidad de su hermano... también hacía demasiado años.

Pero, por primera vez en meses, al recordarlo, no se sintió viejo.

***

Dos horas largas más tarde subía a la primera planta de la casa, rumbo al ala oeste, el de las habitaciones de la familia, convencido de que debía una visita a su esposa. La razón de dicha visita la desconocía, pero eso no le impedía caminar con paso firme hacia allí.

¿Dormía su doncella, Rose se recordó, con ella? No lo sabía, se respondió con un amago de humor. Qué absurdo no tener noción de un hecho tan básico como aquel. No obstante, cuando su hermano le había dejado solo tras dos copas de brandy, había descubierto muchas incoherencias en su matrimonio. Con una tercera copa lo ridículo había dejado de importar.

Llamó con suavidad a la puerta, más por educación que por avisar de que iba a entrar, pues en cuanto golpeó la madera se introdujo en su dormitorio sin esperar respuesta. Distinguió su figura en la cama. Oteó el resto del lugar; no halló a su acompañante. Satisfecho, se acercó al lecho.

No creyó hacer ruido, pero ya fuera la intuición o de algún modo su presencia, Helena se despertó e incorporó cuando llegaba a ella. Reconoció su cuerpo, lo que le sorprendió dadas las pocas veces que había estado allí.

—¡Neville!

Cómo pronunció su nombre sonó a acusación velada.

—Duquesa.

No supo qué más responder. No había subido con un propósito claro. Su única intención había sido verla, convencido de que no necesitaba de un plan. Helena reaccionaría y a partir de ahí la conversación, o discusión, fluiría sola.

La habitación estaba oscura así que se acercó al fuego, todavía encendido, tomó un cirio de uno de los candelabros y lo prendió, encendiendo después el resto de velas, alumbrando la estancia, dándose tiempo y manteniéndose en silencio mientras lo hacía.

La escuchó levantarse de la cama y moverse. Supuso que se pondría una prenda encima. Cuando se volvió se tragó una exclamación de sorpresa: vestía una bata de satén azul oscuro que

dejaba ver un camisón a juego de escote profundo.

¿Acaso esperaba a alguien?

—Estás muy hermosa —le dijo, en cambio.

Cualquier enfado de ella se disolvió ante el inesperado halago.

¿Qué hacía Marcus en sus aposentos a altas horas de la noche? Lo observó, crítica. La miraba... no, la admiraba, olvidado el enojo de la cena.

—¿A qué has venido, Neville?

Se aseguró de que, esa vez, su tono fuera neutro, ni invitador ni acusador.

—Pasaba por la puerta y pensé en entrar a despedirme, dado que mañana te marchas a Londres.

No señalaría lo obvio, que al día siguiente tendría tiempo de sobra para hacerlo. O que cuando era él quien se iba nunca se acercaba a decirle adiós a su alcoba. O que pasaban de las dos de la madrugada y que la había despertado.

No le diría nada en absoluto que facilitara la situación.

—Ya veo.

Se sentó a los pies de la cama, descalza, y esperó a ver si se ponía cómodo o se retiraba, sin invitarlo a hacer nada en concreto.

Su mente, o el brandy traidor, le recordaron que casi la besa el día anterior.

—Nunca imaginé que llevaras ropa de dormir tan vistosa.

Lo miró con fijeza y una sonrisa pícara se dibujó en sus labios. No lo podía saber, pero estaba muy seductora, descalza, con el cabello recogido en una trenza y sus pequeños pies descalzos.

—¿Me has imaginado en ropa de cama?

Rio por lo bajo.

—¿Es el tipo de ropa que le gusta a tu... cómo lo llamaste la noche que te achispaste... confidente?

Si no hubiera escuchado los celos destilarse en su voz podría haberse enfadado. Pero había posesividad en su tono y la sensación de victoria se desbordó en ella.

—No se le dice a una dama que ha estado «achispada», Neville, podría sentirse insultada. Así como yo no te haré notar que hueles a alcohol, tampoco. No sería correcto.

De nuevo lo escuchó reír. Parecía el hombre con el que se casó, las pocas veces en que lo hacía. Un hombre joven e irresistible.

—No, no lo sería.

Se cruzó de brazos, esperando que continuara con su otra pregunta. Ella no se acobardó, no tenía nada por lo que avergonzarse. ¡Que lo hiciera él!

—Y si por confidente quieres decir amante —aun así, se sonrojó—, entonces sí me sentiré insultada.

Entender el significado de su confesión lo llenó de masculino orgullo.

—En estos últimos nueve años tú ¿nunca has?...

—No, Neville. —Lo señaló. Se permitió el descaro de señalarlo para dejar manifiesta su culpabilidad—. Eres tú quien nunca me ha... —Y calló.

La acusación fue como un puñetazo seco en el estómago. Se quedó sin respiración, desorientado por un momento. Se sintió un desconsiderado.

Se supo un necio.

—Yo...

—¿Puedes decir tú lo mismo? —Se atrevió a preguntar.

Conocía la respuesta, pero era algo que necesitaba saber y dejar atrás.

Marcus no la ofendería con mentiras.

—No.

Dejaron de mirarse, perdidos cada uno en la charla que acababan de tener.

—Helena, ven aquí —dijo él, al fin.

No obstante, fue él quien caminó hasta quedar en pie frente a ella.

Su tono, firme, la hizo levantar la vista. Su mirada ardía, hipnotizaba, pero al tiempo invitaba, no ordenaba.

Solo tuvo que levantarse para estar con él, sus pechos casi tocándose.

—Quítate la trenza. —De nuevo no pedía, pero su susurro podía ser contradicho.

Si quería rechazarlo.

Apartó las horquillas con descuido, dejándolas caer sobre la alfombra, y con las manos fue deshaciendo la trenza despacio, disfrutando de toda la atención de él. Cuando acabó se peinó el pelo con los dedos y esperó.

Sintió sus manos en el nudo de la bata, pero no veía nada que no fueran sus ojos. Sus miradas no se habían separado desde que le pidiera que se soltara el cabello y seguían pegadas mientras deslizaba la suave pieza por sus hombros y la dejaba caer junto con los ganchos. Subieron los dedos, acariciantes, por las costillas hasta los hombros y volvieron a bajar en una lenta cadencia antes de abandonarla.

Entonces sí, los ojos azules bajaron a sus pechos.

Tuvo que resistirse a tapárselos con las manos. La tela dejaba entrever lo que guardaba y el pudor la envolvió.

—Sublimes —le escuchó murmurar.

Y entonces todo él la rodeaba, la estrechaba, la ceñía. Su boca, antes lejana, cubría la de Helena en un beso abrasador, nada parecido a los besos delicados que una vez compartieran, a las dulces caricias que ella soñara cuando aún lo echaba de menos.

Marcus parecía querer bebérsela, querer alimentarse de su misma esencia. Se agarró a su chaqueta y abrió la boca, dejando que se la invadiera, disfrutando de los envites de su lengua, sintiéndose arder.

Encontró su propia respuesta en algún momento, lo supo cuando escuchó un pequeño gemido brotar de la garganta de su esposo y buscó encajarlos mejor. También ella necesitó una mayor

cercanía, lo que nunca creyó posible. Sus senos se aplastaban contra el ancho pecho masculino mas no le dolían si no era de añoranza, y sus caderas se elevaban buscando no sabía bien qué. Lo supo, sin embargo, cuando sus manos, flexibles, le abarcaron el trasero, la elevaron hasta ponerla de puntillas y la pegaron a sus caderas. Pudo sentir entonces su dureza, no era inocente, y buscó alivio contra ella.

—Helena...

Se vio elevada y sintió el poste de la cama contra la espalda y el camisón en la cintura. ¿Cuándo...? ¿Cómo...?

Embistió su pelvis contra la de ella y emitió una exclamación.

—Así, sí, grita para mí —le susurró con una voz caliente y líquida que la hizo gemir de nuevo —. Grita más y...

En ese instante se vio separada del cuerpo de Marcus y al siguiente sobre la cama. Dos segundos después él recogió la bata y se la tendió.

—Deberías ponértela.

No pudo reprimirse y miró sus pantalones. Supo que continuaba deseándola.

—¿Por qué? —Fue la frustración la que habló por ella.

Lo vio cerrar los ojos con fuerza, recomponerse antes de mirarla.

«Porque casi te penetro contra el poste de tu cama mientras te quemo los oídos con palabras que no deberías conocer. Y hubiera disfrutado haciéndolo, Helena».

—Buenas noches.

Se marchó sin decir nada más, avergonzado.

***

La duquesa de Neville no se durmió hasta que no logró una explicación a lo ocurrido y una solución para que no se repitiera.

Al parecer, le dolió reconocer, no era lo suficiente experta para seducir a su esposo. O no para conquistarlo hasta el final.

Pero en Londres había mujeres profesionales que se dedicaban a ello. Una meretriz bien elegida, sin duda, por un precio razonable, podría enseñarle. Una que, por un precio más que razonable, sabría ser tan discreta que la creyeran muda.

Segunda parte

«...*En llegando a esta pasión,*
un volcán, un Etna hecho,
quisiera sacar del pecho
pedazos del corazón...».

La vida es Sueño, P. Calderón de la Barca.

Capítulo 9

Londres

Salían de la boutique de Madame Vauquelin después de más de cuatro horas eligiendo tejidos y colores, pero sobre todo escogiendo nuevas formas para los vestidos de la duquesa de Neville, y de que le tomaran medidas y le preguntaran por sus gustos. La otra duquesa, la de Tremayne, se había confeccionado un guardarropa completo durante la temporada anterior, al llegar a Inglaterra, así que se abstuvo de restar diversión a su cuñada durante la mañana.

Habían llegado dos días antes, pero Helena había esperado hasta tener claro qué quería con exactitud antes de lanzarse a la vorágine de cambiar su imagen. Incluso elegir una nueva modista había sido una decisión complicada.

—Sustituir una costurera inglesa por una francesa... Van a criticarme en muchos salones.

—Van a envidiarte —la corrigió Jimena—. ¿Cansada? Porque aún faltan los zapatos, los sombreros y los bolsos.

Suspiró. Roma no se construyó en un día, así que su armario bien podía edificarse en varios, ¿verdad?

—Exhausta.

—Cuatro horas eligiendo telas y con los brazos en cruz mientras te miden por todas partes es agotador, casi te compadezco.

—¿Casi?

—El vestido de terciopelo granate. Lo ansío demasiado para concederte lástima.

Rieron. No sabía si sería lo bastante valiente para ponerse alguna vez esa pieza, pero cuando había visto el patrón, tan sensual, había deseado sentirlo sobre ella.

—¿Comemos?

—¿Tienes ganas de ir hasta Convent Garden?

—¡Jimena! La zona de los teatros está llena de dandies y calaveras. No podemos ir sin acompañante.

—Pero iremos acompañadas: la una de la otra. —La miró con picardía—. Venga, vayamos. Las ostras y las tartas de Rules son excepcionales, y la cerveza también. No nos privemos de ese placer por el riesgo de ser vistas por quienes tampoco deberían estar allí.

En ese momento llegó el carruaje.

—¿Adónde, miladies?

—Un momento, lo estamos decidiendo.

Subieron.

La duquesa de Neville suspiró.

—Has estado allí, ¿no es cierto?

—Varias veces. Algunas con Rafe.

—¿Algunas? —se escandalizó.

—Otras veces por cuestiones de la Corona —se justificó, presta, ante la cara escandalizada de su cuñada—. ¿Crees acaso que engañaría a mi esposo?

Sabía que nunca lo haría. La invadió la nostalgia por lo que deseó una vez, de recién casada, cuando aún creía en tantas cosas...

—Por supuesto que no.

—Apuesto lo que sea a que nunca has probado la cerveza.

Nunca.

—Si Marcus se enterara... —dudó.

—Acapararías su atención.

—Su enfado, más bien.

—¿Vamos, entonces?

Año nuevo, vida nueva, se recordó.

Quizá era excesivo para comenzar, y sin embargo...

—John, ¿conoces Rules, en Covent Garden?

La mirada del cochero le dijo que sí, que ir a la taberna de Rules podía considerarse un exceso.

—Sí, excelencia.

—Llévanos pues, comeremos allí.

Hicieron el viaje en silencio, cada una concentrada en sus propios pensamientos. Helena se dedicó a mirar por la ventanilla cómo las calles pasaban por delante de sus ojos; cómo las fachadas de las casas se iban empobreciendo: la calidad de los ladrillos, la cantidad de cristales... así como las gentes y sus ropas también perdían clase. Cuando los caballos se detuvieron, John se afanó en abrirle la puerta delante de una iglesia. Bajó y observó los cuatro altos pilares que cubrían el porche. Era tosca, pero tenía encanto.

—Es la iglesia de San Pablo. La construyó Íñigo Jones.

La miró, sorprendida.

—¿Cómo puedes saber más de Londres que yo?

—¿Cómo puedes creer que la ciudad consiste en Westminster y Mayfair?

A su pesar, se echó a reír.

—¿Existe algo más, acaso?

—Haré algo más que contártelo: te lo mostraré.

La tomó del brazo y tiró de ella hacia una calle amplia, hasta un local del que emanaba un olor

a comida tan apetecible que no parecía concordar con la imagen del lugar.

En cuanto entraron, llamaron la atención de los pocos presentes, todos caballeros. El dueño de la taberna, tras unos segundos de indecisión, salió de detrás de la barra de madera para atenderlas.

—Miladies, buenas tardes, ¿en qué puedo honrar a sus señorías?

—No son tus señorías, Thomas —dijo una voz al fondo—, y las honrarás abriendo el comedor de arriba para ellas y para nadie más.

Jimena sonrió de oreja a oreja, e iba a saludarlo cuando la mirada de advertencia en el rostro que se acercaba a ellas la contuvo. Helena, sin embargo, se preocupó al ver quién era. Quiso salir de allí, arrepentida de haber seguido su impulso, pero de algún modo supo que retirarse sería aún peor.

Lord Ryan Kavanagh, marqués de Belmore, las tomó del brazo sin más ceremonias y las obligó a subir por unas escaleras hasta el piso superior. Solo cuando estuvieron alejadas de ojos extraños, soltó sus codos.

—Duquesa. —Entonces sí, hizo una reverencia perfecta para Helena antes de volverse a la otra—. ¿Acaso te has vuelto loca?

También ella la increpó.

—¿Es que lo conoces?

La familia Knightley tenía cuentas pendientes con aquel hombre. Desconocía cuáles, pero sabía que no era bienvenido a su casa y que su esposo y su cuñado se la tenían jurada. Le sorprendía que Jimena tuviera relación alguna con él.

—Es una larga historia.

—¿Soy una larga historia? Vaya, así que eso es lo que soy.

Se escandalizó al creer entenderla.

—¿Belmore ha sido tu... tu...?

—¡Helena! —Se ofendió—. Tal vez tenga un pasado algo turbio, pero eso no significa que...

—¿Qué crees que va a pensar si apareces en un local de mala muerte y reniegas de mí, tildándome de «tu historia»?

—No he renegado de ti, Ryan.

—¿Ryan? —repitió ella, remarcando la obvia familiaridad de trato.

—Y me llamas, además, por mi nombre de pila, cuando ella nunca ha utilizado el suyo con su esposo.

Logró amagar una exclamación de sorpresa, pero habló sin pensar, demasiado escandalizada para medirse.

—¿Cómo sabéis el modo en que me dirijo yo a...?

La española se puso alerta.

—Ryan, te lo advierto, si estás espiando a mis cuñados tendremos un conflicto.

—No lo hago. Pero lo hice.

—¿Qué demonios significa eso?

—No —quiso saber Helena—, ¿qué significa todo esto?

—Miladies, milord. —El dueño llegó en aquel momento—. ¿Qué ricas viandas desean que les sirva?

—¡Nada, maldita sea! —gritó Belmore, despidiéndolo.

—No se marche —se rebeló Jimena—. Tráiganos ostras. Muchas. Y tres pintas y una jarra de agua. ¿De qué es la tarta del día? Bueno, no importa, en realidad. Traiga tres porciones. Eso será todo.

Thomas Rule miró al marqués, solicitándole permiso para servir lo que la dama morena le había pedido. Este se encogió de hombros, derrotado, y asintió.

—¿Por qué no nos sentamos, excelencias?

Ellas se miraron.

—¿Sabías que estaría aquí? —la acusó.

—Ni siquiera sabía que estaba en Inglaterra.

—Tal vez lord Belmore sea una larga historia para ti, pero no es amigo de la familia, ¿lo sabes?

—Es mi mejor amigo. —El tono de Jimena fue tan firme como el suyo—. Y es, más o menos, amigo de Rafe.

Entonces sí, la duquesa de Neville se mantuvo impávida, valorando lo que acababa de escuchar.

—¿Desde cuándo?

—¿Mío?, alrededor de diez años. ¿De Rafe?, desde hace unos seis.

Así que su cuñado ya conocía a Ryan cuando fue a visitarlos a Donwell Abbey, tres años antes, concluyó.

—Así es —le confirmó él, leyéndole el pensamiento—. Y volvimos a coincidir después, en España, la segunda vez que lo enviaron allí.

—Así es, ¿qué? —La otra detestaba no saber lo que ocurría.

—Parece que aquí todos tenemos una parte de la historia por saber...

—¿Deduzco, pues, que Helena y tú os conocéis?

—Insisto: ¿por qué no nos sentamos?

Las acomodó en la mesa más elegante y se sentó después él. Pareció que, de repente, nadie quisiera comenzar a dar explicaciones.

—¿Qué haces aquí, Ryan? —preguntó Jimena.

—Sirven las mejores ostras de la ciudad.

La mirada que se ganó por su bravuconada fue de órdago.

—En Londres. ¿Vienes o vas?

—Si vamos a hablar los tres, os agradeceré que no lo hagáis en clave —protestó Helena.

Los otros se comunicaron con los ojos en un lenguaje que ella no alcanzó a comprender. Su

cuñada asintió y entonces también lo hizo él.

—Trabajo para la Corona. Tanto como lo hacían los Tremayne, lo que al parecer ya sabías. —Se volvió a la otra dama—. Y vengo. Llegué hace unos días.

No explicaría de dónde ni por qué. Ni sería interrogado al respecto, tampoco.

—¿Te vas a quedar algún tiempo en la ciudad? —Se animó la española—. Pasaré unos días más aquí. Tal vez...

—¡Jimena!

Belmore le lanzó una mirada significativa.

—Soy persona *non grata* para los Knightley, ¿recuerdas?

—No para esta Knightley, ya lo sabes.

Incluso Helena se sintió atraída por el marqués al verlo sonreír. Cuando lo conoció lo consideró un joven interesante. Tres años después era un hombre arrollador. Moreno y de ojos verdes, con una altura y corpulencia imponentes sin dejar de parecer un caballero, sería capaz de seducir a cualquier mujer que se propusiera.

—¿Por qué vinisteis a visitarnos? No estabais de paso como nos hicisteis creer —preguntó la duquesa de Neville.

Contra todo pronóstico de Jimena, su amigo respondió.

—Me pidieron que os investigara.

—¿Quién querría...?

—Mi padre. —La interrumpió Jimena, para mirar después a su amigo—. Fue el general, ¿no es cierto?

—¿Sabe ella quién es...? —Belmore estaba sorprendido, a la española no le gustaba que nadie supiera de su pasado.

—Sabe que mi padre es Wellington, sí. Confío en ella, ya te lo he dicho.

—Fue él, en efecto —confirmó entonces Ryan—. Quería saber con quién te habías casado. Supongo que también conoce las circunstancias de tu boda.

Jimena y Rafe se casaron una noche en Madrid en la que sus respectivas misiones salieron mal. Como consecuencia salvaron sus vidas, pero no se habían visto hasta ese instante y al día siguiente cada uno tomó un rumbo distinto. El padre de ella quiso saber del esposo para mantener el matrimonio o pedirle al Rey su disolución y envió a su hombre de confianza y ahijado, el marqués de Belmore, que investigara a los Knightley.

—¿Y qué ocurrió para que te granjearas el odio eterno de mi familia? —quiso saber Helena.

Como cada vez que salía aquel tema a relucir, frunció el ceño.

—No es mi secreto para compartirlo. Mejor dime tú qué diablos hacéis aquí. Disculpe mi vocabulario, excelencia —se disculpó con la duquesa de Neville.

—Sirven las mejores ostras de la ciudad —repitió su réplica anterior.

Ambos rieron su ingenio.

—Cuando quieres puedes ser muy divertida, pero hablo en serio. Ahora tienes una reputación

que perder. Y vos una que mantener, excelencia, una intachable. Vuestros esposos no estarán satisfechos si saben de vuestra escapada. ¿Para eso habéis pedido venir solas a la ciudad?, ¿para arrastrar los apellidos de vuestros maridos por el barro?

La llegada de la comida ahorró más palabras vergonzantes, pues mientras era servida se mantuvieron en silencio. El marqués quiso continuar con su reprimenda, pero la española la invitó a probar la cerveza —que no fue del todo de su agrado— y la comida, y durante unos minutos se dedicaron a alabar la cocina del mesón y a disfrutarla. Ya con las tartas, continuaron uno y otro con sus diatribas. Ella prefirió escucharlos y mantenerse al margen.

Por lo que pudo colegir, se conocían muy bien de los años pasados en la Península y se tenían mucho cariño, pero su relación era solo de amistad. Al parecer, también a Rafe le tenía afecto por los comentarios que de él hizo, pues, aunque algunos fueran punzantes, escondían admiración y familiaridad.

Era un hombre con mucho encanto, y en otras circunstancias hubiera deseado que fuera también su amigo. Pero había algo que había dicho y que no podía olvidar:

«Sabe que no llamo a Marcus por su nombre».

Era cierto que había estado en su casa durante casi dos semanas, pero era un detalle muy íntimo y Belmore no había especulado con ello, lo había aseverado. ¿Cuánto más sabría de ella? ¿Y de su matrimonio? ¿Sabría tanto de Marcus, también?

Después de unas cuantas advertencias más hacia Jimena y su reputación, las acompañó a una salida trasera que daba a un pequeño callejón donde no podrían ser vistas, llamó al cochero para que las recogiera allí y, una vez en la puerta de su carruaje y a punto de ocultarse dentro, se despidió de ambas. De la duquesa de Tremayne, con un beso en la mejilla; de la de Neville con otro, pero en la mano.

Hubo algo en la forma en que miró a Helena que le dio la respuesta a cuánto la conocía: demasiado. Parecía saberlo todo de ella. Y si no, querer averiguarlo.

La hizo estremecerse.

Capítulo 10

Ya habían encargado todo lo necesario, apenas le quedaban pretextos para mantenerse en la capital una semana después de llegar y todavía no se había decidido a pedir ayuda a una meretriz. Se debatía entre el atrevimiento y la prudencia.

No podía preguntar a ningún sirviente sobre los lugares que gustaban de frecuentar los caballeros. No podía, de hecho, acercarse a John, el cochero, y decirle que la llevara a la casa de citas que prefería su esposo. O si sabía, en fin, cuál era la prostituta que solía visitar.

Pero se le agotaba el tiempo y solo le restaban un par de noches más.

Así que esa velada, después de la cena, dijo estar cansada y se retiró temprano. Despidió a Rose, desestimando su ayuda —no quería que le deshiciera el moño bajo— y, una vez sola, cambió sus ropas por un vestido sencillo y oscuro, uno de los que había prometido tirar en cuanto regresara a Sussex, eligió un sombrero *pillbox* con velo que le cubría más de media cara y esperó a que la casa estuviera en silencio. Solo entonces cogió su ridículo, bajó con sigilo las escaleras hasta el salón para tomar las puertas francesas de la terraza hacia los jardines y, desde allí, dio a la parte trasera de la mansión por donde salió a la calle, en lugar de hacerlo por la plaza Hannover.

Esperó en las sombras hasta que pasó un coche de alquiler al que detener. No le dio ninguna dirección, le pidió que diera un pequeño paseo hasta el río. Portaba un arma en su bolso, una pequeña. Era una estupidez, no sabía cargarla siquiera, pero le daba seguridad. Pasó el trayecto serenándose, recordándose por qué hacía aquello.

Cuando el carruaje se detuvo escuchó al cochero repetir la misma pregunta: dónde quería ir. Armándose de valor, le pidió que se acercara hasta la ventanilla.

Vio a un hombre mayor, de rasgos duros, pero ojos bondadosos.

Supuso que toda la situación era bastante irregular para aquel trabajador y que, si accedía, se debía a que ella era una dama y que estaba convencido de que no corría ningún peligro y de que sería bien recompensado. Lo sería, mejor de lo que creía.

—¿Milady?

Manteniéndose fuera de la luz, agravando la voz, le ordenó directa, con una convicción que lejos estaba de sentir.

—Acérqueme a la casa de compañía más exquisita de Londres. A la que acostumbra a llevar a

los caballeros más selectos.

El conductor juró. Helena nunca había escuchado aquella palabra, pero supuso que debía de ser muy grave por la cara de enfado que acompañó a la palabrota.

—Ni hablar.

—Le pagaré.

—Ni por todo el oro del mundo, milady.

—¿Está seguro?

Pero su voz ya no era la misma: suplicaba.

—Mirad, no sé qué buscáis allí, pero no lo encontraréis. Y si a quien buscáis es a vuestro esposo, ni siquiera os dejarán entrar.

—Yo no...

—Volved a casa.

—No puedo.

Su voz, no obstante, había admitido la derrota. Ni siquiera sabía dónde acudir. ¿A una taberna en el puerto? Era peligroso. Si se lo pedía a uno de los lacayos tal vez, solo tal vez, la acompañara, pero sería casi imposible que Marcus no se enterara.

¿Y si contrataba a un protector? Negó con la cabeza. Si no conocía a una meretriz, menos todavía a un hombre de ese tipo.

Jimena tenía razón: para ella Londres terminaba en Westminster, y los londinenses que no eran pares del Reino apenas eran meros conocidos.

El cochero debió ver su desesperación, porque se compadeció de ella.

—¿Qué es lo que buscáis, milady?

—Ayuda —confesó.

—¿En una casa de mala reputación?

Agachó los hombros.

—Sí.

El viejo se pasó la mano por la barba.

—¿Os espera alguien allí?

—No, pensaba pagar para entrar.

Lo escuchó reír.

—Señora, no en todas partes el dinero es la llave.

—Ya lo estoy descubriendo —respondió, malhumorada.

Aquello le valió otra carcajada.

—Supongo que si no os llevo yo, lo intentaréis de nuevo con otro coche, ¿no es cierto? —La voz se había vuelto menos severa.

Levantó la vista para encontrarse unos ojos indulgentes.

—Así es. —Asintió con vehemencia.

—Escuchadme, milady... no, no quiero saber vuestro nombre, no quiero que vuestro esposo

mande colgarme. Esto es lo que haremos: os llevaré a Maxime's, a la puerta trasera, y os esperaré en el callejón de atrás, cubriendo la entrada y viendo cómo os prohíben el paso llevéis cuanto llevéis dentro de ese bolso vuestro. Cuando os hayáis dado cuenta de que no lograréis lo que queréis, volveréis a mi carruaje y os devolveré donde os encontré, que, estoy convencido, es a varias manzanas de vuestra residencia.

—Y yo os entregaré todo el dinero que porto, si no logro entrar.

El viejo no discutió ese punto.

—Me parece un trato justo.

—También a mí.

Le tendió la mano. Sorprendida, nunca había hecho un pacto con un hombre, la alargó también ella y este se la estrechó con fuerza.

Sin más, volvió a subirse al pescante y azuzó a los caballos.

Nerviosa, se dio cuenta de que regresaban a Mayfair. El prostíbulo en cuestión debía de estar en el mismo barrio en el que vivía la *haute ton*. Delante de sus mismas narices. ¿Lo sabrían otras esposas? No podía preguntarlo, pues ni ella misma debería saberlo. Cruzaron varias calles conocidas y, a la vuelta de una de ellas, llegaron a una casa discreta.

—Aquí es, milady, daremos la vuelta e intentará entrar. ¡Buena suerte!

Giró la manzana y ella misma abrió la portezuela del coche. Pero la fortuna no tuvo nada que ver con su imposibilidad de acceder a Maxime's. Apenas había dado cuatro pasos hacia la puerta, aún debían de quedarle más de veinte, cuando una figura emergió de las sombras y la detuvo con su voz.

—Me temo, duquesa, que no puedo permitiros que cometáis semejante temeridad.

Conocía aquella voz profunda, sensual. La había escuchado un par de días antes.

—Y yo me temo, milord, que poco tenéis que decir al respecto.

—Llamadme Belmore, por favor.

—No os llamaré de ninguna manera. Buenas noches.

Intentó dar un paso hacia delante, pero con una mano la tomó de la muñeca y la inmovilizó.

—Veréis, Helena. ¿Puedo llamaros Helena?

—No, no podéis.

—Lástima que no me lo permitáis, es un nombre hermoso. Veréis, Helena —Ryan pudo comprobar que la esposa de Marcus Knightley era una mujer con mucho carácter—, si os acercáis a esa puerta esto es lo que ocurrirá: no lograréis entrar, alguien os reconocerá y mañana medio Londres sabrá que la duquesa de Neville intentó adentrarse en el burdel más famoso de la ciudad. Pasado mañana ya lo sabrá vuestro marido.

—No creo que eso sea de vuestra incumbencia —le espetó, intentando liberarse.

—¿Es eso lo que deseáis, un escándalo?

—Os he dicho que...

—Porque si es eso lo que queréis hay formas mucho más discretas de conseguirlo.

Su voz arrastrada, su mirada, la forma en que aflojó el agarre para convertirlo en un contacto acariciante... todo se volvió insinuante en él.

—¿Cómo os atrevéis?

Le giró la cara de un revés porque él se lo permitió. No hizo nada por repeler el golpe.

—¿Por qué? —le increpó, después de abofetearle.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué queréis humillar así a mi esposo, convirtiéndoos en mi amante?

—Si creéis que haría pública mi vida privada, o que lo haría por él y no por vos, sabéis poco de mí y menos de vuestra belleza, Helena. —Ella chasqueó la lengua—: En todo caso no soy yo quien pretende humillar a Neville entrando en una casa de putas.

La crudeza de sus palabras detuvo todo su plan y la hizo avergonzarse de sí misma. ¿En qué había estado pensando?

Giro sobre sí misma, de vuelta al carruaje. Se dejó acompañar. Incluso permitió que le abriera la puerta. Tampoco le importó que subiera con ella. Estaba ensimismada; abochornada. El vehículo arrancó y ninguno dijo nada durante el viaje.

Cuando llegaron al mismo lugar en que había encontrado el coche de alquiler, vio a Belmore dispuesto a pagar y a amenazar al conductor. Medió paz.

—Dejadlo. Él y yo tenemos un trato.

Entregó todo el contenido de su bolso al viejo, quien le sonrió.

—Lamento que la noche no fuera lo que esperabais, milady.

Su voz parecía sincera.

—Gracias...

—Waldo.

—Gracias, Waldo.

Este volvió a tenderle la mano y fue ella quien se la estrechó con fuerza esa vez.

Ryan y ella esperaron hasta que se subió al pescante, espoleó al tiro, partió el coche y se lo tragó la oscuridad.

Deseosa de volver a su habitación e intentar descansar, quiso irse también. No tenía intención de despedirse de aquel odioso caballero. Pero él no le dio opción, de nuevo. La tomó del codo y la instó a caminar por la acera, rodeando la mansión hasta la plaza Hannover; hasta la puerta principal de su casa.

El mayordomo, que parecía dormir con una ojo abierto y pegado al cristal, abrió un minuto después.

—Milady —le dijo como si hubiera sabido que había salido. Cuando Cunnigham vio quién la acompañaba, en cambio, se tornó distante—: Lord Belmore.

—Buenas noches, milord —lo despidió ella.

—¿No vais a invitarme a entrar, Helena?

Alzó las cejas, ofendida.

—¿Me estáis exigiendo que lo haga?

—¿Por qué habría de hacerlo?

Miró al mayordomo, que les concedió espacio para hablar sin ser oídos.

—No lo sé. Quizá si no os dejo pasar divulguéis mi error de esta noche.

Estaba cansada.

—Si quisiera divulgar vuestro error de esta noche, no os hubiera detenido antes de llegar a la puerta del club —arguyó con lógica—. Os hubiera dejado entrar y no hubiera tenido necesidad de ser el ruin de esta tragicomedia.

—Tal vez —le concedió—. O tal vez no tendríais nada con lo que chantajearme.

—Dios, Helena, habéis leído demasiados dramas.

—Odiáis a mi esposo.

—Y, en cambio, es la segunda vez que me ocupo de vuestra reputación.

—¿Queréis hacerme creer que ya no queréis venganza?

—Tal vez no contra vos.

—O tal vez ya habéis encontrado la forma de resarciros y me necesitáis como señuelo.

—Si fuera así, Helena, estáis poniéndome muy fácil hacerme vuestro amigo.

Volvió a enrojecer. No necesitaba comportarse como una necia para tener una vida más emocionante, maldita fuera.

—¡Helena!, creí que te habías... ¿Ryan? ¿Qué ha ocurrido? No os quedéis en la puerta, a la vista de todos los que pasean, y seáis pasto de especulaciones. Entrad, por favor. Cunnigham, envía a alguien a la sala azul.

Se lo pidió una última vez.

—¿Helena, puedo pasar? Sois vos la señora de esta casa.

Esta suspiró, derrotada.

¿Tenía, acaso, elección, dadas las circunstancias que ella misma había provocado?

—Adelante, por favor, Belmore.

Capítulo 11

Fueron al estudio de Rafe.

Jimena cambió las órdenes al servicio y los dirigió hacia allí, y Helena estuvo de acuerdo creyendo que la traición a Marcus sería menor si lo llevaba a la única estancia de la planta baja que no era para su propio uso.

Se instalaron ellas en dos sillones chesterfield gemelos y lo invitaron a él a hacerlo en el diván. Resultó cómico ver a Ryan en un asiento más femenino y a ellas en sendos más masculinos, pero no hicieron comentarios, pues un lacayo estaba sirviendo madeira en tres copas y, además, era otro el asunto que acuciaba.

Cuando el criado salió, la duquesa de Tremayne suspiró.

—¿Qué me he perdido?

—Creo que has perdido todos tus reflejos como espía.

—No estaba en ninguna misión.

—¿Entonces por qué viniste con la duquesa de Neville a Londres?

—La duquesa de Neville es mi cuñada, Ryan, y empieza a molestarme de verdad la atención que le estás prestando. ¿Te he dicho que esto podría generar un conflicto serio entre nosotros?

—No le prestaría ninguna atención si lo hicieras tú. ¿Sabes dónde la he encontrado esta noche?

—Estoy aquí —protestó Helena, y dos pares de ojos se posaron en ella un momento para seguir con su conversación.

—Es obvio que no sé dónde estaba. Pero no pienso agradecerte que la hayas encontrado.

—Pues deberías. Estaba...

—¡Estoy aquí, maldita sea!

Entonces sí, captó su atención por completo. Nunca gritaba y jamás la habían escuchado maldecir.

—Disculpa, Helena. Me has preocupado. Verte aparecer tan tarde... y con él.

—¿Verla conmigo es motivo de inquietud?

—Desde luego que lo es. Ella no iría contigo a ningún lugar de manera voluntaria.

—Pues no la traía cargada al hombro.

—Ni siquiera tú eres tan bruto.

—Y me ha invitado a entrar —continuó presumiendo, ufano.

Helena se levantó. Solo cuando vieron que iba hacia la puerta se preocuparon.

—¿Dónde vas?

—Parece que podéis seguir esta conversación sin mí, así que me acostaré. Ha sido una velada muy intensa.

La española se puso en pie y llegó hasta ella despacio, como si su cuñada fuera armada —lo iba, aunque no lo supieran y la pistola no portara balines— y cualquier movimiento brusco pudiera hacerla disparar.

—No te marches. Lo siento, Ryan me saca de quicio, seguro que lo entiendes. —Ver a Jimena poner los ojos en blanco recuperó la complicidad entre ellas. Belmore no replicó—. Siéntate y cuéntame qué ha ocurrido, por favor.

Los miró a ambos. Ella contrita, él con la mirada baja; se compenetraban a la perfección. Debían haber sido un equipo perfecto en la Península. Aceptó y volvió al sillón, tomó la copa de madeira y se bebió la mitad.

—He ido a Maxime’s. Por si no lo sabes es una...

—¿A la casa de prostitutas?

Por supuesto que su cuñada sabía lo que era Maxime’s, se corrigió. Tanto como era capaz de decir «prostitutas» sin sonrojarse.

—La misma.

—¿Y qué has ido a hacer allí? —No contestó, no sabía bien cómo explicarlo—. ¿Lo sabes tú?

Vio a Belmore negar con la cabeza.

Siguió en silencio un poco más, en un intento fútil de que cambiaran de tema, aun sabiendo que era inútil. Podía decir que no era asunto suyo y la dejarían en paz, pero necesitaba respuestas, y en el estudio de Rafe podría obtenerlas. Aunque tenía que ser esa noche.

—Tal vez debería dejaros solas.

El marqués se levantó.

Helena no lo miró, tenía una decisión que tomar, una rápida. ¿Debía quedarse él?

Podía contar con su discreción tanto si se quedaba como si no. Si deseaba hundirla lo haría, conociera o no las razones para lo que había hecho esa noche. Estas eran humillantes, pero quizá le fuera de ayuda un punto de vista masculino. No es que tuviera que contárselo todo, claro que no. Pero ya conocía los pormenores de su matrimonio. Si era cuidadosa...

—No os marchéis, Belmore.

Volvió a coger su madeira y se lo terminó. Tomó la licorera y rellenó la copa mientras volvían a acomodarse los tres.

—Consejo —dijo con voz suave—. Buscaba consejo.

Los otros dos no preguntaron, recapacitaron sobre su respuesta y sacaron sus propias conclusiones. Eran dos personas inteligentes.

—¿Logró entrar?

—No.

—¿La vio alguien?

—No.

—¿Cómo llegó?

Esa vez no le importó que la ignoraran.

Los escuchó detallar su salida y entrada en la casa y asegurarse de que, al menos, no había sido tan estúpida como para dejar rastro. Aunque hubiera sido porque había sido interceptada a tiempo.

Poco después se hizo el silencio y supo que era su turno de ser interrogada. Volvió a beberse la copa de un trago.

—Helena, te embriagarás.

—Lo necesitaré si quiero dormir. Mañana no tenemos nada planeado. Y para esta conversación voy a tomarme al menos otro par. —Volvió a coger la licorera—. Solo será un mal trago.

¿Cómo su tranquila vida había acabado en el estudio de su cuñado, pretendiendo beber de más por segunda vez en su vida? ¿Estaba segura de que era ese el camino hacia la felicidad? Porque tenía la sensación de que solo estaba haciendo cosas indebidas sin ninguna razón y poniéndose en ridículo.

—¿Qué necesitáis saber, Helena, que solo podíais conocer de primera mano de meretrices?

No se atrevió a mirarlo a los ojos. Aun así, su voz fue firme y su postura digna.

—Si tanto deseáis saberlo, quería que las mejores expertas me explicaran cómo se mantiene la atención de un caballero.

Se hizo un silencio pesado.

—Quizá pudiste... —Jimena comenzó a hablar, pero calló enseguida.

—¿Qué?, ¿preguntártelo? —acabó por ella.

—¡Pues sí, maldita sea! Hubiera sido incómodo para ambas, pero si te era útil, debiste hacerlo.

—¿Y cómo se supone que debía hacerlo? —Fue Ryan quien expuso lo obvio, queriendo darle un toque de humor a un asunto tan peliagudo, imitando de forma exagerada la voz de una mujer —: Cuñada, ya que te has dedicado a recorrer las calles de Madrid buscando amantes, explícame cómo volver loco a un hombre.

—¡Yo no hablo así! —protestó Helena.

—¡Yo no he buscado amantes por las calles de Madrid! —gritó a la vez la otra.

—No me matéis, no me matéis —pidió Belmore, las manos en alto—, solo bromeaba.

A pesar de todo, sonrieron.

—Tu amigo tiene poca gracia, pero tiene razón.

—Dice que es el sentido del humor irlandés.

—Ah, ¿es irlandés? Creí que no sabía pronunciar con corrección.

Entonces sí, prorrumpieron en carcajadas.

—Miladies, me crie en Inglaterra. Estudié en Eton primero y en Oxford después, pues mi padre se negó a dejarme hacerlo en el Trinity College por más que insistí. Mi dicción, mal que me pese, es tan londinense como la vuestra.

—Helena —Jimena era como un terrier con un hueso, no soltaba una vez tenía una presa—, no necesitas atraer a Marcus, tienes toda su atención. Porque estamos hablando de Marcus, ¿no?

Asintió.

—No deseo romper mis votos.

—Os honra. —Belmore pareció pensar si continuar—. Habéis ido al lugar equivocado, entonces. Vuestro esposo no acude a ese local nunca. Ni a ningún otro.

—Ryan...

—No, creo que le gustará saberlo. Marcus Knightley no acude a prostíbulos ni ha tenido escarceo alguno con ninguna dama a la que Helena vaya a encontrarse en los salones de la temporada. En ese sentido os ha respetado al máximo. Solo dos mujeres en vuestro matrimonio: una relación que duró muy poco y otra que duró siete años. Una costurera y la viuda de un mercader muy rico. Acabó hace unos meses.

Se sintió mareada. ¡Siete años!

—Debió amarla mucho.

—En absoluto —la corrigió—. Ella estuvo con otros hombres durante el romance, y vuestro esposo lo sabía y no le molestó. ¿Creéis que le importaría que vos tuvierais un *affaire*?

Supo que sí. Se había mostrado posesivo al creer que había habido otro hombre en su vida. ¿Cómo lo había llamado? Un confidente.

Tuvo que reprimir la euforia.

—¿Cuál es el problema, entonces? Él te desea, estoy segura. Desde el día de Año Nuevo no puede quitarte los ojos de encima. Parece el lobo del cuento de Perrault, ya sabéis, «para comerte mejor».

No sabía cómo decirles que cuando había intentado «comerla», como a la Caperucita, había preferido quedarse a dieta.

Belmore demostró haber sido útil con su presencia justo en ese momento.

—¿Tal vez el duque de Neville no se decide a... culminar?

Lo miró, agradecida.

—Tal vez no pasa de los besos —confirmó.

Ahí estaba, ya lo había dicho: su esposo no la deseaba lo suficiente.

Se sintió tan rechazada que quiso llorar.

—¡No me lo creo!

Helena se levantó, furibunda, y se sirvió otro madeira. Ojalá el licor le hiciera olvidar toda aquella conversación.

—Y tu cuñada te miente y se abochorna por placer —la defendió Ryan.

Deseó abrazar de gratitud a aquel caballero al que tanto debía desdeñar.

—Pues mi cuñado es un imbécil.

—Cuando termines de utilizar los clásicos tópicos sal de la estancia, por favor —pidió Belmore.

—¿Qué?, ¿me echas? ¿Tú, que ni siquiera vives aquí? Ni hablar —se negó esta.

—No te echo, te pido que salgas... ¿al excusado? —insistió el caballero.

—No. —Se cruzó de brazos la española.

Helena se sentó, exhausta. Quería quedarse sola a pensar. O a llorar.

—Jimena —Ryan comenzaba a perder la paciencia—, sé algo que tú no sabes y que no necesitas escuchar, así que...

—Pero yo...

—Ve a buscar una piedra al jardín y vuelve, maldita sea —sentenció el marqués—. Y llama a la puerta antes de entrar. Cinco minutos.

Aquel era un tono de mando, no de amistad. Incluso Helena estuvo a punto de salir a buscar un guijarro, uno que satisficiera a Belmore.

Su cuñada dio una patada al suelo, en un gesto infantil que dejó patente su enfado, y se marchó del estudio.

—Helena, ¿puedo acercarme, por favor?

La tuteaba, pero le pedía permiso para aproximarse. ¿Qué pretendía?

—No irás a seducirme para demostrarme que soy hermosa, ¿verdad?

La carcajada le hizo volverse. Amén que era un hombre atractivo.

—No, por Dios. No seduciré a una mujer que desea a otro hombre. ¿Puedo?

—Claro.

De algún modo parecían dos amigos íntimos cuando se sentó frente a ella, en el sillón que la otra había dejado libre.

—Mi trabajo consiste en saberlo todo cuando me encargan investigar a alguien, supongo que ya lo imaginas. Y soy muy exhaustivo.

—¿Lo sabes todo sobre nosotros?

—Sé casi todo de tu esposo.

Lo observó con fijeza, pero fue incapaz de sostener la mirada a aquellos ojos verdes durante más de unos segundos.

—¿Por qué creo que tiene más que ver con tu visita a Donwell que con el encargo del duque de Wellington?

—Quizá porque eres demasiado perspicaz. Quizá porque no sabes nada de lo que ocurrió aquella noche.

Se miraron a los ojos otro largo momento.

—Tal vez.

—Hay algo que sé de tu esposo y que podría explicar que se alejara de ti.

La asustó. No estaba segura de querer conocer...

—No. No hay nada que no debas saber o no te lo contaría. No hay ninguna depravación o privación detrás.

Volvió a respirar.

—De acuerdo.

—De acuerdo. A tu esposo le gusta disfrutar en la cama más allá de lo que se espera en el lecho conyugal.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hay cosas que no se le hacen a una esposa, Helena. —La mirada de ignorancia lo exasperó—. ¡Dios!, ¿por qué no os explican nada?

—¿Mi cuñada...?

—Sí, es probable que sepa de qué hablo, pero no tenéis por qué saber lo que hace cada una con su marido, ¿no crees?

—¡No!

La mera idea de saber qué provocaba los gemidos que en ocasiones escuchaba la sonrojó.

—Solo digo que tal vez, solo tal vez, Neville quiera hacerte más de lo que debería hacerle a una esposa y por eso se aparte. No lo sé. ¿Crees que podría ser?

Negó con la cabeza antes de confesar:

—Ni siquiera sé de lo que estás hablando.

Ryan se sintió frustrado. Necesitaba que ella le entendiera.

—De acuerdo, ahora entrará Jimena, con una maldita roca si la conozco bien. Y hablaremos de otras cosas que puedan interesarte también. Dame un par de días y te traeré un libro; un libro prohibido para las mujeres. O varios, quizá. Entonces podrás entenderme. ¿Está bien?

—Sí.

—Vale —acordó él, dando la cuestión por terminada.

—Una cosa más. —Llamaron a la puerta—. ¡Un momento!

—¿Cuál?

—¿Por qué?

Esquivó su mirada.

—En otro momento, Helena. ¡Pasa, por favor!

Entró la española, y detrás de ella dos lacayos con una piedra del tamaño de una rueda de carruaje.

—He pensado, Ryan, que si atamos esta a tu cuello y te lanzamos al lago podríamos hacer una apuesta interesante la duquesa de Neville y yo.

Entre las risas de ambas se escuchó resoplar al marqués.

Capítulo 12

La sala dorada parecía un vestidor dada la cantidad de mudas que había: vestidos de mañana, de tarde y de noche; guantes, sobreros y bolsos; zapatos, abanicos y cintas; algunos estuches de joyas... Todo había sido aprobado e iba a ser empaquetado para que lo enviaran al campo a pesar de que, en ocho semanas, volverían a la ciudad para preparar la presentación de Angela.

El vestido granate de terciopelo colgaba de una percha. Era el único que no se había puesto a pesar de la insistencia de su cuñada. Una vez cosido, lo veía demasiado exuberante para alguien como la duquesa de Neville.

—Miladies, la peluquera se marcha ya.

A Jimena le habían recomendado una estilista de Florencia que solía atender a la alta burguesía —¿dónde conocería a gente tan interesante?— con unas ideas más trasgresoras sobre peinados que las de la nobleza. Después de cortarles el pelo a ambas, se había quedado a recoger sus enseres mientras ellas bajaban a tomar el té.

—Dígale que baje a tomar una taza con nosotras, si así lo desea.

La estilista desistió, en cambio, y se marchó bien recompensada por su trabajo. Pidieron quedarse solas. Helena no cabía en sí de gozo.

—Angela y Beatrice se pondrán en sus manos cuando vengan a Londres.

Buscó la cornucopia de la pared del fondo y miró su reflejo, satisfecha. La italiana no solo le había cortado una melena a media espalda dejando sus rizos mucho más manejables, sino que el peinado le daba además volumen al rostro.

También la otra se había dejado aconsejar y había permitido que las tijeras cercenaran sus largos cabellos.

—Estás preciosa.

—Gracias.

Se volvió a corresponderle el cumplido con una sonrisa.

—¿Estás satisfecha?

No se refería solo a la mañana, sino a la ropa que llenaba la salita y también a las conversaciones que habían mantenido desde que Belmore la sorprendiera, dos noches atrás. Unas conversaciones personales e indiscretas que las habían acercado todavía más. No tuvo que pensar la respuesta.

—Mucho.

Se sentía hermosa, sí, pero sobre todo se sentía joven y llena de vida.

—Yo tengo que admitir que vine a regañadientes —reconoció la duquesa de Tremayne—, pero ahora estoy disfrutando de cada día en la ciudad.

Durante su estancia estuvo enseñándole algunos barrios limítrofes a Mayfair y no tan respetables, pequeñas tabernas donde se comían manjares que poco tenían que ver con el faisán o el caviar y donde el servicio consistía en el posadero y, con suerte, alguna joven con poca experiencia y menos ganas. Se habían aventurado a cabalgar hasta los Jardines de Saint Martin's, en Candem, o a ver el Cementerio de los Renegados. Y habían hablado con mujeres con un acento *cockney* que apenas entendía, con vidas muy diferentes y, sin embargo, con matrimonios e ideas bastantes similares, por lo que había escuchado.

También ella gozaba como una niña en un lugar nuevo por completo, como si estuviera visitando el extranjero y no la mismísima Londres.

—Siento el capricho de última hora. —En un arrebato, había decidido mudar también sus camisones, camisolas, medias... Por lo que al final su estancia iba a prolongarse algo más de dos semanas—. ¿Estás segura de que no quieres adelantarte tú a Sussex? Yo iré en una semana. —Jimena la miró como si fuera una niña díscola—. Prometo no acudir a ningún establecimiento comprometido. Dudo, por otro lado, de que cierto marqués me lo permitiera.

—Hablando de Ryan, hace un par de días que no lo veo. ¿Has sabido de él?

—Todavía no.

Recibió una mirada inquisitiva.

—¿Todavía?

Caramba, se le había escapado que esperaba una visita suya. Y a la otra no se le escapaba nada, dichosa fuera.

—A tu amigo parece gustarle nuestra compañía, así que sí: todavía no. Doy por sentado que en algún momento se hará el encontradizo con nosotras. Y si no, asomará la nariz por la plaza Hannover.

—¿Le dejarás entrar, pues?

Se alejó del enorme espejo y se acercó a la mesilla. Se sirvió más té, sin azúcar, y enfrentó a su cuñada.

—Jimena, no sé qué ocurrió entre Marcus, Rafe y él, pero sí sé quién es mi familia y a quién debo lealtad. Tampoco sé por qué de repente Belmore ha decidido ayudarme, aunque dudo que sea una oferta gratuita. No le sienta bien el papel de buen samaritano.

—Lo sé, es que...

—Cuando las chicas estén aquí no será bienvenido —la interrumpió—. Y no me refiero solo a esta casa, ya lo sabes. No será bienvenido a nuestro círculo. No podrá saludarnos, siquiera. Siento tu cara de decepción, aunque si no lo esperabas es que eres la más ilusa de los tres. Él sí sabe cuál es la posición de los Knightley. Y, aun así, sigue jugando a ser amable.

—Es un buen hombre.

—Tal vez sí, o tal vez no. —No la contradijo, no quería discutir con ella—. El tiempo lo dirá.

Llamaron a la puerta y Cunnigham pidió permiso para entrar.

—Milady —la miraba a ella—, el marqués de Belmore ha dejado un paquete para vos.

La voz del mayordomo era neutra, nunca dejaba entrever qué sentía. No obstante, había cierta censura en sus ademanes.

—Déselo a Rose y que lo deje en mi alcoba.

—¿No ha pedido entrar?

—No, milady.

De nuevo, se advertía la reprobación en él.

—De acuerdo.

Cuando se cerró la puerta, Jimena resopló.

—Sí, ya lo sé. Me lo avisaste: la única que no sabe que Ryan no es bienvenido soy yo.

***

Una vez se cercioró de que estaba sola y de que la casa estaba en calma, sacó el paquete que Rose le había dejado sobre la cómoda, envuelto con diligencia por su portador para que no se supiera el contenido más allá de que eran varios libros, y lo abrió con expectación. Encontró tres volúmenes y una carpeta que, al parecer, contenía diversas láminas. Muerta de curiosidad, la abrió para cerrarla al segundo siguiente con brusquedad. ¿Pero qué diablos...?

En ella había vislumbrado a un hombre y a una mujer, desnudos, en una posición imposible para hacer... Claro, se dijo, que eso podía explicar la única vez que sorprendió a sus cuñados en un acto impúdico, en el jardín, tras un baile en esa misma mansión. Temerosa de lo que pudiera descubrir, volvió a abrir la cubierta con cuidado y sacó el dibujo: allí estaban, ella primero, algo inclinada, y él detrás, con las caderas hacia delante y su... su...¡Ni siquiera sabía nombrarlo!

El diseño era muy explícito. ¿Serían todos iguales? Negando con la cabeza, los sacó todos, prometiéndose una hojeada rápida. Y así lo hizo... una primera vez.

Fascinada, volvió a tomar las hojas y las apiló de forma ordenada a su izquierda, tomándolas una por una y estudiándolas. En cada una de ellas se veía a una pareja llevando a cabo actos de placer. Algunas de las palabras de Jimena vinieron a su mente conforme iba colocando los bosquejos en otro montón, a su derecha.

«Querréis besaros en todas partes, no solo en la boca». Besarse en todas partes parecía significar en todas las partes del cuerpo, incluida las menos esperadas. Las mejillas se le sonrojaron, pero siguió mirando mientras todo el cuerpo le cosquilleaba.

¡Y él a ella también la besaba «ahí»!, se dijo abochornada, cayéndosele el bosquejo en el que el hombre estaba arrodillado frente a la mujer y...

Ya había tenido suficiente, se regañó. Aquello era pecaminoso, no era para damas de su

alcurnia.

Y, aun así, recogió la cartulina y pasó cada lámina despacio, estudiándolas, hasta que no quedó ninguna a su izquierda, y se prometió volver a repasarlas con más calma cuando leyera los volúmenes que Belmore le había traído, si es que arrojaban algo de luz a su ignorancia. Se lamentó, incluso, no tener confianza suficiente con él para preguntarle si había realizado aquellas... prácticas. Si creía que una dama podía... bueno... hacerlas, y si pensaba que a un caballero podrían gustarle.

A ella no le habían despertado la repulsión que debieran. Al contrario, habían espoleado su curiosidad. Y también algo más a tenor del calor que sentía y que no sabía sofocar.

Abrió uno de los libros, *Vida y aventuras de la señorita Fanny Hill: memorias de una mujer de placer* y encontró muchísimo texto. Después de lo visto, lo dejó a un lado y abrió otro llamado *Kama-Sutra*. Ese combinaba bosquejos con párrafos, así que comenzó a leerlo, pero no tardó en dejarlo a un lado, superada por las posturas. Ella no era tan elástica.

Así que regresó al libro de la señorita Fanny Hill, insegura de lo que podría encontrar en él. En menos de cuarenta minutos estaba hechizada por la lectura. La protagonista trabajaba en la sombrerería de la señora Cole, aunque era en realidad un burdel encubierto, y página a página la joven relataba con todo lujo de detalles las experiencias de su trabajo.

¡El marqués de Belmore había llevado Maxime’s a su dormitorio con la discreción óptima!

El amanecer la sorprendió leyendo todavía. Temerosa de que Rose pudiera encontrar su tesoro, volvió a envolverlo todo y lo guardó en una de las cajas de sombreros antiguas, prometiéndose una lectura digna durante la tarde. Pasaría la mañana durmiendo, aquejada de jaqueca, y hasta que volvieran a la campiña se encerraría con su nueva lectura.

Tenía mucho en lo que aplicarse.

Aprendió palabras que habrían avergonzado a... a ella misma tres semanas antes. Aquellos libros encendieron un fuego en ella que nunca había sentido. Un deseo que iba más allá de unos besos.

Entendió el significado de la necesidad.

***

Donwell Abbey

—He recibido una carta de Jimena diciéndome cuándo regresan.

—Ajá.

—¿Ajá? ¿Eso es todo lo que vas a decir?

—Alcánzame la salsa holandesa, si me haces el favor.

—¡Marcus! Te estoy diciendo que, por fin, después de casi tres semanas, sé la fecha de vuelta de nuestras esposas, ¿y todo lo que vas a decir es que quieres más aderezo?

Soltó sus cubiertos y miró a Rafe.

—Helena se fue a Londres por decisión propia. Y volverá cuando lo considere, por decisión propia.

—¿Y eso es todo?

—Ajá.

—Ya. Pues tu esposa se llevó a la mía, y se da el caso de que la echo de menos.

—Si vas a ponerte sentimental, pásame antes la salsa holandesa.

Sabía que estaba enfadando a su hermano sin razón. Pero él lo estaba presionando también solo porque sí.

—¿No deseas saber cuándo...?

—Rafe, la salsa.

El recipiente voló por los aires y fue a caer en la mullida alfombra. No se rompió, lo que fue bueno porque era una pieza del siglo anterior insustituible, pero el líquido se derramó por el tejido, viscoso.

—Al ama de llaves no le va a gustar. Por cierto, ¿por qué demonios se ha ido Cunnigham a la ciudad con ellas?

—¿Porque así lo ha considerado, Marcus?

Quiso romperle él la salsera en la cabeza.

—Ajá, Rafe. Ahora, ¿podrías levantarte y pedir a los lacayos que, con tanta amabilidad has despedido, que me traigan más?

—No. Y vienen pasado mañana.

Olvidó la comida.

—¿Las dos?

—Oh, al fin he logrado captar tu atención. Sí, vienen juntas. ¿Qué crees qué habrá tramado Helena?

—¿Qué quieres decir? —Se puso alerta.

¿Sabría algo que no le hubiera contado?

—Se fue de aquí enfadada. Se marchó por no seguir discutiendo contigo; que no lo digamos no significa que no fuera así. Y ha tardado tres semanas en volver. ¿Qué crees que habrá estado haciendo en la ciudad?

—Encargar un vestuario —sentenció.

No quería hablar de ella. Lo había repetido hasta la saciedad y le sulfuraba que no respetara algo tan sencillo.

Desde que se marchara se había dedicado a disfrutar de la compañía de su hermano como hacía años que no hiciera. Había cabalgado, también. Solo una vez, esa semana, se había reunido con su administrador.

—¿Crees que sería un descuido de mis deberes por mi parte reunirme con el señor Peterson, por ejemplo, los jueves y solo ese día?

—Creo que es un hombre muy competente y que, si contratas también un contable que le

ayude, y un pasante, podrás disfrutar más tiempo con tu familia y haciendo cosas que en realidad quieras hacer. Como hacen el resto de los pares —apostilló.

—Tal vez lo haga —murmuró—. Sí, tal vez lo haga.

—¿Y Helena?

—¿Qué pasa con ella?

—Eso te pregunto, ¿qué va a pasar con ella?

—Rafe, por favor: no te metas.

Este puso los brazos en alto.

—De acuerdo, de acuerdo. Iré a por más salsa. —Llegando a la puerta, cuando creyó que se había rendido, aun se volvió—. Pero una cosa más. Marcus, por favor: no la fastidies.

¿Que no la fastidiara? Haría lo que pudiera, pero algo le decía que no estaba en sus manos, que era su duquesa quien iba a decidir cómo iba a funcionar su matrimonio a partir de entonces.

Durante aquel período de descanso conyugal casi había olvidado la extraña semana con ella y que casi le hizo el amor, de pie, contra el poste de la cama.

Casi. Se había masturbado pensando en ella y en lo que había deseado hacerle todas las noches.

Capítulo 13

No sabía qué esperaba cuando avistó los carruajes, todavía lejanos, en el camino. En los dos primeros viajaría el personal de la casa y, supuso, era donde debían también ir los baúles con las compras. En el tercero, el más suntuoso, irían las dos duquesas. Aún no habían llegado las facturas ni le preocupaban, su esposa era una mujer comedida y aunque esperaba, sin embargo, unos gastos desmesurados, no le importaban si con ello volvía la paz a su hogar.

Unos vestidos nuevos y se acabarían las peleas en el comedor, las miradas cruzadas, las conversaciones desafiantes y las situaciones que no podía controlar. Donwell Abbey volvería a estar bajo su mando. Nada de sirvientes que desaparecían del salón por orden de terceras personas ni de cabalgadas en pantalones; se acabarían los favoritismos del servicio, aunque discretos, y los lacayos admirando a su mujer. Su casa volvería a la normalidad en el momento en que Helena volviera a ser feliz.

Feliz. ¿Habría sido ella feliz alguna vez desde que se casaran? ¿Lo había sido él, acaso? De acuerdo, entonces. Sería suficiente con que estuviera satisfecha.

¿Cuándo había dejado él de estar satisfecho con su vida? La imagen de Rafe y Jimena inundó su mente: riendo, cogidos de la mano, compartiendo confidencias... Siempre supo que sería así, que su hermano haría un buen matrimonio, uno dichoso. Pero no uno «así». Una parte de su cabeza se rebeló y le gritó que no tenía derecho a una vida como la que estaba viviendo. Una vida plena.

¿Le estaría ocurriendo lo mismo a ella? ¿Se sentiría estafada por sus cuñados? Porque si así era, ni los mejores ropajes ni las joyas más regias le servirían para volver a estar en paz consigo misma.

Como le estaba ocurriendo a él.

Tal vez debiera pedirles que se marcharan. No obstante, el daño ya estaba hecho y la distancia no supondría ninguna diferencia.

—Al fin han regresado nuestras damas. ¿Nervioso?

La voz de Rafe, situándose a su lado, lo devolvió a la realidad. Acostumbrado a ocultar sus sentimientos, escondió el pequeño rencor que lo embargaba y la culpabilidad que siempre la acompañaba.

—Impaciente. —La ironía era evidente en su tono.

—Reconozco que he rondado a mis anchas por la mansión, estando esta por entero a nuestra disposición, con Angie y Beatrice apenas coincidimos... pero añoro el toque femenino que solo Helena sabe infundirle.

—Quizá podrías llevártela a tu casa cuando acabes de construirla, si tanto crees que vas a echarla de menos.

Se arrepintió de la frase nada más pronunciarla, pero estaba harto de los elogios que su hermano le profería en cuanto surgía la ocasión.

Si dudaba de su error, el tono duro, acorde a la mirada que recibió, se lo confirmaron.

—Y si no hubiera reconocido los celos detrás de cada palabra, quizá debería partirte la cara por lo que acabas de decir.

Se volvió, furibundo.

—¿Desde cuándo eres el defensor de mi mujer?

—Desde que, al parecer, no tiene ninguno y, además, hay que protegerla de los insultos de su propio marido.

El bochorno caló más hondo que la afrenta.

Volvió a girarse hacia la plazoleta de la entrada. Los dos primeros carruajes habían seguido el camino hacia la entrada de servicio; el tercero, no obstante, se acercaba hasta ellos y no se detuvo hasta llegar al pie de la escalinata.

Tremayne bajó los escalones para recibirlas. Neville lo siguió, resignado, para hacer lo propio con su duquesa.

Observó salir a Jimena en un lío de faldas y lanzarse a los brazos de Rafe, y esperó.

Tras unos segundos, lo primero que vio aparecer fue un zapato de color verde. Tenía que ser de Helena porque no debía viajar nadie más en el coche y, aun así, aquel calzado no era el que ella acostumbraba a utilizar. Se trataba de un escarpín verde esmeralda, acabado en punta y con una borla dorada y esponjosa en el empeine, que iba demasiado descubierto y podía enseñar su piel al subir las escaleras si no era cuidadosa. Lo más llamativo fue, sin embargo, el tacón; su esposa no utilizaba tacones. Ni zapatos de seda, tampoco. Ni con adornos ni que arriesgaran la exhibición de sus tobillos. Calzaba botines negros o marrones, planos y cómodos, o zapatillas de baile doradas cuando era necesario. Eso era todo.

Aún estaba preguntándose sobre la utilidad de unos zapatos de tacón de seda verdes con un pompón dorado cuando el pie al que cubría se estiró y la falda mostró la piel de su pie y su tobillo. Tragó saliva. Conocía sus pies pequeños, los había atisbado unas semanas antes. También sus tobillos, estrechos y bien definidos. Pero nunca los había visto enfundados en una media negra que realzara la nívea piel que había debajo.

Solo las damas que estaban de luto usaban calzas negras. Negras, tupidas y de lana. Aquellas medias de seda, sin embargo, poco tenían que ver con el duelo y mucho con el gozo.

Para su decepción el pie hizo un giro y la falda volvió a cubrirlo. Tras ella se dibujó una pierna larga a la que apenas pudo hacer justicia pero que conocía también: aquellos muslos y

pantorrillas había estado presionando los suyos mientras cabalgaban una sola montura el día que la descubriera en pantalones. No pudo evitar dibujar el recuerdo de su trasero y de cuánto había deseado acariciarlo. Un momento después aparecía la mitad de Helena, de cintura para abajo. ¡Si pretendía frustrarlo lo estaba consiguiendo! El resto de su cuerpo se mantenía en la oscuridad del cubículo.

La tela de seda, del mismo color que los zapatos, delineó sus extremidades cuando colocó los pies sobre el estribo del carruaje, dispuesta a salir, su cadera femenina hasta su estrecha cintura.

Al fin, una mano enguantada le pidió ayuda.

—Querida —recitó el apelativo con indiferencia, como si la impaciencia no lo estuviera devorando.

A pesar de todo, la había echado de menos.

Era curioso cómo, cada vez que él se marchó a Londres, lo hizo sin pensar en lo que podría estar haciendo ella en Donwell. Esa vez, sin embargo, era Helena quien se había marchado y, en cambio, se había pasado las noches preguntándose si también ella lo añoraría. La realidad era que se había sentido un esposo abandonado.

—Neville —le respondió, antes de apoyar su mano en él y, al fin, dejar que la luz le permitiera verla.

Se quedó sin habla. E inmóvil, también. Solo pudo observarla durante segundos eternos, tratando de concordar la imagen que su cabeza tenía de su esposa con la hermosa dríade que veía frente a él.

A pesar de la chaqueta spencer en color morado que llevaba, los senos sobresalían del pronunciado escote en uve del vestido y Marcus no pudo contener a sus díscolos ojos, que bajaron las pupilas hasta los pechos de su esposa. Había soñado con ellos y en ese instante, teniéndolos a su alcance, deseaba acariciarlos con tanta intensidad que le dolían los dedos por el esfuerzo de mantenerlos quietos.

Obligándose a comportarse, siguió recorriéndola: la piel de su cuello, cuyo sabor sus labios recordaron, la delicada línea de su mentón, su boca llena... Y sus ojos, que lo miraban con diversión.

—Deduzco que pagarás la cuenta de Madame Vauquelin.

—Lo haré con gusto si todos los vestidos son iguales a este.

—La francesa se alegrará de saber que no tienes queja.

—Pero solo si te los pones en la finca y nunca en la ciudad.

Por supuesto, Helena rio ante su comentario, creyendo que le estaba tomando el pelo. Incluso a él le sonó absurda la exigencia en su boca.

Prefirió no insistir, sabiendo que era una batalla que luchar cuando llegaran a Londres, pues a pesar de todo no estaba seguro de bromear. Ningún hombre vería los tobillos de su esposa, menos todavía sus clavículas. No, mientras no estuviera seguro de ser el único con derecho a acariciar esos tobillos y esas clavículas.

Si era necesario ese año no acudirían a la temporada y Angela debutaría el mismo año que lo hiciera su hermana Beatrice. No era tan descabellado, algunas familias lo hacían así para economizar, ¡y al cuerno lo que pensaran sus pares!

—¿No vamos a entrar?

Seguían parados, solos, a pesar de que el carruaje ya se había marchado hacia los establos.

Siendo racional, si Rose, su doncella, había podido cortar tela de los escotes de sus antiguos vestidos, seguro que podría añadirla. Y si habían añadido tela de los bajos de algunos trajes de Jimena, harían lo mismo en los suyos para que estos llegaran hasta el mismísimo suelo si era necesario.

—Claro, entremos. —Afianzó el brazo poniendo su mano sobre la de ella, deleitándose con el contacto como si fuera un jovenzuelo en pleno cortejo—. Las chicas te esperan dentro.

La vio sonreír y se dio cuenta de que a él no lo había recibido con tanta alegría. Apartó la mano, molesto.

—Ardo en deseos de...

Dejó de escuchar. Era él quien quería hacerla arder en deseos. O de deseo, si pretendía hablar con corrección.

En cuanto subieron las escaleras de piedra y entraron en la casa, tras el preceptivo saludo a la señora Bates, sus hermanas se la arrebataron del brazo y se la llevaron a una de las salitas de la primera planta sin darle opción a despedirse, siquiera.

Pudo, eso sí, apreciar sus tobillos y el movimiento cimbreante de sus caderas mientras subía las escaleras. Amén de su redondeado trasero contoneándose a cada escalón.

Rafe debía estar con Jimena en sus aposentos. Los de cualquiera de ambos, pues dormían juntos, y era probable que no bajaran hasta la hora de la cena, suponiendo que no pidieran que les subieran algo a las habitaciones y no fuera hasta la hora del desayuno que su cuñada recordara que no le había saludado al entrar.

Lo único positivo de haberse quedado solo era que no tendría que soportar decenas de preguntas insidiosas de aquel acerca de cómo había encontrado a la nueva duquesa de Neville. Porque la respuesta era obvia e imposible de evitar: espectacular.

Helena le había impresionado como jamás lo había hecho ninguna otra mujer.

Si antes de irse había despertado su curiosidad hablando en público de su vida conyugal, o la falta de esta, y avivado su deseo con el tórrido interludio inacabado en su dormitorio... la mujer que acababa de ver había abierto la Caja de Pandora y no parecía que esta fuera a cerrarse en un tiempo cercano.

Ya no recordaba sus reflexiones sobre la satisfacción o la felicidad, solo pensaba en hacerla suya. Era suya, se recordó. La cuestión era cómo reclamarla sin otorgarle el poder.

¿Cuándo su matrimonio se había convertido en un juego de poder? ¿Era eso lo que había pretendido Helena al acicalarse tanto?, ¿inclinar la balanza hacia su parte?

Como marido podía presentarse en su dormitorio esa misma noche, sin previo aviso, lo que

estaba claro que no haría. Podía incluso entrar a la salita en la que estuviera, cargársela al hombro y llevarla a la cama más próxima. Negó la cabeza con una sonrisa sardónica ante la idea. Si iban a intimar se lo notificaría con, al menos, un día de antelación. Era lo menos que se debía a una esposa.

Y no volvería a su alcoba en, como mínimo, una semana, se reconvino. No le dejaría pensar que estaba ansioso o que la necesitaba, que tenía sobre él algún tipo de influencia o dominio sobre su persona.

A fin de cuentas, si él no era capaz de recordar ninguna de las cinco veces que había yacido con ella quizá fuera porque...

Aquel argumento cayó por su propio peso. Ella tampoco lo recordaba a él, lo que le resultaba humillante.

Y solo unos besos y sus dulces manos en su pecho y su nuca habían hecho que se acariciara cada noche imaginando tenerla.

¡Dios! ¿Pero no se suponía que cuando regresara ella de Londres con un guardarropa nuevo estaría ya satisfecha y a su casa volvería la serenidad, quedando también él satisfecho?

Sabía que no era el caso, que todo iba a volverse... irreconocible.

Solo esperaba que fuera una experiencia tan espectacular como lo era ella.

***

Helena escuchaba a medias a sus cuñadas, que no dejaban de parlotear y de interrumpirse la una a la otra. Habían comenzado alabándola, diciéndole lo hermosa que estaba, elogiando después su vestido, sus zapatos... repasaron todo su atuendo para inquirirle después por la ciudad.

Debía ser un interrogatorio donde ella contestara, pero Angela y Beatrice se increpaban las preguntas por simples y se respondían como si fueran ellas las que hubieran estado en Londres y quienes conocieran los entresijos de la nobleza.

En cambio, solo podía rememorar la mirada de Marcus sobre su cuerpo. Parecían haberle gustado incluso sus pies.

—Claro que la capital está vacía. La *haute ton* se ha refugiado en sus fincas solariegas para celebrar la Navidad. Los que regresaron para las sesiones del Parlamento han huido ya para estar con los suyos.

—No se pronuncia así, se pronuncia *haute ton*, con las vocales cerradas. La señorita Paverton dice que mi francés es mucho mejor que el tuyo. Y, además, ¿qué sabrás tú, si nunca has estado en la ciudad en enero?

—Lo sé mejor que tú porque me lo dijo la señora Colesmann. Cruzo correspondencia con ella.

—La señora Colesmann vive en el Temple, no en el Londres de verdad.

—Eres una esnob.

—¡Helena, ¿la has oído?! Me ha insultado.

Suspiró.

—El Temple forma parte de la ciudad, también, Beatrice. Angela, si te hinchas así te confundiremos con un pavo. Beatrice, ¡por favor, las dos! —Y se echó a reír—. Estáis a punto de debutar, no podéis comportaros como infantas. Sí, Londres está casi desierta, que no vacía —corrigió a la mayor—, excepto por las familias que han decidido permanecer en la ciudad porque es más barato que mantener la casa solariega y a todo el servicio y carbón que eso supone, a pesar de que al ir unida al título no pueden venderla. Algunos las alquilan, otros dejan las tierras en manos de sus agentes para que se encarguen de las rentas.

—¿Es cierto que el amigo que vino a vernos hace unos años, aquel irlandés, está arruinado?

¿Por qué preguntaba la pequeña por el marqués de Belmore? Confiaba en que no se hubiera encaprichado de él. Las jóvenes no sabían que ya no existía tal amistad, todo lo que ocurrió fue justo después de que Ryan se marchara, por lo que ella sabía. Aun así, no le gustó que lo mencionaran.

—Es de mala educación cotillear, Beatrice —la regañó.

—No es cotillear, Helena —repuso Angela—. Debemos saber si el hombre al que nos acercamos es o no conveniente.

Quiso pensar que hablaban en general y obvió a ningún caballero en concreto.

—Si os interesa algún hombre en particular, preguntad entonces. No os voy a hacer... vuestros hermanos no os harán una lista de todos los hombres hipotecados, jugadores o mujeriegos de Inglaterra solo por si acaso.

Beatrice preguntó en un suspiro contenido:

—Entonces, ¿el marqués es las tres cosas?

La miró con severidad.

—Desconozco las finanzas de Belmore. Si hay que hacer caso a los rumores, entonces sí, su padre llevó a la ruina el marquesado e hipotecó todo lo que no estaba adscrito al título. Se dice de él, además, que no tiene intención de sentar la cabeza. Así que manteneos alejadas de él, suponiendo que coincidáis en algún salón durante la temporada. Tú este año —advirtió a Angie — o tú el próximo —terminó reprendiendo a la otra—. Es algo más que una recomendación, ¿he sido clara?

Recibió un asentimiento silencioso por respuesta. Sintiéndose una traidora, pues ella había entrado al enemigo en cuestión en la casa familiar de la ciudad, cambió de tema:

—He descubierto una nueva modista francesa que os va a maravillar con sus ideas y su género. Este vestido es una creación suya, de hecho. Y una peluquera italiana que os va a encantar en cuanto os toque el pelo, ya lo veréis.

La moda, para unas jóvenes que comenzaban a adentrarse en la vida adulta, era el tema perfecto para un par de horas con una taza de té en la mano y una conversación entusiasta.

La duquesa de Neville consiguió, además, dejar de preguntarse dónde estaría su esposo y si estaría pensando en ella.

Capítulo 14

Rafe y Jimena no bajaron a cenar. Aunque Marcus estaba acostumbrado a compartir mantel con su esposa y sus hermanas desde que se casara, su hermano ya trabajaba para la Corona entonces, aquella velada le resultó distinta, se sintió aislado en una conversación tan femenina en la que primaban tejidos, calzado, accesorios y futuros acontecimientos, que no escuchó nada de lo que se dijo.

Estaba, además, nervioso por lo que tenía que hablar con Helena. No estaba seguro de cómo enfocar una cuestión tan delicada. No podía decirle que iba a acudir a su alcoba por el mero placer de satisfacerse con su cuerpo. Pero, si no era así, ¿con qué motivo acudía un caballero al dormitorio de su esposa? ¿Querría ella tener más hijos? Su madre, años después de nacer él y su hermano, concibió a Angie y a Beatrice. Fue una exigencia del duque, en realidad, temeroso de perder a sus herederos tras unas fiebres, pero nunca le había preguntado si querría ella tener más hijos. O una hija, tal vez. Había dado por sentado que con dos, el heredero y el de repuesto[2], era suficiente. Siendo ella hija única, ¿habría anhelado un hogar lleno de niños?

¿A quién quería engañar? Lo que perseguía era acostarse con ella, pero reconocía que había sido muy insensible de su parte no preguntarle nunca al respecto.

¿Le hubiera dicho ella que anhelaba más niños si hubiera sido el caso? ¿Tenía Helena confianza suficiente con él? No, rectificó: ¿había dado él confianza suficiente a su esposa como para tener una conversación así?

¡Maldito fuera! En los últimos meses la culpabilidad parecía caer sobre su pecho losa a losa.

La miró.

Se había hecho algo en el pelo. No sabía qué, pero estaba más hermosa, más joven. Llevaba el cabello recogido de otro modo, aunque sabía que si lo veía suelto no encontraría su larga melena como siempre. La recordó deshaciéndose con los dedos la larga trenza y le venció la impaciencia.

Tenía que ser ya. Esa misma noche, si no fuera del todo imposible. Pero lo que sí podía hacer era pedirle visitarla al día siguiente, después de la cena y los licores. ¿Para qué retrasar lo inevitable? No necesitaba darle una razón. Si ella se la pedía siempre podría decirle que lo hablarían en la intimidad y ganar algo de tiempo para inventar un pretexto. ¡O decirle que era su derecho, qué diablos!

Debía hacerle saber, eso sí, que podía negarse.

Claro que, ya lo sabía, se recordó. Lo había echado de su alcoba la víspera de Año Nuevo, preguntándole por el protocolo de las intimidades conyugales. También lo había acusado de descuidarla. Y lo había besado con un deseo abrasador unos días más tarde.

Helena era un cúmulo de contradicciones.

No, se corrigió. Era una mujer de veintiocho años, madre de dos hijos y, no obstante, sin experiencia.

¿Y a quién había que culpar de esa candidez?

Otra losa cayó sobre su torso.

—¡Marcus!

Su hermana mayor lo debía haber llamado en más de una ocasión sin que se percatase.

—Disculpa, Angela, ¿qué decías?

—Que si me permitirás llevar la melena suelta. ¿Dónde estabas?

—Ni hablar.

—¡Marcus!

Helena asintió.

—Tu hermano confirma mi opinión.

—¿Helena ya había dicho que no? No debiste preguntarme, siquiera.

—¿Ocurre algo? Estabas muy lejos —le preguntó la duquesa.

Le sonreía. Debía haberle agradado que refrendara su opinión sobre el cabello de Angie. Pero en la educación de sus hermanas siempre había confiado en su criterio. Había demostrado ser muy capaz, y la prueba eran ellas: dos muchachas a punto de debutar con buen juicio y cordura. Aunque le doliera decirlo, dudaba que su madre hubiera podido hacer un trabajo mejor.

—Pensaba en el señor Peterson.

—¿Ha ocurrido algo?

A veces hablaba con ella de cuestiones de los arrendatarios, a veces no. Su esposa sabía cuándo preguntar y cuándo dejarle pensar, ya fuera sobre cuentas o política. Hacía algunas semanas que había entendido que sabía mucho de su trabajo y que le apoyaba en silencio.

—No, no. He decidido verlo solo los jueves y se me hace extraño.

—¿Lo echas de menos? —preguntó Beatrice, inocente—. Cuando la señorita Paverton se va a ver a su familia yo también pienso en ella.

Rieron en voz baja. A diferencia de Angela, la menor de las hermanas era más ingenua. Esperaban que madurara en el año que faltaba o temían que fuera engañada por algún libertino.

—No, no es eso. Delegar es complicado. Helena, ¿te parece si después de la cena tomamos un oporto en mi estudio? Quisiera hablarte de algo.

Ahí estaba, ya lo había dicho. Esa noche le pediría volver a su dormitorio, aunque solo fuera de manera esporádica, se recordó.

—Claro, como desees.

«Como desees», se repitió él. Se relamió, pensándolo.

***

Helena pasó el resto de la cena obligándose a mantener la calma. Algo en el tono de Marcus le dijo que la conversación que iban a mantener iría más allá del señor Peterson o de los arrendatarios. Cuando había llegado la había recibido en la entrada principal de la casa y acompañado hasta el recibidor, y eso había sido todo. No lo había vuelto a ver hasta la cena.

Aun así, había sido un reencuentro muy intenso. Nunca la había mirado de ese modo. Recordaba su noche de bodas, ¿cómo olvidarla?, y podía asegurar que no había acaparado tanta atención por su parte.

Claro, que aquella primera noche apenas hubo luz y no se quitó el camisón.

Enrojeció.

Todo lo que había visto en aquellos dibujos en Londres, que descansaban en el fondo del baúl a los pies de su cama, el de su abuela paterna que nadie abría porque tenía llave, narraban algo muy diferente a lo que él le había hecho. Algo que sus ojos parecían haber prometido cuando la mirara al llegar.

No es que le hubieran pedido nada, pero la forma en que la había mirado, cómo había acariciado su piel con los ojos... había sentido un escalofrío de placer cuando se detuvo en sus senos.

Pasó el resto de la cena dirigiendo la conversación de manera mecánica. Había sido educada para ello y llevaba años haciéndolo, fue sencillo dejar que sus cuñadas parloteasen sobre sus estudios con moderación, como siempre hacían cuando Marcus estaba presente. Como todas las muchachas de su edad, se comportaban de una forma cuando estaban sus padres —su tutor legal, en ese caso— presentes, de otra muy distinta cuando era ella quien las acompañaba, y prefería no especular sobre qué hacían cuando estaban solas o de qué hablaban.

Eran jóvenes y tenían sueños. Si ella hubiera debutado, o hubiera tenido amigas, hubiera podido hacer lo mismo.

Pero tenía a Jimena, se recordó. Y era su cuñada, su amiga, su aliada... parecía la hermana que nunca tuvo. Sabía que la española había tenido una vida en soledad similar a la suya, lo que las unía todavía más.

Cuando los camareros comenzaron a recoger los postres dio permiso a sus cuñadas para retirarse, tomó la mano de su esposo, que le ofrecía ayuda para levantarse mientras el lacayo primero retiraba su silla, y salieron hacia la biblioteca, el recinto privado de Marcus.

***

—¿Un madeira?

—Por favor.

Era temprano. Habían llegado pronto de Londres y, previendo el cansancio del viaje, que no había sido tal, la cena se sirvió antes para que pudiera retirarse temprano si así lo deseaba. Rose habría pedido un baño, estaba convencida, para que se relajara. Abajo estarían con el agua en el fuego esperando para subirla en cubos hasta su bañera en cuanto llegara a su cuarto.

—Aquí tienes.

—¿Tú no te sirves?

—No, he tomado una copa de vino durante la cena.

—Vaya. —No le atraía la idea de beber sola, mas no insistió—. ¿Qué ha ocurrido con el señor Peterson? ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí —le explicó sus planes de contratar a dos personas más y tomarse él más tiempo libre.

—¿Puedo serte sincera?, ¿sí? Me parece una magnífica idea, llevas mucho tiempo trabajando muy duro para hacer la finca eficiente. Y cuando vas a la ciudad pasas el tiempo en el club preocupado por proyectos de ley y otras políticas. Has demostrado ser un duque responsable y... no, lo digo de corazón, no trato de alabarte en balde. Todos los duques de Neville han sido así...

—Excepto mi padre.

—Excepto tu padre. —No lo había conocido, pero había oído hablar mucho del décimo duque, y nada bueno—. Si deseabas demostrar que no eres como él, ya lo has hecho. Y si querías labrarte tu propia reputación, también lo has logrado.

—¿Pero? Es obvio que hay un pero.

—Me sorprende. El día de Navidad no parecías pretender ningún cambio. Ni estoy segura de que seas capaz de delegar, tampoco; esa era mi cuota de sinceridad. Por último, ¿qué se supone que vas a hacer con tu tiempo libre?

Le dolió escucharla. Le afligió la imagen que tenía de él. Los elogios sobre ser un hombre de reputación intachable, serio y responsable los esperaba de otros, ella debía conocerlo mejor.

—Sobre mi tiempo libre, me dedicaré a todos esos deportes que acabas de descubrir que practico. Acudiré más a menudo a Jackson’s y Angelo, y en lugar de entrar y salir con el tiempo justo para entrenar, haré también combates. En el club me aplicaré leyendo el diario y haciendo alguna apuesta estúpida, como debe ser.

—¿Me la contarás, por favor?

Sonrió. Las apuestas de White’s eran privadas.

—Tal vez haga alguna en tu nombre, incluso, si prometes no compartirlo con nadie.

Soltó ella una carcajada cómplice. Escucharla reír fue un regalo.

—Es un trato, Neville. Haré la apuesta más absurda jamás aventurada.

Quiso besarla para sellar su acuerdo.

—Sobre delegar —volvió al asunto, sintiéndose más seguro, no queriendo precipitarse y cometer un desliz que estropeara el buen ambiente, y aun así no pudo evitar tentarla—, no me importa ceder el control de determinadas situaciones, Helena.

La forma en que lo dijo, insinuante, la puso nerviosa. Tomó la copa de madeira y bebió un sorbo. Marcus la vio temblar y supo que iba bien encaminado.

—Por último, tampoco imaginaba yo el día de Navidad que para Año Nuevo decidirías hacer grandes cambios en tu vida.

Cayó el silencio en la habitación. Se miraron y Helena supo que si era un juego de paciencia, perdería. Su esposo era un experto en permanecer impávido. Ella, en cambio, podía sentir su sangre cabalgarle sin control por las venas. Así que habló:

—No estoy segura de lo que quieres decir.

—Y yo no estoy seguro de lo que quieres.

«Placer», deseó confesarle, aunque solo fuera por ver su reacción. Pero le faltaba valor. Todavía no estaba preparada para tener una conversación como aquella. Necesitaba tiempo para sentirse fuerte, para entender cómo atraerlo, para asegurarse de que no volvería a huir de su dormitorio.

Tomó la copa de nuevo y se perdió en el líquido ocre.

—Todavía estoy tratando de averiguarlo —murmuró, sincera, mirando a través del hermoso cristal tallado en Italia.

Él, en cambio, sí sabía qué necesitaba y estaba preparado para requerírselo.

—Yo sí he averiguado lo que quiero. Lo que deseo de ti. —Viendo que no se giraba para preguntarle, continuó, acercándose a su espalda, pero manteniéndose a un paso de distancia—. ¿No vas a preguntarme lo que es? —susurró, sin darse cuenta de que su voz se había agravado, fruto del deseo.

—¿Qué... qué es lo que deseas? —le tembló la voz al hablar.

Marcus se acercó otro poco, para decirle al oído.

—Visitarte en tu alcoba.

El sonido de la copa al caer al suelo y hacerse añicos la hizo dar un gritito y un pequeño salto, apartándose de él, rompiendo la situación.

—¡Dios mío! Tengo que llamar a Cunnigham.

—Helena...

—Si entra Danke podría cortarse. Además, la alfombra se está manchando.

En un momento se había alejado de su lado. Pudo tomarle la muñeca antes de que se le escapara por completo.

—Mañana por la noche, después de cenar. ¿Te parece bien?

Se miraron, él con seriedad, ella asustada, durante algún tiempo. Cuando pensó que ya no respondería, se soltó la mano, dio dos pasos atrás sin dejar de observarlo, como si necesitara distancia, y entonces sí, le contestó:

—No.

Fue un jarro de agua fría. Podía exigirle, podía pedirle que lo pensara. Podía... podía... pero sabía que lo deseaba, la había visto temblar con su cercanía, había visto la necesidad en sus

pupilas, así que podía perseverar, y eso sería lo que haría.

—De acuerdo —dio un paso atrás, indicando con mayor claridad su retirada.

—¡No, espera! Quiero decir... ven esta noche. No tiene sentido esperar a mañana y pasar todo un día huyéndonos o pensando qué esperar. No quiero pasar tanto tiempo de incertidumbre. —Vio cómo su rostro se iba relajando hasta dibujarse en él una pequeña sonrisa. No podía saberlo, pero también ella sonreía—. Rose debe haber pedido un baño, así que tardaré una hora al menos. No sé cuánto tiempo...

—Esperaré a que tu doncella salga de tu dormitorio y entonces llamaré.

—Sé discreto, por favor.

Levantó las cejas. ¿Nadie en la casa podía saber que se acosaba con su esposa?

Le concedería eso.

—De acuerdo.

Helena salió a llamar a alguien para que recogiera el pequeño desaguisado.

Él se marchó a su dormitorio. Necesitaba relajarse.

Capítulo 15

—¿Deseáis que me quede a dormir esta noche?

—No, Rose, no será necesario, puedes irte ya. Ha sido un día muy largo, mañana bajaré yo a la sala de desayunos, no me despiertes.

—Como digáis, milady.

La bañera no había sido recogida, ella llevaba puesto un camisón de tafetán púrpura con una bata a juego y el cabello estaba casi seco, se había puesto unas gotas de perfume y esperaba sentada en la cama. Quizá fuera un gesto demasiado obvio, pero ¿dónde esperar, sino?

Ojalá pudiera revestir sus nervios de seda y perfume, también, mas no era posible y no quería tomar vino ni nada que pudiera enturbiar su raciocinio.

Cuando llamaron a la puerta lateral que comunicaba ambas habitaciones dio un pequeño salto y corrió a abrir en lugar de cederle el paso como era preceptivo. ¡Una dama no abría la puerta como si fuera el mayordomo!

Encontró a Marcus en ropa de cama. Llevaba un batín de terciopelo azul marino que resaltaba el color de sus ojos y el rubio de su pelo. Su hermano, Rafe, lo tenía muy claro, con mechas casi blancas; el suyo, en cambio, era de un tono más dorado. Siempre que miraba los campos de trigo lo recordaba. Muchas damas, ella incluida, hubieran matado por tener un color así. En él, en cambio, era muy masculino, con mechones gruesos y un corte siempre perfecto.

—¿No soy bienvenido?

Seguía plantada en el umbral de la puerta, observándolo, con seguridad devorándolo con la mirada.

—Disculpa. Entra, por favor.

Se hizo a un lado y le franqueó la entrada, aprovechando para disfrutar de la vista de su ancha espalda: Marcus Knightley era un caballero apuesto, y ella, una dama muy afortunada.

—Estás descalza.

Se sonrojó. Él estaba en medio de la habitación.

—Oh, es cierto. Es que estaba leyendo mientras te esperaba.

—¿Te gusta ir descalza?

Le sorprendió la pregunta.

—Sí, lo cierto es que sí. —Caminó hacia la alfombra que había al lado de su lecho hasta

sentarse en el borde de la cama con la espalda bien erguida. Se dio cuenta de que gran parte de la estancia estaba enmoquetada—. ¿Lo dices por las aubusson?

Negó con la cabeza.

—La víspera de Año Nuevo; lo primero que te quitaste fueron los zapatos. No, no te violentes, tienes unos pies deliciosos.

—¿Pueden unos pies ser bonitos?

—Eso parece. Yo tampoco lo sabía hasta que vi los tuyos. —Se fue acercando mientras hablaba—. Son pequeños, delicados, preciosos. —Para cuando terminó su discurso estaba acuclillado frente a ella y tenía uno entre las manos—. Y están helados.

Debía de ser lo único que no se hubiera atemperado con su cercanía, pensó Helena. Sintió cómo rodeaba con la palma sus dedos, helados, y los frotaba con mimo para calentarlos. Continuó después por la planta hasta el talón, que amasó. No sabía que un masaje allí pudiera ser tan placentero, y poco a poco se relajó, dejando que la columna vertebral perdiera su rigidez, apoyando los codos en la colcha y recostándose con indolencia sobre el camastro. Tiempo después sintió las manos en los tobillos y seguir subiendo, acariciantes, por las pantorrillas. Después del baño había evitado ponerse medias, y sentir el contacto de su piel contra la propia tan cerca de la rodilla le hizo dar un respingo.

—Shh, relájate y disfruta.

Pero cuando las expertas palmas llegaron a sus muslos se incorporó como un resorte.

—Neville, yo... no puedo.

—¿No puedes? —le preguntó sin retirarse, pero quedándose quieto—. ¿Qué es lo que no puedes, Helena?

—Relajarme —le mostró una sonrisa trémula, valiente, invitándole a continuar, aunque ella misma no supiera cómo podía hacerlo.

Marcus asintió, sacó las manos de debajo del camisón y se levantó hasta colocarse a la misma altura que su cabeza.

—También tienes una boca preciosa —le susurró y, despacio, como si estuviera pidiéndole permiso, bajó el rostro hasta alcanzar sus labios con los suyos.

Comenzó con beso suave, tentador, de roces que poco a poco fueron tomando fuerza. Abrió la boca por instinto y sintió su lengua húmeda y caliente abrazar la suya. Probó su sabor y se enredaron en uno más urgente, ella alzando la cara en busca de más y recibiendo todo lo que quisiera darle. Las enormes manos de su esposo le cercaron las mejillas, le ladearon la cabeza y la inició en un beso encarnizado donde respirar no parecía indispensable.

Se agarró a él, las manos en los hombros, necesitada de anclarse a su cuerpo, notando que caía no sabía dónde, advirtiendo que perdía el equilibrio, sintiéndose ingrávida.

La boca de Marcus abandonó la suya y su garganta emitió un quejido, no supo si de añoranza o de desesperación, que solo se calmó al sentir el reguero de besos por la mejilla hasta su cuello. Notó su aliento, caliente, en su oído.

—Mmm, jazmines. Tu olor lleva días obsesionándome.

Volvió a aplicar su boca cerca de su pulso, cruzó la garganta y viajó hasta el otro lado de su cuello para bajar hacia sus clavículas.

—Neville —le susurró.

También ella quería explorar. Sus dedos deambularon por sus hombros, deleitándose en su fuerza y longitud, en su estructura, para subir hasta su nuca y enredarse en el cabello de su cuello.

—Neville —repitió con más urgencia.

—Suspirarás mi nombre cuando cabalgue entre tus muslos —dijo, apasionado.

Contuvo el aliento al escucharle, creando la imagen en su cabeza.

Él tomó entonces el borde de su camisón y tiró con fuerza, haciendo saltar los botones.

Helena se apartó un momento sorprendida por la brusquedad con que había dejado expuestos sus senos, esperando a pesar de sus maneras rudas que los tomara en la boca como sabía que podía hacer.

***

Cuando Marcus sintió que su esposa contenía la respiración ante la crudeza de sus palabras creyó que la había excitado y, perdido en su propio deseo, impaciente por acceder a sus pechos, rasgó la tela de su escote. Pero ella se retiró y entendió entonces que había malinterpretado sus reacciones.

Si había dejado de respirar quizá había sido por su vulgaridad, y la violencia al desvestirla debía de haberla asustado. Se apartó también él un poco, sin querer mirarla, ni a ella ni la seda rota.

Era un bruto, pero su duquesa parecía llevarlo al extremo de la pasión como ninguna mujer sabía hacerlo, y solo con unos besos. Ni siquiera se habían acariciado y ya estaba preparado para entrar en ella, duro como no recordaba haberlo estado desde sus años mozos.

—¿Neville? —le preguntó.

Había algo en su voz que le preocupó. La miró a los ojos intentando no bajar la mirada hasta su escote. Encontró algo que no reconoció en ellos, ¿sería miedo?

¡Maldito fuera! ¿Debía disculparse un hombre por desear a su esposa? Se sentía tan inexperto como ella.

—¿Estás bien? Helena, yo...

Se pasó la mano por el pelo. Le gustó notarlo despeinado en la parte de atrás, donde ella había enredado sus dedos. Había estado disfrutando hasta que él se había excedido. Si volvía a comenzar y esa vez se comportaba como un caballero podía salir mejor, solo tenía que contenerse.

—¿Por qué te has detenido? —preguntó ella.

No iba a reiterar sus palabras ni a recordarle su acción, solo la asustaría más.

—Pensé que necesitabas un descanso.

La sorprendió.

—¿He hecho algo incorrecto?

—No, no —se apresuró a tranquilizarla.

¿Cómo iba a hacer algo mal? ¿Acaso no se daba cuenta del estado al que lo había reducido? Lo había convertido en su esclavo.

—¿Vas a marcharte?

—¿Qué? ¡No!, ¿por qué?

—La otra vez te marchaste —dijo Helena y, no pudo evitarlo, su tono sonó a reproche.

Tampoco él pudo impedir la risa que brotó de su garganta.

—Oh, querida. —Volvió a acercarse a ella y la besó con dulzura—. Necesito que seas sincera conmigo. Tan sincera y valiente como lo has sido siempre. ¿De acuerdo?, ¿sí? —No se podía creer que fuera a pedir permiso a su esposa para desearla—. ¿Te ha asustado... o molestado quizá... lo que ha ocurrido hasta ahora?

La vio meditar hasta entender lo que quería decir, la parte a la que se refería. Y dibujar una sonrisa maliciosa en su boca antes de negar con la cabeza despacio.

—Hazme susurrar tu nombre, Neville.

Le quitó la bata, ya desanudada, la tomó en brazos y la tumbó sobre la cama, jurándose no perder el control mientras se tendía sobre ella.

—Te haré gritarlo, duquesa —le prometió—: te haré gritarlo.

***

Saber que no la dejaría la tranquilizó; la insinuación de que no había nada de reprobable en ella y que era el temor a preocuparla o hacerla sentir mal la llenó de confianza; sentir la cama contra su espalda y el cuerpo de su esposo sobre ella la enardeció tanto o más de lo que había estado antes de que él se detuviera.

Lo abrazó y se arqueó contra él.

—Neville —dijo en voz muy baja, a modo de broma, incitándolo.

Con una carcajada, bajo la cabeza y la conquistó con la boca. Fue un beso sin ambages que no buscaba tentar sino arrasar su consciencia. Poco después se revolvía en el lecho, buscando una mayor fricción de su cadera contra él, pidiendo en silencio más... todo.

Cuando notó sus manos en los muslos, lejos de dar un respingo se escuchó gemir. Pero el objetivo de los dedos masculinos era el dobladillo de su camisón, que comenzó a trepar por su cuerpo. El roce de la seda contra su piel era tan excitante como su contacto y volvió a implorar. Perder su unión para que la desnudara le resultó una agonía. Lo vio mirarla con reverencia, él, arrodillado en la cama; ella, tumbada solo con las calcetas puestas.

—Tienes unos senos maravillosos. Son tan hermosos... —Acercó las manos para acariciarlos con delicadeza—. Llenos, perfectos para mí—. Con suavidad pasó el pulgar por el pezón y este, ya erguido, se endureció hasta dolerle—. Sublimes.

No eran sus palabras, era su voz, gruesa, líquida. Era cómo miraba aquella parte tan íntima de su cuerpo, como si en verdad fuera perfecta. Debería querer cubrírselos, avergonzada, cuando lo que en realidad deseaba era que bajara su cabeza hasta ellos y los probara, como en la novela que había leído.

Para su decepción no ocurrió. Marcus paseó la palma de su mano por la piel del estómago hasta sus calcetas y por encima de estas. Tampoco se afrentó porque no la miraba, estaba concentrado en sus dedos, que comenzaron a acariciarla sobre la tela hasta dar con un punto que la hizo gemir. Solo entonces se las quitó e introdujo el dedo corazón dentro de ella.

Creyó que se saldría de su propia piel y se caería de la cama. El placer que sintió fue indescriptible.

—Estás tan mojada, Helena. Abre las piernas para mí. Así, sí. Eres preciosa, déjame mirarte.

Pero no la miraba a ella, toda su atención estaba fijada en el punto en el que la acariciaba: el corazón se introducía en ella, el pulgar la acariciaba en el mismo punto que lo hiciera por encima de la calceta momentos antes. Iba a estallar.

—Neville... Neville —gimió.

Entonces sí, alzó la cabeza y la miró con una sonrisa perezosa.

—Todavía no gritas. —Y su mirada se oscureció—. Todavía.

Se tumbó sobre ella y la besó con fiereza. Lo abrazó y apartó el batín de sus hombros con prisas, justo en el momento en que las rodillas le abrían todavía más las piernas. Vio sus codos afianzarse alrededor de su cabeza y sintió su miembro pulsar en su entrada.

—Helena...

Fue ella quien empujó hacia arriba, buscándolo con precipitación. Gritó de dolor en cuanto lo sintió e intentó retirarse, pero Marcus se lo impidió.

—Shh, quédate quieta, no te muevas.

Le besó la mejilla, la sien, los ojos, los labios, intentando relajarla.

—Duele.

—Lo sé, ha pasado mucho tiempo, pero cederá.

Los besos fueron calmándola. Las piernas se le tornaron lánguidas y solo entonces él volvió a moverse dentro de ella, intentando acabar de entrar en su centro. No hizo ningún movimiento por temor a hacerse daño, como acababa de ocurrir, y dejó que la penetrara por completo.

Entonces volvió a besarla, con besos prolongados, llenos, besos que la hicieron reaccionar y devolvérselos, acariciarse contra su torso y retornar cada embestida de su lengua. Notó cómo tomaba una de sus piernas y se envolvía la cintura con ella. Su otra pierna la siguió. Cuando comenzó a moverse dentro de ella, despacio, no hubo dolor, y el placer llegó poco después. Se encontró balanceándose con él, encontrando su ritmo y deleitándose en él.

Cuando la cabeza de Marcus descansó al lado de la suya, la boca pegada a su oído con la respiración entrecortada al ritmo de cada embestida, algo en ella se liberó. Lo tomó por las nalgas y lo presionó contra su cuerpo.

—No... —suplicó él, temiendo precipitarse.

—Quiero más —le pidió.

Una mano grande se coló entre sus cuerpos y tocó el punto exacto de su placer. Helena gimió, se retorció, gritó sin saber qué pedía, agarrándose a los hombros del duque, temerosa de lo que pudiera pasar.

—Déjate llevar, deja que ocurra.

Y estalló.

Sintió que se perdía en el cuerpo de su esposo, que sus pieles se fundían, que el placer la traspasaba y la hacía renacer, voluptuosa, entre sus brazos.

La conciencia llegó poco después: la habitación, Marcus que todavía la sostenía, su aliento caliente sobre la sien, una felicidad desconocida en el pecho...

—¿Estás bien? —le preguntó, preocupado.

—Sí —la voz, enronquecida, no parecía suya.

Sintió que le besaba la mejilla.

—¿No te duele?

—No. —El sueño la estaba atrapando con rapidez.

—Debería dejarte dormir.

Sintió que se levantaba de la cama. Quería protestar, pero el cansancio la estaba venciendo sin remedio.

—¿No vas a quedarte?

La miró, ya levantado, y entonces se dio cuenta: todavía llevaba la bata puesta, no se la había quitado, y seguía excitado, él no había culminado su placer.

Helena se dio la vuelta, no quería que viera la decepción en sus ojos, y se respondió a sí misma:

—Tal vez otra noche.

Lo oyó suspirar, frustrado, sin saber que solo se había levantado para quitarse la bata y meterse en la tina de agua, helada.

—Tal vez otra noche, entonces.

Ya no se giró, aunque lo escuchó calzarse e irse.

Capítulo 16

Despertó al alba, tras una noche inquieta. Aunque se durmió nada más escuchar cerrarse la puerta, se despertó un tiempo después y desde entonces estuvo en duermevela. Con la claridad acabó de despejarse y optó por levantarse y ordenar un poco su dormitorio, avergonzada. No quería que Rose supiera con certeza qué había ocurrido la noche anterior así que se puso la bata por encima, recogió el camisón y buscó todos los botones que había quedado esparcidos por el suelo, los doce. Se aseguró de que la tela no se hubiera roto y lo guardó en un cajón para coserlo todo más tarde, borrando cualquier prueba de su delito.

La bañera seguía allí, y aunque el agua debía estar helada se recogió el cabello en lo alto de la cabeza y entró y salió de ella para quitarse el olor a su esposo. Se frotó con la toalla y se acercó a la chimenea, avivando las pocas brasas que quedaban. En breve alguna muchacha joven entraría a encender el fuego en absoluto silencio, como hacía cada mañana sin que ella la escuchara.

Se puso un camisón y ropa interior limpios y la esperó, intentando no asustarla. No quería despertar a su doncella tan temprano. La moza, después de la sorpresa inicial, la ayudó a acicalarse con un vestido de mañana, a pesar de suplicar que nunca había ejercido de doncella y nada sabía de vestir a su señora y de disculparse por la rudeza de sus manos, que se lavó con fruición. Helena no dejó de dirigirla y de animarla a cada paso hasta que el último lazo estuvo hecho.

—Gracias, milady. —se despidió con varias reverencias, después de encender el fuego, recoger el cubo con el carbón y el resto de los utensilios.

Ya sola, se peinó con calma la melena, después de varios intentos infructuosos de recogerse el cabello optó por dejárselo suelto, y bajó al comedor. Cuál fue su sorpresa cuando Cunnigham le comentó que su esposo ya había abandonado la sala, después de tomar un copioso desayuno. Molesta sin razón, pidió un refrigerio para ella y se sentó con calma a disfrutarlo, aunque no supiera decir después qué habría tomado.

A cada sorbo o mordisco iba recordando la noche anterior y la sensación de haber sido estafada iba acrecentándose en ella, haciendo aumentar una furia hasta entonces desconocida en su interior. Para cuando acabó la segunda taza de té negro estaba iracunda, aunque nada en sus ademanes lo delatara.

Y así iba a ser, un mar de calma en una conversación tempestuosa.

—¿Dónde está milord? —preguntó al mayordomo.

—En la biblioteca, excelencia. ¿Deseáis que le pida que se reúna con vos en algún momento de la mañana?

—No será necesario.

Iría ella a buscarlo; en ese preciso instante.

Llegó a la enorme puerta de roble de dos hojas y llamó.

—Adelante, Cunnigham.

Se envaró al verse confundida con el servicio, aunque sabía que cualquier comentario suyo la hubiera importunado, aunque la hubiese confundido con el mismísimo rey Jorge.

—Buenos días, Neville.

Recibió una sonrisa sincera por su parte, lo que la molestó todavía más.

—Helena, buenos días. —Apartó lo que estaba hojeando al tiempo que se ponían en pie—. Has madrugado.

Ella iba acercándose hasta su enorme mesa de ébano con paso firme.

—Quería salir a cabalgar, pero antes quería hablar contigo.

Su mueca se ensanchó y le guiñó un ojo, ¡le guiñó un ojo!, mientras rodeaba el escritorio.

—No debí hacer una buena actuación anoche si esta mañana deseas cabalgar.

¡Fantástico!, se dijo ella, le ahorraría el mal trago de entrar en materia.

—No, no lo fue.

Su voz no fue un reproche ni tuvo el valor de mirarle a los ojos mientras se lo decía, pero no cupo duda de que hablaba en serio. Cundo el silencio se volvió insoportable, alzó la vista, prudente.

La sonrisa ya no coronaba sus labios, que se veían tensos. Se sostuvieron la mirada, midiéndose. Al final, Marcus se sentó sobre el escritorio, cruzó los brazos y relajó el gesto.

—Era tu primera vez en muchos años. La próxima vez será distinta.

—Esta vez ya debía haber sido distinta —habló su rabia por ella.

Por un momento él pareció exasperarse, un atisbo de sentimiento en su cara que desapareció tan pronto había sido visto.

—No sé de qué me hablas. Las otras veces...

—¿Las recuerdas, acaso?

Entonces sí, Marcus se enfadó.

—No, maldita sea, no las recuerdo, pero dudo de que disfrutaras...

—Pues fueron como anoche, pero a la inversa. —Y fue Helena quien se dio el gusto de sentarse sobre una mesa auxiliar cercana y cruzarse de brazos, también.

Él estaba a punto de perder toda compostura, hubo de respirar varias veces antes de hablar.

—Si me explicas qué significa eso, tal vez...

—Significa que las otras cinco veces —recalcó la cantidad— fui yo quien se quedó con la bata puesta e insatisfecha. Creí que sí lo recordabas y que anoche pretendiste redimirme con alguna

clase de martirio autoimpuesto por tu parte. ¡Qué decepción! Si al menos hubiera supuesto una especie de ofrenda hacia mí se explicaría lo deficiente de tu actuación, así solo puedo pensar que...

—¡Helena! —le gritó.

Nunca le había escuchado levantar la voz, jamás, y tuvo que reconocer que resultaba bastante intimidante. Lo vio darse la vuela e ir a la licorera a servirse un poco de brandy. Era un ritual que los dos hermanos Knightley compartían: cuando estaban enfadados hacían lo que se esperaba de cualquier caballero de cuna, se servían un brandy con independencia de la hora del día. No obstante, ellos nunca se lo bebían, menos todavía al alba.

Para su pasmo, Marcus tomó el vaso con un dedo de líquido ambarino y se lo bebió de un trago. Aquel gesto la puso alerta. Un grito y un sorbo de coñac en menos de un minuto eran un buen barómetro de su humor.

Lo escuchó dejar el vaso en la bandeja de nuevo, volverse más sereno y regresar hasta el escritorio de ébano frente al suyo, de haya, más pequeño y vacío, que debían de utilizar para colocar libros de consulta que se bajaban de las estanterías repletas de libros.

—Ya te he dicho —le habló con voz suave, engañosa— que el acto mejorará.

Se sintió una niña aleccionada. Seguía enfadada y no estaba de humor para ser tratada con condescendencia. ¿Ni siquiera pensaba darle una explicación por lo ocurrido la noche anterior? ¿Acaso creía que no sabía nada?

—Ya sé que mejorará.

Una advertencia cruzó los ojos de su esposo. No una amenaza, pero sí vislumbró algo peligroso en ellos.

—¿Lo sabes?

—Lo sé.

—Lo sabes —confirmó él, pidiéndole una explicación.

—No soy sorda, Neville —le respondió con petulancia y, esta vez, sí, mirándolo a cada palabra—. Desde el dormitorio de tu hermano se escuchan a veces jadeos, gritos, gemidos y ruidos de una cama a punto de romperse.

Vio cómo se tensaba. Pensó que se serviría otro licor, y no andaba errada en el nivel de su ira. Desde que entrara ella en la biblioteca Marcus había ardido en deseos de volverla a besar, de acariciarla... incluso lo había acusado de ser un mal amante.

¡Dichosa mujer! La había hecho disfrutar con elegancia, privándose él de su satisfacción para no herir su sensibilidad, y como recompensa a su privación recibía aquella diatriba llena de invectivas.

—Creí que dijiste que fuéramos discretos —le espetó sin miramientos.

Ella dio un gritito indignado.

—Una cosa es ser discreto y otra no disfrutar.

—Gozaste, maldita sea.

Y si le decía que él no lo había hecho, quizá le explicase...

—Podría haber disfrutado más. Jimena...

Aquello fue un ataque directo a su hombría.

—¡¿Estás diciendo que quizá te has equivocado de hermano?!

Supo que se había excedido, pero no le importó. Él llevaba ignorándola años y haciéndole sentir que era ella la errónea como esposa. ¡Que probara de su propia medicina y que al día siguiente saliera el sol por donde quisiera!

—Estoy diciendo, Neville, que sé que puedo disfrutar más. Y que si no lo hago en el lecho conyugal ¡entonces me buscaré otro lecho!

Ahí estaba, ya lo había dicho, y no pensaba quedarse a ver cómo le sentaba a él.

Quiso irse, quiso dar un paso, quiso hacer algo, pero no le dio tiempo a nada: Marcus estaba sobre ella antes de que pudiera moverse, siquiera.

Porque para él aquella fue la estocada definitiva a su masculinidad. Así que se abalanzó sobre su esposa e hizo lo que estaba deseando desde que la viera entrar: asaltarla.

Fue un beso crudo, sin ternura. Un beso caliente del que ella no iba a poder zafarse porque la tomó por la cabeza y la pegó a su boca. Pero supo que era bienvenido en cuanto la escuchó gemir contra sus labios y su pequeña lengua entró en una guerra de caricias sin cuartel con la suya mientras se devoraban. Llevaba los rizos sueltos, se dio cuenta, y se deleitó pasando los dedos por sus mechones con urgencia antes de bajar por los hombros hasta su talle y subirla a la mesa que tenía detrás con brusquedad.

El movimiento debió sorprenderla porque la escuchó quejarse contra su boca. Quiso apartarse para ver si estaba bien, pero Helena no se lo permitió, forzando el beso presionando su cabeza contra ella antes de que sus delicadas manos comenzaran una frenética exploración por sus hombros hasta su chaqueta, de la que comenzó a tirar con prisas.

Nunca vestía chaleco ni solía anudarse pañuelo para ir por la casa, así que sintió sus manos sobre la camisa sin más tejidos haciendo de barrera, y el calor de estas traspasando la tela le hizo saber que si no bajaba en aquel momento el ritmo apasionado que estaban imprimiendo, se dejaría llevar. Quiso disfrutar solo un poco más de la pasión de su esposa, grabar en su mente cómo se frotaba contra su pecho mientras se perdía en su boca y sus manos vagaban por su pecho hasta que dio con los botones de la camisa antes de detenerla.

Ninguna de sus amantes había sido tan espontánea en su deseo, buscando su propio placer y arrastrándolo con él. No pretendía atraerlo, no necesitaba hacerlo, ella era su esposa y qué Dios se apiadara de él si algún día aquella recién descubierta dríade aprendía las artes de la seducción.

El sonido de su camisa rompiéndose lo paralizó. Abrió los ojos y vio a Helena bajar la cabeza para besar su cuello mientras sentía sus manos por su pecho.

—Helena... —¿Aquella voz suplicante era la suya?—. Helena, por favor...

Pero mientras se lo pedía sus manos, desobedientes, habían vuelto a los rizos de su esposa y bajaban hacia los botones de su espalda, desabrochándolos con velocidad.

¿Lo habría escuchado, siquiera? Lo temió un momento, cuando las pequeñas palmas se apartaron de su torso por un momento. Pero para su tormento fue para retirar sus faldas, abrir las piernas y atraparlo contra sus muslos hacia la pelvis femenina.

Perdió el control que le pudiera restar, le bajó de un tirón el cuerpo del vestido y asomó sus senos sobre el corsé para acariciárselos al tiempo que la tomaba de la curva de su trasero y la empujaba contra el borde del tablero. Ella seguía perdida en su pecho, besando sus clavículas, sus hombros, su cuello a veces.

La hizo detenerse y mirarle a los ojos. Los tenía oscurecidos por la pasión, los labios inflamados por sus besos, la melena exuberante. Nunca la había visto tan hermosa. Le hizo la cabeza atrás, le atacó el punto donde su pulso latía alocado y volvió a su boca con enardecida pasión mientras las manos regresaban a sus senos y, con las faldas sobre los muslos, la embestía para que sintiera contra su dureza enardecida cuánto la deseaba.

Cuando notó sus manos sobre la cinturilla de su pantalón se afanó con su corsé, un laberinto de cintas y cuerdas. Maldiciendo, acabó apartándola de sí, de su cuerpo.

—¿Por qué lo usas? —Le inquirió mientras pellizcaba sus pezones, que sobresalían por el borde de la rígida pieza—. Prohibirlo fue lo único bueno que hizo Napoleón.

—No lo prohibió —lo corrigió deleitándose en su necesidad—. Y se llama cotilla. Madame Vauquelin dice que... ¿qué haces?

Helena reía, abrazada a él mientras la alzaba y la llevaba a su escritorio.

—Dar la razón al maldito emperador, pero no se lo digas a nadie.

La sentó sobre su mesa, le dio un sonoro beso en la boca, tomó su abrecartas, bien afilado, y sajó todas las ataduras. El corsé calló y sus pechos quedaron, al fin, liberados.

—Gloriosos —dijo.

Y por cómo los miró, Helena se sintió gloriosa toda ella.

—Pero ¿qué...?

—Mi mesa está llena de papeles, querida.

Le explicó mientras la devolvía a la otra mesa, donde la tumbó y se aplicó sobre sus senos como no había hecho la noche anterior, como ella esperó que hiciera pero nunca creyó que podría ser. Volvió a abrir las piernas por instinto y lo pegó a él, buscando también el contacto de la piel de su pecho, el que, aunque no supiera, Marcus había intentado evitar la noche anterior para no perder el raciocinio, ese control que ya no parecía importar.

Se escuchó el ruido seco de los zapatos al caer, las medias fueron detrás, el resto del vestido se deslizó por sus caderas seguido de un reguero de besos conforme bajaba por sus piernas, y Helena se encontró desnuda sobre una mesa en el despacho de su esposo.

—Desvístete —le pidió.

—Después.

Quería besarla *ahí*, y si se desnudaba lo vencería la impaciencia y no lo haría.

—Neville, hazlo.

Fue más una orden que un ruego, lo que le sorprendió, pero era justo después de lo ocurrido la noche anterior. Sería su culpa si no era capaz de contenerse.

—De acuerdo. Pero no te muevas, quédate tal y como estás.

En la cara de su duquesa se dibujó una sonrisa pícara y asintió.

Se sentó en la *chaise longue* decidido a mantener la calma, a tomarse un par de minutos. Se quitó una bota despacio mientras la miraba e iba a por la segunda cuando Helena protestó por su placidez.

—¿Tienes prisa?

La vio incorporarse un poco en el pequeño escritorio, haciendo que sus senos se balancearan en el movimiento. Los ojos siguieron el bamboleo y su ingle rugió de urgencia.

—No pienso hacerte el amor con prisas.

Había decidido hacerlo sobre ese sillón, despacio. Por poco lo hacen sobre una mesa, se dio cuenta. ¿En qué estaba pensando?

Helena no estaba para sutilezas y la mirada de su esposo, el bulto en sus pantalones, le hacía sentirse deseada. Así que abrió un poco más las piernas.

—¿Estás seguro?

Casi se le salen los ojos de la cara. Tiró de la bota y se levantó, olvidando que no se había quitado los pantalones, para ir directo donde deseaba. Ni siquiera pensó que podía escandalizarla, colocó la cabeza entre sus muslos y la saboreó, sin saber que el gemido que escuchó fue suyo.

Ella no tuvo tiempo de apartarse ni de reaccionar a su invasión. Ni siquiera pudo pensar que ya sabía que «eso» podía hacerse, que lo había visto y leído. Antes de saber qué pretendía él, ya estaba ocurriendo y no tuvo tiempo de abochornarse, pues la lengua húmeda y caliente de su esposo estaba en su centro y el placer superó cualquier bochorno.

Ninguno de los dos supo cuánto tiempo estuvieron disfrutando el uno del otro así hasta que Neville se apartó, tiró de ella cargándola en sus brazos, pegándola contra su cuerpo, y solo dijo:

—Discúlpame por esto.

La colocó contra la pared, la espalda en las gruesas cortinas, afianzándola con una mano mientras ella le rodeaba la cintura con las piernas necesitada de su contacto, con la otra se bajó el pantalón y entró en ella, suspirando de placer, dándose unos segundos para sentirla.

La sensación de estar en ella era perfecta.

Comenzó a moverse dentro de ella, intentando hacerlo en embestidas prolongadas aun sabiendo que era una partida perdida, que pronto comenzaría a hacerlo de forma frenética y enmarañada, en busca de su propia liberación. La elevó un poco buscando otro ángulo y la escuchó gritar por primera vez, sonido que lo enardeció todavía más. Besándola, bajó las manos desde su talle hasta debajo de los muslos y comenzó a empujar dentro de ella con fuerza mientras Helena se apartaba de su boca y buscaba su cuello, que chupaba mientras le decía cosas ininteligibles.

—Estoy muy cerca —le suplicó, queriendo que lo acompañara en el gozo.

Sintió cómo ella estallaba de placer en su interior y su cuerpo lo abrazaba, llevándolo a él a un éxtasis indescriptible que lo hizo gritar como nunca lo había hecho.

Se mantuvieron contra la pared hasta que llegó la calma, ella rodeándolo, él estrechándola con delicadeza. Helena soltó una pequeña carcajada de felicidad. Él le dio un beso en la mejilla antes de depositarla en el suelo.

Después se señaló el pantalón y las medias, todavía puestos.

—Me temo que he vuelto a hacerlo mal, milady.

Volvió a reír.

—Me temo que tendrás que repetirlo, milord. —Dio un salto hacia atrás—. ¿Qué? Ahora no, ¿estás loco? Es de día.

—Hace un momento no tenías reparos con que el sol hubiera salido.

Prefirió no replicar. Comenzaron a vestirse, ayudándose el uno al otro en perfecta armonía, acariciándose aquí y allá mientras lo hacían, regalándose besos.

Una vez acicalados, lo miró, coqueta.

—Dado que ya he dicho lo que tenía que decir aquí...

—Diría que has hecho, incluso, más de lo que tenías pensado hacer...

—¡Oh, el caballero es un presumido!

Quiso darle un golpecito en el hombro para amonestarle, pero le tomó la mano y se la besó con galantería.

—Diría que es la dama la que puede presumir esta mañana.

Se sonrojó de satisfacción.

—Como sea, te dejo.

—No me dejarás por mucho tiempo, te encontraré. —Su promesa de buscarla la sonrojó. —¿Podrás cabalgar, entonces?

—Uff, eres un grosero.

Se fue riendo, sabiendo que aquel sería un día estupendo, con suerte el primero de muchos. Tal vez volviera a la cama, se dijo, estaba cansada.

Marcus, en cambio, se preguntó cómo diablos iba a concentrarse en el escritorio en el que había cortado el corsé a su esposa, frente al que había probado su sabor por primera vez, detrás de la pared donde había tenido el mejor sexo de su vida.

¿Podía reformar la casa y cambiar la biblioteca de sitio?

Cuando Rafe se fuera, se trasladaría a su estudio y prohibiría a Helena la entrada.

Capítulo 17

Tres jueves más tarde Marcus y el señor Peterson departían en la biblioteca sobre los asuntos de la finca. El administrador llevaba en Donwell Abbey más de treinta años y el nuevo contable y abogado, venido de la ciudad, era un compañero de Oxford del duque, destinado a suceder al viejo gestor llegado el momento. Este estaba muy satisfecho con Lowell, el cuarto hijo de un baronet, responsable, inteligente y amante de las tierras. El duque siempre pensó que si Tyrone hubiera heredado la ubérrima finca de su padre, no estaría al borde de la ruina.

—He pensado, si a milord no le parece mal, que mi joven sobrino podría ocupar el puesto de pasante. Respondo por él.

No podía negarse y su intención de que fuera Lowell quien a Peterson sustituyera en el futuro había quedado clara.

—De acuerdo, si cree que es válido.

Era la primera vez que le pedía algo en más de diez años, además.

—Gracias, excelencia.

Continuaron revisando cifras, planificando las cosechas y los problemas de algunos arrendatarios, y antes de lo esperado la reunión había finalizado.

Lo acompañó hasta la puerta, como solía hacer por deferencia, y se encontró con casi dos horas libres antes de la comida. Podía acercarse a los establos, solía pasar algunas mañanas con Rafe allí... Una sonrisa ladina le cambió el gesto: o podía buscar a su esposa.

Una doncella le dijo que milady estaba en sus aposentos, descansando, que la señora no había dormido bien la noche anterior.

Quiso corregirla: la duquesa había dormido poco, en realidad.

Desde hacía dos semanas acudía cada noche a su dormitorio y se quedaba hasta el alba, ella no quería que Rose supiera que dormía allí. Odiaba tener que marcharse para no escandalizar al servicio. Rafe y Jimena despertaban juntos. Era cierto que los criados habían murmurado mucho al respecto al principio, tanto que incluso él había terminado escuchando sus rumores, pero al final la casa se había acostumbrado a sus hábitos e incluso les divertían.

¿Por qué no podía hacer él lo mismo?

—Milord.

Se cruzó con un lacayo en la escalera y le saludó como correspondía. Le pareció que escondía

una sonrisa cómplice. No era que conspirara con él, sino que intuía que sabía lo que iba a hacer. Sintió que se sonrojaba. ¡Oh, al diablo con el servicio! Era un hombre que se vestía por los pies, podía yacer con su esposa cuando lo deseara. Y lo deseaba a cualquier hora del día.

Y, para su buena fortuna, también ella compartía esa misma ansia.

Tentado estuvo de entrar por la puerta del pasillo y al demonio la discreción, pero no quería enfadarla, solo sorprenderla. Así que con sigilo entró en su propia alcoba, se cambió de ropa, poniéndose cómodo, y cruzó a la habitación contigua, inseguro de si la encontraría leyendo o dormida.

Ni en cien años hubiera adivinado lo que hacía.

Cuando entró ella dio un gritó y lanzó un montón de láminas por los aires para mirarlo, roja como la grana, e increparle su entrada. Quiso echarlo, incluso, abochornada, levantándose y haciendo ademán de empujarlo hacia su alcoba.

—¿Qué escondes ahí? —Temió por un momento que fueran cartas de otro hombre, pero su esposa no mostraba temor, solo vergüenza—. ¿Helena?

Se agachó a recoger una de ellas mientras la escuchaba gritar:

—¡No, espera, deja eso, por favor!

Lo que vio lo dejó mudo y quieto por unos segundos. Después alzó la vista y la miró.

—Vaya, vaya, duquesa de Neville... —Quiso sonar divertido, pero su voz se había enronquecido; el dibujo era muy explícito—. ¿Hay más?

Ella mostró la alfombra y su cama, resignada, volviendo al lecho.

Sin prisa, fue recogiendo una a una las ilustraciones del suelo, sintiendo cómo su cuerpo reaccionaba a lo que iba viendo. Se reunió con ella cuando acabó, agrupando lo que quedaba sobre la colcha. Tres volúmenes descansaban sobre las sábanas.

—¿Puedo? —La vio encogerse de hombros—. Kama Sutra, Sade y Fanny Hill. —Respiró hondo—. ¿Los has leído?

—Sí.

Alzó las cejas y le mostró el último.

—Este no lo conozco, ¿me lo recomiendas?

La tensión en Helena se desbordó.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

Marcus quería medir bien sus siguientes frases, necesitaba hacerlo bien. Tenía una buena oportunidad para explicar su comportamiento en la cama desde sus inicios y para mejorar lo que tenían, si estaba interpretando bien la situación.

—Deberías habérmelo dicho, haberme hablado de tu curiosidad. He estado reprimiendo mi deseo desde que nos casamos, y también ahora. Solo esa mañana en que me dijiste que yo no... en mi estudio...

Supo qué mañana era tanto por su descripción como por su azoramiento.

—Contra la pared.

—Sí, contra la pared —se sonrojó, despertado la ternura de su mujer, que le acarició la mejilla y le besó los labios con cariño—. He intentado mesurarme desde entonces.

—¿Por qué?

—Por respeto.

—¿Respeto? —No entendía a qué respeto se refería. Y aun así...—. Pero hemos hecho cosas.

—Lo sé.

—¿Hay más... cosas? —Fue su turno de ruborizarse.

—Si has leído los diarios de una prostituta, deberías saberlo.

—Ya.

Bajó la vista. Él le alzó el rostro. No quería que el sexo que compartían fuera un asunto del que sentirse humillada.

—También hay más formas, Helena.

Sonrojada, tomó los grabados que él tenía a su lado y buscó uno en concreto.

—Como esta postura

Marcus miró la litografía y después a ella.

—Como esa. —Callaron—. ¿Quieres...?

—Sí.

—Entonces ven a mi lado.

No esperó, estiró los brazos y la sentó sobre su regazo.

—Pero ¿no deberías colocarme de espaldas?

Adoraba a su curiosa dríade de pies pequeños.

—Después... primero quiero probar otra cosa...

***

Ya saciados, el uno en brazos del otro, Helena lo tenía abrazado por detrás y pasaba con mimo los dedos por su espalda.

—¿De dónde sacaste todo ese material? —La sintió tensarse—. ¿Helena?

—¿Importa acaso?

—Creo que sí —dijo Marcus.

—¿Y si te dijera que lo he robado? —le contestó ella, queriendo ganar tiempo.

—No te creería. Antes pensaría que lo has sacado de mi biblioteca, si no fuera porque no tengo *Vida y aventuras de la señorita Fanny Hill: memorias de una mujer de placer*.

—¿Las láminas sí las tienes?

—Algunas...

Se incorporó, alarmada.

—¿Y si las encontraran Angie o Beatrice?

—¿Las has encontrado tú, acaso, en todos estos años?

—No. —Y conocía bien aquella enorme sala llena de libros.

Las jóvenes no tenían todavía tanta curiosidad por el contenido del estudio de su hermano mayor.

—Entonces, tranquilízate y dime de dónde los has sacado. —La volvió a tumbar tras él, le tomó el brazo y se abrazó con él. Le gustaba sentirla contra su cuerpo, era tan suave—. ¿Helena?

—Es un secreto.

Siguió un silencio prolongado.

—¿Es un secreto que podría hacerme enfadar?

—Tal vez.

—¿Enfadar como que te lo ha regalado un amante?

Le pellizcó un pezón plano, medio en broma medio en serio.

—Sabes que eres el único hombre con el que he yacido.

—¿Y el único al que has besado, por ejemplo?

—También —lo tranquilizó, acariciándolo.

—¿Lo has robado de la Biblioteca de Londres, entonces?

—¡Marcus! No he robado nada en mi vida.

—De acuerdo, entonces guarda tu secreto.

Le dio un pequeño azote en las nalgas, como a un infante que se comporta de manera infantil y necesita ser regañado.

—¿Eres consciente de lo ridículo que es que me «permitas» tener secretos?, ¿o que te molestes porque sea yo quien pueda haber tenido un amante?

Lo escuchó suspirar con fuerza, frustrado.

—Sí, sé lo ridículo que es —respondió enfadado—. Pero no puedo evitar volverme loco pensando que otro hombre pueda tocarte. Lo sé, lo sé...

Sabía que ella lo había vivido y, de pronto, que él fuera un hombre no le convencía como razón.

—Tendré que conformarme con eso, supongo.

—No quiero que tengas amantes, Helena. —Fue una petición, no una orden.

—No las tengas tú, entonces.

La voz de ella, sin embargo, no fue un ruego.

—¿Es una amenaza?

—Es un trato.

Callaron un rato.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

Durante un tiempo no hicieron nada más, solo abrazarse, esperando, tal vez, una confesión del otro que no llegó.

Al final, Helena le besó en el hombro, zanjando el asunto. Había sido un gran avance. En

breve se irían a Londres para mandar abrir la casa, encargar ropa para Angela y entrar de lleno en la primera temporada de la joven.

Saber que su esposo le sería fiel durante los meses que pasaran en la ciudad era importante para ella. Le daría mucha tranquilidad. Volvió a besarle en el mismo punto.

—Me encantan tus hombros. Son infinitos.

Marcus rio.

—El de los hombros enormes es mi hermano.

—Hummm, tendré que fijarme mejor, entonces.

Pero mientras lo decía lo abrazó con más fuerza y llenó su espalda de besos; no quería malentendidos. Él se volvió y cubrió sus senos de besos.

—Me encantan tus pechos.

—La de los pechos grandes es Jimena.

—Hummm, tendré que fijarme mejor, entonces —le devolvió la broma, al tiempo que le succionaba un pezón.

Pero la chanza no fue bienvenida, pues despertó algunas inseguridades.

—¿Te gustan? —Ante su mirada confundida se explicó, apartándolo de sí—. Los pechos grandes, ¿te gustan?

—Me gustan los tuyos, ¿a qué viene esto?

—A que no sé qué te gusta.

Tomó su mano suave y la bajó hasta su miembro, ya duro.

—Tú. Me vuelves loco como ninguna mujer lo ha hecho jamás, ni siquiera en mis años mozos, Helena. Solo con un beso casto en la espalda provocas esto en mí. Eres tú quien me gusta.

Fue ella quien tomó aire, frustrada.

—¿Por qué te casaste conmigo, Neville? ¿Sabías algo de mí? ¿Nos habíamos visto? Confieso que, si es así, yo no te recordaba.

Fue el turno de él de tensarse y contestarle con las mismas palabras.

—¿Importa, acaso?

Negó, despacio.

—No, supongo que no. Lo importante es que me elegiste. Yo tengo mi secreto con los libros, tú el tuyo sobre por qué fui yo.

—Exacto —replicó, volviendo a colocarle la mano en su ingle.

Pero Helena la apartó. La miró, extrañado.

—Creo que leí algo en ese libro tan recomendable que me encantaría probar.

Y sin más, comenzó un reguero de besos por el cuello hacia el ombligo y más abajo.

—No, espera un momento —le dijo con la voz entrecortada, tomándola por la cabeza para detenerla cuando ya estaba entre sus muslos.

—¿Vas a decirme que no lo deseas?

Miró su virilidad, nunca la había visto tan inflamada.

—No... sí... Espera... —No sabía lo que decía. Se pasó la mano por los ojos y se pellizcó el puente de la nariz, serenándose—. ¿Estás segura de que tú lo deseas? —La mirada lo enardeció más aún. Si no hubieran hecho el amor momentos antes habría hecho el ridículo en ese preciso instante—. De acuerdo, entonces déjame que te ayude. ¿Puedo? —Ella asintió y él la tomó por la nuca con suavidad, guiándola—. Y, sobre todo, dime si la situación te desborda o te parece demasiado.

Los duques de Neville bajaron tarde a comer.

Famélicos.

Capítulo 18

La primera noche de la temporada había llegado para Angela. Hacía cinco semanas que estaban en la ciudad, tiempo suficiente para confeccionarle un armario completo y preparar la casa para recibir visitas y que la joven se aclimatara a ella, para conocer a algunas matronas, asegurarse la entrada en Almack's el primer miércoles de apertura y ser presentada a los lores más influyentes. Y, a pesar de lo que le pudiera parecer —tenía la sensación de haber conocido ya a medio Londres—, a lady Angela Knightley la habían mantenido oculta del *belle monde*, pues en su debut debía sorprender al mayor número de personas posible.

No harían un baile en su honor en la plaza Hannover, como habían valorado en un principio. El año anterior habían abierto la casa para la boda de los duques de Tremayne después de años sin invitados, y no deseaban ser ellos quienes estrenaran la temporada. Sería, sin embargo, una pequeña cena en casa del general Wellington, quien había regresado tras la firma del Tratado de París, lo que supusiera su bienvenida a la sociedad londinense.

Así, partieron en una calesa de seis plazas los Knightley hacia Apsley House, adonde el mismísimo Prinny estaba invitado. Si Angela iba preciosa con un vestido en color marfil, Jimena también estaba guapísima con uno de corte español en tonos rojos.

Pero para Marcus, Helena, vestida en amarillo cromo con una cinta morada y unos zapatos de tacón forrados en satén también morados a juego, cortaba el aliento. El escote cuadrado que dejaba ver la perfecta piel de su busto, el lazo que se ajustaba a su talle acentuando su estrecha cintura y sus largas piernas, y el recogido alto que dejaba al descubierto su cuello y sus orejas, tan deseables... lo tenían fascinado. Desde que la había visto en lo alto de la escalera había deseado volver a subir los escalones con ella y encerrarse toda la noche en su dormitorio. Al diablo con el general y al diablo con el regente.

Si toda la temporada iba a vestir así la portaría con orgullo de su brazo. Y olvidaría la norma de bailar la primera danza y desentenderse de ella el resto de la velada, cena incluida. ¿Descanso marital? Él no estaba harto de su esposa y dudaba que se saturara de su duquesa en años. Jamás.

El pensamiento lo impresionó.

¿Jamás?

Se había casado para siempre y era una esposa de la que jactarse, lo había sido desde el primer día. Le dio dos herederos y nunca se vio envuelta en un escándalo. Llevó el apellido Knightley

con honor, quizá fuera la mejor duquesa que los Neville hubieran tenido, y había criado a sus hermanas mejor que una madre. Había sido una suerte desposarse con ella.

En las últimas semanas había descubierto, además, a una mujer apasionada que lo llevaba al límite del deseo y nada parecía presagiar que en esa faceta fuera a cambiar. Así que, ¿por qué no?

Podía pasar el resto de sus días con su esposa y ninguna otra mujer, sabiendo también que ella tampoco buscaría otro lecho.

Frunció el ceño. Su hermosura iba a atraer a muchos pares a su alrededor. Pero, se dijo, él se encargaría de que supieran que era una mujer casada que disfrutaba de la felicidad conyugal. Remarcó para sí el «disfrutaba». Se aseguraría de que en la cara de su mujer se adivinara su gozo.

—¿Todo bien, Marcus? —le preguntó Rafe, al ver su gesto adusto.

—Claro. Es solo que me parece increíble que la pequeña Angie vaya a debutar.

Angela los miró, situada entre ambos.

—Quizá ya no soy tan pequeña.

—Te has convertido en una mujer muy hermosa —le concedió su hermano menor, siempre presto a lisonjas sinceras.

¿Por qué a él no le nacían esos halagos? No le había dicho a Helena lo preciosa que estaba, ni le había dado las gracias por todo lo que había hecho por su hermana. Solo en el lecho le decía cuán bella era.

Tenía que...

—¿Neville? —le preguntó ella.

—¿Sí, querida?

Con la mirada señaló a Angie, que debía de esperar algunas palabras de su parte. Sin saber qué decir, solo pudo bajar la cabeza hacia su hermana y darle un sentido beso en la mejilla.

El gesto debió ser bienvenido, porque Angela se abalanzó sobre él y lo abrazó con fuerza, devolviéndole el beso con cariño.

—Te quiero, Marcus —le dijo.

La emoción le cerró la garganta, tanto que creyó ahogarse en ella.

—Yo también —dijo al fin—, yo también.

***

La fiesta fue un éxito. A pesar de que solo eran quince invitados, Angela pudo bailar con el regente, un bailarín experimentado, y con el resto de los caballeros de la sala. Jimena, que había vivido en esa misma casa pues en su momento fue presentada como la ahijada del general, enseñó a Helena la mansión conocida como la Número Uno, donde había varios lienzos, regalos de Fernando VII, pintados por grandes maestros españoles. La esposa de Rafe había sido,

mientras vivió en la Península, mecenas del arte como lo fuera antes su madre.

Helena se había reencontrado con dos de sus conocidas habituales, que halagaron su nuevo estilo. Pero fue el vizconde de Marlowe, un caballero de treinta y cinco años, elegante y que gustaba mucho a las damas, el más profuso en sus halagos a la duquesa de Neville. Esta, poco acostumbrada a lidiar con el interés de un hombre, se limitó a ser educada y a bailar con él. Hacía años que solo bailaba con quienes podían ser sus padres o incluso abuelos, tan mayores eran sus acompañantes de danza, y disfrutó de la gracilidad de los movimientos de una pareja ágil de pies.

Su esposo observaba la escena desde un lado, con una copa de vino en la mano.

—Déjala disfrutar —le advirtió Rafe—. No, no me mires como si no supieras de qué te hablo. Lo habitual es que seas tú quien esté en la pista, rodeado de damas que te devoran con los ojos, y ella quien esté a un lado, sentada con las matronas más rancias o bailando con lores decrépitos. Así que déjala disfrutar. Marlowe es un libertino, pero no un idiota. No se atrevería a intentar seducir a tu esposa.

—Más le vale.

—Sácala a bailar, si tanto te molesta que lo haga con otros.

—Sabes bien que no puedo.

—¿Qué te lo impide? ¿Va a abrirse el suelo y vendrá el mismísimo Satanás a llevarte con él?

Neville le sostuvo la mirada, valorando lo que decía.

—No, maldita sea, claro que no. Pero hablarán.

—¿Y qué dirán? —Silencio—. ¿Qué dirán, Marcus?

—Que mi esposa y yo tuvimos el mal gusto de bailar juntos.

—Mal gusto es serle infiel de manera notoria. Mal gusto es golpearla. Mal gusto es ignorarla. Bailar con ella es despertar envidias y comentarios divertidos, nada más. Deja que ella decida si quiere que hablen de ella sobre el hecho de que su marido desea atenderla.

Que era lo que decían sobre Rafe y Jimena. En ese momento terminó la pieza que estaba sonando.

—¡Qué demonios!

Dejó la copa y se dirigió a la improvisada pista de baile, en un lado de la salita amarilla; al otro lado estaba ubicado el enorme piano de cola.

Llegó hasta ella, le cogió la mano y se la besó, como había visto hacer al vizconde en unas maneras en completo desuso.

—¿Puedo?

Helena lo miró, sorprendida. ¿Quería bailar con ella de nuevo? La marquesa de Hauxten y la hermana de la baronesa de Pimblake la estaban observando, pasmadas. Jimena también lo hacía, animándola. Angela, por su parte, tenía una mirada soñadora. Marcus parecía leer sus pensamientos.

—Aunque habrá consecuencias, ¿qué deseas tú?

¡Qué narices!

—Que suene un vals —dijo, tomándole la mano.

La valentía tuvo su recompensa. Los acordes en forma de tresillos comenzaron a inundar la sala.

***

Por la noche, ya solos en la alcoba del duque, ella lo acusó entre risas de haber tenido un ataque de locura. Habían bailado hasta cuatro veces, la había llevado hasta la ponchera para servirle una copa y habían paseado por la habitación primero y por las escaleras y el hall después.

—¿Te ha molestado?

—No. —Rio—. Ha sido divertido ver la cara escandalizada de las invitadas. Además, era una reunión pequeña, tampoco ha sido un gran escándalo.

Marcus se apoyó sobre un codo para mirarla y le acarició con el dedo los labios.

—¿Significa eso que si quisiera bailar contigo varias veces en una fiesta de... digamos... doscientos invitados, me negarías el placer?

Ella lo miró, calibrando si hablaba en serio.

—No. No me negaría el placer —lo corrigió.

—¿Y si quisiera cenar contigo, además?

Helena se incorporó.

—¿Qué está ocurriendo? Lo que me pides no tiene sentido.

—Lo que no tiene sentido es que acudamos juntos a una fiesta y no nos veamos en toda la noche.

—Es así como se hace, Neville.

—¿Por qué?

—Porque vivimos juntos. Pasamos todo el tiempo juntos, supongo.

—¿De veras? En teoría yo paso la mañana en mi club y tú las tardes haciendo visitas. Y las noches cada uno en un extremo del salón.

La duquesa se echó a reír.

—Supongo que es la forma civilizada de vivir un matrimonio a la inglesa.

—Mi hermano no lo vive así.

—La esposa de tu hermano es española.

—¿Me dejarías cenar contigo? —insistió.

—Cuidado, duque —le advirtió Helena—. Habría quien podría pensar que celas a tu esposa.

—Te confesaré, querida, que la actitud del vizconde esta noche para contigo no ha sido de mi agrado.

—Neville, si te preocupa Marlowe solo tienes que...

—Quiero bailar contigo, Helena. Me gusta bailar contigo. ¡Y prefiero cenar en tu compañía a hacerlo en la de alguna dama sosa u otra que pretende coquetear y llevarme a su cama!

Su intención no era la de ponerla celosa, le espetó el comentario por pura exasperación, porque le estaba costando mucho obtener lo que deseaba. Sin embargo, funcionó. La idea de otras mujeres tentándolo no gustó a la duquesa.

—Seremos sometidos a muchas críticas por eso —pensó Helena en voz alta—. La casa Neville siempre ha sido discreta.

—Si el mayor escándalo que vamos a provocar es que nos... que nos deseamos, no me importa.

«Que nos deseamos», repitió ella para sí. Deseo, posesividad, celos... y todo de algún modo de una forma positiva, no destructiva como había ocurrido en el segundo matrimonio de su madre. Su esposo no sospechaba, no la encerraba, no la culpaba: le pedía más tiempo juntos. Hablaba de necesidad, no de desconfianzas.

Algo muy parecido al amor le llenó el pecho.

—A mí tampoco. Y hablando de deseo, Neville... —Le tomó la mano y la guio hacia sus muslos—, creo que deberías hacer algo con esto.

Obediente, él introdujo un dedo entre ellos y la descubrió ya preparada.

—¿Qué ha ocurrido para que estés tan húmeda? —le preguntó en voz baja, ronca, mirándola con intensidad.

—Llevo toda la noche pensando en tenerte dentro de mí.

Durante aquellas semanas habían aprendido a excitarse también hablando.

—¿Y qué otras ideas has tenido?

—Si te las cuento, ¿las llevarás a cabo?

Un segundo dedo acompañó al primero, haciéndola gemir.

—Todas y cada una, querida —le prometió con la voz lenta, excitada—. Todas y cada una...

Capítulo 19

Un mes después lady Angela era un éxito. Los comentarios sobre la familia Knightley iban de salón en salón y sus componentes eran diseccionados con envidia y reverencia a partes iguales.

La joven debutante era una beldad, sin duda la belleza de la temporada. Hermana de dos duques y con una dote extremada, se comportaba con una corrección incólume y aun así había algo en ella que delataba que no era una dama pusilánime, sino una mujer con carácter suficiente no solo para llevar una casa adelante, sino para convertirse en uno de los referentes de la sociedad cuando se casara, como ya lo era su cuñada, la duquesa de Neville.

También se hablaba de esta y de su esposo, que hasta la fecha habían sido un matrimonio ejemplar, sin tacha, y que de pronto se mostraban como dos jovencitos deseosos el uno del otro. El cambio de actitud era confuso, incluso se habían hecho varios envites al respecto en los libros de apuestas más importantes de la ciudad sobre su causa o duración, porque por supuesto nadie lo asociaba al amor.

Y, por último, estaban Rafe y Jimena, los nuevos duques de Tremayne. De la mucha correspondencia que se cruzaba la aristocracia a lo largo del continente, habían comenzado a circular rumores inquietantes llegados desde España sobre ella, chismes sobre su nacimiento que el monarca relacionaba con Wellington y que decían que era mucho más que su ahijada. Nadie podía criticar de manera abierta al mayor héroe de guerra de la corona; tampoco a los Tremayne, que según el regente habían salvado la vida al rey de España y, al parecer, la paz de Europa. No obstante, aquella joven no era, al parecer, lo que decía ser, lo que explicaría su actitud desenfadada y el afecto que demostraba a su esposo en público, que era la conducta que habían tomado prestada sus cuñados, los Neville.

Las madres aleccionaban esos días a sus hijas sobre un verdadero matrimonio, haciéndoles entender que ni lo que tenía Prinny, con más de tres mil amantes en su haber en aquel momento y una esposa repudiada y quién sabía si una esposa anterior ilegítima, ni, por el contrario, el matrimonio de los dos duques más atractivos de la alta sociedad eran un ejemplo a seguir a la hora de buscar un esposo.

Pero era tan difícil cuando tantas damas solteras suspiraban al ver a ambos matrimonios bailar o cenar juntos en los bailes...

Aquella noche era miércoles, y Almack’s, la única opción para las debutantes de las mejores

familias. En el salón, de cien pies de largo por cuarenta de ancho en tonos dorados y azules, no cabía un alma. Atraídas por el deseo de ver y ser vistas —la cena era pobre y el ponche aguado —, las madres habían llevado a sus hijas solteras vestidas de colores virginales, ataviadas ellas cual pavos reales.

Para Angela era su cuarta noche allí, había recibido una invitación al único club mixto de la ciudad el día de su apertura. Le gustaban los bailes, las *soirées*, los *al fresco*, las visitas matutinas y los tés, los paseos por el parque, las veladas musicales y, en fin, cualquier pretexto social para reunirse y buscar esposo. Pero Almack's la ponía nerviosa de algún modo. Tenía la sensación de que allí todo estaba más adulterado y de que las personas se tornaban más hipócritas.

—No me gusta este lugar —susurró a sus cuñadas, en un momento de intimidad.

—Almack's es la esencia de la *crème de la crème*, Angela —la amonestó Helena.

—¿A ti te gusta? —le preguntó Jimena.

—Esa no es la cuestión.

Dos pares de ojos la miraron con atención.

—Tal vez, pero ¿te gusta? —insistió la española.

—No tiene que gustarme un lugar para que cumpla su función —se justificó.

—Yo no he criticado su destino —se defendió la más joven, divertida—. Solo he dicho que lo detesto. Y tú no has contestado, ¿te gusta?

—Yo lo aborrezco —ayudó la duquesa de Tremayne, ante la falta de palabras de la otra.

—De acuerdo —se rindió Helena—, a veces me aterroriza, incluso.

Y se echaron a reír. Angela la tomó del brazo con afecto.

—Significa mucho para mí que reconozcas que te asusta. Yo tengo pesadillas cada martes por la noche.

Hubo un momento de emoción, que interrumpió una voz conocida por todas ellas.

—Qué honor, mis duquesas favoritas y una dama preciosa a la que no estoy seguro de conocer. —El marqués de Belmore hizo una ligera reverencia; las mujeres se quedaron heladas, sin saber qué hacer—. Saludadme, por el amor de Dios, o haréis que se hable de nosotros durante semanas.

—Ryan.

Su amiga se acercó a él con evidente placer y, sin importarle lo que se pudiera decir después, le dio dos besos, uno en cada mejilla.

—Eres una amante del escándalo, Jimena de Alba. Helena...

—No tenéis mi permiso para llamarme así.

—Ya os dije que era una verdadera lástima que no me lo concedierais. —Se volvió a Angela —. Y vos sois... —El reconocimiento detuvo su lengua unos segundos—. Milady, habéis crecido desde la última vez que nos vimos —le concedió con admiración.

—Milord —respondió ella, sin mirarlo, sintiendo cómo se le sonrosaban las mejillas.

Las duquesas los miraron, sin querer creer lo que veían.

—¿Ryan? —preguntó con tiento Jimena.

—Será mejor que calméis a vuestros esposos o habrá un escándalo que Almack's no olvidará en años. Vienen hacia aquí y parecen Cancerbero y Quimera.

Marcus y Rafe no tardaron en unirse a ellos. Sus ojos lanzaban dagas.

—Belmore no podía pasar por delante de nosotras y no saludarnos —explicó la duquesa de Neville en voz baja.

—Al demonio con que no podía hacerlo.

—Hubiera sido extraño, reconócelo, y hubiera dado que hablar —continuó ella con voz calma.

—¿Y por qué sigue aquí? —inquirió Rafe, furibundo.

—Para saludaros a vosotros antes de despedirme, desde luego. —Sonrió sin ganas el marqués.

—Despedirte porque te marchas —exigió Marcus.

—Sería extraño que se fuera nada más llegar.

—¿Le estás defendiendo, Jimena? —le espetó su esposo.

—Creo que esta conversación está llamando la atención —advirtió en voz baja Helena.

—Al diablo con la atención —gruñó Neville.

—Dividámonos —propuso Tremayne, deseando que las damas los dejaran a solas para poder hablar con crudeza.

—De acuerdo —aceptó la española—. Yo me marcharé con Ryan, vosotros podéis quedaros aquí.

—¡Y un cuerno! —le informó Rafe.

—Milores, miladies —se despidió Belmore.

Y sin preguntar, tomó del brazo a Helena y se la llevó de allí.

Esta no pudo hacer nada por evitarlo, para cuando se dio cuenta ya estaban caminado. No había esperado que lo hiciera y no pudo oponer resistencia hasta haber dado unos pasos, cuando cualquier intento de zafarse hubiera alertado a los invitados del club y abierto muchos interrogantes.

—Sois un aprovechado, milord.

—Tal vez, pero la cara de vuestro esposo no tiene precio.

—Neville debería daros una paliza por esto.

—Ya me la dio, Helena —repuso con seriedad.

—¿La merecíais?

Ryan se detuvo a mirarla. Lo hizo en profundidad, como si buscara algo en ella.

—¿Qué ocurre? —Se sentía incómoda ante su escrutinio.

—Sois la primera de vuestra familia que me pregunta algo así, en lugar de dar por sentado que me la había ganado.

—Entonces debéis tener muy mala fama, Belmore.

Rio, dándole la razón sin quererlo.

—Tal vez. Pero no por lo que podáis pensar. ¿Encontrasteis en el paquete que os envié lo que

buscabais?

—No pretenderéis... —Se molestó.

—Tengo oídos, Helena. Ya he escuchado lo que se dice de vos y vuestro esposo. Deseo saber si habéis hallado la felicidad que parecíais haber perdido.

No quería hablar con él sobre cómo se sentía. Ni siquiera lo había comentado con su cuñada y única amiga.

—No me habéis dicho por qué lo hicisteis.

En un gesto despreocupado y exento de galantería, él se encogió de hombros.

—Tal vez me gustéis.

—Lo dudo. Habéis reconocido que mi esposo os dio una paliza. Me inclino a pensar que vuestra ayuda tiene que ver con ese hecho y no conmigo. ¿Me equivoco?

—¿No podrían ser las dos cosas?

Seguían paseando por la sala.

—¿Lo son?

—¿Soléis conceder el beneficio de la duda a todas las personas, Helena?

—¿Me equivoco al concedéroslo a vos, Belmore?

Calló él más de un minuto.

—No, no lo hacéis.

—¿Podríais marcharos esta noche, por favor?

Lo sopesó.

—Sabéis que habrá más noches, ¿no es cierto?

—¿Buscáis esposa?

A Ryan no dejaba de sorprenderle la serenidad de aquella dama.

—Busco volver a la buena sociedad para cuando tenga que encontrarla.

—Se dice de vos que estáis arruinado y que sois un libertino, todas las madres lo saben.

—No por ello soy menos marqués, Helena.

Era una realidad incontestable. A ciertos títulos, los más elevados, se les perdonaba casi todo. Y él era joven, apuesto y marqués. Sería un magnífico partido para Angela si no hubiera ocurrido lo que fuera que pasase entre las familias. A pesar de su situación financiera, la dote de su cuñada podía restaurar casi cualquier patrimonio o, al menos, hacer que volviera a activarse. Y si era un libertino los duques harían que se comportara con corrección con ella una vez casados.

—Eso es cierto.

—Me marcharé esta noche, pero vamos a seguir coincidiendo.

—Me encargaré de que no sea incómodo.

—Sois una mujer excepcional, espero que vuestro esposo lo sepa.

Sonrió ella por primera vez, una sonrisa abierta, sincera, que hizo que Ryan viera toda su belleza más allá de sus ropas.

—Está aprendiendo a valorarme.

—Bien por el duque, entonces.

Colocó la mano sobre la suya, la que tenía en el brazo, y, en un acto de descaro, atajó por en medio de la pista de baile, delante de todos los presentes, para devolverla a los Knightley. A su pesar, ella no pudo escandalizarse, pues el marqués reía y sus carcajadas eran contagiosas. Cuando llegaron a ellos también los labios de Jimena vestían una sonrisa de oreja a oreja.

—Acabo de recordar que tengo un asunto urgente que me reclama en otro lugar —se despidió Belmore—. Miladies, ha sido un placer volver a verlas.

Las tres hicieron una reverencia. Angela temblaba.

Los caballeros no se despidieron.

—Creo que nosotros deberíamos irnos también —declaró el mayor de los hermanos.

—Saca a Angela a bailar, Neville —le pidió Helena.

—Está temblando, ¿no la ves? —le dijo su esposo.

—Por eso deberías hacerlo.

—No creo que debamos irnos justo después de él —admitió Rafe a su pesar—. Angie, ¿quieres bailar?

—Lo hará conmigo, maldita sea —se quejó Marcus, tomando a su hermana de la mano y desapareciendo entre las parejas que danzaban.

—Mi hermano se ha molestado mucho al ver que te ibas con él, Helena.

—No lo he elegido yo, Rafe.

—Lo sabemos, pero no sé si atienda a razones en lo que a Belmore se refiere. Ni tampoco en lo que a ti respecta.

—Hablaré con él más tarde.

Aunque estaban en un lugar apartado de la sala y nadie se acercaría a ellos sin ser invitado, era un tema demasiado delicado para tratarlo sin saber quién podía escuchar. Se mantenían allí, entre dos pilares, mirando a la pista de vez en cuando con rostro relajado como si departieran sobre los invitados, con una copa de champán en la mano cuyo líquido debía estar ya caliente.

—Todos deberíamos hablar de lo ocurrido —convino Jimena.

—Mi hermana no —se negó Rafe.

—Angela ya es mayor.

—No importa. No en esto. ¿O no habéis visto cómo se ha puesto? Estaba tan nerviosa que temí que se desmayara.

—Antes o después tendréis que explicarnos qué ocurrió. —El tono de Helena mostraba impaciencia.

Estaba cansada de aquel secreto. También Jimena.

—Después o nunca —la corrigió su cuñado.

—Pero...

—Ahora no, querida.

Era innegable que no era el momento ni el lugar, así que apartaron el tema hasta llegar a la

casa.

***

Una vez en la plaza Hannover, acomodados los cuatro en el estudio de Rafe, fue Marcus quien comenzó su diatriba.

—Se os veía muy cómodas hablando con Ryan Kavanagh.

—Es mi mejor amigo. —Jimena no fue retadora, pero aquel irlandés había sido su único apoyo durante sus años en la guerra de la Península y no escondería la íntima relación que tenían.

—Sé que te salvó la vida en más de un sentido —le concedió el duque de Neville—, y que mi hermano también tiene un extraño vínculo con él, pero la familia no puede tener trato con ese hombre. Y eso te incluye, Helena. —Miró a su esposa—. No entiendo que te haya elegido a ti para pasear por el salón. —Su tono se endureció.

—Tal vez, si nos explicarais qué ocurrió hace tres años... —pidió ella.

—Ni hablar —se cerró él en banda.

Lo único que las duquesas sabían era que tres años antes el marqués de Belmore acudió de visita a Donwell Abbey bajo un pretexto banal y pasó casi dos semanas con la familia, y que relación con los hermanos Knightley fue mucho más que cordial desde el inicio. Según las impresiones que Helena había compartido con Jimena, de edades parecidas y gustos similares, los lores encajaron rápido y se divirtieron tanto que incluso Marcus y Rafe insistieron en que Ryan prolongara su estancia. Pero algo debió ocurrir porque la noche en que se marchó fueron tras él y cuando regresaron no volvió a pronunciarse el nombre de Belmore en aquella casa.

La extraña reacción entre Angela y él esa noche en Almack’s, al reconocerse, les había hecho temer lo peor por un momento, pero por lo que Helena sabía era imposible que hubiera ocurrido algo entre ellos. En aquel tiempo la joven tenía quince años, y Beatrice, catorce. Comían en otra sala y solo en un par de veladas coincidieron en las cenas. No se vieron en su estancia en Donwell, las chicas pasaron la mayor parte del tiempo con ella, y el marqués, con los duques. No, se repitió la duquesa de Neville, era imposible que se hubieran conocido de manera íntima.

Y, aun así, la fecha coincidía con la melancolía de Angela... ¿Qué demonios habría ocurrido?

—¿Acaso Helena y yo no somos de la misma familia? —protestó Jimena—. ¿No portamos el mismo apellido?

—No es nuestro secreto —le explicó Rafe.

La española soltó un bufido exasperado.

—He oído ese pretexto en tu boca tantas veces como en la de Ryan.

Aquella respuesta pareció encender a Marcus.

—¿Ese desgraciado afirma que no es su secreto?

—¿Podemos dejarlo, por favor? —pidió Tremayne.

Tras un breve silencio quedó patente que las duquesas no recibirían ninguna explicación.

Helena, cansada, les relató su conversación con Belmore, haciéndoles entender que aquel encuentro sería el primero de otros.

—Podemos hacer que no sea invitado a ninguna fiesta a la que acudamos nosotros.

—¡No haremos tal cosa! —reprendió la duquesa de Neville a su marido.

—Es cierto, Marcus, habría que dar explicaciones incómodas para ello o levantar rumores más incómodos todavía —suscribió Rafe, frustrado.

—No es solo por eso —se enfadó Jimena—. Ryan tiene derecho a volver al *belle monde*, es el lugar al que pertenece. —Aquel era para ella un asunto muy personal—. Fuera lo que fuese lo que hizo, ya lo habéis castigado suficiente.

—Ningún castigo es suficiente.

—Como sea, se acabó —sentenció Helena.

—Tú no decides...

—Vosotros no nos dejáis decidir —corrigió a su marido—. Pero se acabó porque lo de esta noche no hace ningún bien a Angela, y en eso tenemos que estar todos de acuerdo.

A pesar de las reticencias de los hermanos Knightley, acordaron evitar al máximo a Belmore y ser educados con él cuando la ocasión lo requiriese.

Las duquesas tuvieron que conformarse con eso, a pesar de que Helena sintiese que aquel hombre merecía más y Jimena desease poder quedar con él en su casa tan a menudo como quisiera.

Aquella noche Marcus tardó bastante en decidirse a acudir a la habitación de su esposa, debatiéndose entre el enfado, el orgullo y el deseo. Para cuando lo hizo ella ya dormía, cansada de esperarle.

Se tumbó a su lado y se conformó con abrazarla hasta quedarse dormido también él. A la mañana siguiente Helena despertó sola, pero había una rosa roja en el otro lado de la almohada.

Capítulo 20

Estaban en el ecuador de la temporada, en uno de los acontecimientos más importantes. Más de trescientas personas se congregaban en el salón de baile de lady Jersey. Las puertas venecianas que daban al jardín se mantenían abiertas de par en par para que la poca brisa que llegaba del río refrescara la sala, hacinada. Cientos de velas de cera de abeja iluminaban la estancia, adornada con flores frescas del invernadero de la dueña de la casa. También los jardines habían sido engalanados para la ocasión y alumbrados con teas.

Un recinto para juegos pensado para aquellos que no desearan bailar y una salita con un bufet frío lleno de exquisiteces para quienes necesitaran tomarse un descanso culminaban una celebración perfecta.

Marcus esperaba con impaciencia el vals que llegaría a continuación para volver a estrechar a Helena entre sus brazos.

Durante la velada no parecía capaz de quitarle los ojos de encima, ni él ni ninguno de los hombres del salón. Pero había que ser un eunuco para no trastornarse ante la imagen que su hermosa duquesa presentaba con la melena casi suelta y todo su cuerpo envuelto en un exquisito vestido de terciopelo rojo con unos guantes del mismo color. La tela caía por su cuerpo marcando sus valles y planicies, dibujando un paisaje que él paseaba cada noche.

Moría por quitárselo y hundirse en ella, ahogarse en sus profundidades para siempre. Cada vez le era más difícil alejarse de su esposa pero, se recordaba, no había ninguna razón para hacerlo. La buscaba tanto en las noches, en su alcoba, como durante el día, y no solo para saciar su deseo, sino por el placer de su compañía.

No veía el momento de regresar al campo para dejar de compartirla con el resto de los caballeros que creían que, siendo una dama casada, podían cortejarla delante de él con mayor o menor disimulo, el vizconde de Marlowe, sobre todo. Por fortuna no estaba allí aquella noche, no hubiera soportado verlo devorarla vestida así. No le gustaba cómo la miraba, la lascivia visible en sus ojos, y era probable que la velada hubiera acabado de manera desagradable si aquel libertino llegaba a encontrarla tan maravillosa e irresistible como se la veía esa noche.

Helena se había atrevido, al fin, a ponerse el vestido que mandara confeccionar en un momento de enajenación, aquel que creyó que nunca tendría el valor para usar. Pero quería gustar a Marcus más que nunca, necesitaba que la deseara hasta la locura. Hacía semanas que su

relación se había ido estrechando, superando lo sensual. Se sabía querida, respetada, deseada, necesitada. Helena se sentía, en fin, amada. Su esposo era un hombre parco en palabras, pero con cada gesto la afianzaba en la sensación de que compartían mucho más que besos y caricias. Esa noche quería que se lo dijera, y si no le hablaba de amor, al menos sí que lo hiciera de necesidad. Quería avanzar en otras facetas de su matrimonio y solo lo haría si él se daba cuenta de que lo suyo había traspasado los límites de la cama.

Quién sabía, tal vez pudieran tener más hijos. La idea de tener una niña con Marcus, después de tanto tiempo desde que nacieran los chicos... tenerla por amor y no por obligación.

Por amor.

El pecho se le llenó de gozo. Si él entendía cuánto la necesitaba, ella reconocería lo que sentía por él. Pero solo entonces lo haría.

Se escucharon los acordes de aviso del vals y lo vio acercarse a buscarla.

Como cada vez, se maravilló con su altura, el color de sus ojos y la anchura de su espalda. Le encantaban sus hombros. Llegó hasta ella y, en lugar de tomarla del codo o del brazo, como era costumbre, la tomó de la mano. Le encantó sentir sus dedos grandes entrelazados con los suyos tanto como la calidez del gesto.

Cuando la música comenzó a sonar la rodeó por la cintura, levantó su mano hasta colocarla en su hombro y se dejó guiar por él, sosteniéndole la mirada, los cuerpos más cerca de lo que marcaban los cánones, olvidándose de la etiqueta y de quienes los rodeaban, también. Bailaron en silencio durante varios minutos, acariciándose en cada cambio de mano, en cada vuelta o arco que describían, aprovechando cada contacto para sentirse, sin más compañía que la del otro.

Cuando los compases se relajaron, Marcus le susurró:

—Te adoro.

No esperaba algo así y se sintió tímida de pronto. Bajó la cabeza con modestia y, sin embargo, deslizó su mano desde el hombro hasta el cuello, acariciando los mechones de su nuca.

—Me encantaría poder desnudarte mientras bailamos —le confesó Helena en un susurro.

Fue el turno de Marcus de sorprenderse.

—¿Lo harías?

—Comenzaría por el pañuelo. No me deja acceder a tu cuello. Después quitaría la chaqueta y me recrearía en el chaleco. —Volvió a resbalar la mano por su espalda—. Desabrocharía los botones despacio, a la vez que los de la camisa, e iría besando cada trocito de piel que encontrara. O no, tal vez pasara las uñas con suavidad, quién sabe cuánta prisa tendría por dejarte el torso al descubierto para deleitarme con él.

—Te gusta mirar, ¿verdad?

—He hecho subir un espejo enorme a mi dormitorio. Esta noche podrás verlo si te encuentras con fuerzas para visitarme.

La mirada del duque refulgió de deseo ante la idea de verse reflejados mientras se acariciaban.

—¿He fallado alguna noche a tu alcoba, acaso?

Ella le dedicó una sonrisa felina.

—Creo que el espejo asegurará la frecuencia de tus visitas.

La acercó a él.

—Nada las ha puesto en peligro. Eso solo las hará más interesantes, lo que no creía posible ya. —La llevó a un lado de la sala en dos giros, alejada de miradas indiscretas, y su mano le acarició la columna vertebral de arriba abajo—. Así que mi duquesa se siente traviesa esta noche, ¿no?

—Cada vez más.

—Ven conmigo.

Dejó de valsar y la tomó de la mano. Salieron a la terraza, donde saludaron a algunos conocidos antes de poder dirigirse al jardín. Tomaron uno de los senderos al azar hasta perderse en la oscuridad. En la seguridad que ofrecía la negrura de la noche, Neville lanzó una pequeña carcajada en voz baja mientras la abrazaba.

—Malditos sean estos calzones tan ceñidos, Helena. Por poco me pones en un compromiso delante de todos mis pares.

También ella rio, buscando su oído.

—Si llego a explicarte lo que tenía pensado una vez te hubiera tenido desnudo de cintura para arriba es probable que sí, que te hubiese hecho pasar un mal momento.

—Oh, pero sin duda tu relato hablaría de momentos maravillosos, querida. ¿Cómo me quitarías los pantalones?

—Pero es que no lo haría, Neville. O no hasta que no me lo suplicaras. —La mirada de su esposo se oscureció de deseo—. Me arrodillaría frente a ti...

—Delante del espejo...

—Frente a él... y te desabrocharía el botón para liberar tu miembro, que metería en mi boca para...

La besó con codicia, como si no pudiera evitar atraparla entre sus labios y tenerla allí para siempre. Si continuaba escuchándola acabarían sentados sobre cualquier lugar, haciendo el amor como dos posesos.

Las manos enguantadas en terciopelo rojo descendieron hasta la parte baja de la cintura de Marcus y presionaron contra su pelvis, enardeciéndolos a ambos.

—¿Acaso quieres que te penetre aquí mismo, Helena? ¡Dios!, no me mires concediéndome permiso, no hablaba en serio.

Ella oteó a su alrededor, buscando un lugar adecuado, comprobando que estaban lo bastante apartados para no ser sorprendidos.

—¿Por qué no?

—Milady, eres la tentación hecha mujer. No, no te acerques, por favor —le rogó—. Necesitó un par de minutos para tranquilizarme o acabaremos saliendo por la puerta de atrás, como dos vulgares delincuentes.

Ambos recordaron cuando entraron en Donwell Abbey del mismo modo, yendo ella en

pantalones, y sonrieron con ternura. Permanecieron en silencio un poco hasta que él se calmó.

—Estás irresistible esta noche, ¿te lo había dicho?

—No, no lo habías hecho.

—Un error que no volveré a cometer. Pero déjame que te diga, aunque sea tarde, que eres con diferencia la dama más hermosa de la fiesta. Desde que regresaste en enero a la finca desde Londres estás más hermosa de lo que cualquier marido soñaría, pero esta noche te has superado con creces. Es difícil mirarte y respirar al mismo tiempo.

La timidez regresó.

—Gracias, Marcus.

Al momento estaba a su lado. Le colocó la mano en la barbilla y le alzó el rostro. Depositó en su boca un beso lleno de promesas, una caricia de sus labios que decía más que los sonetos más bellos.

Cuando se apartó repitió el roce, aquella vez con su dedo corazón.

—Es la primera vez que me llamas por mi nombre.

—Es la primera vez que deseo hacerlo.

Sus pupilas quedaron ancladas la una en la otra, leyendo las respuestas que necesitaban.

—Helena, yo...

—Qué suerte la mía —los interrumpieron—, encontrarme juntos y solos a los duques de Neville.

Marcus se volvió con una mirada asesina.

—Lárgate, Belmore.

—Vaya, ¿entorpezco un momento de confidencias?

Helena se quedó lívida, creyendo que podía contar lo que de ella sabía.

—Por favor, marchaos —le pidió.

—Entiendo entonces que sí, que la noche invita a revelar secretos. ¿Así que has decidido contarle que...?

—Marcus —se adelantó ella, no queriendo que su esposo supiera la verdad por otra boca que no fueran la suya—, fue lord Ryan Kavanagh quien me facilitó las láminas y los libros que descubriste en mi habitación.

Por un momento el duque se quedó desconcertado.

—¿Cómo?, ¿por qué...?— balbució.

Aquella era la parte complicada, se dijo, explicarle que intentó colarse en un burdel. Pero lo haría, no le importaba.

—Intenté...

—Sorprendí a tu esposa en una librería buscando material inadecuado, así que me ofrecí a evitarle un escándalo. —La miró, acallándola—. Y eso fue todo.

—¿Helena? —le preguntó su marido.

¿Qué quería Belmore de ella? ¿Pretendía chantajearla? Asintió, decidida a confesarle la verdad

a Marcus más tarde, a solas.

No quería mentiras en su matrimonio, no después del instante que acababan de compartir.

—Pero no eres tú quien tiene secretos que confesar, ¿no es cierto, Neville?

—No sé de qué me hablas, Belmore. Y te aconsejo que te marches antes de que demos un escándalo en casa de una de las más célebres patrocinadoras de Almack's.

—¿No lo sabes? —insistió el irlandés—. ¿Le has contado ya a tu esposa por qué te casaste con ella?

Helena pudo ver una miríada de emociones en el rostro del duque: sorpresa, culpabilidad, miedo, rabia...

—¿Marcus? —le preguntó, angustiada.

Habían pactado que aquellos serían sus dos secretos: de dónde había sacado ella sus libros y por qué la había elegido él para desposarse.

Al parecer, el marqués era conocedor de ambos y no solo del suyo.

—No sabes de lo que hablas —espetó Marcus a Ryan, pero su voz no era firme, lo tentaba para averiguar cuánto sabía.

—Su padrastro es un hombre poco firme cuando se le amenaza, Neville. Y tiene secretos.

—Al parecer tú eres el guardián de todos los secretos —ironizó el duque, acorralado. Sabía la verdad, maldito fuera.

—Y bien, ¿se lo dirás tú a tu esposa o prefieres que lo haga yo?

—No te atreverías a inmiscuirte en un asunto de caballeros.

—No osarás decir que la decisión que precipitó tu matrimonio sea un asunto de caballeros, Neville.

Este se acercó a golpear al marqués, quien desvió el golpe y le dio un derechazo en la mandíbula.

—¡Basta los dos! —gritó Helena.

Se apartaron. Ninguno deseaba llamar la atención.

—Has aprendido a boxear —lo alabó Marcus.

—Aquella noche no me defendí —lo corrigió el otro.

—Sentirías que merecías el castigo, si no lo hiciste.

La mirada del Ryan se endureció.

—¿Se lo dirás tú o lo haré yo?

Helena estaba tan tensa que sentía que en cualquier momento rompería a llorar.

—¿Marcus? —repitió con un hilo de voz.

—Fue una partida de cartas.

Sintió que le fallaban las piernas.

—¿Fui... fui una apuesta?

—No, claro que no.

—¿Entonces? ¡¿Entonces qué fui?!

Después de un silencio opresivo, el duque se rindió. Si no confesaba él, lo sabría por el malnacido del irlandés. Iba a matar a Kavanagh.

—Tenía veinte años, estaba muy borracho, tanto o más que tu padrastro, con quien estaba jugando a los naipes. Él hizo una apuesta muy alta. Altísima. Tan elevada que cuando perdió no pudo pagarla. Así que me hizo una propuesta: tu dote.

—No sigas...

—Helena.

—No sigas, por favor.

Sin más, salió corriendo por los jardines en dirección contraria a la casa. Los dos caballeros la vieron marchar, tristes.

—Eres un bastardo, Belmore.

Pero no intentó golpearle.

Él mismo se sabía el mayor bastardo de los dos.

Ryan se fue sin decir adiós.

Capítulo 21

Helena no supo cuánto tiempo estuvo dando vueltas por los jardines de los Jersey, una hora tal vez, antes de dar con la puerta trasera de la mansión. Ni siquiera sabía que estuviera buscándola, paseaba sin rumbo dejando que la rabia hirviera dentro de ella sin estar segura de si deseaba que su esposo la siguiera o no, cuando aquella portezuela apareció frente a ella y, sin más, salió a la calle.

Comenzó a caminar, pero sabía que no podía seguir por la ciudad más de dos manzanas sin correr el riesgo de ser atacada. Su vestido, sus joyas, todo en ella era un reclamo para cualquiera, un caballero beodo o un ladrón. Así que detuvo al siguiente coche de alquiler que encontró y subió en él. Para su desgracia no era Waldo, el amable viejo que la llevara a Maxime's pocos meses antes.

—¿Dónde, milady?

No quería regresar a casa. Quería venganza, quería humillar a Marcus y que se sintiera tan mal como ella, que se sintiera prescindible. Un rostro pasó por su cabeza y, aunque no lo deseara, se dejó llevar por el odio.

—A la calle Chesterfield, cerca del antiguo White's.

El cochero la ayudó a subir, cerró y se puso en marcha. Ya dentro se dio cuenta de que no llevaba dinero, mas no le preocupó. Una vez en la puerta, al llegar, pediría que le pagaran el viaje, convencida como estaba de que él no se negaría. Estaba a apenas unas calles, así que no tardarían más de diez minutos en arribar.

Se obligó a recuperar la calma. Necesitaba sentirse serena si no quería hacer el ridículo. Respiró hondo y permitió que la rabia se depositara en su estómago para que dejara así de correr por sus venas.

Cuando el coche se detuvo de manera abrupta descorrió la cortinilla para ver que el conductor se había confundido de dirección, que estaba en la esquina contraria. Cuando se abrió la otra puerta quiso reconvenirle, pero aquella maldita voz se le adelantó.

—Me temo, Helena, que no puedo permitir que cometáis un error de tan desproporcionado tamaño.

Salió del cubículo, resignada, para ver que otro carruaje más ostentoso, con el blasón del marquesado de Belmore, la esperaba.

—¿Os parece más sabio que me suba a vuestro coche?

—Nadie creerá que me acompañáis dada la enemistad de nuestros apellidos, pero hacedlo ya, antes de que algún transeúnte os reconozca. ¿Me permitiréis esta noche pagar vuestro transporte?

Lo miró con desprecio y se acercó al otro vehículo con presteza. No le convenía un escándalo, supo, ignorando que había estado a punto de protagonizar otro mucho peor. Cuando subió también él, abrió la ventanilla interior que daba al pescante e indicó a su cochero que diera vueltas por la ciudad hasta que le indicara que debían regresar a Mayfair. Cerró y, una vez en movimiento, le habló.

—¿Deseáis un whisky? Siento no disponer de nada más yy de una dama, no acostumbro a llevar señoras en mi coche, Helena.

No quería discutir sobre su nombre. No quería discutir sobre nada, en realidad. De repente estaba agotada y solo deseaba estar sola.

—Por favor.

Se sentó a su lado, crispándola, para abrir el sillón de enfrente, que resultó ser un baúl de tamaño considerable con un pestillo, imposible de ver, bajo el asiento.

—¿Un lugar en el que esconder cadáveres?

—Bien cabe el cuerpo de una persona, ya lo he comprobado. —Su voz fue enigmática por un instante—. Las mantas y los ladrillos para calentarnos están debajo de nuestro asiento. Ese es un lugar donde esconder lo que sea necesario. Whisky y vasos esta noche.

Sirvió y volvió a cerrar la tapa, convirtiéndolo de nuevo en un cómodo sillón.

—Invisible.

—Eso pensé yo, pero me equivoqué.

—¿Os descubrieron?

—Olvidadlo. ¿Sabéis qué hubiera pasado si no os intercepto?

—¿A quién le importa?

—A vos os hubiera importado. Mañana por la mañana.

Había dado la dirección de la casa Marlowe. El vizconde había estado cortejándola desde que la conociera al principio de la temporada. Estaba convencida de que si se presentaba en su casa a altas horas de la noche y vestida así no la rechazaría, y de que Marcus odiaría que tuviera un idilio con aquel hombre. Era lo que su esposo se merecía.

Suponiendo que hubiera sido capaz de perpetrarlo.

—No creo que hubiera podido cruzar el umbral de su puerta.

—Poco le hubiera importado a él. Hubiera hecho insinuaciones muy concretas en el club mañana por la mañana.

Se puso lívida.

—Entonces mi esposo lo hubiera retado a duelo allí mismo y tal vez a mediodía estuviera muerto o huyendo del país. ¿No es eso lo que queréis?, ¿por qué me habéis detenido entonces, Belmore?

—La venganza es un asunto privado —gruñó de malos modos.

—Y por eso me habéis salpicado con ella, supongo. Detened el carruaje, quiero bajar.

—Maldita sea, Helena, lo lamento. —Ella lo miró—. Lo lamento de veras.

Vio algo en sus ojos más allá del arrepentimiento: vio angustia.

—¿Por qué lo habéis hecho?

Sin poder evitarlo, sus ojos comenzaron a derramar lágrimas y ya no dejaron de hacerlo.

—Mierda —masculló él, abrazándola.

Dejarse abrazar por quien te hacía daño era una mezcla de furioso consuelo. Le golpeaba en el pecho al tiempo que seguía llorando. Le enumeró los pocos insultos que conocía una y otra vez mientras Ryan la abrazaba con fuerza y le besaba la coronilla y no dejaba de disculparse, de decirle que lo lamentaba y que todo iba a salir bien.

Poco, o mucho rato después, se calmó y se separaron. Él le ofreció su pañuelo y ella se secó las lágrimas y se lo devolvió. Solo entonces el marqués cambió de asiento, colocándose frente a ella.

En ningún momento, se dio cuenta Helena, la había tocado de otro modo que no fuera como lo hubiera hecho Rafe, con afecto fraternal.

El carruaje continuó su lento traqueteo sin que ninguno dijera nada. La duquesa no quería hablar ni quería regresar a casa. Ryan no sabía qué decir. Al final, encontró palabras, aunque fuesen para él.

—A veces nos hacen tanto daño que es imposible perdonar. Entonces parece que solo devolver el golpe nos sirve.

—Perdonar es de cristianos.

—Esos cristianos no han estado en Waterloo, Helena.

Esperó un poco a responder.

—Tampoco mi esposo ha estado allí. Y defendió en el Parlamento...

—Sabéis que lo que tengo con los Knightley no tiene nada que ver con la guerra.

—Con... ¿los Knightley?

Ryan asintió.

—Diría que con los cuatro.

—Dejad a las muchachas fuera de lo que sea, por favor.

Negó con la cabeza.

—Ellas están fuera. Y si hubiera podido ahorraros el sufrimiento a Jimena y a vos, también lo habría hecho.

—Así que la venganza es cosa de hombres.

El irlandés la miró, sopesándola.

—¿No buscabais vos venganza esta noche, en casa de Marlowe?

—No me habéis dejado llevarla a término —replicó Helena.

—No con algo que os haga daño.

—¿Quién os dijo que estabais por encima del bien y del mal, Belmore?

Sonrió sin ganas ante su ingenio.

—Lo lamento si pretendo protegeros.

—No os equivoquéis, os lo agradezco. Es la segunda vez que me salváis de mi propia estupidez. Pero es difícil que os venguéis de él y no me hagáis daño.

—Eso estoy descubriendo —gruñó.

—¿Por qué? No, ¿por qué lo hiciste?

—No es mi secreto —repitió, como cada vez, Ryan.

—Os odio a los dos —sentenció.

Siguieron paseando dentro del coche, sin rumbo.

—¿Es España tan bonita como Jimena dice? Habéis vivido allí.

—Vuestra cuñada tiene una finca en el sur en un enclave privilegiado. Se ve el mar y la sierra. Siempre brilla el sol y rara vez llueve.

—Podría pedirle que me dejara alojarme allí un tiempo.

—¿Un tiempo?

—Mucho tiempo. Mis hijos pasan la mayor parte del año en Eton, apenas los veo. Podría volver para sus vacaciones o hacerlos viajar hasta allí en verano.

—Me siento un bastardo, Helena.

—Sois un bastardo, Belmore.

Callaron otro rato.

La duquesa sentía el corazón roto. Hiciera lo que hiciera, sabía que se le rompería. Si se marchaba dejaría de ver a Marcus durante meses, pero dudaba que fuera capaz de superar lo que sentía por él. En diez años no había podido hacerlo por completo a pesar de no haber tenido una relación con él, no una auténtica. Después de aquellas semanas sería imposible olvidarle.

Pero si se quedaba... lo único que había sentido siempre real en su matrimonio había sido el hecho de que la hubiera escogido. Para ella haber sido elegida por él había sido importante, y saber que había sido una mentira la había roto. Si se quedaba no sabía cómo iba a poder soportarlo.

—Llevadme a mi casa, por favor. A la entrada trasera, no a la puerta principal, no quiero que me vean con vos.

Belmore asintió, abriendo de nuevo para darle la dirección al cochero. Regresaron en silencio. Solo al llegar, cuando la ayudó a bajar, le dijo:

—Lo siento, Helena Knightley. Merecéis mucho más de lo que os hemos dado.

Y con un sentido beso en la mejilla, se marchó.

Venció el deseo de echarse a llorar. Sí, merecía más. Merecía un mejor padrastro. Había tenido un buen esposo, llevaba años repitiéndoselo y sabía que era cierto a pesar de que hubiera hecho algo tan deshonroso. Un acto no cubría diez años de respeto.

Pero quería más; lo necesitaba.

Entró por la parte de atrás de la propiedad, rodeó los parterres y vio las puertas venecianas del estudio de Rafe abiertas. Pensó en colarse por ellas y evitar la entrada principal. No quería ver al servicio ni que la sorprendieran, tampoco. Avisarían al duque de su llegada.

Hacía allí se dirigió, por tanto, pero al escuchar voces se quitó los zapatos y se acercó de puntillas. Tal vez fuera de mala educación oír conversaciones ajenas, pero esa noche la etiqueta estaba sobrevalorada.

—¡Joder! —Escuchó a Rafe y el sonido de cristales al romperse—. ¿En qué estabas pensando para aceptar una esposa por un envite de naipes, Marcus? ¿Qué demonios te bebiste esa noche, el conocimiento?

Se sentó en el suelo a escuchar.

Capítulo 22

Marcus regresó de los jardines, buscó a Angela y le pidió que volvieran a casa. Cuando Rafe y Jimena vieron que se marchaban y que lo hacían sin Helena supieron que algo ocurría. Sin preguntar, subieron con ellos en el carruaje y salieron todos juntos, asegurándose antes de despedirse de los anfitriones, de disculpar a la duquesa de Neville, que dijeron que estaba ya en el coche, enferma, y de aparentar la máxima normalidad.

El camino de vuelta estuvo marcado por las preguntas de la hermana menor, que no le fueron resueltas, y el rostro angustiado del hermano mayor. La española se encargó de entretener a su cuñada, interrogándole sobre con quién había bailado y si había disfrutado de la fiesta. La decepción de la joven con Londres y su sociedad era notoria para ella por más que se afanara en disimularla y sonreír. Rafe, por su parte, intentó que su hermano lo enfrentara para sonsacarle una mirada de entendimiento, pero fracasó.

Cuando llegaron a la enorme mansión, Angela pidió permiso para retirarse a su habitación y Tremayne invitó al resto a una copa en su estudio. Neville aceptó. La duquesa, no obstante, interrogó con los ojos a su cuñado. Tras pensarlo unos segundos, este asintió.

Su único reparo era que Helena no deseara que su secreto se viera desvelado, pero creía, y esperaba no equivocarse, que confiaría en Jimena. Y amén que estaba falto de un consejo femenino tanto como flagelarse en su vergüenza.

Así que cuando entraron en el pequeño estudio abrió las puertas que daban al jardín trasero —necesitaba aire—, se sirvió un brandy que se bebió de un trago, y los enfrentó.

—Cuando tenía veinte años, nada más heredar el ducado a la muerte de nuestros padres, una noche en un club me emborraché. Varias noches, en realidad. Me sentía abrumado frente a tantas responsabilidades. Había dejado Oxford para encerrarme en el despacho de los abogados de la familia y hacerme cargo de las propiedades, del escaño en la Cámara... ya sabéis en qué consiste, no os aburriré con ello. —Su voz sonaba monótona, hastiada—. En uno de aquellos clubs se jugaba con apuestas altas, pero ¡qué demonios!, acababa de heredar una fortuna, podía permitírmelo. La noche que os decía tenía una mano invencible así que aposté mucho dinero... demasiado.

—¿Cuánto? —preguntó su hermano.

—Rafe...

—¿Cuánto?

—Treinta mil libras.

—¡Dios mío! —exclamó Jimena.

—Gané la partida, claro, ya os he dicho que no podía perder. Pero el vizconde de Maine no tuvo mi suerte y no podía afrontar la deuda.

—¿Quién es el vizconde...?

—Dime que no lo hiciste, Marcus —le suplicó Rafe, interrumpiéndola.

—Era el importe de su dote —dijo este, sin inflexiones en la voz.

—¡Joder! —Lanzó la licorera, que se hizo añicos contra la pared—. ¿En qué estabas pensando para aceptar una esposa por un envite de naipes, Marcus? ¿Qué demonios te bebiste esa noche, el conocimiento?

—*¡Madre de Dios!* —gritó Jimena, en su castellano natal.

—Es obvio que no estaba pensando —continuó Neville. Su tono no mostraba emociones, parecía como si no fuera él el sujeto de aquella historia—. A la tarde siguiente nos comprometimos y un día después era un hecho: Helena era mi esposa.

Se volvió, no quería ver sus caras asqueadas, y se sirvió de la otra licorera, tomando un vaso. ¿Whisky? De acuerdo, también le servía si le hacía perder la conciencia.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te casaste con ella? No era una cuestión de honor, no por tu parte. Su deuda sí, tu palabra no.

—¿Qué querías que hiciera? Maine la hubiera vendido a otro, Rafe, lo hubiera hecho. Y yo necesitaba una esposa. Las hermanas de nuestra difunta abuela no dejaban de repetirme que Angie y Beatrice necesitaban una madre que las guiara, tú no estabas aquí para escucharlas. —Su hermano se encogió ante sus palabras—. No, no es un maldito reproche, pero ocurría. Venían cada día a verlas y me decían que encontrara una esposa joven y de buena familia que las criase.

—Helena no es una niñera.

—¡Ya lo sé!, ¿crees que no lo sé? —Se pasó la mano por el pelo, soltando el vaso—. En aquel momento me pareció fácil. Cobraba las treinta mil libras y me quitaba a Maine de encima, la joven se casaba conmigo y no con otro, yo daba una madre a nuestras hermanas y las viejas urracas regresaban a sus nidos... ¡No lo sé, no pensé! Solo lo hice.

Se dejó caer en el sillón. Atrás había quedado el desapasionamiento con el que había comenzado su relato, en aquel momento era un hombre desesperado.

—¿Lo sabe Helena? —preguntó Jimena.

—¿La ves por aquí, acaso?

—No le hables así, Marcus, no es ella la que ha cometido una estupidez. —Este se disculpó con la mirada—. ¿Por qué se lo has contado ahora?

—No he sido yo.

—¿Entonces? —inquirió Rafe, antes de comprenderlo—. Ese malnacido de Belmore...

—¿Qué?, ¡no! —lo defendió ella, antes de que Neville lo confirmara—. Voy a arrancarle la

piel a tiras. ¿Dónde está Helena, Marcus?

—No lo sé. —La desolación en su voz casi rompió el alma de su cuñada.

—¿Quién más sabe lo que ocurrió aquella noche?

—Nadie lo sabía —dijo Neville.

—Kavanagh lo sabe —refutó Tremayne.

—No lo dirá. —Nadie dudó de la promesa de Jimena.

—¿Puede saberlo alguien más, Marcus?

—Lo dudo. Yo lo amenacé con arruinarlo. Al parecer Belmore lo hizo con algo peor, algún secreto delictivo o algo similar.

Por primera vez desde que su esposa lo conociera, Rafe se sirvió un vaso de licor y se lo bebió. Volvió al sillón gemelo, frente a su hermano, y se dejó caer en él.

Era la imagen de dos hombres derrotados.

Triste, Jimena se sentó en el reposabrazos del de su marido y se apoyó en él.

La furia no tardó en estallar en el duque de Tremayne.

—Tenías la mejor esposa que un hombre pueda soñar, Marcus, la mejor. —Su mujer no se sintió ofendida por el comentario—. Y la ganaste de una forma tan poco honorable que no la repetiré, y ahora la pierdes. No diré que sea justicia divina porque no te desearía algo así, pero sí sé que ella no merece esto. Ella no.

—¿Y yo sí?

—Maldita sea, Marcus, ¿sabes que podrías haberte casado con una arpía, o con una mujer tan fea que la idea de tocarla para tener un heredero te hubiera repelido, o con una demente que hubiera arrastrado por el barro nuestro apellido? ¿Eres consciente de ello? Y sin embargo te casaste con Helena, ¡con Helena! Si esto sale a la luz vas a humillarla y no lo merece, si...

—¿Crees que no sé lo afortunado que soy, Rafe? —Se levantó, iracundo. Solo su esposa le había visto perder la calma, y jamás había estado tan enfurecido. Pero era más que eso: estaba desesperado, fuera de sí, muerto de miedo—. ¿Crees que necesito que me lo recuerdes? Helena es mucho más que eso. Es una madre excelente para mis hijos, sí, pero también para nuestras hermanas. Detesto tener que repetirlo, pero nuestra madre no lo hubiera hecho mejor. Si Angela ha superado lo que ocurrió hace tres años es gracias a ella, y si Beatrice será capaz de debutar el año que viene en lugar de esconderse será gracias a Helena, también. A mi esposa, Rafe, ¡mi esposa! —Se señaló el pecho, posesivo—. Es la mejor duquesa que el título ha tenido y es tan hermosa que roba el aliento. Es dulce, compasiva, respetuosa y se ha ganado a cada miembro de esta casa y de Donwell sin proponérselo siquiera. Nos ha ganado a nosotros, a los terribles hermanos Knightley, que de niños no fuimos leales a ningún preceptor.

—Marcus...

No lo sabía, pero derramaba lágrimas.

—¡No! Tú no entiendes lo que es eso porque mientras yo me dedicaba a llevar el apellido y el ducado adelante tú te divertías jugando a los espías por el continente. No te resto méritos, los

héroes como tú habéis mantenido Europa como es, sabes que yo quise ir a la guerra y no pude y que respeto y admiro lo que has hecho. Y no obstante mis celos por la vida que llevabas, me pareció justo. Me pareció bien dejar la universidad y casarme con una desconocida, ser el tutor de nuestras hermanas y no hacer mi *grand tour*, responsabilizarme de todas las mujeres de la familia y de los hacendados... me pareció bien porque yo era el duque y tú no, porque yo era rico y tú no, porque mis hijos serían pares y los tuyos no. El sacrificio era la servidumbre a mi privilegio y estaba bien, era equilibrado. Pero entonces apareciste tú con tu maravillosa esposa, feliz, rico y duque; tan duque como yo, tan casado como yo y tan rico como yo sin haber abonado el peaje que yo sí me vi obligado a pagar.

—Marcus...

—Y Helena fue mi refugio. Eso es Helena, una roca. Es mucho más que mi duquesa, la madre de mis hijos o mi esposa. Es quien siempre está ahí y sabe cuándo apartarse y cuándo acercarse, cuándo preguntar y cuándo callar, cuándo acariciar y cuándo golpear. Es quien hace que mi vida sea soportable. ¿Y tú crees que le he fallado? No, esto ha sido mucho más que eso: ha sido el mayor fracaso de mi existencia. Merezco que me odie, lo sé ¿pero sabes cuál es el problema? Que yo no puedo vivir sin ella.

Volvió a dejarse caer en el sillón, se secó con la manga los ojos y se bebió de otro trago el líquido que le quedaba.

Jimena también lloraba en silencio. Se puso en pie, le cogió el vaso de las manos, lo rellenó y se lo volvió a colocar entre los dedos.

***

Estuvieron en el estudio mucho tiempo más, en silencio, antes de que llamaran a la puerta. Fue Helena quien entró, ya serena, como si la hubieran invocado, sin saber que había escuchado toda la conversación afuera, y que también ella había llorado.

Después de un corto paseo había tomado una decisión y venía a comunicársela.

—Buenas noches. No, no os marchéis, supongo que sabéis lo que ha ocurrido, ¿no es cierto?

Marcus se levantó a recibirla, a disculparse, a... Su mirada lo detuvo.

—He decidido que voy a regresar a Donwell. Mañana mismo.

Tras un breve silencio, Jimena tomó el mando de la situación.

—Esta noche te hemos excusado aduciendo que te sentías enferma. No sería descabellado que, si tanto lo estás, tuvieras que marcharte al campo. Yo me encargaré desde ahora de Angela. Prometo escribirte a diario con lo que ocurra y pedirte consejo en todo.

Aliviada por que su huida no influyera en la temporada de su cuñada, asintió.

—Quizá podrías subir a mi alcoba unos minutos y hablamos, por favor.

Necesitaba charlar con ella, necesitaba de su consuelo. Se sentía tan perdida en aquel momento...

—Desde luego.

—Helena, espera, por favor.

No quería hablar con Marcus y que la persuadiera para quedarse. No quería que le repitiera todo lo que había dicho de ella unos instantes antes. ¿Cómo podía alterarse todo tanto en unas horas? En los jardines casi le había confesado su amor, estaba convencida de que era eso lo que iba a decirle cuando Belmore los había interrumpido. Y lo que había dicho de ella poco antes... era la declaración más completa que hubiera podido soñar.

Pero llegaba tarde, las palabras no arreglaban un corazón que se había hecho añicos.

En ese momento llamaron a la puerta y fue Angela quien entró, ataviada con su camisón y el pelo trenzado.

—Helena, ¿estás bien?

—Sí, pero mañana regresaré a Sussex. Jimena...

—¿Puedo regresar contigo? —Las exclamaciones sorprendidas llegaron de los dos hermanos —. Puedo estar aquejada de tu misma enfermedad, ¿no sería plausible que fuera contagiosa?

—Angela, tu primera temporada solo será una vez en la vida —razonó Marcus.

—Y mi segunda temporada también será solo una vez. Con la desventaja de que los caballeros serán los mismos y me temo que ninguno de ellos me ha resultado interesante.

—¡Angie! —la regañó Rafe.

Jimena se volvió para que no viera su sonrisa. Había estado observándola en los bailes y sus palabras no eran una sorpresa para ella.

—Tal vez aparezcan nuevos venidos de los otros países del reino, o de las colonias.

—Mi hermana no se irá a vivir a las colonias —gruñó el duque de Neville.

—Pues él se quedará aquí por amor —lo retó su duquesa, con rabia.

—En todo caso eso será el año que viene. Helena —miró a quien mejor la conocía—, ya he conocido a la reina y he bailado con el regente, me he vestido con mis mejores galas y encandilado a los mejores partidos; he recibido algunas propuestas y, seamos sinceras, ninguna que no pudiera rechazar... y no he disfrutado ni una sola noche, no de verdad. No he sentido eso que he visto entre Jimena y Rafe, y en las últimas semanas entre mi hermano y tú, en ningún momento.

Nadie pronunció palabra, tan tenso quedó el ambiente. A la duquesa de Neville el comentario le hizo tanto daño que lo sintió en el estómago y temió doblarse de dolor. Cuando supo que podría hablar con voz firme, dijo:

—Ilusión, Angela, a ese sentimiento se le llama ilusión. Y si me prometes que no lo has sentido ni una sola noche, si eres honesta y con el corazón en la mano me dices que no lo has vivido ni una vez desde que llegamos a Londres, puedes regresar conmigo si tu hermano te lo permite.

También ella sabía que la joven no estaba disfrutando de la temporada. La noche que, en Almack’s, dijo tener pesadillas, la convenció de que las cosas no estaban siendo como debieran

para una debutante considerada la más hermosa.

—No lo he sentido —respondió en voz baja, triste.

—De acuerdo —también la duquesa sonó afligida.

—¿Marcus? —pidió Angela permiso a su tutor.

—Si Helena considera que puedes volver a Donwell, entonces es lo correcto.

Su reconocimiento no la emocionó. No sentía nada.

—Regresaremos todos —dijo Rafe.

—No el duque de Neville —advirtió Helena—. Debe quedarse para las sesiones del Parlamento. Partiremos todos mañana y que él se reúna con la familia al final de la temporada, en diez semanas.

Sus palabras cayeron cual sentencia sobre todos los presentes. Incluso Angela comprendió que no era el calendario político lo que retenía a su hermano en la ciudad.

—De acuerdo —terminó por aceptar Marcus.

Doce horas más tarde, se encontraba en una casa vacía. Ni siquiera le había dejado una nota.

Tercera parte

«*... Qué importa que mi amor no pudiera guardarla.*
La noche está estrellada y ella no está conmigo.
Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.
Mi alma no se contenta con haberla perdido.
Como para acercarla mi mirada la busca.
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.
(...)De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.
Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos...».

Canción número 20, Pablo Neruda.

Capítulo 23

Donwell Abbey, una semana después

Escuchó un par de golpes en la puerta de su habitación y supo quién era sin necesidad de preguntar. Rose solo se acercaba a su dormitorio en las horas de las comidas para llevarle una bandeja que depositaba en silencio en la mesa junto a la ventana. A media tarde tenía que ser Jimena, que no se rendía y acudía cada día para invitarla a cabalgar a la mañana siguiente, para bajar y elegir un libro de la biblioteca, opinar sobre algún plano de su nueva casa o tomar el té allí, con ella, sin pronunciar una palabra.

Aquella tarde su cuñada ni siquiera buscó un pretexto para visitarla; se sentó con ella sobre el colchón, se acomodó más bien al otro lado, la espalda bien apoyada contra el mullido pie de cama del que partían los dos postes traseros sobre los que se apoyaba el dosel.

—¿Cómoda? —le preguntó con sarcasmo Helena.

—Alcánzame uno de los cojines que no estás utilizando, por favor —le respondió la española con soltura, como si en verdad se preocupara la otra por su bienestar.

Cuando salió de su pasmo le lanzó el almohadón a la cabeza. Jimena, que tenía unos reflejos excelentes, lo agarró con facilidad, riendo.

—Al menos podrías haber traído un refrigerio.

Contenta, la duquesa de Tremayne le indicó que tirara de la cuerda que daba a las cocinas.

—Lo traerán en breve. Celebro que se te haya abierto el apetito.

La duquesa de Neville prefirió esperar a que subieran el ligero ágape. Si aquello iba a ser una pequeña batalla campal, y se temía que lo sería, lo prefería con un té. Todo era más civilizado con una infusión bien caliente con canela y unos sándwiches de pepino con mantequilla salada.

Fue Mary quien entró cinco minutos de tenso mutismo después, con una tetera humeante, café, los pequeños emparedados y un plato que no logró reconocer.

—¿Garbanzos? —preguntó incrédula, mientras Jimena servía para ambas.

Consistía en una torta redonda en forma de rueda hecha de bolitas fritas con melaza. Olía bien.

—No, claro que no —le explicó—. Es una rosca utrera. Alguien de mi casa era de Daimiel, un lugar de La Mancha. —Le colocó una porción en un platito—. Pruébala, está hecha con la masa de las rosquillas fritas y bañada en miel. Abajo ya se han comido una entera.

Rio. Tendría que entregar un libro de recetas españolas a la cocinera antes de irse. Cuando le

dio un mordisco, se reafirmó. No permitiría que se marchara sin dejar las instrucciones sobre cómo guisar todos aquellos dulces.

—Exquisita.

—Si quieres más o probar otros postres, tendrás que salir de esta habitación.

—¿Harás como en el cuento que acaban de publicar esos hermanos en el Gran Ducado de Hesse y convertirás esta casa en un paraíso de pan dulce y chocolates?

—Si es necesario... —Y le ofreció otro trozo de rosca, que declinó, tomando más té y eligiendo, en cambio, un sándwich.

—No quiero salir de mis aposentos. Me gusta esta alcoba. Tal vez cambie las cortinas y la colcha —dijo, pensativa—. En gris y rosa. Madame Vauquelin me habló de un nuevo tipo de tejido, el *jacquard*. Quizá lo emplee aquí...

—Helena —la interrumpió—, no tienes que sentirte avergonzada por lo que ocurrió.

—¡Desde luego que no! —Alzó la cabeza, asombrada—. Si alguien tiene que sentirse abochornado por lo que hizo es Marcus, no yo. Fue él quien tuvo un comportamiento reprobable, quien no se condujo como se esperaría de un caballero. No se me puede señalar a mí por pretender decidir el destino de otras personas con frivolidad y ligereza, bajo el efecto de los peores vicios.

La sonrisa que recibió a cambio fue un aplauso a sus palabras, a su dignidad.

—Entonces, ¿por qué no bajas?

—Porque estoy enfadada. Estoy tan furiosa que en algún momento perderé la compostura e insultaré al maldito Neville delante de sus hermanas, y no deseo hacerlo. Porque acabaré contando cosas que solo nos conciernen a él y a mí y me perderé el respeto a mí misma, y no quiero que eso ocurra. Porque temo que, si salgo de estas cuatro paredes, haga temblar los cimientos de toda la finca.

Jimena sintió una gran pesadumbre.

—Oh, Helena.

—Lo odio.

—Pero...

—Lo odio. Lo odio tanto que no cabe otro sentimiento hacia él en mí. ¿Cómo pudo comprarme? ¡Me compró, me compró, condenado sea! Como se adquiere un caballo o una propiedad, del mismo modo decidió cambiarme por una apuesta de cartas.

—Tu padrastro...

—Pudo decir «no». Pudo negarse y no lo hizo. Si no esa noche, al día siguiente, cuando con el sol regresó la sobriedad. Pero ¿para qué?, era más cómodo no elegirme como esposa, era más sencillo negociar conmigo solo porque soy una mujer y tengo que acceder a lo que ellos decidan que pueden hacer conmigo: mi padrastro primero y mi marido después.

Atrás había quedado la idea de que había sido una esposa afortunada, olvidada con su traición y con su corazón roto.

—Era joven y se sentía abrumado.

—¿Lo justificas?

—No —respondió la española—, solo intento entender cómo un hombre íntegro y recto pudo hacer algo tan estúpido.

—Estúpido es emborracharse en Almack's. Estúpido es apostar a que el regente perdonará a la princesa Carlota. Estúpido es...

—Casarse con una desconocida que podría haber sido una esposa pérfida.

—Pude serlo. Debí serlo —se corrigió.

—Os hubieras puesto en ridículo a los dos.

Helena volvió la cabeza, apartando la mirada de su cuñada, fijándola en un punto de la pared, queriendo controlar las lágrimas.

—Creí que me había elegido —le confesó—. Ya sé que puede sonar ridículo, que ni siquiera me conocía, pero mi padre fue conde, y mi abuelo materno, marqués. Mi ascendencia es excelente y mi familia nunca se vio envuelta en habladurías. Mi madre fue una dama aprobada por la sociedad cuando debutó e incluso después, al enviudar, hizo un buen matrimonio a ojos de la sociedad, aunque el vizconde de Maine sea un indeseable. Yo tenía una dote muy elevada, no sé a qué importe ascendía, pero...

—Treinta mil libras —la cortó.

Era un capital más que considerable.

—Treinta mil libras —repitió— y Marcus ha logrado hacerme sentir barata. —Entonces sí, dos lágrimas desbordaron sus ojos y recorrieron en silencio sus mejillas—. Lo odio —aseveró con énfasis.

Jimena hizo a un lado su dulce manchego, poco tentada ya por él. No quería decir nada gratuito, nada que no sirviera. Pensó mucho antes de continuar.

—¿Sabes por qué me casé con Rafe?

Se volvió la otra dama a mirarla, sin saber la razón de aquella pregunta.

—Para salvarle la vida.

Negó despacio con la cabeza la morena.

—No fue esa la causa exacta, en realidad. Me casé con él para averiguar su identidad.

—¿Qué quieres decir?

—Aquella noche, en el despacho del francés invasor, solo podía haber dos personas: o un espía inglés enviado por el Ministerio de Guerra que buscara lo mismo que yo, dado que Wellington actuaba a espaldas de su gobierno... o si no a espaldas, sí a hurtadillas...

—Como fue el caso...

—Exacto.

Jimena se detuvo un momento a recordar la primera vez que vio el rostro de su esposo, un desconocido entonces, a través de la garganta de la enorme chimenea del estudio de palacio, en Madrid.

—¿Quién más podía estar allí?

—El jefe de la guardia pretoriana de Napoleón, el hombre que intentaría matarnos años después. Era quien debía proteger aquellos documentos y sospechábamos que querría vigilarlos, también. No confiaba en Pepe Botella, que era como llamábamos los españoles al hermano del emperador francés por su afición a la bebida.

—¿No supiste con quién te casabas?

—No. Rafe no habló desde que lo intercepté hasta que nos quedamos solos, tras la ceremonia, y se presentó como Raphael, un maldito nombre italiano.

—¡Vaya!

—Lo que quiero decirte es que, cuando tomé la alocada decisión de descubrirme, no lo hice pensando en salvar su vida. Si era de los nuestros, entonces sí, supondría para él librarse de una sentencia de muerte. No obstante, si era el jacobino lo hubiera entregado a Ryan y, créeme, del altar hubiera ido al patíbulo. En todo caso, nunca pensé que me forzarían a casarme, creí que José I me regañaría, pero no que llegaría tan lejos en su castigo.

La duquesa de Neville tardó un poco en asimilar lo que estaba escuchando.

—¿Cómo se lo tomó tu esposo?

Jimena se encogió de hombros.

—Lo cierto es que nunca se lo he contado, no creo que le diera demasiada importancia a mis razones cuando hice lo que hice.

—¿Que te casaras con él para, tal vez, entregarlo y que lo condenaran, no te pareció importante? No es tan romántico como un matrimonio para salvarle la vida. Creo que tiene derecho a saberlo.

Volvió a encogerse de hombros.

—Se lo contaré, pues. ¿Quieres venir conmigo a buscarlo, o prefieres que suba él aquí? Así podrás ver su reacción.

Se quedó inmóvil. Veía la conexión, pero no estaba segura de querer vivirla. La otra duquesa se levantó, abrió las puertas y esperó, mirando a un lado y a otro. Al fin llamó a alguien.

—Busquen a mi esposo y pídanle que suba.

Y volvió a entornar la enorme hoja de roble.

—¿Qué...? —se escandalizó

No acabó la frase, incrédula ante el brete en que la había puesto su cuñada. Se levantó veloz, se puso un batín que la cubriera bien, ahuecó el colchón, recogió la bandeja que yacía sobre la colcha y la llevó a la mesilla, estiró entonces el cubrecama, buscó sin éxito sus zapatos, se tapó con un chal el escote que la bata dejaba al descubierto y, en fin, hizo lo que pudo por adecentar la habitación mientras la otra la miraba, divertida.

—Solo es Rafe.

—Es un caballero que no es mi esposo en mi alcoba, que está desordenada.

—No es una visita de cortesía.

En ese momento pidió él entrar. Encontró a la duquesa de Tremayne en una cama que no era la suya y a la de Neville descalza, sentada en una silla, sonrojada.

—Helena, me alegra verte. Estás preciosa.

—Estoy descalza —contestó con fastidio.

—Puedo volver en cinco minutos.

—Cuando recojas una piedra del jardín —le respondió su esposa, haciendo reír a la otra, al fin.

Ante el desconcierto del duque, que pareció querer irse, lo llamó.

—Entra y siéntate allí, Rafe.

Le señaló un sillón al otro lado de la alcoba, alejado de la cama y de ella.

—¿En qué puedo ayudaros? —dijo cuando se acomodó.

Jimena se levantó y le sirvió una taza de té y una porción generosa de rosca utrera. Rafe sonrió al ver el dulce y le dio un mordisco, goloso.

—¿Sabes por qué me casé contigo, cariño? —comenzó, sin ambages.

Iba a inquirir a qué venía aquello, pero dado que la familia se había trasladado a Donwell como consecuencia de qué impulsó a Marcus a contraer nupcias, se tragó la pregunta y respondió.

—Para salvarme la vida.

—¿Y si no hubiera sido así? —siguió Helena por la otra.

Miró a su cuñada, extrañado.

—¿Qué otra razón podría haber tenido Jimena para venir a buscarme a los corredores de palacio aquella noche, diciendo a quien quisiera escucharla que era mi amante y había pasado varias horas conmigo a solas?

—¿Y si hubiera sido para matarte, en vez de eso? —insistió la duquesa de Neville.

—¡Qué dramática eres, yo nunca dije que fuera ese el motivo! —protestó la española, y se volvió a su marido de nuevo—. Aquella noche solo dos personas podían registrar el buró de José I.

Rafe sacó sus propias conclusiones.

—¿Me confundiste con Tánatos?

—Era una posibilidad.

El duque se pasó una mano por la mandíbula.

—Te arriesgaste demasiado, Jimena. Si era él, tenías una oportunidad magnífica de atrapar al mejor espía de Napoleón, aunque también podría haberte matado él a ti en cuanto os quedarais a solas y haber huido. Y si no era el caso, como ocurrió, pudiste atarte a alguien ruin...

—Me vi atada a un inglés de por vida.

La sonrisa que se intercambiaron fue deslumbrante.

—¿Qué? Un momentito —los devolvió a la realidad Helena—. ¿La estás regañando por casarse contigo?, ¿por salvarte la vida? ¿No has escuchado? No lo hizo en un acto de bondad.

—Lo hizo. Sucedió. Por las razones que fueran ocurrió y nos casamos. Ni siquiera creyó que

su mentira nos avocaría al matrimonio, esperaba una reprimenda, nada más.

—¿Y no te importa?

—Helena, me hubiera encantado conocer a mi esposa en otras circunstancias. Me gustaría pensar que si la hubiera visto en un salón repleto de debutantes hubiera sabido que tenía que ser ella. La habría cortejado y nos habríamos enamorado, habría habido bailes y paseos en coche. Pero no fue así, no pudo ser así.

—Vosotros estabais en la Península, inmersos en una guerra.

—Hubiera visitado España de todas formas en mi *grand tour* y nos hubiéramos conocido en la corte del rey Fernando. Estaba escrito.

Sintió envidia al saberlos convencidos de que su destino era estar juntos.

—No puedo justificar lo que hizo mi hermano como no puedo justificar que mi esposa me eligiera para, en el caso de que yo hubiera sido Tánatos, poder torturarme y dejarme en manos de Belmore después.

—Lo que Neville hizo...

—Pero agradezco que lo hiciera. Y si no hubiera sido Marcus, tu padrastro te hubiera vendido a otro hombre, y aunque no te guste escucharlo, es cierto. Tal vez hubiera sido un buen esposo o tal vez no.

—¿Pretendes que le dé las gracias por haberme...?

—En absoluto.

Por primera vez escuchó el tono duro, seco, de su cuñado, uno en el que nunca se había dirigido a ella.

—Mi hermano es un actor en esta obra, tal vez no el principal, creo que ese dudoso honor recae en tu padrastro, pero debe hacerse responsable de lo que hizo. Lo que trato de decirte —su voz se suavizó— es que las cosas fueron así, es un hecho, y te casaron con él. Pudo ocurrir que no se diera aquella partida de cartas, que él acudiera a los salones de Londres a buscar esposa aquella temporada en la que tú debutabas, que os conocierais y que supiera que tenías que ser tú. O tal vez no, tal vez os hubierais fijado en otras parejas, ¿quién sabe? Pero lo que pasó fue que Maine apostó treinta mil libras que no tenía y te utilizó como moneda de cambio por la deuda, y mi hermano creyó solucionar muchos problemas propios y alguno tuyo si aceptaba. Y así comenzó vuestra historia.

—Es un principio horrible —susurró ella.

—Lo es. Uno del que mi hermano debe avergonzarse. Pero lo que intento decirte es que ya no puede cambiarse, y que lo que descubrí con Jimena es que el matrimonio no se mide por cómo empieza sino por cómo acaba. Por lo que construyes con el tiempo.

Después de un denso silencio, contestó:

—No sé qué quiero construir ahora que sé qué ocurrió.

—Sabes que mi hermano se ha enamorado de ti, ¿verdad?

Sí, claro que lo sabía. Que Rafe se lo refrendara era un alivio, en aquella semana había dudado

cien veces de su propio criterio, de su intención, temerosa de querer engañarse, de buscar la indulgencia para su marido.

—Sé que eso no hace que me duela menos.

Sin decir nada, el duque de Tremayne se levantó, tomó a su cuñada en brazos, se sentó donde ella estaba y la acomodó sobre su regazo, abrazándola. Tras unos segundos de rigidez, Helena se apoyó en él y comenzó a sollozar hasta que dejó escapar el llanto y lloró hasta que no le quedaron lágrimas.

Capítulo 24

¿Qué sentido tenía ser duque si un hombre no podía hacer lo que le viniera en gana? Llevaba diez años cumpliendo con las expectativas que los demás habían puesto en él. Había llegado el momento de ser feliz, aunque eso supusiera romper algunas reglas. Aquella temporada se había dedicado en cierto modo a cortejar a su esposa para el pasmo de sus pares, levantando habladurías en todos los salones de la ciudad. Tenía la sensación de que desde ese momento los comentarios iban a generarse en las cocinas de Donwell, mas no le importaba; no, si conseguía que Helena regresara a su vida. Y a su cama también, no le importaba el orden.

Sabía que no le esperaba hasta que no terminara la temporada, en ocho semanas, pero una sola le había bastado para saber que no quería estar en Londres sin ella. Había dejado a su hombre de confianza para temas políticos en la capital, alerta a cualquier asunto de importancia, y regresaba a la finca.

Antes de hacerlo, escribió a Rafe y le pidió espacio. Necesitaba intimidad con su esposa para poder aclarar lo que ocurrió años atrás y convencerla de continuar su matrimonio donde lo habían dejado: justo a punto de declararle su amor.

La siguiente semana, tras su resolución de dejar la ciudad, la dedicó a buscar un lugar para los Tremayne. Encontró una casa no demasiado grande pero cerca de la finca para que no necesitaran desplazar a la yeguada. Jimena insistió en llevarse a Angela y Beatrice con ellos, afirmó haber hablado con las jóvenes y que estas habían aceptado, de hecho. Argüía que una variación sería buena para ellas también, que las ayudaría a madurar. Aunque no estaba convencido de que fuera positivo, no vio ningún daño en aquel traslado para sus hermanas y sí, en cambio, una situación más propicia para sus intenciones, así que agradeció la oferta y aceptó.

Volvía esa tarde, por tanto, a Donwell, con un único propósito: conquistar a Helena. En los cuentos el príncipe buscaba su princesa, un rey no era nadie sin su reina, y él se había descubierto un duque perdido sin su duquesa.

Para cuando llegara, sus hermanos ya no estarían en la finca y ella sabría por qué. ¿Le aguardaría para cenar? ¿Qué le cabía esperar después de cómo se separaron?

Maldito fuera Belmore. Lo había visitado tres días después, cuando había estado seguro de que no llegarían a las manos y de que solo hablarían del vizconde de Maine y de nada más. Necesitaba asegurarse de que aquel feo asunto terminaba allí. Nadie más sabría de aquello y sus

hermanas no se verían salpicadas por su sed de venganza. El marqués le dio su palabra de caballero y, aunque no sabía bien cómo, le creyó.

Hubo una época, durante los días que pasó con ellos, en que aquel irlandés le gustó de verdad. Quiso que se quedara más tiempo en Sussex con su familia, pero al parecer Wellington lo reclamó en el norte, o ese fue su pretexto para abandonar de manera precipitada la finca. Lamentó, incluso, que Angela y Beatrice fueran tan jóvenes. ¡Qué estúpido había sido!

Se frenó en ese instante el carruaje, deteniendo sus pensamientos. Un criado abrió la puerta del vehículo y el mayordomo lo esperaba para recibirlo.

—Bienvenido a casa, milord.

—Cunnigham.

Intentó que su voz no denotara el fastidio que sentía. Aquel hombre iba donde lo hacía su esposa, dejándolo a él con un sustituto cada vez.

Subió las escaleras y dejó que su valet, que viajaba en el coche que venía justo detrás, se encargara de su equipaje. La señora Bates le esperaba en el enorme recibidor de la casa.

—Milord —lo saludó con una reverencia—, cenaremos en menos de treinta minutos si no tenéis inconveniente.

—¿Le parece bien a la duquesa?

—Milady ya ha cenado —le respondió sin inflexiones en la voz y sin mirarle a los ojos, demostrando que sabía a la perfección del distanciamiento entre ellos—. No se encuentra bien y pidió una bandeja en sus aposentos hace menos de una hora.

—Confío en que no sea nada grave.

—Esperemos que no. —Sonrió apenas el ama de llaves, pidiendo permiso para retirarse.

Contrariado, se quedó inmóvil unos segundos frente a la enorme escalera, sin saber adónde dirigirse. Debía cambiarse para la cena, pero si iba a tomarla en soledad no le veía ningún sentido a hacerlo. Aunque el viaje había sido largo y deseaba refrescarse. Así que subió a su alcoba y esperó hasta que llegó el equipaje y le ayudaron a vestirse.

Solo cuando sonó el gong fue al comedor con la vana esperanza de encontrársela allí, como había hecho desde que se casaran aunque se encontrara mal, anteponiendo sus necesidades a las propias.

Helena no bajó, confirmando que su matrimonio ya no era el mismo. Desde hacía unos meses era real en lo bueno y en lo malo. Y eran pésimos tiempos para Marcus Knightley. Y lo que era peor, sospechaba que también lo eran para ella, y tenía que encontrar el modo de redimirse y hacerla feliz.

***

El reloj había dado las tres, lo que significaba que llevaba más de una hora allí, pues había escuchado tañer también dos campanadas. Tenía que marcharse, lo sabía, pero era incapaz de

moverse, sus pies estaban anclados al suelo tanto como sus ojos a la cama. Había azuzado ya un par de veces el fuego para poder ver mejor su silueta. Despierta o dormida, era preciosa. Y olía tan bien... Se había aproximado a ella —en eso sus piernas sí habían sido obedientes— y había acercado la nariz a su pelo primero y a su cuello después. Dormía con placidez, su conciencia no cargaba el peso de una relación rota.

Se había apartado por temor a despertarla y se había sentado en el sillón de enfrente y, desde entonces, no había dejado de observar su melena, que la luz del fuego lamía confiriéndole unos tonos más rojizos; sus manos, que asomaban por encima de la colcha, y de imaginar sus pequeños pies bajo las sábanas.

El deseo de acostarse junto a ella, aun encima de las mantas, sin tocarla, era casi irrefrenable. Casi. No iba a imponerle su voluntad por más que lo deseara.

Se pasó la mano por el cabello: tenía que irse, se repitió. Si no dormía, al día siguiente se despertaría más tarde que ella y no la vería durante el desayuno. No quería ser un sabueso persiguiendo a su presa y que le recriminara acosarla, que era lo que estaba haciendo en ese momento.

Con pesar se puso en pie, se acercó a la cama una última vez y depositó la rosa que portaba en la almohada, al lado de su cabeza, le besó el cabello y se marchó sin decir nada. Si lo hacía, podía ser cualquier cosa: una declaración, una disculpa... y lo que fuera, quería que lo escuchara.

Se dirigió a la puerta lateral sin mirar atrás, de otro modo no ser iría nunca.

Se quedó ella con una rosa blanca de tallo largo por compañía. Tiempo atrás le dejó una rosa roja, una noche en que le costó subir a hacerle el amor y, para cuando llegó, Helena ya dormía. Quiso que supiera que había estado a su lado, abrazándola, a pesar de no poder hacerla suya.

Esa noche quería que supiera que también había estado cerca, aunque tampoco hubiera podido tenerla. La rosa blanca significaba mucho más que pasión: simbolizaba lealtad, sinceridad y amor eterno.

Todo lo que quería de ella.

***

A la mañana siguiente la duquesa despertó temprano. La noche anterior se acostó pronto, convencida de que sería incapaz de dormir dado lo que estaba por venir. Cuando Rafe le dijo, cuatro días antes, que toda la familia se marchaba a una casa cercana y que Marcus regresaría se sintió traicionada por todos ellos. Después llegó la ofensa, ¿por qué él no respetaba su decisión de apartarse? En algún momento, no obstante, amagó la vanidad de saber que venía a buscarla, de que había organizado un traslado para el resto con el fin de poder estar a solas. Se apartaba incluso del Parlamento y de sus obligaciones con Inglaterra por ella.

Dejaba patente que era importante en su vida, lo más importante.

Había recordado cómo, durante la temporada, había ignorado a las matronas y había bailado

con ella cuantas veces había querido, las cenas compartidas en público pero también la intimidad cuando nadie podía verlos: las bromas sobre las apuestas del club —cumplió su promesa e hizo un envite absurdo en su nombre, aun en secreto—, los cotilleos compartidos que una mujer no debía conocer, las explicaciones sobre el funcionamiento de las Cámaras y las charlas respecto de las intenciones del regente para conseguir un aumento de asignación y la cuantía exacta de sus deudas.

También en el dormitorio la relación se había afianzado a otro nivel. Era mucho más que sexo, era amor. Aunque fuera más intenso, había una ternura en el acto que no existió al principio.

No obstante, lo que regresaba a su cabeza con más frecuencia era lo que escuchó aquella última noche: su sentida confesión a Rafe y Jimena cuando no sabía que ella escuchaba.

No fue que declarara que no podía vivir sin ella, que sin duda caldeó su pecho y templó su enfado. Tampoco que confesara su culpa sin ambages ni excusas, explicando qué ocurrió y afrontando su responsabilidad.

Lo que le dolía era saber que había sufrido tanto como ella la llegada de sus cuñados a sus vidas. Que, como le ocurriera a Helena, ver que los duques de Tremayne tenían todo lo que habían logrado los Neville —riqueza, un prestigio social merecido y un matrimonio ejemplar; que eran a la imagen del *belle monde* iguales a ellos y, sin embargo, Rafe y Jimena eran felices— había desequilibrado a Marcus y le hacía tanto daño como a ella.

Porque también la duquesa lo sentía injusto, aunque no les deseara ningún mal. Porque pensaba que, de algún modo, sus cuñados habían hecho trampas. Porque, en fin, se sabía estafada y sabía que solo su esposo podía entenderla sin juzgarla porque se hallaba en la misma situación.

Eran dos caras de la misma moneda: si a ella la habían obligado a casarse, a él lo habían impulsado a hacerlo. La diferencia era que él tuvo opción y ella no. Si se lo hubiera contado, si le hubiera confiado la verdad, se lo hubiera perdonado. Así...

¿Por qué no pudo contarle la realidad de su decisión en algún momento? Sobre su matrimonio, sobre sus inicios y el peso que sentía, sobre el alivio que ella le supuso y sobre el vuelco que el matrimonio de Rafe significó. Hubiera sido más llevadero compartir aquellas cargas juntos, se hubieran hecho más livianas y hubieran descubierto, además, que tenían sensaciones parecidas al respecto. Tal vez no se hubieran enamorado, pero al menos habrían sido amigos desde el principio y ¿quién sabía?, quizá con el tiempo sus sentimientos se hubieran estrechado. ¿Y por qué existían secretos entre ellos todavía, después de todo lo que habían avanzado aquellas semanas? ¿Acaso el amor no significaba nada?

Inquieta, dio media vuelta en la cama y entonces la vio: había una rosa en su almohada. Suspiró antes de poder refrenarse y sonrió con ilusión. La noche anterior había ido a verla. A pesar de que ella había decidido evitarlo, él la había buscado. Olió la flor y besó sus pétalos con cariño, incluso, imaginando que eran los labios de su esposo.

—Marcus —susurró con la voz cargada de pasión.

Se quedó un ratito más entre las sábanas, haciéndose la remolona, imaginándolo en su

dormitorio, mirándola, quién sabía si acariciándola o deseando hacerlo. Cuando Rose entró se sorprendió de encontrarla todavía acostada.

—¿Os encontráis mal, milady? ¿Preferís que os suba el desayuno aquí?

—No, no —se apresuró a responder—. Buenos días. Consigue un búcaro pequeño para una flor de tallo largo y busca un vestido de mañana alegre. Bajaré al comedor.

No preguntaría por él, desde luego, no era de recibo.

—Milord todavía no se ha levantado. Tal vez, como vos anoche, haya sufrido de una indisposición inesperada.

Sonrió para sus adentros. ¿Se habría dormido? ¿Estuvo hasta tan tarde en los aposentos de ella como para no despertarse esa mañana, un hecho excepcional en el duque de Neville?

—Tal vez el viaje lo enfermara, o tal vez no. En cualquier caso, yo hoy me encuentro mucho mejor e iré a la sala de los refrigerios en cuanto esté preparada.

—De acuerdo, milady.

Una hora más tarde le servían una segunda taza de té sentada en la mesa larga y vacía, hecho insólito, mientras hojeaba el diario con calma, intentando eternizar su lectura. Cuando llegó a la última página del periódico se puso en pie, resignada, y pidió que le ensillaran a su yegua. Pasaría el resto de la mañana cabalgando, así al menos no parecería una debutante en su primera temporada, esperando coincidir con sus pretendientes en cada baile.

Capítulo 25

No fue hasta el almuerzo que coincidieron. Marcus la esperaba ya en el comedor y, a pesar del temor a un rechazo, se levantó a recibirla y le besó la mejilla. Helena no se apartó, pero no respondió al gesto. Se sentó en su lado de la mesa, más cohibida que enfadada, con la firme decisión de ignorarlo.

Cuando él pidió que los dejaran solos y los lacayos salieron, lo miró con ironía.

—Si los hermanos Knightley seguís desalojando al servicio en cada comida, hablaré con la señora Bates y despediré a la mitad de los camareros de la casa.

—Solo deseo tener una conversación privada contigo.

Miró la mesa con intención.

—¿Vas a ocuparte tú?

El duque se dio cuenta de que su esposa hablaba en serio y que no tenía intención de abrir las fuentes y llenar los platos de ambos. Aceptando el reto —¡qué remedio!— le pidió su cuenco y le ofreció consomé. Lo sirvió con un cucharón, derramando el caldo por el pulcro mantel al tiempo que llenaba el pequeño recipiente. Se lo tendió al terminar e hizo lo propio con el suyo.

Lo tomaron en silencio, lo que molestó a Neville, que esperaba una conversación educada sobre la ciudad, al menos. Cuando acabó, comenzó a destapar bandejas y a recitar su contenido.

—Trucha en papillote, gracias —lo interrumpió.

Prefería venado y se lo pediría después, pero quería verlo «pescar» la trucha al horno de la bandeja. Apostó consigo misma a que se le rompía en, al menos, tres trozos. Erró y fueron cuatro, más una palabrota y zanahorias, guisantes y cebolla aderezados con la mantequilla del papillote.

—¿No vas a preguntarme por Londres? —le dijo al fin, cuando su plato estuvo también lleno.

La duquesa no le respondió. Tomó el jarro de agua y se sirvió sin necesidad, su vaso estaba casi lleno.

—Helena —le insistió—, ¿no vas a preguntarme cómo siguen las cosas en la ciudad?

Resignada a que no se conformara con su silencio, alzó la vista.

—No.

—¿No? —repitió, incrédulo.

—Me importa bien poco cómo van las cosas por la capital.

—Querrás saber, al menos, que son muchas las damas que han mostrado interés por tu salud.

—Tampoco me place saber cuántas chismosas quieren conocer la verdadera razón por la que me fui.

Marcus se estaba enfadando.

—¿Y es para ti importante si los caballeros recuerdan o no a Angela, o tampoco deseas que te ilustre al respecto?

Ella lo miró con ojos helados, pero su voz lo fue más todavía.

—Cuidado, Neville.

En su mente se obligó a retroceder. Era ella quien tenía derecho a estar enfadada. Pero maldita fuera, se estaba mostrando inaccesible.

—La recuerdan, desde luego que lo hacen. Varios han venido a visitarme para asegurarse de que no ha habido ninguna petición de mano que la haya hecho retirarse de los salones.

—En realidad no fue una petición de matrimonio, sino una imposición. —Se puso rígido al escucharla—. Pero fue hace más de una década, así que no lograrían entenderlo si les dijeras que sí, que es eso lo que la ha alejado de los bailes, aunque no sea de manera directa.

—Nadie sabe nada al respecto.

—Belmore lo sabe —lo contradijo ella.

—Belmore es un malnacido.

—Dado que no fue él quien ganó a su mujer en una apuesta de naipes —le advirtió Helena sin molestarse en mirarlo, siquiera—, yo procuraría ser más cuidadoso en la elección de los atributos que califican a cada cual.

—¿Me estás llamando malnacido? Solo por estar seguro de en qué punto estamos.

—Te estoy diciendo que no fue Belmore quien me compró como esposa, sino quien me dijo que había sido vendida.

Soltó el cubierto, frustrado.

—Ojalá pudiera echar el tiempo atrás... —murmuró.

La duquesa no supo cómo interpretar aquel comentario. ¿Habría dicho que no a Maine? De ser así no se habrían casado. O tal vez sí. Según Rafe había matrimonios que estaban escritos y, de un modo u otro, sucedían. O a lo mejor se refería a que se lo hubiera confesado él. Pero ¿lo hubiera hecho solo porque ella iba a enterarse de manera indefectible? Porque en ese caso lo que le hubiera impulsado a sincerarse hubiera sido evitar ser sorprendido en una mentira, y para ella no serviría de nada echar el tiempo atrás. La hubiera engatusado igual; sería, eso sí, una engañada feliz.

—¿Para qué? —se atrevió a inquirirle.

—¿Qué quieres decir?

—¿Para qué hubieras deseado echar el tiempo atrás?

Lo pensó con detenimiento.

—Esa, me temo, es una pregunta con trampa. Conteste lo que conteste, estará mal.

—Lo que has hecho ya está mal. Dudo que puedas empeorarlo.

—¿Podría mejorarlo?

—Neville —se exasperó—, no hay respuestas correctas o erróneas, solo verdaderas o falsas. ¿Por qué no pruebas con la honestidad? Ha habido poco de eso en nuestro matrimonio.

—Si pudiera echar el tiempo atrás... —comenzó, para callar, sin saber qué decir. Al parecer no se lo había planteado hasta ese momento, no de verdad.

Mientras, ella aprovechó para retirar el pescado y servir un poco de venado con orégano, tomillo, setas y puré de patata, aromatizado con mostaza de Dijon. La cocinera se había superado.

—Gracias —le sonrió Marcus al extenderle ella el plato—, huele delicioso.

—Sí, y la carne también tiene una pinta excelente.

Era una oportunidad para cambiar de tema, pero no lo haría. Quién sabía si tendría otra de abordar el asunto de forma abierta y tranquila, o si Helena se cerraría en banda como había hecho al principio de la comida.

—Si deseas honestidad, la respuesta más sincera que puedo darte es que no sé qué habría hecho de tener la posibilidad de retroceder en el tiempo. Y que es probable que lo que escuches no te guste, porque no me hubiera negado un matrimonio contigo.

Helena soltó el cubierto y lo miró sorprendida.

—Vaya.

Al menos sabía que lo que fuera a decirle no sería para regalarle los oídos.

—Aborrezco las circunstancias que impulsaron nuestro matrimonio. Más que aborrecerlas, en realidad me avergüenzo de ellas. Me aproveché de tu situación de una forma deleznable. Podría haber cobrado la deuda de tu padrastro de otro modo, podría haberme asegurado de que la responsabilidad del pago no cayera sobre ti haciendo un calendario de abonos que no lo ahogara o, en última instancia, podría haberla dado por pagada a ojos del resto para ahorrarle la humillación. Un hombre tan rastrero... y lamento referirme en tales términos al esposo de tu madre, Helena... Maine hubiera aceptado no saldar la deuda siempre que su honor no hubiera quedado en entredicho. No pensé nada de aquello entonces porque él me presionó, porque yo era joven y porque, no nos engañemos, un matrimonio rápido con una mujer de linaje impecable arreglaba una parte de mis problemas sin necesidad de buscarles yo una solución.

—Pudo salirte mal —murmuró ella.

—Lo sé. Y si el mundo fuera un lugar justo tú habrías sido una mujer fea y no una joven hermosa. Una arpía en lugar de una dama noble. Una mujer llena de vicios y no un ejemplo para su familia. Y una necia y no una dama responsable. Por eso es imposible arrepentirme de haberte encontrado. —Ella no sabía qué decir. A Marcus le hubiera encantado acercarse a ella y tomarle la mano, pero no quería presionarla—. Me diste, además, dos hijos sanos. ¿Qué más podía pedir un hombre en mi posición?

—Renunciaste al amor, Neville. Y al placer, también.

—¿Lo hice? —Su duquesa seguía sin mirarle—. ¿Lo hice, Helena? —No volvió a inquirir ante su falta de respuesta—. Y si fue así, solo puedo culparme a mí mismo por ello. Tal vez al final la vida sí tuvo un reconocimiento a mi continuada estupidez y me castigó, impidiéndome conocerte mejor. En mi ignorancia te envié lejos y no exploré nuestro matrimonio, negándome lo que, según he descubierto diez años después, fue la peor de las renuncias.

—No se puede desear lo que no se conoce.

—Quizá, pero te lo negué a ti también. Una vez más decidí por ti sin consultarte.

¿Por qué se sentaba allí, frente a ella, y le decía lo que debía decirle, palabra por palabra? ¿Por qué no se justificaba, o le sermoneaba que las mujeres eran solo eso, esposas y madres? ¿Por qué no le increpaba que la afortunada había sido ella al encontrar un esposo como él? Eso era lo que decían los hombres, lo que pensaban todos ellos.

La rabia ardería en su pecho y la discusión alcanzaría un nivel épico. Le insultaría, le gritaría cuánto lo odiaba y, con seguridad, cualquier posibilidad de reconciliación moriría ese día.

¿Por qué tenía que mostrarse razonable? Peor, ¿por qué tenía que entenderla?

—¿Me hubieras contado la verdad en algún momento? —quiso saber.

Le vio agachar la cabeza y reconocer su derrota.

—No, creo que no lo hubiera hecho.

¿Y por qué no le mentía? ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Odiarle por pretender mentirle el resto de su matrimonio? ¿Odiarle por no mentirle en ese momento?

—Todo esto llega demasiado pronto. Necesitaba esas diez semanas —se lamentó.

—¿Crees que para entonces hubieras tenido las ideas más claras?, ¿los sentimientos bajo control?

Lo miró con tristeza.

—No —le confesó.

—Tampoco yo. No soportaba seguir alejado de ti. Y aunque estando aquí tampoco pueda estar contigo, necesitaba sentirte cerca.

No le confesaría que también lo había echado de menos. No estaba preparada para reconocérselo. Se puso en pie.

—Creo que hay torrijas en algún sitio. —Y levantó varias tapas hasta dar con ellas. El olor a canela le recordó a su cuñada y la relajó—. ¿Quieres?

—Ponme un par, por favor. ¿Te sirvo un poco de vino dulce?

Asintió y comieron el postre en silencio, sin más que decir. Cuando no quedó una miga en el plato la duquesa se levantó, decidida a marcharse sin despedirse, siquiera. Después de la intensidad de la conversación que habían mantenido, un frívolo «buenas tardes» lo veía fuera de lugar. Llegó hasta la puerta, pero los dedos no quisieron tirar de la manecilla. Diez, quince segundos estuvo allí, de espaldas a la mesa, con la mano en el pomo, incapaz de girarlo para salir. Vencida, volvió a la mesa y se sentó frente a él.

—Necesito estar segura de que no me he casado con un hombre que considera a las mujeres

mercancías. Que cree que puede comprarlas y venderlas a su antojo y conveniencia. Que si hubiéramos tenido una hija no la hubieras entregado al mejor postor, al más conveniente para el ducado o, en caso de penurias económicas o problemas de otro tipo, al más beneficioso para solucionarlas.

La ofensa cruzó su rostro, pero a Helena no le importó. Era lo que sentía que había hecho con ella: comprarla a conveniencia. A ellos les había salido bien, pero pudo ser fatal.

—¿Crees que haría algo así con mis hermanas?

—No lo sé.

—Angela pudo... —calló, abrupto.

—¿Qué pudo Angie, Neville? —presionó con voz suave pero firme—. ¿Qué ocurrió entre ella y lord Ryan Kavanagh aquella noche?

—¿Qué sabes tú de Belmore? ¿Qué te contó ese desgraciado?

—No necesitó contarme nada. Ni tampoco ella. La noche que los vi juntos por primera vez la situación habló por sí sola. Jimena también lo intuyó.

Se levantó de la mesa y volvió a sentarse, impotente.

—Helena, no es mi secreto.

—¿Tampoco era mi secreto tu apuesta con mi padrastro?

—¿Me estás diciendo que te cuente aquella noche porque no te conté lo de la partida de naipes? Una mano no lava la otra y nada tienes que ver con esto. ¿O me perdonarás, acaso? —le espetó.

No había esperanza en su voz, solo el enfado de quien se siente chantajeado.

Ella no se disculpó, mas no se amedrentó. Podía entender su punto de vista, pero estaba harta de aquel asunto.

—Estoy cansada de tanto secretismo, y de que seas tú quién decide qué puedo y qué no puedo saber. Estoy hastiada de que seáis los hermanos Knightley quienes dominéis la información, y vuestras esposas, quienes debamos asentir y creer a pies juntillas lo que nos digáis. Aburrida de ser, al parecer, un miembro de segunda para saber de tus hermanas, pero la actriz principal a la hora de responsabilizarme de ellas. —Tiró la silla hacia atrás y le dio una patada, como le había visto hacer a él en alguna ocasión—. Olvida lo dicho, Neville. Olvida toda la maldita conversación.

No llegó a la puerta, la interceptó mucho antes y la cogió por la muñeca, sin apretar.

—Lo siento. Lo siento, lo siento, lo siento.

En diez años era la primera vez que se disculpaba con ella. Aprovechó él su estupefacción para llevarla a otra silla, a su lado.

—Neville...

—El irlandés apareció por sorpresa en Donwell Abbey y sin ningún motivo real para visitarnos...

—Vino por orden del duque de Wellington a conocer a la familia política de su hija. Según el

informe que recibiera de Ryan, pediría la anulación del matrimonio o un ducado para tu hermano.

Alzó las cejas, sorprendido, pero continuó, sin preguntar de dónde había obtenido una información tan precisa.

—El anterior marqués de Belmore había heredado sus propiedades sin cargas... sin hipotecas ni préstamos, quiero decir. Tenía una fortuna discreta, pero sus tierras eran prósperas y vivían con comodidades. No era un hombre de grandes pretensiones, aunque sí quería que su hijo se educara en Inglaterra: Eton y Oxford. Pero Ryan abrazó pronto la vida castrense de la mano de su padrino, Wellington. Aprovechando la ausencia de este de la finca familiar, su padre, un hombre conocedor de sus tierras, pero poco avezado en la modernidad, fue estafado por el hijo de un baronet de la nobleza rural, un conocido de la vecindad, alguien de confianza. El marqués tuvo que hipotecar todo lo que no estaba adscrito al título; le vendió incluso a aquel indeseable algunas de sus propiedades y le firmó pagarés por sumas muy importantes.

—¿Lo... arruinó? —Había compasión en el tono de la duquesa.

—Y lo dejó sin posibilidad de recuperarse. Lo devastó. Las causas de la muerte del marqués nunca se hicieron públicas, pero...

—¿Se suicidó? —preguntó temblorosa, tapándose la boca con las manos.

—No, no fue así. El padre de Belmore era un hombre de honor —le explicó, dando a entender de paso que Ryan no lo era—, así que se batió en duelo con el hombre que lo había estafado. No tenía ninguna posibilidad, aquel tipo era un tirador magnífico, y el lord, un hombre mayor al que le fallaba la vista. De haber sido un caballero, uno de verdad, el hijo del baronet se hubiera negado. Así, aceptó y, además, disparó a dar. La mala suerte quiso que la bala, en un hombro, se infectara, provocara una sepsis, y el marqués falleciera un par de semanas después.

—¡Qué tragedia!

—Sí lo fue —reconoció.

—¿Y cómo casa esa historia con vuestro enfrentamiento?

Marcus supo que no había una forma suave de explicar lo ocurrido.

—Supongo que Belmore había oído hablar de la dote de Angela. Nadie conoce el importe, ni siquiera ella, pero ese condenado irlandés parece saberlo todo. Sedujo a Angela, que tenía quince años entonces, y huyeron juntos.

Helena saltó de la silla, escandalizada.

—¡No te creo! —Al ver que no recibía respuesta, volvió a sentarse, desolada—. Apenas pasaron tiempo juntos...

—No que nosotros sepamos.

—Piénsalo, estuvo siempre con vosotros; y ella conmigo.

—¿Quién sabe si cuando nos retirábamos, en la noche...?

—Neville: tu hermana es una joven inocente. Lo sigue siendo.

Quiso creerla.

—Tal vez... tal vez él la respetara —le concedió—. Pero la encontramos oculta en su carruaje, camino de Escocia.

—¿Cómo lo supisteis tan pronto? ¿Dejó una nota?

Negó con un gesto.

—Aquella noche, tres años atrás, Rafe escuchó llorar a Beatrice como cuando era niña y tenía pesadillas, ¿lo recuerdas? Las tuvo hasta que cumplió casi diez años. Entró a consolarla y la encontró vestida todavía. No tardó ni dos minutos en confesar que Angie había huido.

Sin saber qué decir, cómo justificar toda aquella locura, prefirió callar un rato. Solo quiso confirmar el final de la historia.

—Así que los encontrasteis.

—Rafe sabía que el general lo había convocado a una reunión urgente en Edimburgo, así que, esperando que fuera cierto, tomamos la carretera del norte. Aún no habían llegado a Londres cuando dimos con ellos, nosotros viajábamos a caballo. El muy desgraciado no dejó de negarlo y ofenderse hasta que abrimos el asiento.

—¿Qué hizo entonces?

—Nos pidió despedirse de ella. Se lo permitimos por Angela, porque estaba destrozada. Le dio un beso en la frente, le dijo que todo saldría bien, que él se hacía responsable de lo ocurrido... ¡el muy cínico! ¿te lo puedes creer?... y le pidió que se fuera sin mirar atrás y se olvidara de aquella noche y de su nombre para siempre.

—Y entonces le disteis una paliza de muerte —dijo ella.

—No fue tanto. Fue lo bastante caballero para no defenderse, siquiera. Su cochero nos detuvo de dos disparos al aire. Pero salió bastante malparado, sí.

Después de otro silencio, Helena afirmó, más para sí que para él.

—Hizo lo que necesitaba para su título.

—¿Estás insinuando que sus hechos y los míos son equiparables? —saltó el duque.

—En absoluto.

Se levantó Marcus, nervioso, y comenzó a deambular por la sala.

—Lo que quiero decirte es que aquella noche pudo forzar un matrimonio, Rafe y yo pudimos hacerlo. Era un marqués y Angela merecía un castigo. Lo más sencillo era casarla y evitar que, si Belmore contaba lo sucedido, quedara arruinada y arrastrara también a Beatrice en su desgracia. Ambas hubieran sido repudiadas y ninguna hubiera podido hacer un buen casamiento, cualquiera que hubiera sido su dote. Pudimos encerrarla o enviarla a Suiza un par de años. Pudimos hacer muchas cosas, pero no hicimos nada. Decidimos enterrarlo y confiar en ella. —Volvió a la silla, a su lado, y se sentó—. No soy la clase de hombre que considera a las mujeres una mercancía o una molestia. Cuido de los míos, Helena, por Dios que lo hago. Y de las mujeres más todavía porque están indefensas. En tu caso me equivoqué, lo siento, y aunque pueda darte razones que a tus ojos me rediman más o menos, los hechos son esos y ya no puedo cambiarlos. Pero no soy como tu padrastro. No lo soy. —Su voz comenzaba a sonar desesperada, así que prefirió dejar de

hablar.

Lo justo en aquel momento hubiera sido decirle que lo sabía, que nada tenía que ver su comportamiento con el del esposo de su madre. Que lo había demostrado durante meses.

Era justo, incluso, agradecerle que le hubiera confiado el secreto de Angela, tan bien guardado, ahora entendía por qué.

Pero no deseaba ser justa. No merecía que lo fuera. O no todavía. No quería precipitarse en nada. Había llegado la noche anterior, ¿qué esperaba?, ¿una reconciliación rápida? El perdón se ganaba, y no pretendía ser rencorosa, pero él estaba lejos de conquistar el suyo.

Ahora bien, se dijo con cinismo, tenía que reconocer que el comienzo había sido magnífico.

—Ha sido una conversación muy intensa, Neville, y estoy exhausta. Creo que aún no me he recuperado del todo del malestar de ayer y que cenaré en mi alcoba esta noche. Nos vemos mañana.

Sin más, se fue. Esa vez sí, abrió la puerta sin titubear.

Aquella noche depositó otra rosa blanca en su cama y un beso en su frente. Se deleitó en su hermosa melena, desparramada en su almohada, y en la visión parcial de sus clavículas y la cremosa piel que su camisón dejaba ver.

Tal vez podría quedarse alguna vez hasta la madrugada sin que ella lo supiera y embeberse de la calidez de su cuerpo y de su olor a jazmines.

Más adelante, quizá. Porque ese día había quedado claro que serían muchas las rosas que tendría que cortar del jardín antes de poder obtener el permiso para dormir con ella.

Capítulo 26

Le había costado dormir, sentía la cabeza llena de pensamientos contradictorios, y se despertó más tarde de lo habitual. La habían educado para ser dócil, para entender el punto de vista de los demás, para conformarse y para anteponer los deseos de su esposo a los propios. Amaba a su madre, pero en aquel momento estaba enfadada con ella por haberla instruido en semejantes valores. ¿Quién se ponía en su lugar?, ¿quién prefería sus deseos a los de ella?, ¿quién cedía si era Helena quien sufría? Si ella amaba más a Marcus y Marcus se amaba más a sí mismo la balanza siempre se inclinaría del lado masculino, y no hacía falta ser muy lista para darse cuenta de que no era justo.

Era como montar a mujeriegas, las habían engañado haciéndoles creer que exigir ser respetadas o amadas era poco elegante, y de ese modo perdían siempre en las carreras, fuera cual fuera la competición o el premio.

¿Era una boba conformista al saberse una privilegiada por haberse casado con el duque de Neville? Había estado tan cerca de ser dichosa... había rozado la felicidad con la yema de los dedos para que una mentira se la arrebatara. ¿Exageraba? No, la base de su matrimonio era una falacia.

«No es cómo comienza, es cómo acaba, lo que construyes con el tiempo».

Sintió una lágrima resbalar por la mejilla. Se sentía tan infeliz... Atrás quedaban también los días de satisfacción, en los que todo iba más o menos bien.

La rosa blanca que descansaba en su almohada no la ayudó a entenderse mejor a sí misma. Pidió comer algo en su alcoba y bajó a los establos, deseosa de montar. Le habían confeccionado varios trajes elegantes en la ciudad a tal efecto, pero en la finca usaba pantalones, unos que le ajustaran, al igual que una camisa y unas botas hessianas de su talla; en Donwell montaba a horcajadas. Se cubría con un abrigo ancho y largo para que no la vieran y no solía quitárselo, pero cabalgar como los hombres era su nuevo placer descubierto y se negaba a renunciar a él.

Se acercó a su llano habitual y cabalgó a gran velocidad durante unos tres kilómetros hasta notar que la yegua disminuía el ritmo, extenuada. La frenó entonces, le acarició el cuello, felicitándola, y desmontó para pasear con ella hasta el riachuelo cercano. Bajaba bastante lleno así que pensó en dejarla beber, tumbarse al sol sobre su abrigo y descansar un poco. Otra de las maravillas españolas que Jimena le había enseñado era dar una pequeña cabezada antes de

comer.

Se relamió ante la idea de relajarse bajo el sol, tumbada sobre la hierba, escuchando correr el agua. Sería un momento de paz regalada en la que se prometía no pensar en nada. Se recostó, por tanto, sobre el enorme gabán y cerró los ojos, cubriéndose la cara con la gorra que llevaba para evitar que el sol le quemara la piel, y dejó la mente en blanco.

Caprichosas, algunas imágenes de Marcus bailando con ella cruzaron su mente, mas eran momentos felices que no le hacían ningún daño y dejó que la envolvieran mientras la seducía el sueño.

No supo qué la despertó, quizá la yegua, que relinchó inquieta. Abrió los ojos y lo encontró a unos metros, sentado, observándola. No se asustó, tal vez porque había soñado con él y a su cabeza, todavía embotada por las fantasías del dormir, le pareció natural encontrarlo a su lado. Ni siquiera se movió, se quedó tumbada, aparentando distensión.

—Neville —lo saludó.

—Bella Durmiente —respondió él

Había tanto cariño en sus palabras que, adormilada, tentada estuvo de pedirle que se acercara a ella.

—¿Llevas mucho tiempo ahí?

—¿Observándote? Unos veinte minutos.

—No sabía que ahora ejercieras la procrastinación.

—Podría hacerlo, si fueras tú su objeto.

Se incorporó.

—Adulador.

A punto estuvo él de replicar que era sincero, pero se contuvo. No quería dar pie a una discusión.

—Llevas pantalones.

—¿Algún problema?

—Me has llamado adulador: te agasajaba.

Sin quererlo, Helena se echó a reír.

—Dudo mucho que te guste que lleve pantalones.

—En eso te equivocas. Me encanta que los lleves, lo que no me gusta es que te vean con ellos.

—Uso abrigo cuando entro y salgo, y los mozos se han acostumbrado a que Jimena los utilice.

Se arrepintió en cuanto terminó. No tenía por qué justificarse.

—¿No hay una falda y una silla en algún lugar cercano, entonces?

Se cruzó de brazos, retadora.

—¿Te supone algún problema?

—Ya te he respondido a eso.

—Entonces ¿por qué insistes?

—Me he acercado a ver el cauce del río para venir a remar, pero tengo el caballo atado detrás

de ti. En realidad, voy a visitar a algunos arrendatarios del pueblo que hay al este de la finca, a una media hora de aquí al trote. Se me acaba de ocurrir que tal vez podrías venir y conocerlos. Acabo de darme cuenta de que eres la duquesa desde hace diez años y no conoces a ningún aparcero del condado.

No poder ir con él la decepcionó. Conocía los nombres de casi todas las familias que vivían en las tierras de los Knightley. Llevaba escuchado hablar de ellos desde que Marcus comenzara a compartir algunos detalles de ellos siete años atrás. Poco a poco había comenzado a desgranar los entresijos de Donwell con ella, de su funcionamiento y sus gentes. Helena quería saberlo todo de la herencia de sus hijos.

Y que su esposo la incluyera como parte de aquella herencia, del condado, le gustaba, la hacía sentir bien.

—Te esperan hoy, entiendo.

—Así es. Y si les digo que regresaré contigo en otro momento se verán obligados a preparar una bienvenida.

—¡No! —exclamó.

No quería que los habitantes de los alrededores se sintieran forzados a nada por su presencia.

—No obstante —continuó Marcus—, mañana acudiré a la zona norte. Quizá quieras venir.

—Me encantaría —respondió demasiado deprisa, sonrojándose. Lo último que deseaba era que se confundiera y creyera que era con él con quien quería pasar la mañana—. Me refiero...

—Lo sé.

Y aunque no quedaba más que decir y había dejado claro que tenía que irse, no se levantó sino que continuó mirándola, impávido.

—¿No te esperan? —le urgió, fastidiada.

—Creo que voy a mirarte un poco más, dado que es probable que no vuelva a verte hasta mañana. ¿A las nueve en los establos?

—De acuerdo. —El duque seguía sin levantarse—. ¡Neville! —lo amonestó—. ¿Acaso necesitas observarme con detenimiento para no olvidar mis rasgos?

A pesar de su supuesto enfado, hubo algo de coquetería en su voz.

—Créeme, Helena, conozco tu rostro de memoria; llevo dos semanas recordándolo a cada momento del día. Y también tu cuerpo: me persigue cada noche y no me deja dormir, pensando en acariciarte y en acariciarme con él —su tono se enronqueció—, hasta que mi miembro te echa tanto de menos como mi corazón y temo que uno vaya a estallarme en el pecho y el otro en la mano.

La duquesa ahogó una exclamación. Con una risa grave Marcus se levantó y se encaramó a su castrado.

—Hasta mañana.

—¿No te veré más hoy, pues?

Ella se encogió de hombros y no se comprometió a nada.

***

Al día siguiente bajó con su nueva rosa blanca prendida en el alegre vestido amarillo de montar. Tras un desayuno ligero —intuyeron que les ofrecerían algo de comer en cada pequeña granja que visitaran y prefirieron comer poco en la casa— salieron al trote hacia el norte en silenciosa camaradería.

Helena recordó paseos así en Londres, y con especial cariño el que hicieran hasta los Jardines de Kew, a diez kilómetros de la ciudad, para visitar el Real Jardín Botánico con la altísima pagoda china de nueve pisos y ochenta dragones dorados, o el invernadero. El enorme parque estaba lleno de grupos de jóvenes que se divertían a la vista, más o menos atenta, de sus carabinas. Algunas parejas se perdían detrás de algunos setos o árboles frondosos para su regocijo. Marcus y ella habían paseado también por los senderos y en algunos momentos él la había cogido de la mano, acariciándole la muñeca con disimulo. En el invernáculo se había atrevido a besarla, incluso, creyendo que nadie los vería. Para su horror, habían sido descubiertos por un par de jóvenes estudiantes. Habían causado la hilaridad de estos, que le habían hecho una reverencia a modo de saludo y habían anotado algo al respecto de la planta frente a ellos, como si nada.

—Estás muy seria —interrumpió su marido sus pensamientos—. ¿Te arrepientes de haber venido?

—¿Qué? No, no, en absoluto. Estaba muy lejos, eso es todo. Me gusta estar aquí —le aseguró con una sonrisa—. Hace años que hubiera querido venir.

La miró con fijeza, rebajando el ritmo de su caballo. La yegua lo imitó.

—Quizá pudiste pedírmelo.

—O tú ofrecérmelo.

—Nunca pensé que querrías saber más de la finca.

—¿Y por qué vengo ahora? —Por respuesta, él detuvo a su montura; de nuevo, la suya, traidora, hizo lo mismo que el macho—. No —le pidió—, no hablemos de eso.

—Helena...

—De veras que no quiero discutir.

Y azuzó las riendas. Marcus la siguió y continuaron el camino, callados.

Al llegar a la villa, no obstante, todo cambió. El duque presentó a su duquesa con orgullo. La ayudó a bajar de la silla y ella se vio pronto rodeada de mujeres que se acercaron a saludar a la señora. Separados, aunque no alejados, ella pudo ver cómo su marido parecía otro hombre, uno menos rígido y más cercano, rodeado de los hombres del pueblo, que lo llevaban al nuevo molino. A ella la acompañaban las mujeres, esposas, solteras y viudas.

Les propuso desviarse hacia la iglesia y departir cerca de allí, en el porche o el cementerio que solía haber en todas las parroquias, donde pudieran sentarse a disfrutar del sol que el clima les había regalado. Escuchó a unas y otras hablarles de sus maridos, del trabajo que llevaban a cabo,

de sus hijos, de lo que hacían las viudas... oyó las críticas a la soltera de turno y a la prostituta del pueblo, creyó entrever la competición de algunas madres por la belleza de sus hijas... Y al final paseó un rato con la mujer del sacerdote, quien resultó ser una dama joven y piadosa que le habló de la situación de algunas de las familias del vecindario.

Marcus fue a buscarla a la hora de comer para acompañarla a la casa del mayor granjero de la comarca, que había insistido en compartir su mesa con ellos. Su esposa se disculpó varias veces por lo humilde de la casa y la sencillez de las viandas.

Helena recordó que su madre acudía una vez al mes al pueblo cuando vivía con su padre, y pidió un delantal a la señora del hogar y la ayudó a servir. Los hombres hablaron de la cosecha que se esperaba en septiembre, ella prefirió escuchar a su anfitriona, que había tenido a su segunda hija seis meses antes. Era una bebé bastante inquieta que, no supo cómo, terminó en sus brazos y haciéndose carantoñas la una a la otra.

El día acabó demasiado pronto para ella.

A medio camino Marcus preguntó por la niña pequeña.

—Parecía muy a gusto en tu regazo —le dijo después de que ella le contara lo que sabía del bebé—. ¿Alguna vez quisiste tener más hijos?

Se sintió un inepto en cuanto pronunció aquella frase. No era una conversación para tener mientras cabalgaban. Se estaba maldiciendo a sí mismo por su torpeza, convencido de que solo recibiría silencio, cuando ella contestó. Tal vez sí, reflexionó, era un buen momento para hablarlo, cuando no podían mirarse con intensidad, cuando tenía que ser por necesidad una charla ligera y no una penetrante que diera pie a reproches.

—Nunca lo pensé. Teníamos a los dos herederos, nunca regresaste a mi alcoba y no supe qué esperar.

—Tal vez el problema de todo este matrimonio no fue que no supiéramos qué esperar el uno del otro, sino que nunca esperamos nada.

Tras unos segundos de silencio, la duquesa le concedió eso.

—Tal vez.

Al parecer iba a ser una conversación en la que las frases caerían gota a gota. Pero era preferible madurar bien qué decir a soltar una diatriba, enfadados.

—¿Crees que fuimos poco ambiciosos, Helena?

—Supongo que no nos dimos ninguna oportunidad —respondió, después de pensarlo—. Nos casamos y quedé embarazada enseguida. Nos separamos y para cuando volvimos a vivir en la misma casa, volvió a ocurrir: embarazo y separación forzosa. Después habían pasado casi dos años, ya nos habíamos acostumbrado a estar casados, teníamos lo que necesitábamos como cónyuges y ni siquiera nos conocíamos para saber si queríamos algo más.

Le impactó su sinceridad tanto como su análisis. No había compasión en sus palabras, ni tampoco rencor. Hablaba de su matrimonio como un hecho con el que vivir, sin juzgarlo. No sabía si le gustaba o le aterraba.

—¿Me odias por ello? —se atrevió a preguntar.

Ella detuvo su yegua, obligándole a hacer lo mismo. Se sostuvieron la mirada durante un tiempo.

—¿Te odio por el matrimonio que me forzaste a tener?, ¿por no dejarme elegir? —Siguió mirándole sin pestañear, como nunca lo había hecho—. No, no te odio. —Marcus soltó el aire que había estado reteniendo en los pulmones, aliviado—. Pero sí te culpo. Un esposo no está obligado a hacer feliz a una esposa, pero sí debe preocuparse por ella y tú no lo hiciste.

Ahora fue el oxígeno el que abandonó su pecho.

—Yo...

—No me interrumpas, no te atrevas a hacerlo —no gritaba, pero su voz no admitía ser desobedecida—. Sí, no dejo de repetirme que soy afortunada porque tengo un marido duque, uno que no me golpea, que me permite disfrutar de Londres, que me ha sido infiel con discreción —verlo enrojecer fue para ella una satisfacción—, que no me priva de su riqueza y, para qué negarlo, que es apuesto. Pero también tú eres afortunado, Neville, de tener una esposa hermosa —se dio el gusto de ser presumida—, que no te avergüenza, que no te ha sido infiel, que te ha dado dos hijos varones y que ha cuidado de tus hermanas como si fueran de su familia. Y que nunca te ha puesto en ridículo ni ha permitido a nadie dudar de la paternidad de tus hijos. Si el matrimonio fuera un negocio, yo he cumplido mi parte, también.

Se miraron un poco más, midiéndose. Al fin él se atrevió a preguntar.

—¿Entonces?

—Pero yo fui a ti de buena fe, tú me compraste.

—¡Era tu padrastro quien te estaba vendiendo!

—Para que alguien venda tiene que haber alguien que desee comprar.

—¿Hubieras preferido que fuera otro quien lo hiciera?

—Hubiera querido que me lo contaras.

Inseguro de qué responder a eso, prefirió callar. Guio con los muslos a su caballo y obligó a la yegua a moverse también. Después de diez minutos, cambió de tema.

—Te has entendido muy bien con las mujeres.

—En mi estancia con Jimena en la capital, en enero, descubrí que todas las mujeres, con independencia de nuestro origen, tenemos puntos comunes. Solo es cuestión de hallarlos.

—¿Qué quieres decir?

—Los hijos: si son varones, por lo que hacen a cada momento, y si son mujeres, por cómo establecerlas para que no sufran en el futuro. Los esposos: si son abusivos, si beben, si no son trabajadores, si miran demasiado a otras damas. Las carencias: de comida, de ropa, no tanto para nosotras como para los nuestros. Las envidias: lo que decimos de otras y lo que dicen de nosotras; en el fondo es nuestro mayor problema, competimos demasiado entre nosotras en lugar de ayudarnos las unas a las otras. Y, sobre todo, nuestro futuro: qué será de nosotras sin un hombre a nuestro lado. Porque para nuestra dicha o desdicha dependemos por completo de

vosotros para poder tener un techo sobre nuestras cabezas y un plato de comida en la mesa.

—Nunca lo había pensado. ¿Crees que en el caso de los hombres es igual?

—Si quedas viudo, puedes casarte, o no; si tu título no fuera bien, podrías hipotecar tu herencia o embarcarte a América, o no; si tus hijos son unos descerebrados, puedes desheredarlos, castigarlos, o no; puedes decidir con quién casar a tus hijas y desentenderte de ellas después o prohibirles casarse para que te cuiden hasta tu muerte, o no. Creo que los hombres sois dueños de vuestro destino.

—Sin embargo, tenemos la responsabilidad de cuidaros.

—¿Y lo hacéis?

La enorme losa de culpabilidad que solía aplastar su pecho e impedirle respirar presionó de nuevo.

—No siempre.

—Vayamos a casa, por favor. Está comenzando a hacer frío.

Capítulo 27

Recibió una sorpresa agradable a la hora del desayuno. Tenía visita: Angela, Beatrice y Jimena estaban esperándola en la larga mesa. Hubo abrazos y besos por parte de la española y, tras una reverencia adecuada de las hermanas Knightley, también ellas le dieron un sentido beso en la mejilla.

—¡Diría que habéis crecido! —bromeó, emocionada.

—¿En menos de una semana? —se quejó Angie.

La cocinera se había esmerado: huevos cocinados de varias formas, panceta, tomates al horno, judías, morcilla, verduras fritas, panecillos redondos, champiñones, tortitas de patata, arenques... Pero al parecer la cocina de los Tremayne había colaborado en el ágape, pues veía dulces españoles, unos que ya conocía y otros que estaba deseando probar.

—¿Os quedaréis también a comer? —preguntó, esperanzada.

—¿Quién puede pensar en el almuerzo, con la cantidad de alimentos que hay sobre la mesa? —dijo con alegría Beatrice.

—Si es necesario, sí —dijo más seria Jimena.

—Lo que será es divertido —la corrigió, tomándola del brazo—. ¿Sabes dónde estuve ayer? En la villa que hay al norte del condado. Me recordó a nuestras incursiones por la ciudad, cuando nos deteníamos a hablar con algunas de las mujeres que vendían frutas o flores en los puestos.

—¿Qué incursiones? —Se asomó Rafe en ese momento, con su hermano detrás—. Cuñada, como siempre, estás muy hermosa.

A pesar de que ya se había acostumbrado a los elogios que siempre prodigaba a su esposa, algo se revolvió en Neville. Con una sonrisa, pretendió hacer lo mismo con Jimena. Sin embargo, todo lo que le salió fue:

—Es el verde. Es el color que más le favorece. Hace que sus ojos se vean más grandes y hermosos, si es que es posible.

Sus hermanas se volvieron a mirarlo.

—¡Qué bonito! —dijo la menor—. Creo que es la primera vez que te escucho alabar a Helena, Marcus.

Negó con la cabeza, incómodo.

—Lo dudo.

—Pero es cierto —insistió Beatrice, ajena a la tensión—. Nunca le has dicho que es hermosa. Al contrario que Rafe, que lo hace a cada ocasión.

—No es posible. Me casé con la dama más bella de Inglaterra. Lo que ocurre es que no se lo digo delante de vosotras para que no temáis que eclipse a vuestros pretendientes.

Rio de gozo la pequeña de los Knightley.

—No te lo tomes a broma, Bea —la regañó su hermana—. Esta temporada a mí me disputó unos cuantos caballeros.

—Oh, dejad de decir majaderías —protestó Helena, sonrojada—. Y vosotros dos, si habéis desayunado ya, marchaos a los establos. Los potros gozarán más con vuestras zalamerías que nosotras.

Rafe se acercó a Jimena, le besó los labios con cariño y, aprovechando su despiste, le robó la torrija de su plato.

—¿Tú no besarás a la esposa más bella de Inglaterra, Marcus? —preguntó soñadora Beatrice. Ante el silencio que prosiguió a su pregunta, se justificó, abochornada—. Tampoco le he visto besarla nunca...

Helena, tímida, tomó la torrija de su plato, a medio comer, la envolvió en una servilleta y se puso en pie, acercándose a su esposo.

—A la hora del desayuno tu hermano prefiere la comida a los besos.

Hubo risas que calmaron los ánimos. Neville cogió el paquetito que le daba, pero le agarró la mano y la detuvo.

—Un hombre nunca renuncia a nada si no se le obliga —dijo mirando a Beatrice—. Es una lección que debes aprender para el año que viene, en Londres.

Y antes de que su esposa pudiera reaccionar bajó la cabeza y le dio un beso en la boca. Fue un contacto rápido, pero rozó sus labios con la lengua, saboreándola. Se acercó a su oído y le susurró, solo para ella:

—Sabes a canela y hueles a jazmín. Así debe sentirse el paraíso.

Y sin tentar más a la suerte, se fue, dejando que viera la enorme sonrisa de su rostro.

—¿Qué te ha dicho? —quiso saber la instigadora de todo aquello.

—Cuando tengas un esposo, se lo preguntas —le respondió Jimena, poniéndole una torrija delante.

Las dos hermanas se enzarzaron en una conversación sobre el romanticismo y los maridos. Angela contradiciendo sus teorías según su experiencia de aquella temporada, la otra negándose a escucharla, convencida de que su hermana estaba condicionada contra el amor.

Al otro lado de la mesa, las duquesas aprovechaban para hablar a solas.

—¿Cómo va todo por Donwell? —quiso saber la morena.

—Seguimos bajo el mismo techo e ilesos. Imagino que eso debe significar algo.

—Oh, Helena...

—Supongo que solo tengo dos opciones: perdonarle o no hacerlo.

—Bueno, y él también tiene dos opciones: ganarse tu perdón o no ganárselo. ¿Lo está intentando?

Recordó las rosas blancas, la conversación del día anterior a la vuelta, el hecho de que pareciera quererla incluir en más aspectos de su vida...

—Sí, podría imponerse y, en cambio, parece querer conquistarme.

—¿Y lo está consiguiendo? —inquirió Jimena.

Negó con la cabeza.

—No lo sé. ¿Cuánto tiempo tarda alguien en perdonar una traición?

—El que necesites hasta estar preparada.

—¡Vaya!, has respondido muy rápido.

—Helena, en mi caso entendí que la confianza se da o no se da, y yo estaba deseosa de confiar en Rafe. No deseaba hacerle sufrir, lo que no significa que no lo mereciera...

—No busco venganza —protestó.

—Lo sé, no pretendía insinuarlo siquiera. Lo que quiero decir es que yo quería pasar página lo antes posible y, en cuanto tuve ocasión, lo hice. En tu caso... cuando sientas que ha llegado el momento, no antes.

—¿Crees que lo perderé si tardo demasiado?

—¿Lo crees tú? —le replicó, en cambio, la duquesa de Tremayne.

—No.

—Entonces no te precipites. ¿O acaso lo perdonarías antes si fuera el caso?

—Jamás.

—Pues ahí tienes parte de tu respuesta. Marcus te esperará.

***

Al día siguiente llamaron a la puerta de la salita de las pinturas a una hora temprana. Sabía que era el mayordomo por la forma en que golpeaba. Le dio paso y, en efecto, entró estoico.

—Milord me solicita que os pida que acudáis a la biblioteca cuando os sea posible.

A Cunnigham le encantaba complicarse la vida al expresarse, lo que a Helena le divertía en secreto.

—¿El duque desea verme? —repitió, con sencillez.

—Sí, milady.

—¿Ahora?

—Solo si os es posible.

Se levantó y lo siguió. Era joven, unos cuarenta años, para haber alcanzado un puesto tan importante en la casa de un duque. Tal vez por eso era tan envarado. Pero, reconoció, contaba con su entera lealtad.

Frente en la enorme sala, dio un toque contundente contra la madera y, tras recibir el

pertinente permiso, la presentó. Marcus se levantó al verla, despidió al sirviente y le ofreció una silla frente a su escritorio. La vista de ella se desvió a la pared de detrás y un escalofrío le recorrió la espina dorsal al rememorar cómo la había atrapado entre su cuerpo y la pared y le había hecho el amor de forma apasionada, de pie, allí mismo. El estómago se le encogió de deseo.

—Si no fuera porque me helaría de frío, tiraría ese muro abajo. Hay días en que los recuerdos me impiden concentrarme.

Enrojeció, pero no negó saber a qué se refería.

—¿Me has llamado?

Se sentó después de que ella lo hiciera.

—Disfruté mucho con tu compañía antes de ayer, no te lo dije.

—Gracias, también yo disfruté conociendo a los aldeanos.

Debería haberle dicho que le había gustado hablar con él, se reconvino. Que a pesar de que no habían llegado a ningún acuerdo, al menos se habían escuchado, habían hablado por primera vez, él la había escuchado de verdad.

—Ya —respondió—. Anoche estuve pensando sobre lo que me dijiste, sobre las mujeres.

Puso los ojos en blanco, incrédula.

—Ahora me dirás que pasaste la velada leyendo a Mary Wollstonecraft.

Vio dolor en su mirada.

—¿Tan poco confías en mí, Helena? —Ante su silencio, y a pesar de su buen juicio, presionó —. ¿Acaso un error va a empañar diez años de sólido matrimonio?

—¿Llamarías a lo que teníamos sólido matrimonio?

—Diría que estábamos construyendo algo, y parece que hubieras buscado una excusa para echarlo abajo.

—¡¿Una excusa?!

—Helena, no puedo cambiar el pasado —le dijo, abriendo los brazos en señal de rendición.

—No te lo he pedido.

—Entonces, ¿qué diablos quieres?

La duquesa lo miró durante un tiempo. ¿Qué quería? Querría haberse casado de otro modo. O haberse enterado de otro modo. O que nada hubiera cambiado entre ellos. O no amar a su esposo.

—Olvídalo —susurró—. ¿Qué estuviste pensando anoche?

Se negaba a olvidarlo, solo lo apartaba por el momento.

—¿Recuerdas algo de La Investigación Delicada?

—Ocurrió el año de nuestro matrimonio, si la memoria no me falla. El regente quiso ridiculizar a su esposa y pidió que se indagara en su vida privada hasta llegar a los detalles más sórdidos de esta. Se habló de un bastardo... Al parecer lo hizo de cara a la posibilidad de que, con esas pruebas, el Parlamento le autorizara el divorcio.

La palabra divorcio hizo que el estómago se les encogiera a ambos.

—Se dice que Jorge quiere volver sobre ello.

—¿Pretende divorciarse?

—Pretende asentar las bases para legalizar el divorcio.

—¡¿Cómo?! ¿Es que ese hombre ha perdido la decencia?

Ninguno de los dos respondió lo obvio, que nunca la había tenido.

—No quiero enemistarme con la Casa Real negándome de plano a sus deseos, Prinny es un hombre rencoroso, pero desde el Parlamento intentamos hacerle entrar en razón. El dinero, negárselo, es un arma poderosa, pero preferimos hacerle entender que acusar a su esposa de sus mismos pecados es hipócrita.

—¿Y tus compañeros de la Cámara van a alegar algo así? ¿Entienden siquiera el argumento que esgrimen?

—Desde luego que no lo harán, Helena, esquivarán el divorcio por todos los medios. Ni siquiera yo mismo acabo de entender que una mujer no desee estar bajo la protección de su esposo, aunque sí sé que muchas de las esposas de mis pares se sienten humilladas por ellos y desearían... Lo que no entiendo es que prefieran quedar solteras y no que prefieran otros esposos. Pero no te he llamado para iniciar un debate que nos distancie más. Te pido que me ayudes con el regente. Si lo deseas.

—¿Me estás pidiendo ayuda con asuntos de Estado? —Se debatía entre la incredulidad y la emoción.

—Nadie podrá saberlo. El mero hecho de que sean argumentos de una mujer los invalidaría. Yo no he hecho este mundo, querida —se justificó—. Pero respeto los tuyos. Si te sirve de consuelo, no respeto a dos terceras partes de los políticos, y son hombres.

Sin poder evitarlo, la duquesa echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—No sé qué trama Jorge ni qué dice la Cámara —le dijo la duquesa—. En la prensa no se ha escrito nada.

—Ningún diario escribiría al respecto, el asunto se discute en White’s y en Boodle’s y solo en sus sacros salones.

—Ya.

—Y en la biblioteca de esta casa, desde ahora.

Comieron allí. Salieron para descansar un poco a los jardines, pero regresaron para continuar con las distintas posturas del Parlamento, de otros países y de palacio. Para su sorpresa, Helena era una ávida política que había absorbido cada detalle que le había ido contando a lo largo de los años sobre proyectos de ley o pactos entre grupos.

Cuando llegó la hora de acostarse, la acompañó hasta su habitación. En la puerta, ella lo llamó.

—Sé que no puedes cambiar el pasado. Lo que quiero es que me hagas volver a creer en ti para poder tener un futuro. Ese que comenzamos a construir y que me hizo ser feliz por primera vez en mi vida.

Capítulo 28

Cinco rosas blancas más tarde viajaban en dirección a Brighton, al sur de Sussex. Hacía más de un siglo que los fogones de Donwell no se reformaban. Helena había pensado en emprender la tarea en alguna ocasión, pero la cocinera, una mujer poco amante de la modernidad, no lo veía necesario y tampoco ella sabía qué actualizar, así que la idea se posponía en su cabeza cada vez que surgía. Para su sorpresa, Marcus había escuchado cuando se lo dijo cinco años antes y había retenido el dato en su mente.

Un mes antes, las cocinas del Pabellón Real de Brighton, cuya reforma integral estaba a cargo del arquitecto John Nash, habían sido acabadas, y el famoso técnico, del círculo íntimo del regente, había accedido a que las visitaran de forma privada mientras las obras de ampliación continuaban en la modesta villa.

Aunque habían pasado los días anteriores juntos, bien en la biblioteca hablando de cómo hacer entrar en razón al Príncipe de Gales y de otros proyectos que se estaban discutiendo de la Cámara de los Lores, bien de visita a otro pueblo, encontrarse encerrados en el carruaje tan cerca el uno del otro y sin más compañía les estaba comenzando a resultar incómodo. No, se corrigió el duque, era su esposa a quien se veía perturbada. Evitaba cualquier contacto entre ellos, físico o visual, y se mantenía callada. Sus labios, siempre generosos, eran en ese momento una línea irritada, y miraba por la ventanilla sin ver por cómo sus ojos parecían no fijarse en ningún lugar.

—Apenas queda una hora de viaje, pero si quieres bajar a pasear un poco... —le ofreció Marcus.

—No, no, estoy bien, gracias.

Su tono educado era también distante, en absoluto parecido al afecto que había irradiado en los días anteriores, donde habían departido con espontaneidad. Con afecto, incluso, saliéndose del guion inicial y hablando de su matrimonio con calma, analizándolo sin rencor, avanzando.

No como entonces, sentada en el asiento, rígida, lo más alejada de él que le era posible. Molesto por su actitud, preocupado por la situación y temiendo que el viaje estropeara la excursión, decidió ser directo.

—Helena, ¿prefieres que cabalgue?

Se volvió a mirarlo con brusquedad, sorprendida por la sinceridad de su pregunta. Había sido poco discreta en su malestar y, sin embargo, para su fortuna, él no parecía saber qué lo generaba.

¿Qué ocurriría si era tan directa y franca como él? ¿Si le confesaba que estar en un espacio tan pequeño a su lado, sabiendo que tenían dos horas por delante, había disparado su imaginación? ¿Que había recordado una noche en que hicieron el amor en el coche, de vuelta del teatro, y su mente traidora no había dejado de evocar cada beso, cada roce, durante toda la hora que llevaban de camino? ¿Que deseaba que la tomara allí, en aquel momento?

Los últimos días Marcus se había mostrado paciente. Parecía estar cortejándola, la elogiaba, la contemplaba con admiración, escuchaba cada palabra suya y aprovechaba cualquier excusa para rozarla. La verdad era que se comportaba del mismo modo que lo hiciera antes de la noche en que Ryan interviniese. Ya antes de aquella maldita confesión llevaba muchas semanas mirándola con esa mezcla de ternura y adoración, se preocupaba por sus necesidades y caprichos y la acariciaba, ¡desde luego que lo hacía!

Nada había cambiado y todo lo había hecho.

—¿Helena?

—¿Disculpa? No, no, estaba en otro lugar y he sido grosera. Lo que me gustaría es que me explicaras más del Pabellón Real. ¿Es una recreación del Taj Mahal?

El duque la miró con recelo, no obstante, era mejor ejercer de tutor al silencio opresivo.

—Una recreación bastante libre, pero sí, en efecto, esa es la base del proyecto: el lujo de los palacios asiáticos.

Mientras su esposo seguía explicándole el encargo que Prinny había hecho a su amigo Nash, ella escuchaba a medias concentrada en sus labios. Tenía la boca más ancha de lo habitual para un caballero, pensó. ¿Sería por eso por lo que besaba tan bien? No era que tuviera nadie con quien comparar, claro, y sin embargo estaba segura de que pocos hombres podían hacer arder de pasión a una mujer solo con besarla. Marcus Knightley besaba *de verdad*.

Estaba explicándole algo sobre las cúpulas y movió las manos. También le gustaban, grandes, pero de dedos largos y finos, con las uñas siempre rasas y limpias. Su piel no tenía ni un solo arañazo. Eran unas manos blancas y suaves y, por Dios, que sabían cómo acariciarla. Sintió un escalofrío al recordar sus palmas en la piel y sus dedos dentro de ella.

—¿Tienes frío? ¿Quieres que saque una manta?

—No, Neville, de verdad.

La miró con seriedad. Helena sabía que no le gustaba que lo llamara por su apellido. Quizá aún recordaba que aquella última noche le había llamado Marcus.

—¿Estás segura?

—Si quiero algo, te lo pediré.

Como que la cubriera con su cuerpo, con sus anchos hombros, pensó la duquesa. Le encantaba saber que le venía justo abarcarlo desde detrás con sus brazos, más pequeños. Era tan masculino... Cuando se derrumbaba sobre ella de placer y, saciada también, lo abrazaba, apenas podía retenerlo dos o tres minutos antes de sentirse aplastada.

—No me estás escuchando.

Lo miró, sus recuerdos interrumpidos. ¿Para qué mentirle?

—No, no lo estoy haciendo.

—¿Podrías compartir tus pensamientos conmigo? Debían de ser interesantes porque sonreías.

Ensanchó su sonrisa con coquetería, sin poder evitarlo. Su rostro debía de haber reflejado algo de la lujuria que sentía, lujuria que sin duda él habría reconocido por cómo la estaba observando.

—No, no puedo.

—Ya veo. Eran unos pensamientos... ¿muy interesantes? —le preguntó, bajando la voz, flirteando también.

¿Debía jugar a seducirlo?, ¿era justo, si no sabía qué quería? Pero estaba ya atrapada en su mirada azul.

—Tal vez lo fueran... quizá fueran, más bien, buenos recuerdos.

Se acercó a ella y le pasó el dedo índice por el brazo desnudo.

—¿Y no habría algún modo de tentarte para que recordáramos juntos esos buenos momentos, Helena?

Ambos se estremecieron con la caricia y reconocieron el deseo en las pupilas del otro.

—«Recordar» y «juntos» es una combinación peligrosa, Neville —le susurró, acercándose más a él.

—Tú y yo somos una combinación peligrosa —murmuró Marcus, ya casi pegado a su rostro.

—Neville... —repitió, sin saber qué más decir.

—Solo un beso —la acalló—. Solo un beso.

Selló su boca con los labios despacio, dándole tiempo a retroceder. Pero ninguno podía hacerlo ya, eran dos imanes buscándose durante días que al fin se habían adherido y no podían despegarse el uno del otro.

Marcus no había planeado besarla, de hecho, un minuto antes estaba convencido de que lo echaría del coche, así que en cuanto probó su contacto se perdió en él. La tomó en brazos y la subió a su regazo. Sentir que los brazos de su esposa le rodeaban el cuello le hizo olvidar toda prudencia y se sumergió en el beso sin control. Barrió sus labios con la lengua y se adentró en su interior en una refriega de caricias húmedas, sintiendo el calor de su boca y el sabor de su deseo. La escuchó gemir y notó sus dedos palparle con pasión el cuello y los hombros. Abrió un poco las piernas, encajando sus redondeadas nalgas sobre su enardecida virilidad, bajó las manos a sus pechos y su boca comenzó un vago sendero por la garganta.

—Helena... —No reconoció su voz, gutural—. Te echo tanto de menos...

No pudo continuar, pues fue ella quien impulsó su cuerpo contra él, buscando un mayor contacto, mientras friccionaba la parte baja de su cuerpo contra su dureza.

En ese momento brincaron ambos y la cabeza de la duquesa fue a darse contra el techo.

—¡Ay! —se quejó dolorida, apartándose.

—¿Estás bien? —preguntó él, al tiempo que la misma cuestión era replicada desde el pescante.

—Un socavón, milord, tendré que bajar a comprobar el estado de la rueda, aunque diría que no

se ha roto ningún eje y ha sido solo el salto.

—Hazlo, John.

Se miraron, toda pasión extinguida, sonrientes. La devolvió a su lugar y se recolocó él la chaqueta y el chaleco. Cuando el cochero confirmó que podían seguir y que faltaba media hora para llegar, el vehículo volvió a ponerse en marcha.

Queriendo cambiar de tema y alejar de sí la escena que acababan de vivir, la duquesa le preguntó algo que hacía tiempo que le rondaba la cabeza.

—¿Cómo conseguiste que mi padrastro no contara nunca lo de la partida de naipes? ¿Y cómo lo supo, entonces, Belmore?

Marcus frunció el ceño.

—Ese maldito irlandés parece saberlo todo de todo el mundo. Debe de ser muy bueno en su trabajo. Según Rafe y Jimena, era el mejor de la Península. —No sonó a elogio—. Amenacé a Maine con arruinarlo, pero al parecer el esposo de tu madre temía algo más que la ruina económica.

—¿El qué?

—Ni idea, solo Ryan Kavanagh lo sabe; quizá algo delictivo, tal vez su falla significaría el ostracismo social, pero debe ser algo capital, cuando se arriesgó a contárselo al marqués. —Maldito fuera este por querer saberlo todo sobre ellos a petición del duque de Wellington, y por ser tan exhaustivo—. Volviendo al vizconde, a la mañana siguiente de aquella apuesta vino a verme y me recordó que las partidas de cartas eran cuestiones de honor; que si él era un bastardo por haberte ofrecido a cambio de la deuda, yo había aceptado y sería menos que un caballero si me echaba atrás en el pago. Esa mañana, más tarde, acudí a su casa sin tener claro qué le diría, pero fue tu madre quien me recibió. Ella...

Marcus se detuvo, sin saber cómo explicar el estado en que la encontró. Se pasó la mano por la mejilla, violento.

—¿Tenía marcas de golpes? —continuó por él Helena, sin emoción en la voz.

—Sí —respondió él, sin más.

—La golpeaba con frecuencia. A mí no me ponía la mano encima porque podía marcarme y tenía que debutar y hacer un buen matrimonio, pero a ella...

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Hablé con la vizcondesa.

Se sorprendió. Su madre obviaba el maltrato de su marido, era como si no ocurriera. Ni siquiera con su hija lo mencionaba.

—¿Qué te contó? —quiso saber.

—Poco, en realidad —le dijo el duque—. Fue más lo que no me dijo.

—Eso me parece más razonable.

—Compré todas las deudas de Maine y, una vez reunidos los pagarés, volví a verlo. El muy

desgraciado creyó que lo había hecho porque desde entonces éramos familia y me haría cargo de sus finanzas. Le advertí que si contaba las razones de nuestro enlace liquidaría las letras y lo arruinaría. —Su cara enrojeció de furia al recordar aquella conversación—. Del mismo modo, si alguna vez volvía a encontrar una sola marca en la vizcondesa, se vería en la indigencia.

—Neville... —murmuró, sorprendida.

—Propuse a tu madre venir a vivir con nosotros, pero no quiso. Dijo que cada matrimonio tenía su propio lugar, ella misma incluida. Le ofrecí alguna de las otras residencias, pero nunca aceptó.

La duquesa cayó entonces en que no había vuelto a ver moretones en la tez de su progenitora. Poco a poco había ido distanciándose de ella, conforme la preocupación había ido menguando.

Marcus se había ocupado de que el vizconde dejara de maltratarla.

—¡Oh, Neville! —exclamó, al darse cuenta de lo que eso suponía.

Saltó al otro asiento y se abrazó a él con fuerza.

Sorprendido por su gesto, la rodeó también por los hombros y disfrutó de su cercanía, de su olor, sin más, sintiendo cómo lo constreñía y no cedía en su fuerza. Al final tuvo que reír.

—Me encanta que me abraces, pero temo que vayas a romperme las costillas —bromeó, dándole un beso en la coronilla.

La duquesa rebajó el apretón, mas no lo soltó.

—Gracias.

—Helena...

—Te agradezco tanto que ayudaras a mi madre. Tanto... —Calló y apoyó de nuevo su cabeza contra él, acariciándole con los labios el hombro con cariño.

«Y me alegro, también, de que al final decidieras cumplir con tu parte de la apuesta y te casaras conmigo. Maldito sea mi padrastro, pero cuánto me alegro de que fueras tú y no otro quien me desposara».

No se atrevió a decirlo en voz alta. No estaba segura de que no fuera la emoción del momento ni le parecía tampoco el mejor lugar para confesárselo. Pero estaba encantada de que lord Marcus Knightley, duque de Neville, fuera su esposo.

Él y ningún otro.

***

Pasaron el día como dos enamorados. Deambularon cogidos de la mano, comieron sobre una manta cerca de la orilla del mar, se acariciaban y besaban cuando creían que nadie los veía, y se dedicaron tiernas palabras y miradas.

Cuando llegó la hora de volver a Donwell la duquesa estaba exhausta y se quedó dormida apoyada sobre él. Marcus se dedicó a acariciarle el pelo, enredado por la brisa marina.

Se sentía feliz, pleno: enamorado.

Entendía al fin las risas sin motivo de su hermano Rafe, las promesas que se había cruzado con su esposa española, la necesidad de dormir con su mujer cada noche; pero, sobre todo, comprendía la angustia que vivió cuando creyó haberla perdido para siempre.

Capítulo 29

Como las dos últimas noches, Helena lo escuchó entrar en su alcoba por la puerta lateral que comunicaba ambos dormitorios. Llevaba un tiempo esperándolo. Había pedido a Rose que los lacayos encendieran un fuego aduciendo que había llegado helada del mar a pesar de que estaban a finales de abril, había dejado la sábana por debajo de su cintura y que el fino tirante de su camisón cayese por su hombro. Pretendía tentarlo, aunque sabía que su esposo no acudiría a su cama si no lo invitaba. Notó cómo depositaba algo a su lado —la rosa, supo—, y sintió cómo se acercaba a ella y le besaba el cabello con delicadeza.

Deseó con todas sus fuerzas volverse y acariciarle el pelo con los labios, también. Sin embargo, no hizo nada. Se mantuvo inmóvil mientras él la rozaba con ligereza, olía su cuello y se alejaba.

Para su sorpresa, oyó la puerta. A diferencia de otras veladas, iba a marcharse enseguida. Por lo que sospechaba, otras veces se quedaba mucho tiempo observándola. La noche anterior estuvo, al menos, una hora haciéndolo. En cambio, se iba ya.

—Neville —lo emplazó sin querer.

Fue su corazón quien lo hizo por ella.

—¿Helena?

Podía no decir nada. Si no repetía su nombre, él se iría. Podía...

—Neville —volvió a llamarlo.

Advirtió que se acercaba a la cama con pasos lentos.

—¿Te he despertado? Lo lamento —le susurró.

Se incorporó. El tirante bajó todavía más, revelando una gran porción de su pecho. Los ojos del duque bajaron hasta allí y sus pupilas se dilataron, preso del deseo.

—Debería marcharme. Vine... —Cabeceó hacia la flor que yacía en la almohada—. Ya sabes a lo que vine.

Aun así, no se movió de donde estaba.

—En realidad, te estaba esperando.

Subió la cinta del camisón con modestia.

—¿Ocurre algo? —le preguntó, preocupado.

La dominó la vergüenza. ¿Qué podía decirle? ¿Que le perdonaba por casarse con ella? Le

sonaba ridículo. ¿Que lo absolvía de cómo se había casado con ella? No quería comenzar una disertación sobre aquello. Habían estado toda la semana hablando en términos generales sobre su matrimonio, sobre lo que habían esperado, sobre errores y nuevas expectativas; entrar en detalles en ese momento sería un error. Y estaban en la cama, por el amor de Dios, no era eso lo que quería, menos aún en ese preciso instante.

¿Entonces qué? ¿Que quería olvidarlo todo y volver a empezar? Eso sonaba mucho mejor...

—¿Puedo? —le pidió Marcus, señalando las sábanas y, al asentir, se sentó cerca, pero no a su lado—. Helena, ¿qué necesitas?

Respiró hondo.

—A ti.

No fue tan difícil decirlo, después de todo. Él, en cambio, se quedó asombrado.

—¿Estás segura?

Ella asintió, oscilando la cabeza con lentitud.

—Por completo.

Se puso en pie y la destapó. La tomó en brazos y la llevó a su alcoba, a su cama.

—¿Qué demonios...?

Marcus soltó una carcajada.

—La primera vez que pisé tus aposentos, después de nueve años según me informaste, te pregunté desde cuándo jurabas y no me respondiste.

—No juro —protestó.

—Acabas de hacerlo —le dijo mientras tomaba un par de candelabros y comenzaba a prender las velas.

—Solo lo hago cuando nadie puede escucharme —se justificó, sabiéndose infantil.

—Me haré el sordo, entonces.

Cuando terminó con todas las candelas de la estancia, se dirigió a la puerta lateral.

—¿Dónde diablos vas?

Se giró con una sonrisa.

—¿Se supone que te he oído?

—¡Neville!

—Helena... —le pidió, y supo a qué se refería: a su nombre de pila.

—También me dijiste, esa noche u otra cercana, que me lo harías susurrar entre gemidos. ¡Y no lo lograrás si te marchas a mi alcoba y me dejas aquí! —le espetó, frustrada.

Volvió, riendo, y la besó. La besó como ella sabía que podía hacerlo, hasta robarle el aliento, hasta dejarla temblando y ardiendo, necesitada de todo lo que quisiera darle, suplicante.

—Marcus...

—Mucho mejor. Voy a hacerte el amor en mi cama, donde nunca te lo he hecho. Pero voy a llenar la habitación de velas para poder ver cómo suspiras mi nombre.

Regresó momentos después con todos los cirios de su alcoba y se dedicó con parsimonia a la

tarea de prenderlos. Harta de esperar, la duquesa se puso en pie en la cama y lo llamó. Cuando tuvo toda su atención comenzó a quitarse el camisón poco a poco, incitándolo.

—Helena... —le advirtió con voz ronca.

—Ven a la cama —lo invitó.

—Me falta un candelabro. —Le enseñó el que portaba en la mano, entre divertido y condescendiente.

Ella se encogió de hombros y comenzó a bajarse las calcetas sin dejar de mirarlo, quedándose desnuda frente a él, que había olvidado lo que estaba haciendo. Una vez finalizada la tarea, viendo que seguía sin convencerlo para que se acercase, se recostó en la cama y comenzó a acariciarse los senos.

El candelabro de plata cayó al suelo en un estruendo que amortiguó el salto del duque sobre la cama.

—Voy a hacerte el amor despacio —gruñó—, sin prisas, te lo advierto.

Ella se echó a reír mientras lo atraía hacia su cuerpo, hacia su boca, y lo besaba con codicia, sintiéndolo ya excitado. Menos de un minuto después lo urgía:

—Marcus, ahora. —También ella estaba ya preparada. Llevaba demasiado tiempo sin él y lo necesitaba—. ¡Ahora! —le exigió.

Rodeándolo con las piernas, buscó cómo encajar y se introdujo su miembro, escuchándolo suspirar al sentirse él en ella.

—Diablos, Helena, se está tan húmedo y calentito dentro de ti.

Sus palabras la excitaron tanto que gimió e intentó moverse. La tomó de la cintura y la detuvo. El duque tenía otros planes. No la embistió con fuerza, fue todo lo contrario. Cada vez que salía de su cuerpo buscaba la forma de aproximarla más a él, acercándola desde los hombros y la cintura, y se sumergía en ella más profundo en cada ocasión, despacio, con penetraciones lentas, una y otra vez, hasta que el clímax los alcanzó a ambos.

Satisfechos, quiso apartarse, pero ella no le dejó.

—Voy a aplastarte.

—Solo un poco más. Me encanta tenerte encima —le confesó.

A pesar de sus palabras, Marcus sostuvo parte de su peso sobre sus brazos, temeroso de que no pudiera sostenerlo. Le besó con ternura el cuello y bajó por los pechos para lamerle primero un pezón y después el otro.

—Eso se hace antes, esposo —bromeó, pellizcándole el trasero.

El duque dejó caer de nuevo la cabeza sobre la almohada y ahogó una carcajada.

—No era yo el que tenía prisa y exigía que fuese «ya mismo».

—No sé de qué me hablas —replicó ella, disimulando la risa.

—¿No?

—Ni idea.

—Mujer desmemoriada.

Para decepción de Helena, él se levantó y fue hacia la enorme cómoda de madera.

—Vuelve aquí ahora mismo —le dijo, entre risas—. Creo que acabo de recordar lo de las exigencias.

Marcus echó la cabeza atrás y soltó una carcajada al tiempo que abría un cajón.

—Afortunado de mí, que tengo una esposa con unos apetitos similares a los míos.

Y regresó a la cama con un estuche de terciopelo amarillo y el rostro serio, grave.

—Compré esto para ti en Londres. —Se lo tendió.

Con manos temblorosas Helena lo abrió. Se trataba, claro, de un anillo de matrimonio. Era precioso, una combinación de tres filas de brillantes con dos carriles de diamantes tallados en baguete en un aro grueso de platino.

—Marcus —murmuró—, ¿acaso me estás pidiendo matrimonio? —Y recuperando la voz, intentando tomarle el pelo, continuó—. Porque te aseguro que, quiera o no, pasaré el resto de mi vida contigo.

A pesar de la broma, le temblaban las manos y no era capaz de sacar la alianza del estuche, tan emocionada estaba. Fue el duque quien lo hizo, apartando la caja y colocándole la joya en el dedo con solemnidad.

—No, no te estoy pidiendo que te cases conmigo ni que pases conmigo el resto de tu vida.

Rio nerviosa ella.

—No tendría sentido, llevamos casados...

—Lo que te estoy diciendo es que soy yo el que quiere estar casado contigo, quien quiere pasar el resto de su vida a tu lado, Helena. —Le sostenía la mano tanto como la mirada—. En aquel momento no te conocía y no sabía con quién me casaría. Ninguno de los dos lo sabíamos y no tuvimos opción de escoger. Pero ahora sí sé quién eres. Ahora sé que me uniría a una mujer fuerte, valiente, una mujer capaz de enfrentarme cuando me equivoque y hacerme entrar en razón a pesar de mi obstinación y mi orgullo; una mujer noble no solo para mi apellido y linaje, sino para tener toda mi confianza, en la que puedo perderme; una mujer honesta que ya es la madre de mis hijos y me gustaría que lo fuera de mis hijas; una mujer preciosa y ardiente con la que quiero despertarme cada mañana y con la que deseo acostarme cada noche. —Se detuvo a darle un cálido beso en los labios—. Si me lo permites, Helena Knightley, si crees que estoy a la altura, entonces te elijo.

Le costó más de un minuto responder, estaba conmocionada.

—Marcus, yo... no sé qué decir...

—Dime que me amas —la instó—, dime que me amas porque yo estoy enamorado de ti y no soportaría que fuera de otro modo, Helena.

—Te amo. —Y lo besó—. ¡Por todos los diablos, Marcus, claro que te amo!

La carcajada del duque fue interrumpida por los besos de su esposa, que pronto se transformaron en susurros de amor y gemidos de placer.

FIN

Matrimonio por la fuerza

RUTH M. LERGA

Prólogo

Donwell, a un mes de la Pascua de 1817

La discusión se prolongaba ya casi una hora y no parecía que hubieran avanzado en absoluto. Cada Knightley tenía una propuesta diferente para la temporada de aquel año, quizá la más importante para la familia, y con la fuerza de carácter que los definía, era difícil llegar a un acuerdo.

En la biblioteca, en dos sillones gemelos destinados casi siempre para sus esposos, estaban sentadas las dos duquesas: Helena y Jimena. Dado el avanzado estado de sus embarazos, era donde se encontraban más cómodas.

En un sofá similar, a un lado de estas, estaban las hermanas Knightley menores, Angela y Beatrice, las protagonistas de la discusión, aunque poco les dejaran opinar al respecto.

En pie, molestos con toda la situación y con una copa de brandy servida que no se beberían, los dos hermanos Knightley: Marcus, duque de Neville y cabeza de familia, y Rafe, duque de Tremayne.

—Solo digo que no quiero perderme el nacimiento de mi primer hijo, ni sus primeros meses de vida. No creo que sea egoísta... —Intentaba explicarse Rafe.

Jimena, su esposa, daría a luz en un par de meses a su vástago.

—¡Tu hermana necesita una guía en su primera temporada! ¡Y se diría que Angela es casi una debutante también! —le replicó su mujer—. Ni Helena ni yo podemos estar allí...

Miró él al techo antes de observarla a ella.

—¿No quieres que esté contigo, acaso?

—Desde luego que lo deseo, pero a veces no es cuestión de lo que queremos, sino de lo que debemos hacer.

—Sigo pensando —los interrumpió Helena, cuyo parto se esperaba en un mes— que si nos vamos todos ya a la ciudad estaremos allí para cuando llegue el momento... los momentos. Podemos supervisar la temporada de Angie y Beatrice, ellos —miró a los duques— estarían con nosotras y...

—¡Y un cuerno! —la atajó Marcus, su marido—. Te quedas aquí y no hay más que hablar.

—Eso también va por ti, Jimena. —Se apuntó Rafe a la regañina—. Los niños nacerán en el campo.

—Serán niñas —lo corrigió su hermano mayor—. Serán dos niñas sanas y preciosas como sus madres. Una pelirroja y la otra morena.

—Como si me importara, mientras nazcan en Donwell y no en Londres.

Beatrice, que todavía no había dicho nada —era tímida y detestaba las confrontaciones—, se atrevió a participar.

—Yo nací un dieciséis de junio. En realidad, podría debutar el próximo año en lugar de hacerlo este y a nadie le extrañaría.

—No.

El duque de Tremayne, el menor de ambos, había abandonado la diplomacia cuando su esposa, media hora antes, había amenazado con mudarse a España hasta que su bebé naciera, solo para enfadarle más.

—O comenzar la temporada en mi cumpleaños —continuó la joven, tratando de ayudar—, de aquí a cuatro meses, cuando...

—Beatrice, debutarás cuando sea preceptivo —la detuvo Marcus, en tono firme pero más amable.

La muchacha, a pesar de todo, insistió.

—El año pasado mi hermana dejó la temporada a medias, no sería descabellado...

—El año pasado fuimos demasiado indulgentes con Angela, me temo, si creéis que este año podéis hacer lo que queráis.

—¡Neville! —lo regañó Helena, su mujer—, tu hermana solo intenta ayudar. No es ella quien se está poniendo difícil.

—Es cierto, sois vosotras quienes...

—De acuerdo. —Se puso en pie la duquesa de Tremayne, cansada de tanta discusión inútil—. ¿Qué proponéis?

Su marido, que la conocía bien, se puso alerta.

—¿Qué quieres decir, querida?

—Que qué es lo que proponéis, *querido*. —Tenía la cara del gato que se había comido al canario. Rafe comenzó a preocuparse—. Helena y yo nos quedamos en Sussex y vosotros, amantes esposos como pocos, os quedáis con nosotras para ver nacer a nuestras hijas, y digo «hijas» porque tu hermano ha decidido en su ducal arrogancia que quiere que sean niñas. ¿Es así?

—Así es —refrendó Marcus, satisfecho, recibiendo una mirada de advertencia de Tremayne a cambio de su bravuconada.

—Y Angela y Beatrice se van a Londres... ¿con quién?

Helena comenzó a sonreír. Conocía a su cuñada y sabía que ganarían la batalla y la guerra entera. No en vano su padre era el mejor general de la historia del Reino Unido.

—Con quien nuestros sabios maridos decidan, Jimena —la apoyó.

—Oh —Marcus movió la mano, como si el asunto de la acompañante fuera solo una pequeña

molestia—, sin duda habrá alguien que pueda hacerse cargo de mis hermanas y de la situación.

Su esposa lo corrigió, al punto.

—Las tías de tu abuela ya fallecieron, así que habría que contratar a una carabina. O a dos, dado que son dos las jóvenes cuya reputación hay que guardar.

—¡Pues lo haremos! —espetó, con fastidio—. Y no se hable más. ¿Estás de acuerdo conmigo, Rafe?

Su hermano asintió por solidaridad masculina, pero sabía que su esposa guardaba una carta ganadora. Y, en efecto, así fue. La española hizo jaque mate al decirles:

—Un último detalle: ¿quién les explicará a esas desconocidas que las hermanas Knightley, hijas de duque y hermanas de dos duques, sin duda las joyas esta temporada, no podrán ser cortejadas, ni acercarse siquiera, al mejor partido de Gran Bretaña, y por qué?

Porque el marqués de Belmore era, sin duda, el caballero al que todas las madres querrían para sus hijas. Por lo que había trascendido, sus finanzas no eran las mejores y se decía que estaba necesitado de una heredera, pero era marqués, joven, apuesto y tenía mucho encanto. Angela y Beatrice eran hermosas —sobre todo la segunda—, tenían una dote cuyo importe nadie conocía con exactitud pero que se sabía elevadísimo, y toda la sociedad esperaría que las cortejara y una de ellas lo eligiera por esposo.

Lo que nadie conocía era que un secreto de cuatro años atrás hacía que las familias no se tratasen. Ni se soportasen. O, más bien, los caballeros fueran los que no pudieran ni verse.

—Si ese desgraciado se acerca a ellas... —amenazó Neville.

—No podrás hacer nada porque no estarás allí —replicó con diversión su duquesa—. No lo sabrás siquiera.

El duque de Tremayne dejó con un golpe seco su vaso de brandy, lleno, sobre la mesa, y miró a sus hermanas. Estas estaban lívidas.

—De acuerdo, ninguna de las dos iréis a Londres, fin de la discusión —terció Rafe.

—¿Cómo osas retirarlas de la temporada social, Rafe? —lo increpó Jimena, alarmada.

Su esposa lo conocía bien y se temía que hablara en serio.

—A mí no me importa esperar otro año —confesó en voz baja Beatrice.

—¡No esperarás otro año solo porque tus hermanos se comporten como asnos! —gritó Helena —. Marcus irá con vosotras y yo me quedaré aquí, con los Tremayne.

—¡Al diablo la temporada! —Negó el aludido—. Y te gustan los asnos, lo sé.

—Nos iremos todos a Londres, entonces —dijo la otra—. Tendré un hijo londinense. ¿Has oído, cuñado? Será un niño solo por llevarte la contraria.

—Mi *hija* nacerá en Donwell, Jimena. Tú puedes irte donde quieras, pero tu panza con *mi hija* dentro se queda aquí.

—Estoy convencida de que podemos esperar otra temporada más —insistió Beatrice, al borde del llanto.

—Todo esto es culpa del desgraciado de ese irlandés —gruñó Rafe.

—Deja en paz a Ryan o me pondré de parto ya mismo.

—¡Siempre lo defiendes!

—Me salvó la vida...

Angela era la única de todos los Knightley que no había dicho nada. Detestaba el asunto de ir a Londres a buscar esposo. La mera idea de que se supiese lo que ocurrió la atenazaba, era cierto, pero volverse a equivocar y pagar el resto de su vida ese error la aterraba. Saber a sus dos cuñadas en estado había sido para ella un alivio, convencida de que sus hermanos decidirían quedarse en la finca familiar, hasta que las duquesas se habían negado a ello, aquella discusión había estallado, virado hacia la noche de su caída en desgracia y todos los recuerdos habían precipitado la culpabilidad.

Beatrice, su hermosa e inocente hermana, no iba a poder debutar por su culpa. Lord Ryan Kavanagh seguiría siendo considerado un paria social por su culpa. Y a ella la compadecían y la protegían sin merecerlo.

—... que te salvara la vida no lo convierte en un santo, intentó romper el matrimonio de mi hermano.

Y eso era también culpa suya.

—La *vendetta* ha terminado, ¿por qué no lo dejamos todo atrás, fuera lo que fuese? —pidió Jimena.

—No sabes de lo que hablas —le espetó su esposo.

—No —confirmó ella—, no lo sé porque nadie me explica qué ocurrió aquella noche.

—No es...

—¡Basta! —gritó Angela, poniéndose en pie—. Es suficiente, por favor. Ninguno de los presentes sabéis qué ocurrió hace cuatro años. Ni siquiera Belmore lo sabe, en realidad.

—¡Angie, no! —quiso detenerla Beatrice.

—... pero lo cierto es que él no tuvo nada que ver con que yo estuviera allí.

La biblioteca quedó en silencio durante más de un minuto.

—¿De qué demonios estás hablando, Angela? —preguntó, al fin, Marcus.

Las lágrimas corrían por el rostro de la joven, mas no se amedrentó y su voz salió firme de su garganta.

—Ya os lo he dicho: fue todo culpa mía y él ni siquiera sabía que yo estaba allí. Me escondí sin que me viera.

—Si hubiera sido así, se habría defendido —intentó razonar con ella, no queriendo creer lo que le decía.

—Si lo hubiera hecho, si hubiera dicho la verdad, me habría descubierto y yo habría resultado ser una... una...

—¡Joder! —gritó Rafe.

La licorera describió un arco perfecto y fue a estrellarse contra la pared de enfrente. Como ocurriera un año atrás, aquella noche servirían whisky.

Y lo beberían.

***

Cuatro años antes...

El carruaje de lord Ryan Kavanagh casi volaba por la carretera en dirección al norte. Una carta de su padrino, Wellington, lo citaba en Edimburgo. Esperaba que tuviera que ver con los contrabandistas que llevaba años buscando. Uno de ellos era un viejo conocido al que deseaba poner las manos encima... en el cuello, a ser posible, para rodearlo con una soga.

Había tenido que dejar Sussex con precipitación, pero seguro que el general estaría satisfecho con lo que tenía que decirle. Tres años antes su hija no reconocida, Jimena de Alba, se había casado con lord Raphael Knightley como consecuencia de una misión de espionaje en Madrid que salió mal. Ryan llevaba años vigilando para la Corona pero, en ese caso, el informe sobre la familia política de la joven española había sido un favor personal.

Lord Arthur Wellesley quería saber con qué clase de caballero se había casado la joven. Si era una familia decente mantendría el matrimonio; en caso contrario, se encargaría de que fuera anulado.

Después de diez días con ellos —había acudido a la finca solariega de la familia de lord Raphael con un pretexto banal—, se alegraba por su íntima amiga. Como él, Jimena había estado siempre sola, y a partir de entonces formaría parte de una familia grande y bien avenida, de gente que se quería y se respetaba; personas responsables que cuidarían de ella. Bueno, lo harían cuando el general decidiera meter su enorme nariz en el asunto.

Él mismo se había sentido bien entre los Knightley, y rara vez estaba cómodo en casa ajena más de dos o tres días. Marcus, el mayor de los hermanos y duque de Neville, le había ofrecido hacerle de cicerone en Londres cuando se instalara de manera definitiva en la capital, incluso. E iba a aceptar la oferta en el momento en que se asentara de nuevo entre *la ton* y buscara esposa, estaba decidido. Antes o después sabía que tendría que dejar la vida de riesgos y diversión que llevaba, hacerse cargo de manera seria del marquesado y asentarse. Necesitaría adentrarse en los círculos ingleses y, por primera vez, la idea no le resultaba repulsiva. A aquellos dos caballeros podría llamarlos amigos, de hecho.

Pero antes tenía dos asuntos que dejar atrás: al malnacido que había estafado a su padre, y a Tánatos, el espía francés que abandonaba cadáveres a su paso.

Los gritos le alertaron y, antes siquiera de mirar por la ventanilla, sacó del lateral de la portezuela un par de armas y se aseguró de que estuvieran cargadas. Demasiadas traiciones en su corta vida lo habían convertido en un hombre prudente. El coche se detuvo unos metros después y la puerta se abrió. La cara de Marcus Knightley apareció, furibunda.

—¿Dónde está?

Ryan no salió del vehículo, pero sí apartó las pistolas de sí.

—¿De qué hablas?

—¡¿Te estoy preguntando dónde está?!

Respiró hondo. Estaba claro que ocurría algo grave. ¿Creerían que les había robado algo de valor? Sabía que había muchos rumores sobre la ruina de su padre y nadie sabía de sus negocios personales. De todas formas, no llevaba nada en el carruaje que no pudieran ver. Rafe sabía dónde iba, le había permitido leer la nota de Wellington, pues trabajaba para el Ministerio de Guerra, como él. Se abrió la puerta del otro lado y este asomó, también.

—¿Crees que te lo dirá, Marcus? —Y el menor de los hermanos lo encaró—. Baja —le exigió —. ¡Baja, te he dicho!

Así lo hizo. Cogió su capa y se apeó con calma.

—¿Milord? —Su cochero lo miraba, a la espera de una orden suya para dispararles, si era necesario.

—No es nada, Pete, sube al pescante. —Era allí donde guardaban más armas. Aunque dudaba de que fuera necesario usarlas, no le gustaba el cariz que estaba tomando la situación—. En breve se solucionará este malentendido y podremos irnos.

También Rafe subió a la parte alta, pero no encontró lo que fuera que estaba buscando. Las pistolas estaban en un pequeño compartimento, debía buscar algo de gran tamaño. Volvió al suelo y entró en el cubículo mientras Marcus lo miraba a él como si deseara matarlo.

—Si me decís qué estáis buscando —se resignó a preguntar a pesar de lo ofendido que se sentía—, acabaremos antes y podré marcharme. Me esperan en Edimburgo.

—No te irás a ningún sitio hasta que no saldemos cuentas, Belmore.

Se encogió de hombros con insolencia y se apoyó contra un árbol, a la espera.

—En Escocia, ¿verdad? —le espetó Marcus con fiereza.

Aquel comentario lo inquietó. ¿No creerían...? Imposible.

Rafe abrió el asiento donde se guardaban las mantas y los ladrillos para los pies y lo registró.

—Cuidado con el whisky, es añejo —le advirtió con diversión.

—¿Nada? —preguntó el duque.

—Nada —le respondió frustrado el otro.

Y entonces lo escucharon: un pequeño suspiro. La mirada de los Knightley fue asesina. Comenzó el que estaba dentro a palpar el otro asiento, el que Ryan utilizaba para contrabando, ese que nadie sospechaba siquiera que existía. Le costaría más de cinco minutos dar con el pestillo invisible.

Belmore, mientras tanto, dio la vuelta al carruaje y se colocó al otro lado, alejándose lo máximo posible de Neville. Necesitaría espacio, tiempo para reaccionar, no sabía qué demonios encontrarían dentro... o a quién. Al fin, el hermano menor dio con el tirador, abrió el cerrojo y la figura de una moza apareció en su vehículo.

En la oscuridad le costó un poco reconocerla: era un de las hermanas Knightley, lady Angela.

—Maldito seas, Kavanagh, te mataré por esto —gruñó Marcus.

La joven lloraba. Rafe la sacó en brazos y la depositó en el suelo.

—Sube al caballo, Angie —le dijo—. Nuestro coche está en camino.

Ryan nunca sabría por qué lo hizo, como tampoco entendería por qué se lo permitieron, pero en aquel momento detuvo a la joven.

—Esperad —pidió—. Dejadme despedirme.

La muchacha lo miró, contrariada. Recordaría mucho tiempo sus ojos azules, llenos de lágrimas. Sin esperar permiso, la chica se acercó a él.

—Yo me hago responsable —le dijo en un murmullo—. Olvida esta noche y olvida mi nombre.

¿Qué sentido tenía? Lo iban a culpar de todo dijera lo que dijese; que ella quedara libre de culpa, al menos.

Le dio un sentido beso en la frente y la dejó marchar.

Después comenzó una lluvia de golpes. En algún momento Pete debió detenerla, porque despertó mucho más al norte, aún de viaje, con un par de costillas rotas, la nariz sangrando y el torso lleno de moratones.

Una parte de él sabía que todas las evidencias estaban en su contra y que él se había acabado de inculpar. Otra, una ridícula que no sabía que aún creyera en la inocencia, estaba dolida porque ni siquiera preguntaran.

En uno u otro caso, le debía una a aquellos dos. Convencido como estaba de que la hermana pequeña habría participado también, a las jóvenes las dejaría fuera de su represalia. Pero los Knightley se unían a su lista de asuntos pendientes.

Si la venganza era un plato que se servía frío, él tomaría helado de venganza con ellos.

Nota de la autora

Dicen que escribir es un proceso solitario, pues bien, en mi caso no es cierto: tengo un equipo fijo sin el que no sería capaz de hacerlo. Me encantaría deciros que estas historias las sé hacer yo solita, pero mentiría.

En primer lugar, está mi madre, a la que llamo cada vez que voy a hacer algo, ya sea un diálogo, una escena o a empezar una novela desde cero. Ella es la primera que revisa lo que escribo. A veces tiene que leer tres veces lo mismo, pero es mi madre, me quiere y todo ese rollo. Además, creo que, en secreto, lo disfruta.

Ahora he añadido dos incorporaciones: Mari Luz en lectura, a quien conocí gracias a la red en sendas convalecencias, hace más de siete años, que sabe muchísimo de romántica, tiene un criterio muy fiable, y a quien quiero en la distancia porque es una mujer maravillosa;

y a Bea para despejarme cuando los personajes me acosan, mi mejor amiga, con quien viví y compartí habitación durante dos años cuando éramos muy jóvenes y a quien nunca confesé la vida que había dentro de mi pequeña cabeza hasta hace unos meses. Aún se debate entre el orgullo por lo que hago y diagnosticarme una esquizofrenia.

Por último, están las brujas: Boli Rojo, la feminista incansable que se asegura de que mi historia sea buena; Boli Azul, que cuida mi gramática y, sobre todo, mis comas —ved que este libro no tiene ni un solo adverbio acabado en mente—; y Boli Verde, la enciclopedia de la Regencia. Las que creéis que yo sé un montón no conocéis a Boli Verde. Las Bolis, con sus escobas, le sacan punta a todo. ¿Que quién soy yo? Soy Violeta, claro. ¿U os pensabais que somos Parchís? ¡Somos un aquelarre muy serio, por favor!

Y ahora dejadme que me confiese, que lo mío me ha costado decidirme a hacerlo. Todo en este libro tiene un toque personal: todo él. Frases sueltas, momentos... la novela está repleta de instantes míos que necesitaba descargarme del pecho porque me pesaban. Me pesaban mucho.

Hay una referencia al Principito, un verso de una canción, algo que dije a alguien una vez porque me hacía daño aunque quizá fuera injusto, palabras que me hirieron y que quería compartir... también hay recuerdos que atesoro y que os regalo... Esta no es, desde luego, mi historia ni se acerca en absoluto a la única vez que estuve enamorada de verdad.

Estoy convencida de que el amor no debe doler; que debe ser hermoso y sencillo; que a quien queremos, nos corresponda o no, debe valorar lo que le damos, y que hay cosas que no es necesario explicar.

No obstante, yo nunca soñé con vivir una historia de novela y, de momento, me reafirmo. Aun sí, entre estas páginas os dejo, por primera y única vez, un poquito de mí.

Ruth M. Lerga.

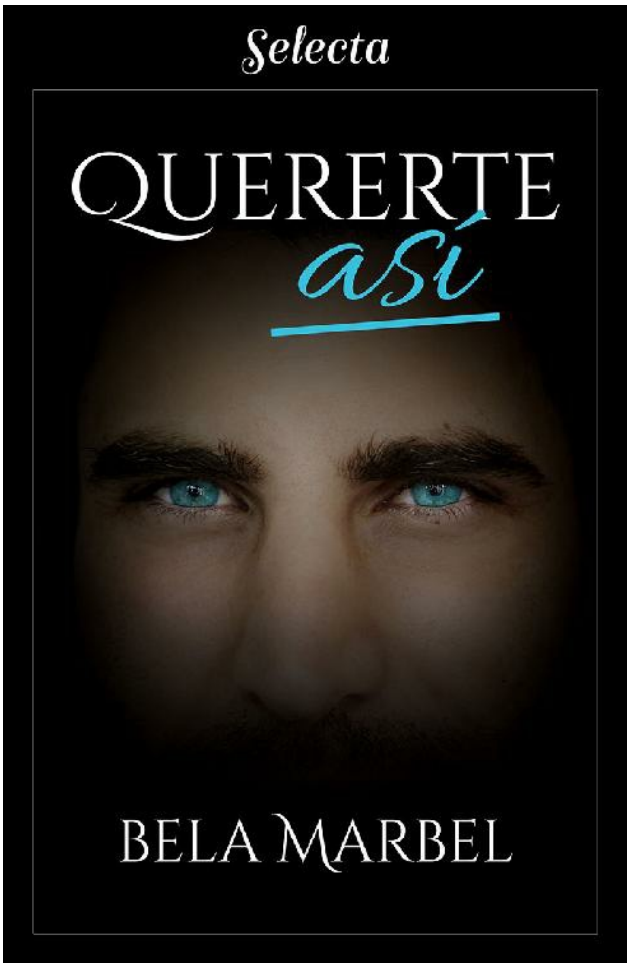
Si te ha gustado

Matrimonio de apariencia

te recomendamos comenzar a leer

Quererte así

de *Bela Marbel*



Capítulo 1

LA LOBA CELTA

Ahí estaba él, entrando en el bar como si fuera su propia casa. En parte lo era; había pagado el local. Igual de alto y de intimidante que cuando lo conoció, si acaso, las arrugas que adornaban las esquinas de sus ojos azules lo convertían en alguien más peligroso. Esos mismos ojos azules e intensos que se clavaron en su alma hacía ya tantos años, y que le impedían marcharse y olvidarse definitivamente de él. Odiaba y amaba a partes iguales la forma en la que todo desaparecía a su alrededor cuando la miraba, era como si la absorbiera el centro de un tornado.

Pensaba que con el tiempo sería más fácil resistirse a la atracción física que ejercía sobre ella, ese hombre al que había conocido como a sí misma y que, en ese momento, le parecía un completo extraño. Por alguna razón, le resultaba imposible dejar de amarlo.

Lo vio acercarse hasta la barra y hacer una señal a los gorilas que habitualmente le dejaba en el bar «para cuidarla», decía él. Sí, era raro, pero es que, para Jeremy, ella seguía siendo su esposa, ella lo sabía, se lo había oído decir infinidad de veces. Su amiga Nat le había dicho que era retorcido e incluso enfermizo, algo con lo que debería terminar. La verdad era que le venía bien la seguridad y le gustaba mantener ese lazo de unión. Sabía que de ese modo no avanzaría nunca, tal y como le recordaban Nat y Doble M, pero, a pesar de que habían pasado varios años desde que decidió separarse de él, aún no estaba preparada para dejarlo marchar.

Los gorilas comenzaron a decir a la gente que era hora de cerrar, ella miró el reloj en la pared, eran casi las doce de la noche, hora a la que terminaba entre semana. Devolvió la vista al vaso que estaba repasando con un trapo, intentando aislarse de lo que sucedía a su alrededor.

—Loba —Jeremy pronunció su apodo indio, sentándose en el taburete que quedaba frente a ella.

—Como habrás notado, estoy cerrando. Deberías irte —le recriminó Roxie.

—Tenemos que hablar —exigió él.

—No, te equivocas, no tenemos nada de lo que hablar. —Se giró para dejar el vaso en la estantería.

—Si no quieres hablar, no hablaremos.

No sabía por qué, pero algo en la voz de Kawosa la hizo detenerse. Había sonado a amenaza.

Escuchó un sonido y, antes de poder darse la vuelta, lo sintió pegado a su espalda. Su ancha mano le cubría el estómago pegándola a él por completo. El conocido aliento cálido que emanaba de su boca le rozaba la oreja haciendo que su piel se tornara hipersensible. Se permitió cerrar los ojos por un instante, disfrutar de la conocida fuerza de su abrazo, y fue un error. Jeremy le agarró la mandíbula con la otra mano y movió su rostro hasta encontrar los labios. Los mordió, succionó y lamió, dejándola aturdida. La giró entre sus brazos y la subió a la barra, se coló entre sus piernas sin dejar de besarla y tocarla.

Así era él, lo ocupaba todo siempre, la devoraba por dentro y por fuera, hacía crecer el fuego en ella y la llevaba hasta el borde de sus fuerzas, deseando más y más, permitiéndole apoderarse por completo de su voluntad.

—Esta vez será diferente —le advirtió.

—No, no lo será, lo haremos y te marcharás a tu vida hipócrita. —Roxie le sacó la camisa de los pantalones, mientras le advertía con la mirada que nada había cambiado.

—Me va a encantar mostrarte lo equivocada que estás —le aseguró él a la vez que la alzaba cogiéndola con un brazo por la cintura.

—Jefes —les interrumpió uno de los de seguridad—, nos vamos, dejaremos cerrada la puerta principal.

Jeremy gruñó en respuesta y llevó a Roxie hasta la mesa de billar, una vez la tuvo tumbada le arrancó los pantalones de piel. Posó su mano sobre la delicada tela de encaje que cubría su pubis y coló dentro sus dedos por el lateral.

La caricia la hizo derretirse casi literalmente, se impregnó con los fluidos de la excitación y él los repartió por toda la zona. Le quitó las braguitas con delicadeza y se las metió en el bolsillo. Le subió los pies a la madera que bordeaba la mesa y se arrodilló ante ella.

Su lengua hizo el mismo recorrido que habían hecho antes sus dedos, lamió con hambre y la hizo sentir como solo él sabía. Le agarró las caderas con fuerza, obligándola a mantenerse quieta ante la invasión de su pérfida lengua. Clavó los dedos proporcionándole una sensación entre el dolor y el placer que la hacía evadirse por completo.

Sentía un vacío enorme en su interior, necesitaba que él lo llenara, seguía notando cómo la inmovilizaba y apretó más fuerte hasta que consiguió elevar las nalgas, él abrió por completo la boca y la succionó con fuerza, terminando con un mordisco que la hizo gritar. Roxie le cogió la cabeza entre las manos y se dejó ir entre convulsiones cegadoras que la llenaban y a la vez la vaciaban por completo.

Jeremy se alzó sobre ella, cuando aún los últimos temblores del orgasmo la tenían obnubilada. Le agarró los brazos y se los subió por encima de la cabeza. Le sujetó las muñecas con una sola de sus manos, mientras que con la otra se abría los pantalones para liberar su erección hambrienta de ella.

La llenó por completo, se movió con una cadencia infernal. Roxie solo podía sentir, no pensaba, no razonaba, en ese momento era más que nunca la Loba, y él era Kawosa, su coyote; inteligente y malo. Irresistible.

Sentía la espalda pegada al tapiz de la mesa por el sudor, el aroma de Jeremy la envolvía por completo, no hacía tanto que lo habían hecho por última vez, pero siempre era capaz de mandarlo al infierno después, aunque reconocía que cada vez le costaba más.

—Córrete —le ordenó él—, hazlo o moriré.

Ella le exigió con el movimiento de sus caderas que aumentara el ritmo de las embestidas y gritó al sentir un nuevo orgasmo. Aún más arrollador que el primero, más cruel e intenso.

Y gritó, como si terminara el mundo, como si esa fuera su última vez juntos. Jeremy la acompañó en la caída a los infiernos, porque eso era. Cada vez que hacían el amor se inundaban el uno del otro, y después la despedida era cada vez más imposible, más agresiva y más llena de

rencor. Y aun sabiendo que iba a ser así, no habían dejado de verse en todos esos años, siempre a escondidas, ocultándose de su familia y amigos. Como si el hecho de no mostrarlo llegara a borrar la realidad de lo patético de sus vidas.

El teléfono de Jeremy sonó.

Jeremy soltó una maldición y dejó caer la cabeza sobre la de ella intentado recuperar la respiración. Tras unos segundos se incorporó, se recolocó la ropa y sacó el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros de marca.

Roxie lo observó antes de moverse. Era alto y fibroso, se parecía a su primo, pero Jeremy era más corpulento y muy elegante, economizaba sus movimientos al máximo. Nunca un ademán ni un aspaviento de más, ni siquiera una mirada que no tuviera un significado propio. Hablaba con todo el cuerpo; poco pero claro, igual que hacía con las palabras.

—Jeremy Hunter —informó a la persona al otro lado de la línea.

Roxie se incorporó y se arregló como pudo.

—Clare, no es buen momento —le oyó contestar.

Aún le temblaban las manos y ya estaba totalmente arrepentida, como siempre, como cada maldita vez. Se dirigía al baño cuando escuchó el nombre que más odiaba en el mundo. El estómago se le removió, hasta casi hacerla vomitar. Una rabia incontrolable ascendió por sus miembros para ocupar todo el pecho y tomar el control de sus actos. ¿Cómo podía seguir afectándole de esta manera? Ella ya sabía lo que había entre su exmarido y la secretaria, lo que no sabía era por qué ella misma seguía consintiendo ese trío. Tenía que alejarse, era una relación tóxica, había leído mucho acerca de ello, Nat no paraba de recriminarle que no fuera y le arrancara los ojos a la lagarta. Así era Nat; Candy, por otro lado, pensaba que hablando claro se arreglaría todo, y Doble M era más de coger la escopeta. Ella... ella no sabía lo que estaba haciendo.

Una vez, tan solo una vez se atrevió a preguntarle a Jeremy por su relación con la rubia, la respuesta de él fue mirarla fríamente y dejarla plantada en medio de la habitación en la que pocos minutos antes se estaban comiendo vivos.

—Estoy ocupado. —Oyó una pausa en la que la secretaria le diría algo inapropiado, no podía ver la cara de Jeremy, seguía de espaldas a ella, pero notó la tensión en la espalda.

—Ya no lo estás. ¡Vete! ¡Maldito imbécil! —Le tiró a la cabeza la cazadora que había recogido del suelo.

Él se giró despacio, miró a su mujer a los ojos y repitió, más para Loba que para Clare:

—Estoy ocupado. —Tras lo cual, interrumpió la comunicación.

Jeremy tiró el teléfono a uno de los sofás que amueblaban la parte más oscura del local. Suspiró profundamente y se preparó para encarar a Roxie, esa vez no la iba a dejar salirse con la suya; esa vez, él iba a hablar y ella solo escucharía.

Roxie vio cómo se dirigía hacia ella, paso a paso, despacio, marcando cada metro por el que pasaba como si fuera suyo, como si estuviera al acecho, y así era en realidad.

Sus miradas se enredaron, él avanzaba y ella retrocedía. Algo le decía que esa vez no iba a ganar ella en esa lucha de voluntades que les enfrentaba, desde hacía ya tanto. Roxie consiguió deshacerse de la cuerda invisible que la unía a esos hielos azules de su mirada. Buscó alrededor una forma de escapar y vio la puerta del baño. No quería enfrentarse a lo que fuera que él quería decirle, no después de escuchar cómo la zorra rubia lo llamaba y él dejaba el momento de intimidad que estaban compartiendo para contestarle.

Intentó correr hacia la puerta del baño, pero él fue más rápido. Se vio alzada por una fuerza descontrolada, ella pataleaba, golpeaba, mordía y gritaba, pero Jeremy aguantó hasta que consiguió tumbarla sobre uno de los sofás.

Dejó todo el peso de su cuerpo sobre ella inmovilizándola, notaba que respiraba con dificultad, así es que decidió rebajar un poco la tensión; mal hecho, ella aprovechó para mover la rodilla en impactar contra su entrepierna. Debía estar enfermo porque hasta ese juego diabólico le ponía cachondo, lo que hizo que el rodillazo doliera, pero no tanto como para soltarla, la postura se lo había impedido.

Roxie estaba excitada, sabía que se había mojado con la persecución, no sabía por qué, en realidad estaba muy cabreada, lo estaba, y resentida y dolida, pero la atracción entre ambos era igual de retorcida que su relación, eso estaba claro.

—Ahora cállate, me vas a escuchar, aunque tengamos que estar así toda la noche —la amenazó.

—No vuelvas a decirme que me calle, no voy a hacerlo, no puedes obligarme, y no...

La forma en que la calló no entraba en sus planes, otras veces la había besado como en las películas románticas antiguas, o la había excitado tocándola hasta que ella no podía hablar, pero esa vez no.

Con una mano le cogió las muñecas por encima de la cabeza y con la otra le tapó con fuerza la boca. Ella intentó morderle, pero no pudo.

—Si quito la mano ¿me escucharás sin gritar? Mueve afirmativa o negativamente la cabeza.

Ella lo miró por lo que a él le parecieron horas; en realidad fueron segundos. ¿Se arrepentía de actuar como un animal? No, ya había tenido suficiente paciencia. Si ella no le quería, tendría que reconocerlo y dejarlo ir. No había más tiempo. Sabía que no estaba contenta con la vida que él llevaba ahora, pero no iba a cambiar solo porque ella no estuviera conforme, él era como era, y así tendría que aceptarlo.

Por fin, ella movió la cabeza de arriba abajo. El relajó la mano poco a poco hasta dejarla libre, y después la beso; dulcemente, despacio y de forma deliberada.

—Te escucharé y después te daré una patada en el culo y te largarás para siempre.

Prometedor... sí, no esperaba menos. Se decidió a dejarla libre.

Jeremy se levantó despacio, asegurándose de que el olor de sus pieles quedaba mezclado, rozándola con cada movimiento. Se recogió el largo cabello con una goma elástica y se colocó la camisa, aunque no se molestó en abrocharla. Se dirigió detrás de la barra y cogió un botellín de

agua.

—¿Quieres algo? —le ofreció.

—Que te largues con tu puta —contestó ella.

Jeremy suspiró y negó con un gesto de cabeza. Seguía sin comprender por qué Roxie odiaba de tal manera a Clare. ¡Por Dios! No era más que su ayudante, él nunca había mostrado el más mínimo interés sexual por nadie que no fuera la Loba. Se conocían desde adolescentes, siempre habían estado juntos y él nunca había estado con otra mujer. Incluso después del divorcio habían seguido acostándose juntos, y con eso a él le bastaba. Aquello era lo suficientemente complicado como para enredarse en nada más.

Roxie lo vio tragar de la botella; la nuez le subía y bajaba en el cuello, unas gotas se escaparon y dibujaron el contorno de su barbilla prominente, mezclándose con gotas de sudor. Si no fuera tan atractivo... seguro que sería más fácil. No, no lo sería. Tenía los pómulos altos y marcados, la boca grande y fina y los ojos de un azul intenso que apenas lucía pupila; salvo cuando se enojaba o se excitaba. Se la bebió entera de una sola vez y se quedó mirando alrededor, como si buscase algo. Ella esperó pacientemente.

—¿Dónde está el contenedor del plástico? —Jeremy y sus contradicciones, pensó.

—A tu derecha, la puerta verde.

Tras desechar el envase, Jeremy volvió hacia el sofá. Roxie se había vestido de nuevo, se mantenía en forma, era una mujer fuerte, fibrosa, alta si se comparaba con la media, y ese pelo corto con el flequillo rebelde que le cubría estratégicamente una parte de la mirada... su mente viajó en el tiempo, recordando cuando la había conocido. Era una chica delgaducha y algo torpe, que adoraba estar al aire libre y que se enamoró perdidamente de su moto. Aquella vieja Indian heredada de su abuelo.

Juntos habían vivido un sinfín de aventuras, habían conocido el amor, descubierto el sexo, y llenado sus días con fantasías de un futuro juntos. Él todavía no sabía qué le había pasado a ese futuro, no entendía por qué no estaban juntos, y no podía aceptarlo. Pero era el momento de dar un paso adelante, de seguir con su vida y permitirle a ella seguir con la suya.

Su abuelo había muerto hacía poco, pidiéndoles a él y a Byron que resolvieran su vida. Su primo lo había conseguido, de hecho, estaba reconstruyéndola junto a la mujer que amaba; un amor que había costado incluso vidas. Eso eran problemas de verdad, no lo que la Loba decía, él seguía sin comprender qué era tan terrible para que no pudiesen estar juntos. Al fin y al cabo, seguían estándolo a su manera. Pero se había acabado. Esa noche había ido hasta allí para ponerle fin, o estaba con él o no, pero era todo o nada. No valían medias tintas.

Se sentó a su lado, lo suficientemente cerca como para poder sentirla, pero no tanto como para que sus cuerpos se tocaran; si quería mantener la concentración, debía hacerlo así.

La miró directamente a los ojos. Ella le desafiaba con la barbilla levantada y la oscura mirada llameante, le retaba a continuar con la pelea, pero él ya no quería luchar más.

—Lo dejo —la informó fríamente.

—¿Qué? —preguntó Roxie con una pequeña llama de esperanza naciendo en su pecho.

¿Por fin Jeremy se había dado cuenta de lo que el trabajo en el casino y esa... esa...? Pensó en la palabra que una mujer nunca debe dirigir a otra, y se rio por dentro.

Roxie se apretó las manos esperando una explicación más larga que confirmara sus anhelos, y continuó esperando. Su exmarido no era hombre de muchas palabras, nunca lo había sido, cosa sorprendente teniendo en cuenta que era abogado. Sus expresiones eran pocas, pero contundentes, lo había visto en los juzgados y era igual.

—Ya me has oído —concluyó por fin.

—¿Dejas el casino? —indagó ella sin poder disimular la ilusión en su voz.

—¿Qué? ¿El casino? No. ¿Por qué?

Roxie parpadeó varias veces: ¿era posible que ese idiota no se hubiera dado cuenta a esas alturas de cuál era el problema?

—¿Qué demonios tiene que ver el casino con esto? —preguntó Jeremy con genuina extrañeza.

La respuesta era sí, era posible. Ahora era ella la que estaba confusa. Si no le hablaba del casino, no sabía a qué podía estar refiriéndose. Se armó de paciencia, respiró hondo y miró hacia el suelo.

—¿Qué es lo que vas a dejar? —preguntó.

—¿Por qué has dicho lo de casino? —insistió él

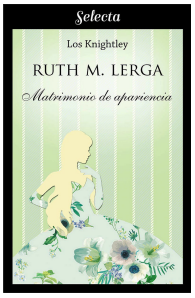
—Solo dime qué es lo que dejas —le exigió.

Jeremy se levantó del sofá despacio, no podía continuar sentado, nada de lo que decía la Loba tenía sentido para él. Se acercó hasta una ventana y miró al exterior, apoyó las manos en las caderas y dejó que las palabras que había ensayado frente al espejo fluyeran con soltura.

—Lo nuestro. Lo dejo. Se acabó. Hemos terminado.

No dijo nada más. Se quitó el anillo que seguía luciendo en el dedo y lo dejó sobre el mostrador antes de salir del local.

Matrimonio de apariencia



Después de diez años de matrimonio, Helena quiere más. Sabe que es una mujer afortunada, que tiene un esposo que la respeta y la cuida, pero ahora que ha conocido a su cuñada Jimena de Alba, entiende que la vida, y el amor, tienen mucho más que ofrecer que una unión de conveniencia.

Se casó enamorada de Marcus pero desistió pronto de amar a un caballero frío y distante que no correspondía a sus sentimientos. ¿Debería luchar ahora por recuperar al hombre que sigue despertando sus anhelos, o rendirse y buscar la felicidad en otro lugar?

La vida ordenada de Marcus Kngihtley, duque de Neville, se tambalea después de diez años de matrimonio. Y cuando su esposa le sorprende con una proposición única llegan los celos, un deseo arrollador que jamás había sentido y el temor a que todo se derrumbe si descubre su secreto...

¿Puede un matrimonio de conveniencia despertar diez años después con la fuerza de la primera vez? La duquesa de Neville ha decidido darle una oportunidad al amor... con o sin su marido. Pero el duque no está dispuesto a permitir que su esposa descubra fuera de su cama lo que él estaría encantado de mostrarle.

Ruth M. Lerga es de Sagunto. Hija de maestros, se aficionó a la lectura gracias a su madre. Lectora voraz y aficionada a las historias de amor, empezó a escribir en 2010, cuando un problema de salud la obligó a permanecer postrada durante muchos meses. El resultado fue Cuando el corazón perdona, una novela con la que ganó el Premio Vergara-El Rincón de la Novela Romántica. La serie que comenzó con aquella novela, continuó con *Cuando el amor despierta* y tuvo su conclusión en *Cuando la pasión espera*, todas ellas publicadas en Ediciones B. A ellas hay que sumar *Atados por error* y *Una última temporada*; en esta, Ruth M. Lerga nos deleita con la arrebatadora historia de amor entre dos de los vástagos de Julian y April (*Cuando el amor despierta*) y James y Judith (*Cuando la pasión espera*).

Edición en formato digital: diciembre de 2019

© 2019, Ruth M. Lerga
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-94-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club


@megustaleerebooks


@megustaleer


@megustaleer

NOTAS

Capítulo 5

[1] María de los Dolores López fue la última mujer condenada a la hoguera en España, en 1781, tras ser acusada de brujería por mantener relaciones sexuales con el diablo. ¿Su delito? Acostarse con su confesor, el sacerdote que la traicionaría después ante la Santa Inquisición.

Capítulo 14

[2] María de los Dolores López fue la última mujer condenada a la hoguera en España, en 1781, tras ser acusada de brujería por mantener relaciones sexuales con el diablo. ¿Su delito? Acostarse con su confesor, el sacerdote que la traicionaría después ante la Santa Inquisición.

Índice

Matrimonio de apariencia

Primera parte
- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8

Segunda parte
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22

Tercera parte
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30
Matrimonio por la fuerza
Prólogo
Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Ruth M. Lerga
Créditos
Notas